

**Ensayo, *conciencia histórica* e identidad en Colombia (1790-1820)**

**Guillermo Andrés Castillo Quintana**

**Universidad Nacional de Colombia  
Facultad de Ciencias Humanas, Departamento de Literatura  
Bogotá, Colombia  
2017**

# **Ensayo, *conciencia histórica* e identidad en Colombia (1790-1820)**

**Guillermo Andrés Castillo Quintana**

Tesis de investigación presentada como requisito para optar al título de Magíster en Estudios Literarios.

**Director:**

**Ph.D., Iván Vicente Padilla Chasing**

Línea de investigación:

Literatura e historia colombiana del siglo XIX

**Universidad Nacional de Colombia**

**Facultad de Ciencias Humanas, Departamento de Literatura**

**Bogotá, Colombia**

**2017**

Los americanos pensaron seriamente sobre su destino, y ventilaron con libertad cuestiones delicadas que antes hubiera sido peligroso discutir; la naturaleza y efectos legales de la conquista de América; la bula y singular donación de Alejandro VI; las antiguas leyes y privilegios concedidos a los primeros pobladores y sus descendientes; los límites de las potestades espiritual y temporal; el origen de la autoridad pública y las formas de los gobiernos; lo más conveniente a la América en su presente estado de población, luces y riqueza; las constituciones de los diferentes estados y el admirable invento del sistema representativo, que es en política lo que la atracción en la física; los derechos individuales y sociales, y los recíprocos deberes de los gobernantes y gobernados: todos estos objetos y otros muchos enlazados con ellos fueron materia de libre discusión.

JOSÉ MARÍA SALAZAR. *Bosquejo político de la América antes española* (1827)

## Agradecimientos

El feliz término de esta investigación no habría sido posible sin la asesoría, el tiempo, las jornadas de revisión, los almuerzos, las lecturas, la paciencia, la amistad y el profesionalismo de Iván Vicente Padilla Chasing, docente asociado al Departamento de Literatura de la Universidad Nacional de Colombia y director de esta tesis.

“Ensayo, *conciencia histórica* e identidad en Colombia (1790-1820)” es una indagación que nace en el seno de la clase de la Maestría en Estudios Literarios llamada “El ensayo en Colombia”. Las aproximaciones a los diferentes problemas socioculturales de nuestro país a través del género ensayístico, sugeridas por el profesor Iván durante el transcurso de esta asignatura, sembraron las inquietudes que he intentado resolver a lo largo de este documento.

Pero a Iván no le bastó con haber minado de preguntas y de lecturas mi cabeza; sin reparo alguno, decidió acompañarme a lo largo del proceso de concepción, investigación y redacción de esta tesis, documento que presento a la comunidad académica como el primer capítulo de una investigación que deseo continuar en mis estudios posteriores.

Mi agradecimiento más profundo, lleno también de la más grata admiración, a Iván por su trabajo profesional y pedagógico, el cual, a mi juicio, solamente reviste un único interés: ofrecer a la comunidad académica investigaciones en el campo de la literatura capaces de revelar algunos de los misterios de nuestra herencia artística, histórica y sociocultural. Es todo un honor haber pasado por su escuela.

## Resumen

La práctica del ensayo en Colombia se remontaría a finales del siglo XVIII y no se trataría llanamente de un ejercicio ancilar, sino, antes bien, de la actividad intelectual y cultural que, de manera más clara, permitiría promover las ideas y los primeros intentos de construir el imaginario de la identidad nacional. Esta idea constituye la primera y principal hipótesis de esta tesis. Con esto en mente, el periodo comprendido entre 1790 y 1820 parecer ser el más adecuado para proponer un estudio sobre el origen del ensayo en Colombia —y, por lo tanto, de su inscripción en la tradición literaria occidental del género—, pues facilita acceder al momento en que las ideas, reflexiones, aspiraciones, propuestas e inquietudes de un grupo social específico, el criollo, devinieron en una *forma discursiva* concreta, el ensayo, a la par que se gestaban durante el despertar de la *conciencia histórica* del sujeto neogranadino. Amparada en algunos presupuestos de la sociología de la literatura, la filosofía de la historia, la escuela formal rusa, la historia cultural, entre otros, esta indagación propenderá por ofrecer al lector una suerte de coordenadas que permitan visibilizar el ejercicio y las funciones del género ensayístico en este momento particular de nuestra situación histórica y social, el cual se corresponde con una época en la que el ensayo habitualmente ha sido soslayado como hecho literario. El resultado, podría decirse, es susceptible de ser catalogado como el estudio introductorio de una futura “Historia del ensayo colombiano del siglo XIX”.

**Palabras Clave:** Ensayo, ensayo colombiano del siglo XIX, conciencia histórica, criollismo en Nueva Granada, identidad nacional, historia colombiana del siglo XIX.

## Abstract

The practice of the essay in Colombia would go back to the end of the 18<sup>th</sup> century and it would not be simply an ancillary exercise; indeed, it involves an intellectual and cultural activity that would promote the ideas and the first attempts directed to build the imaginary of national identity. This idea constitutes the main hypothesis of this thesis. Along these lines, the period between 1790 and 1820 seems to be the most appropriate to propose a study on the origin of the essay in Colombia —and, therefore, on its inscription in the western tradition of the genre— because it facilitates the access to the moment in which the ideas, reflections, aspirations, proposals and concerns of a specific social group, “el criollo”, became a concrete *discursive form*, the essay. Furthermore, at the same time, this phenomenon was gestated during the awakening of the *historical consciousness* of the neogranadino subject. Sheltered in some concepts taken from Sociology of Literature, Philosophy of History, the Russian Formalism, Cultural History, among others, this research will offer to the reader some coordinates that make possible to visualize the exercise and functions of the genre in this particular moment of our historical and social situation, which corresponds to an era in which the essay has usually been ignored as a literary event. The result, it could be said, is susceptible to being cataloged as the introductory study of a future “History of Colombian 19<sup>th</sup> century’s essay”.

**Key words:** Essay, Colombian 19<sup>th</sup> century’s essay, Historical consciousness, “Criollismo” on Nueva Granada, national identity, Colombian 19<sup>th</sup> century history.

# Contenido

## Introducción [I]

### 1. Coordinadas de la práctica del género ensayístico en Colombia (1790-1820) [10]

- 1.1. El ensayo en Colombia (1790-1820): una reiterada omisión historiográfica [14]
  - 1.1.1. Comprender la omisión del ensayo colombiano del siglo XIX en nuestra historia literaria: un problema de presupuestos metodológicos y conceptuales [24]
  - 1.1.2. Superar el estatismo metodológico y la pasividad teórica de la historia literaria nacional: un camino que conduce al ensayo colombiano del siglo XIX [31]
- 1.2. El ensayo colombiano y su diálogo con la tradición occidental (1790-1820): hacia una toma de conciencia del género [35]
  - 1.2.1. El ensayo colombiano (1790-1820): una ‘práctica ilustrada y moderna’ [37]

### 2. Ensayo y conciencia histórica en Colombia (1790-1820) [50]

- 2.1. ‘Mediación abierta’ y conciencia histórica: hacia un marco de comprensión para pensar el ensayo en Colombia (1789-1810) [54]
- 2.2. Ensayo, *conciencia histórica* y crisis colonial [68]
- 2.3. Socorro Rodríguez: el relativo «mundo de la vida» y una «toma de posición» [74]
- 2.4. «Identidad espiritual» bajo el amparo de la monarquía [81]

### 3. Criollidad y práctica ensayística: toma de conciencia histórica y búsqueda de la identidad [89]

- 3.1. El criollo neogranadino se escribe a través de la práctica ensayística [93]
- 3.2. El criollo y la pregunta por “lo nuestro” [104]
- 3.3. Toma de conciencia de la diferencia y la diversidad americana: el criollo ante el discurso europeo [116]
  - 3.3.1. El criollo frente al discurso europeo sobre América [117]
  - 3.3.2. El problema de la diversidad y la pluralidad del “nosotros” criollo [127]

**Consideraciones finales. Ensayo conciencia histórica e identidad: Algunos problemas inaugurados y abiertos por nuestra primera tradición ensayística [144]**

## Bibliografía [159]

## Introducción

Inicialmente, es preciso señalar que *Ensayo, conciencia histórica e identidad (1790-1820)* es una indagación que se inscribe en la línea de investigación sobre literatura del siglo XIX colombiano de la Maestría en Estudios Literarios de la Universidad de Colombia. Así, debe su concepción, por un lado, a los presupuestos suministrados en los cursos “El ensayo en Colombia” y “Novela colombiana del siglo XIX”, dictados por el profesor Iván Padilla Chasing durante el segundo semestre de 2015 y el primer semestre de 2016 respectivamente. Por el otro, obedece a la iniciativa personal de profundizar en el estudio del género ensayo a partir de una perspectiva literaria. Considero que este género merece una revisión disciplinar más considerada y con presupuestos de los Estudios Literarios por cuanto la tradicional aproximación documental e histórica a este ha traído consigo una serie de restricciones que no han permitido comprender a cabalidad las peculiaridades de su forma y modo de expresión. Además, es necesario indicar que, en el caso colombiano, el ensayo se erigió como la forma de expresión privilegiada por los intelectuales de la época que se plantearon problemas tales como el asunto de la identidad, la constitución de la nación y la elaboración de los símbolos nacionales. Dicha motivación ha caracterizado mis intereses académicos desde la etapa final de mi pregrado en Estudios Literarios<sup>1</sup>.

Según Rafael Gutiérrez Girardot, el ensayo “constituye no sólo el género más sustancial de la literatura hispanoamericana del siglo XIX, sino sobre todo el más renovador y esencial en las letras de lengua española” (1992, p. 33). Sin embargo, el calibre de tan aguda observación, a mi juicio, muy adecuada para sintetizar el talante de este género dentro de nuestro sistema cultural, contrasta irónicamente con el tratamiento ancilar del que ha sido objeto la práctica ensayística por parte de la historiografía literaria latinoamericana. Una situación incluso más gravosa se observa en el caso colombiano. El ensayo aparece tan solo en algunas de nuestras historias literarias de manera tangencial y, muchas veces, valorado sin los presupuestos teóricos pertinentes, evidenciando así el desconocimiento sistemático de la importancia de esta forma de expresión en el proceso del desarrollo de nuestro orden literario y social. Así, la idea del género sustancial y

---

<sup>1</sup> Concluí el pregrado en Estudios Literarios con una monografía dedicada a una parte de la producción ensayística del autor checo Milan Kundera. En esta oportunidad, presento este documento con la intención de ostentar al título de magíster en Estudios Literarios.



esencial del que habla Girardot lastimosamente dista mucho del lugar provisional y secundario que por ahora ocupa en la mayoría de las historias de la literatura colombiana.

En términos generales, una revisión preliminar de las historias de la literatura colombiana y otros estudios afines pone de manifiesto su limitada capacidad para comprender las diferentes formas, modos de publicación y funciones del gesto ensayístico a lo largo de la serie literaria nacional, particularmente en lo que atañe a su desarrollo durante el siglo XIX. Por ejemplo, en el artículo “Un siglo del ensayo”, Enrique Santos Molano supone que no serían más de treinta los ensayistas del siglo XIX. Su lista, encabezada por José Eusebio Caro, incluye autores como José María Vergara y Vergara, Soledad Acosta de Samper, José María Samper, José Manuel Camacho Roldán, Manuel Ancizar, José María Madiedo, Rufino José Cuervo, Vicente Restrepo, entre otros. Como es evidente, según Santos, en el siglo XIX hubo pocos practicantes colombianos del género y, entre ellos, nadie lo habría cultivado antes de 1840. Si bien, no olvida señalar algunas bondades de la práctica del género durante el siglo decimonono, para él, el ensayo colombiano es primordialmente un fenómeno del siglo XX:

El ensayo en el siglo XX, con los elementos heredados del anterior, se convierte en el género literario mejor utilizado por nuestros intelectuales en su propósito de mover ideas para suministrar a los colombianos los instrumentos más favorables que les ayuden a entender su condición dentro de su país y frente al mundo. (2007, párr. 2)

Como intentaré demostrar a lo largo de este documento, la práctica del ensayo en Colombia se remontaría a finales del siglo XVIII y no se trataría llanamente de un ejercicio ancilar, sino de la actividad intelectual y cultural que, de manera más clara, permitiría promover las ideas y los primeros intentos para construir el imaginario de la identidad nacional. Esta idea constituye la primera y principal hipótesis de esta tesis.

Todavía más podría decirse de la incapacidad que dichas indagaciones han exhibido para constatar que este género literario se constituyó en nuestras latitudes —y podría decirse que en Latinoamérica— como la forma de expresión privilegiada por los criollos ilustrados del Reino, grupo social que hizo de este el vehículo discursivo, ideológico y cultural de sus pretensiones e intereses particulares. Dicho de otro modo, la dimensión social, histórica y discursiva de las transformaciones y de la intensa dinámica del género ensayístico local no ha sido explicada de manera suficiente por la historia y la crítica literarias. Esta situación ha derivado, incluso, en la reiterada inadvertencia del ensayo como “hecho literario” en momentos concretos de la vida de nuestras letras,

particularmente durante la primera mitad del siglo XIX, periodo cuya historia cultural, política y literaria, considero, no puede comprenderse cabalmente si se desconoce la presencia y vinculación activa del ensayo en el conjunto de los fenómenos del orden social<sup>2</sup>.

En este sentido, resulta especialmente llamativo constatar que buena parte de los textos aquí identificados como auténticos ensayos ya han gozado de un tratamiento privilegiado por parte de la historia, la sociología, las ciencias políticas, la economía, el periodismo, entre otros. Sin duda, se puede decir que se trata de algunos de los objetos de más valor e importancia documental, en calidad de fuentes primarias, para muchas de las indagaciones emprendidas por estas disciplinas sobre nuestra nación. Sin embargo, el calibre de su relevancia documental solo se compara, por contraste, con el abismal desconocimiento de la inscripción de la mayoría de estos textos en la tradición literaria occidental del género ensayístico. A mi juicio, la omisión de la perspectiva del género en el estudio de estos textos ha limitado notoriamente, no solo la explicación de algunos procesos y fenómenos de nuestra literatura decimonónica, sino también el esclarecimiento del sentido y las funciones que estos textos adquirieron al insertarse en el ámbito sociohistórico y cultural de la Colombia de principios del siglo XIX. A manera de hipótesis, no hay forma de expresión que iguale al ensayo en la sensibilidad que tuvo para ‘captar’ —y léase muy bien, no escuetamente ‘documentar’— el momento coyuntural que convocó el reformismo borbónico, el flujo de las ideas de la Ilustración, la Revolución Independentista, la heterogeneidad de los imaginarios sociales y el nacimiento de la República, asuntos, todos ellos, expresados en un manifiesto estado y tono de inquietud e incertidumbre, acaso el que mejor retrata la experiencia histórica que tuvo de estos el cuerpo social criollo de la época. Visto de este modo, comprender desde una perspectiva literaria el conjunto de textos que aquí proponemos, permitirá reconocer que estos, más allá de escribir la historia, realmente encarnan, en forma de ensayos, las interpretaciones singulares de la experiencia histórica de un conjunto de intelectuales de la época.

---

<sup>2</sup> Los términos ‘sistema cultural’, ‘orden literario’, ‘orden social’, ‘serie literaria’, ‘evolución literaria’ y ‘hecho literario’ son empleados en el sentido que les otorgara Iuri Tynianov en sus ensayos “Sobre la evolución literaria” (1929) y “El hecho literario” (1926). En este sentido, y considerando que este estudio ha sido concebido en una perspectiva histórica, sugiero al lector remitirse a dichas fuentes, así como al texto “El método de la historia literaria” (1910) de Gustave Lanson. Sus aportes teóricos y metodológicos son principios rectores de mi indagación.

Con esto en mente, considero que el periodo comprendido entre 1790 y 1820 es el más adecuado para proponer un estudio sobre el origen del ensayo en Colombia —y por lo tanto de su inscripción en la tradición literaria occidental del género—, pues permite acceder al momento en que las ideas, reflexiones, aspiraciones, propuestas e inquietudes de un grupo social, en este caso el criollo, devinieron en una *forma discursiva* específica, el ensayo. Este último fenómeno es especialmente aprehensible a la luz del espíritu de la época, la llegada de los principios del pensamiento moderno-ilustrado a nuestro continente y de las problemáticas sociohistóricas y existenciales específicas que aquejaron a los criollos ilustrados. En otras palabras, esta indagación propenderá por ofrecer una suerte de coordenadas que permitan visibilizar el ejercicio y las funciones del género ensayístico en este momento particular de nuestra situación histórica y social, el cual, cabe repetirlo, se corresponde con una época en la que el ensayo habitualmente ha sido soslayado como hecho literario.

Conviene entonces ahondar en las razones que justifican el intervalo temporal que esta investigación abarcará. En primera medida —sin que esto deje de ser problemático puesto que constantemente me veré abocado a referirme a hechos y fenómenos anteriores y posteriores—, porque considero que la vida nacional encierra allí el final de su existencia colonial y el primer estadio en el desarrollo de su historia republicana, de la historia de sus ideas y de la aparición de la *conciencia histórica*. Para 1820, un conjunto importante de la producción ensayística colombiana ya ha visto la luz en diferentes modalidades —en especial, a través de los diferentes periódicos de la nación—, los cuales, en su mayoría, están concentrados en problemáticas y asuntos que guardan estrechas relaciones: las condiciones económicas actuales del Reino, las iniciativas que pugnaron por reformar algunas de las políticas de la institución monárquica, el proceso independentista, la configuración de los primeros modelos político-administrativos (centralismo y federalismo), la definición de la nación, la conciencia paulatina de la necesidad de modernizar el *ethos* cultural heredado de España y las reacciones ante estos eventos. En otras palabras, este periodo, pienso, guarda una coherencia interna en la medida en que perfila una primera función social asignada prioritariamente a la expresión ensayística, a saber, la que José Miguel Oviedo entiende como su aparición en calidad de “instrumento indagatorio de la identidad de las nuevas naciones” (1991, p. 22).

En segundo lugar, dicho corte temporal obedece al hecho de que a partir de 1821 el país ingresa en un nuevo periodo político y existencial. Nos referimos, por un lado, a

la sanción de nuestra primera Constitución, la subsecuente disolución de la Gran Colombia, la institución de la Constitución de 1832, la reforma constitucional de 1843, la subida al poder de José Hilario López y la delimitación ideológica de los partidos políticos (conservador y liberal), llevada a cabo entre 1848 y 1849, conforme fueron presentados al público sus manifiestos políticos. Si bien, de manera intuitiva estos hechos arrastran problemas anteriores, también es preciso admitir que son lo suficientemente particulares como para entender que orientan el proceso histórico, político e ideológico de la nación en otros derroteros y que, para el caso del estudio del ensayo, sugieren la constitución de otro estadio diferenciado dentro de su evolución histórica. En este sentido, esta investigación constituiría una primera etapa o paso en la elaboración de una eventual historia crítica del ensayo en Colombia.

Sumado a lo anterior, es de señalar que el ensayo, en calidad de forma discursiva que se arrogó el derecho de implicar la llamada toma de *conciencia histórica*, vendrá a ser acompañado, a partir de la década del cuarenta, por la paulatina aparición de una literatura de alta dimensión artística expresada en los cuadros y artículos de costumbres, así como en poemas y novelas. En este orden de ideas, el estudio tentativo del ensayo después de 1820, en relación con el desarrollo de la conciencia histórica en nuestro país, debería sumar al modo de expresión ensayístico estas formas literarias si admitimos que su surgimiento solo es posible tras haber alcanzado, al menos en parte, los procesos históricos que posibilitan la aparición de la ficción —lo que en términos de Bourdieu sería haber logrado cierta estabilización del “capital simbólico” de la nación—.

En este punto es claro que las razones que motivan la delimitación del intervalo temporal aquí sugerido obedecen a criterios históricos, a las modificaciones en la estructura mental de la sociedad de la época propiciadas por hechos históricos paradigmáticos, así como a necesidades metodológicas. Igualmente, pienso que estas razones no deberían ser exclusivas de esta indagación, sino que podrían ser consideradas en investigaciones paralelas que se dirijan a pensar la historia del género ensayístico en Colombia. En esa medida, adopto aquí una perspectiva que deliberadamente se ha permitido establecer un límite temporal por razones que buscan, por un lado, estudiar la forma ensayo durante un periodo que, consideramos, guarda una coherencia histórica, cultural, política y existencial interna; y, por el otro, presentar un estudio que metodológicamente no sobrepase mis posibilidades.

Dispuesto así, el objetivo del primer capítulo de esta disertación consistirá en demostrar que algunos textos de autores como Pedro Fermín de Vargas, Manuel del Socorro Rodríguez, Antonio Nariño, Jorge Tadeo Lozano, Francisco José de Caldas, Camilo Torres, Fray Diego Francisco Padilla, Simón Bolívar, Francisco Antonio Zea, entre otros —muchos de ellos, como se ha dicho, ampliamente discutidos y valorados como fuentes de incalculable valor documental, sociológico, político, religioso, ideológico y periodístico—, son igualmente genuinas expresiones ensayísticas. El asunto no es, en absoluto, baladí: confirmar la presencia activa de la forma ensayística, entendida como una de las formas de expresión propias del pensamiento moderno ilustrado, en el convulsionado devenir del sistema social de la época traería consigo un conjunto de consecuencias nada desdeñables para la historia literaria nacional, la historia de las ideas en Colombia, la comprensión del proceso independentista, el estudio del surgimiento de la *conciencia histórica* y el primer intento de elaboración de un conjunto de símbolos nacionales, entre muchos otros. En esencia, hablo aquí de una indagación que vuelve a textos y autores si se quiere clásicos de la historia social, política y cultural de nuestra nación, pero con una perspectiva que, hasta el momento, no había examinado atentamente el asunto: la perspectiva de los estudios literarios y, en particular, la del conspicuo lente del género ensayístico.

En el segundo capítulo intentaré establecer la relación existente entre el desarrollo de la *conciencia histórica* nacional y el ensayo. Al respecto, he de precisar que se trata de su adelanto en el grupo conocido como los “Sabios del Reino”, perteneciente a la colectividad criolla neogranadina, fenómeno que puso a estos autores en un estado de tensiones dialécticas frente al cuerpo social caracterizado por su resistencia al cambio cultural y antes bien, anclado en estructuras de pensamiento tradicionales, hidalgas y feudales. El hecho de que el sujeto neogranadino haya empezado a tomar conciencia de su historicidad implicó la constatación, por cierto, dolorosa y difícil, de la inherente relatividad del mundo y de la heterogeneidad de los puntos de vista. No obstante, este proceso también trajo consigo la manifestación libre de las primeras voces que intentaron interpretar la realidad desde el horizonte de comprensión local y americano, así como la obertura de un ambiente de debate y discusión ideológica, muy próspero para los primeros desarrollos de la opinión pública nacional.

Finalmente, el tercer capítulo estará orientado a establecer la relación entre el ensayo colombiano de principios de siglo XIX, la expresión del grupo social criollo y la

postulación de los primeros símbolos identitarios nacionales e imaginarios sociales. En la medida que el ensayo fue la forma de expresión que se integró prioritariamente en el debate público, práctica cultural ilustrada del momento, es preciso añadir que una de sus funciones fue la de vehicular algunas propuestas que aspiraban a contestar preguntas como: ¿quiénes somos “nosotros” ?, ¿qué nos identifica?, ¿qué tipo de organización política nos resulta más adecuada?, ¿por qué el pueblo neogranadino ha de ilustrarse?, entre otras.

En este orden de ideas, es preciso indicar que mi convicción por entender los textos aquí convocados como gestos ensayísticos parte de un ejercicio interpretativo que impide entenderlos meramente como una configuración de la prosa con fines exclusivamente instrumentales, esto es, como meros vehículos para la transmisión de ideas y la fijación de hechos. En los ensayos de estos intelectuales, pues los catalogo como tales, subyace primordialmente, y como lo diría Liliana Weinberg, un “predicar sobre el mundo desde el punto de vista del autor; presente del pensar y del decir” (2007, p. 19). Así, el autor no se erige como un simple documentador sino antes bien como un “especialista del entender y del decir sobre su entender” (2007, p. 19). Me atrevo a sugerir que los rasgos anteriores, entre tantos otros que iré mencionando a lo largo de la disertación, son los que no han sido observados de manera atenta en la múltiple variedad de ejercicios intelectuales de la época.

Por esta razón, su valor ha quedado confinado exclusivamente en la calidad y cualidad de su información documental —que nunca se menospreciará aquí—, mas no en el intento, en el ‘ensayo’, en el ejercicio de la crítica argumentada del mundo y en la puesta en escena, como diría Lukács, de un modo particular de comprender la realidad y explicarla: entender el ensayo implica, según él, “reconocer su carácter de «representación», de imagen, de cierto modo de «orientación de las cosas» [y de] «ordenamiento particular de la vida»” (1975, pp. 21-22). Así, los textos aquí convocados y entendidos como auténticas expresiones ensayísticas, lo son en razón de trascender el interés informativo y documental, para erigirse como productos discursivos que ponen de manifiesto una operación del espíritu, un “acto de entender o juzgar sobre un estado de cosas” (Weinberg, 2007, p. 19), una fuerza mediadora entre los fenómenos del mundo, los saberes, los sentires, las tradiciones y un “estilo del pensar, del decir y del mirar” (2007, p. 20).

Mi intención es pues, por un lado, subrayar la firma de autor que llevan estos textos, recordando que el ensayo es “un ejercicio radical de responsabilidad por lo dicho y por el modo de decirlo” (2007, p. 21). Por el otro, el objetivo de esta indagación procurará demostrar que la práctica del género ensayístico, aclarada su dimensión *subjetiva*, también convoca un gesto plural de gran relevancia cultural e histórica. El “ejercicio de responsabilidad” del ensayo radica en el hecho de que, si bien su autoría descansa en individuos particulares, estos últimos se comprometerían fundamentalmente con la construcción de los primeros imaginarios sociales de lo que debía significar el “*nosotros los neogranadinos*” —criterio extensible a un posible “*nosotros los americanos*”—.

Así, esta idea se convierte en una segunda hipótesis, según la cual, el ensayo sería una de las primeras manifestaciones discursivas en las que se expresaría el sentir colectivo sobre la realidad de unos sujetos que, al tomar conciencia de su condición histórica, empezaron a declararse a sí mismos como valiosos. En esta medida, el ensayo nos propone un pacto de lectura en donde el ensayista se juzga valioso, digno representante de una colectividad —o que aspira a representar a una comunidad—, que se “pone” a sí mismo como sujeto tema y que parte del horizonte de comprensión de una *supraindividualidad* posible, que les permite entenderse como “criollos”, “americanos”, “españoles americanos”, etc. En esta perspectiva, recordemos que, como afirma Roig,

el sujeto que se afirma como valioso [...] no es pues un sujeto singular, sino plural, en cuanto que las categorías de “mundo” y “pueblo” hacen referencia en él a una universalidad solo posible desde una pluralidad, motivo por el cual podemos enunciar el *a priori* antropológico que plantea Hegel, como un “querernos a nosotros mismos como valiosos” y consecuentemente un “tener como valioso el conocernos a nosotros mismos”, aun cuando sea este o aquel hombre en particular el que ponga de manifiesto dicho punto de partida. (1981, p. 11)

En mi concepto, el ensayo sería el producto intelectual, literario y cultural de la época que mejor puso de manifiesto el juego de relaciones problemáticas que establecieron algunos individuos particulares con respecto a su realidad. No obstante, al mismo tiempo se trataría específicamente de la expresión del grupo social *criollo*, de la colectividad ilustrada local cuya interpretación del mundo se hizo *forma*, encarnando así las interpretaciones del mundo de su colectividad, definible a nivel sociohistórico y cultural. Este sentido, coincido con la tesis según la cual cualquier obra de orden literario, filosófico, político, religioso, económico y, en general, cualquier producto discursivo tiene un carácter *social*, el cual

reside, ante todo, en que un individuo sería incapaz de establecer por sí mismo una estructura mental coherente que se correspondiese con lo que se denomina una «visión de mundo». *Tal estructura no puede ser elaborada más que por el grupo, siendo el individuo únicamente el elemento capaz de desarrollarla hasta un grado de coherencia muy elevado y transportarla al plano de la creación imaginaria, del pensamiento conceptual*, etc. (Goldmann, 1975, p. 27. Énfasis mío.)

Si “los problemas de la producción literaria aluden, por sí mismos, a las transformaciones socioculturales” (Mukařovský en Zima, 2010, p. 206) se entiende que el estudio del ensayo en Colombia no puede restringirse a su consideración como “signo autónomo”, sino que ha de abrazar también su condición como “hecho social”<sup>3</sup> (Mukařovský, 2010, pp. 88-95). En particular, aquí me encuentro persuadido de que la omisión generalizada del “examen de las condiciones socioeconómicas de la producción literaria” y, en especial “de las fuerzas colectivas en los campos de la producción y la recepción, así como las mutaciones que sufren los productos literarios en el curso de la historia” (Zima, 2010, p. 205) es uno de los hechos que ha impedido reconocer, en este caso, la presencia del ensayo a finales del siglo XVIII y principios del XIX, así como su directa relación con el grupo social criollo y el devenir histórico. El ensayo es el género literario dominante de la época en la medida que fue la *forma* que, al servir a las necesidades expresivas del intelectual criollo neogranadino y acompañar los primeros pasos del proceso de su toma de *conciencia histórica*, irrumpió en el orden social al instalarse en el ámbito de nuestra naciente opinión pública —camuflado en las cartas, proclamas, misivas, discursos políticos, textos científicos y, fundamentalmente, en los artículos de los periódicos de la época— y facilitó la postulación de nuestros primeros imaginarios sociales y símbolos identitarios nacionales.

---

<sup>3</sup> Con respecto a estos términos, remito al lector al ensayo titulado “El arte como hecho signico” de Mukařovský (2010). Sus comentarios son muy pertinentes para comprender, en este caso, el hecho por el cual la dinámica intrínseca de la *forma* ensayística, sin omitir su naturaleza signica autónoma, no pueda concebirse cabalmente si se desconoce su estrecha “relación dialéctica con la evolución de los demás dominios de la cultura” (2010, p. 93). Probablemente el ensayo es la expresión literaria que, de manera más evidente y problemática, puso de manifiesto su relación con el “contexto total de los fenómenos sociales” (p. 91) de la época, razón por la cual, entender nuestro empleo de la terminología del crítico checo sobre este punto es relevante.



## 1. Coordinadas de la práctica del género ensayístico en Colombia (1790-1820)

Para muchos, según su horizonte de definición del vocablo, una historia del ensayo en Colombia comenzaría con Baldomero Sanín Cano. Pero esto, decía, es sólo una conclusión del trabajo que parte de una idea de lo que es el ensayo. Para el caso de una verdadera historia del ensayo no puede bastar con ello; hay que leer en el tiempo, buscar, no sólo antecedentes del género y escritores eminentes que pudieron haberlo frecuentado, sino también estructuras históricas y culturales que puedan haber llegado a posibilitarlo o, en el más complejo de los casos, a motivarlo individualmente.

OSCAR TORRES DUQUE, *Necesidad y problemas de una historia del ensayo en Colombia* (1996: 38-39)

El propósito de esta indagación se confronta inicialmente con el generalmente aceptado dictamen de la crítica y la historia de la literatura colombianas, las cuales tienden a identificar a Miguel Antonio Caro (1843-1909) y, particularmente, a Baldomero Sanín Cano (1861-1957) como los padres fundadores del género ensayístico en nuestro país, situando así el arraigo de la práctica ensayística colombiana en las postrimerías del siglo XIX. Este dictamen, muy contrario a nuestras ideas, se apoya en el presupuesto según el cual el ensayo en Colombia, como género literario, es, ante todo, un fenómeno exclusivo del siglo XX (Torres, 2007, p. 197). Quizás por esta razón, la práctica del ensayo durante el siglo XIX colombiano apenas si ha sido estudiada como un epifenómeno de la llamada “literatura de pensamiento”, mas no desde el horizonte autónomo y social del género. En “Ensayistas y pensadores”, artículo consignado en el Tomo 1 de la sección Cultura de la *Gran Enciclopedia de Colombia* (2007), el profesor Óscar Torres Duque intenta explicar el motivo de la aproximación al ensayo del siglo XIX a partir de dicha etiqueta:

Lo que designamos aquí con la expresión «literatura de pensamiento» equivale de hecho a nuestro actual género ensayístico, para el cual se viene reclamando desde hace tiempo, no sin teorizaciones polémicas, el carácter de género literario, comparable en este sentido con la novela, el cuento, la poesía o el teatro [...].

Fieles a esta consideración, podemos estudiar a los escritores de ideas bajo el más amplio rótulo de «literatura de pensamiento» y buscar, más bien, los antecedentes del género ensayístico en otros subgéneros que sirvieran de medio de transmisión de esta literatura antes de su configuración como tal. (2007, p. 197)

En esencia, los diferentes trabajos de Torres Duque, en especial, *Historia del Ensayo en Colombia* (1995) y *El Mausoleo Iluminado. Antología del Ensayo en Colombia* (1998), serían unos de los pocos que, hasta el momento, han intentado superar este lastre al señalar la presencia del ensayo en Colombia antes de la aparición de Caro y Sanín Cano. Por ejemplo, al momento de justificar la selección de autores y ensayos que

hace en su antología, señala la importancia que tuvo para él la miscelánea canónica de Jorge Eliécer Ruiz y Gustavo Cobo Borda, *Ensayistas colombianos del siglo XX* (1976), texto que propone a Baldomero Sanín Cano como el iniciador de la crítica moderna en Colombia y en calidad de padre fundador de la tradición humanística en el país. Frente a este dictamen, el profesor se pronuncia del siguiente modo:

Pero, ¿qué podía haber antes de Sanín Cano? ¿De dónde salía ese humanismo crítico? Esa pregunta fue la que me llevó a pasear por las no muy desérticas vastedades del siglo XIX y a aventurarme en muchos y muy disímiles tipos de prosa: desde los discursos y las alocuciones públicas hasta las cartas, los diarios y las biografías; desde los informes sociológicos hasta los grandes libros de historia. Sí: el ensayo, como toda auténtica poesía, y aun siendo el reflejo de un verdadero y coherente humanismo, puede esconderse (y asomarse) en cualquier tipo de escritura. (1997, pp. XVIII-XIX)

En el artículo “Necesidad y problemas de una historia del ensayo en Colombia” (1996), el hoy docente de la Universidad Javeriana ya había planteado este asunto, en relación a las dificultades que debió sortear durante la construcción de su *Historia del ensayo en Colombia* (1995). Desde entonces, Torres era consciente de la necesidad de revisar con más atención las manifestaciones prosísticas que precedieron a Caro y Sanín, al considerar que allí se encontraba, todavía ensombrecido, un asombroso caudal de ensayos sin reconocer. En buena medida, su *Historia del ensayo en Colombia* (1995) fue la indagación que pretendió suplir tal requerimiento; no en vano, dedicó toda su primera parte a estudiar la “presencia y problemática del ensayo en Colombia durante el siglo XIX”.

A los textos de Torres Duque valdría la pena agregar *Primicias del Ensayo en Colombia. El discurso ensayístico colonial* (2002) de Héctor H. Orjuela. En efecto, se trata de un libro, si se quiere, único en su propuesta; al postular la presencia del género desde el comienzo del periodo colonial, busca llenar el vacío que ha significado la “falta de estudios pertinentes al proceso de las ideas en la Nueva Granada” y especialmente los referentes a la producción “ensayística anterior a la Independencia” (2002, p. 7). En esta perspectiva, por ejemplo, entiende como ensayos “fundadores” *Sumario de la natural historia de las Indias* (1526) de Gonzalo Fernández de Oviedo y el *Antijovio* de Gonzalo Jiménez de Quesada. A estos hace seguir ensayos de corte barroco como la *Invectiva apologética* (1652) de Hernando Domínguez Camargo y *Apologético a favor de don Luis de Góngora* (1662) del peruano Juan Espinosa Medrano, “que puede considerarse el primer ensayo literario que se escribe en el país” (2002, p. 9). Dentro de los ensayos

ilustrados destacan *Descripción del reyno de Santa Fe de Bogotá* (1789) de Francisco Silvestre y algunos textos de sacerdotes ilustrados como *El vasallo instruido* (1789) de Joaquín de Finestrada, “ensayo característico del pensamiento ortodoxo de la época” (2002: 9). En este punto, es de destacar que Orjuela plantea con claridad uno de los hechos más importantes para entender el carácter que adoptara la práctica ensayística en Nueva Granada durante el periodo comprendido entre 1790 y 1820, asunto que será tratado más adelante y en el segundo capítulo de la disertación:

Dos factores influyeron poderosamente en la producción de literatura ensayística en la Nueva Granada y ayudaron a darle impulso al género en la segunda mitad del siglo XVIII: *el establecimiento de la expedición botánica bajo la dirección de José Celestino Mutis y el nacimiento del periodismo, orientado inicialmente por Manuel del Socorro Rodríguez*. Alrededor de la Expedición Botánica y de los periódicos capitalinos se formaron grupos de estudiosos y ensayistas entre los cuales brillaron los precursores de nuestra emancipación. (2002, p. 111. Énfasis mío)

No obstante, es de admitir que, si bien el intento de Orjuela es único en su especie, tiene el agravante de tratarse de un estudio esencialmente panorámico, razón por la cual, sin adentrarse en las profundidades del trabajo que implica pensar el género en relación con el sistema social y cultural, así como con el espíritu de la época y sus problemas específicos, se queda apenas en una compilación de autores y textos cuya naturaleza ensayística se plantea, mas no termina de ser explicada. A lo anterior debe añadirse, con desilusión, que los capítulos dedicados a los ensayistas ilustrados y al caso de la Expedición Botánica y el periodismo no representan un aporte significativo a lo ya dicho en su *Historia crítica de la literatura colombiana* (1992).

Paralelamente, la idea de emprender un estudio histórico del ensayo y, paulatinamente, encaminar dicho esfuerzo hacia una posible historia crítica del ensayo colombiano, ha sido apoyada por la propuesta histórica de los cursos sobre literatura colombiana del siglo XIX dictados por Iván Padilla Chasing, en el marco del pregrado en Estudios Literarios y de la Maestría en Estudios literarios de la Universidad Nacional de Colombia. Su propuesta sugiere la necesidad de identificar y examinar, desde una perspectiva histórico-literaria, un conjunto de textos que, por su naturaleza, deberían integrarse en la serie del ensayo literario nacional. Así, comprende como ejercicios ensayísticos algunas producciones de Manuel del Socorro Rodríguez, José Antonio Zea, Simón Bolívar, Vicente Azuero, Manuel María Madieto, entre otros, inaugurando la línea de investigación en literatura del siglo XIX dentro de la cual se enmarca la presente indagación.

Fuera de los esfuerzos mencionados, no existen otras consideraciones académicas que hayan subrayado la importancia de estudiar históricamente el problema del surgimiento del ensayo colombiano y el carácter específico de su práctica durante el paso del siglo XVIII al XIX. A mi juicio, se trata de una tarea que, podría decirse, se ha postergado en el ámbito de los estudios literarios desde los valiosos aportes de Vergara y Vergara. La *Historia de la literatura en Nueva Granada* (1867) debería representar uno de los puntos de partida para una posible aproximación al género ensayístico en el país. Si bien, el escritor santafereño no habla explícitamente del ensayo, pues no contaba aún con la perspectiva del género, sí tuvo la sutileza de observar una de las más agudas peculiaridades de los fenómenos literarios que enmarcaron el inicio del siglo XIX latinoamericano, la cual, en efecto, guarda una estrecha relación con el problema de esta investigación:

La literatura de América está de tal modo enlazada con los sucesos políticos, que no se puede seguir la marcha de aquélla sin buscar su causa en éstos. La política decide en estos países aun de las escuelas literarias, por más extraño que parezca; y las relaciones internacionales que hemos tenido con los pueblos de Europa de 1810 hasta la fecha, han marcado distintas fases de las letras, por la imitación de los autores de la nación con quien se han estrechado relaciones, inspiradas en un principio por necesidades políticas. (Vergara, vol. III, 1958, p. 7)

Una lectura atenta de la idea anterior por parte de los ejercicios historiográficos posteriores, habría revelado el papel “sustancial, renovador y esencial” que le adjudica Gutiérrez Girardot al ensayo dentro de nuestros procesos literarios<sup>4</sup>. La relación entre literatura y política, tan evidente para el primer historiador de la literatura en Latinoamérica, paradójicamente, se convirtió en uno de los argumentos más fuertes para que los historiadores posteriores dejaran al ensayo por fuera de nuestra historia literaria. El hecho de que las ideas políticas, dispuestas en forma ensayística, hayan sido inicialmente las protagonistas en lugar de la expresión intimista, los personajes novelados o el refinamiento estilístico de la lírica, pareció bastar para eludir de la historia literaria al género más practicado en nuestras latitudes desde finales del siglo XVIII hasta la primera mitad del siglo decimonono. En otras palabras, el ejercicio historiográfico desarrollado después del ejemplo paradigmático de Vergara no fue consciente de que el entusiasmo y la atención de los literatos “de esta nación que estaba entrando en la edad juvenil, robusta

---

<sup>4</sup>Al respecto, también cabe mencionar que el más significativo acierto metodológico de Vergara, a saber, su habilidad para poner en diálogo directo a los actores, obras, fenómenos e instituciones que participaron en la evolución de nuestras letras —en una perspectiva auténticamente histórica—, parece no haber sido comprendido ni tomado como ejemplo en las posteriores historias de la literatura colombiana.

y apasionada” (vol. III, 1958, p. 7) privilegió el género de Montaigne por encima del verso, las tablas y la prosa ficcional. A mi juicio, esta miopía, aún vigente, no ha permitido elaborar una historia crítica del ensayo en Colombia.

### **1.1. El ensayo en Colombia (1790-1820): una reiterada omisión historiográfica**

Sin lugar a dudas, considero que la *Historia* de Vergara y Vergara sentó las bases para hablar, con prioridad, del ensayo colombiano. Al haber explicado el vínculo consustancial entre las contingencias históricas, la generación criolla ilustrada, las instituciones sociales y las formas de expresión literaria, implícitamente legó la tarea de comprender este conjunto a través del prisma del género. No obstante, su tácita invitación parece haber quedado notablemente desatendida hasta el momento: en general, ciertamente es posible encontrar múltiples estudios que atiendan, por separado, el caso de los elementos anteriores y otros asociados; sin embargo, son escasos los que parecen comprender la necesidad de una observación interdisciplinar y auténticamente histórica para comprender la relación dialéctica que se trabó en la época entre la forma ensayística, el sujeto criollo, la experiencia del cambio cultural y social, y los apuros del devenir histórico. Así, en lo posterior a la labor de Vergara, la circunspección de la historia literaria nacional frente al ensayo esboza lo que aquí juzgo como ‘una reiterada omisión historiográfica’. Hasta las consideraciones de Torres Duque e Iván Padilla, el ensayo es una suerte de género invisible durante el siglo XVIII y buena parte del siglo XIX.

En los casos emblemáticos de las *Historias de la literatura colombiana* del padre Jorge Ortega Torres (1935) y de Antonio Gómez Restrepo (1945), solo es posible vislumbrar una glosa de la obra de Vergara con algunas adiciones. En sus trabajos, por un lado, el ensayo sigue sin ser percibido como género literario autónomo y, por otro, la proximidad entre el tema político y los géneros prosísticos ya se ha convertido en el criterio angular para desacreditar su naturaleza literaria. En sus historias, lo literario es entendido, primordialmente, como la expresión de las ‘bellas letras’, presupuesto en el que escritores como Nariño, Zea, Bolívar, Azuero o Madieto, solo se ajustan de manera tangencial. Por ejemplo, al referirse al caso particular de Francisco José de Caldas, Ortega cita las palabras de Gómez Restrepo, quien, ostensiblemente, exhibe en su explicación buena parte de los principios mencionados atrás:

*Por sus solos trabajos científicos, Caldas no ocuparía un lugar en la historia literaria; pero en él se unieron las dotes del sabio y del escritor, como se habían unido en Buffon y en Jovellanos. El gran crítico español, antes citado, consagró con su autoridad indiscutible la prosa de Caldas, diciendo que en sus obras había páginas no indignas de Buffon, de Cabanis y de Humboldt. Cuando recorremos los volúmenes del *Semanario* y leemos aquellos hermosísimos estudios, en aquel tiempo tan llenos de novedad, que se titulan *Estado de la geografía del virreinato de Santafé* y *Del influjo del clima sobre los seres organizados*; cuando saboreamos trozos de tan sencilla y noble elocuencia como su descripción del Salto de Tequendama, no emulados todavía; sus descripciones de las razas humanas; su *pintura de las selvas tropicales*, y pasamos luego a la colección de cartas, tan *elegantemente ingenuas*, tan *expresivas*, tan *afectuosas*, nos vemos obligados a reconocer en Caldas, no solamente al primero de nuestros hombres ciencia, sino también a uno de nuestros más notables escritores; a uno de los pocos a quienes justamente se debe incluir en el número de los clásicos colombianos.* (Gómez Restrepo en Ortega Torres, 1935, p. 68. Énfasis mío)

Como es evidente, para Gómez y Ortega, el criterio que autoriza a decidir quién debería ingresar a la historia literaria nacional en calidad de “escritor” se encarna, fundamentalmente, en las dotes estilísticas y retóricas. Igualmente, nótese que, en un principio, el hecho de tratarse de un científico hizo pensar a Gómez que Caldas no podía tener lugar dentro del selecto grupo de “literatos” del momento, cuestión que también explica lo problemático que resulta el criterio temático para pensar una posible historia de la literatura. En buena medida, la vigencia de estos principios de valoración del hecho literario es la que ha entorpecido el descubrimiento y el subsecuente estudio de la práctica del género ensayístico en los albores del siglo XIX.

No se negará que Gómez dedica un considerable apartado a tratar el asunto de los fenómenos culturales acaecidos hacia el final del siglo XVIII, la impronta de la Expedición Botánica y la figura de los grandes próceres, concluyendo que “la elocuencia política y la prosa científica” (vol. III, 1945, p. 205) fueron las manifestaciones escritas más importantes del momento. Sin embargo, la mayoría de sus valoraciones están desahuciadas de una perspectiva estética, aquella que había sido capaz de observar que el agotamiento de “las dos fuentes vitales de la poesía: la imaginación y el sentimiento” (p. 205), era tan solo un fenómeno aparente: si bien, el periodo comprendido entre 1760 a 1820 ciertamente no fue el más pródigo para el cultivo del género lírico, no quiere decir que la imaginación y el sentimiento hubiesen abandonado nuestras latitudes; sería más justo decir que fueron los géneros prosísticos, entre ellos principalmente el ensayo, los que se responsabilizaron de encausar el espíritu, la imaginación y los ánimos del momento. A mi juicio, lo que nuestras historias de la literatura no han sabido captar con

atención es que la imaginación y el sentimiento de la época fueron expresadas a través de un género si se quiere insospechado, mas no impedido para acometer la tarea: el ensayo.

Así las cosas, no dudo al afirmar que las anteriores razones explican por qué la mención de algunos de los representantes de la generación criolla ilustrada nacional se emprende con agudas reservas en las historias mencionadas, acaso motivada únicamente por una intención hagiográfica o panegírica, mas no por el hecho de haber comprendido el significado y las funciones de su producción intelectual dentro de la evolución de nuestra serie literaria. En esta línea, por ejemplo, al Libertador lo salva el hecho de haber concebido algunos versos, a Nariño, su papel como fundador de una de las tertulias literarias de la época en compañía de Zea, a Caldas, su cercanía con Mutis y su *Semanario*<sup>5</sup>. Si bien, todos estos son hechos literarios, nuestra generación ilustrada no es comprendida por Ortega y Gómez por el rasgo fundamental que tienen en común y que justificaría su vinculación, sin reparos, dentro de nuestra historia literaria nacional: haber sido los primeros practicantes de un género literario nuevo dentro del orden social, el ensayo. Así, su aparición en estas historias literarias parece más bien una cortesía que difícilmente explica su participación en la evolución de nuestras letras.

*La historia crítica de la literatura colombiana* (1992) de Héctor H. Ortega, quien ya fue mencionado más atrás, no parece muy alejada de sus antecesoras. Si se puede hablar de un aporte significativo, se trataría de la relación que establece entre la impronta de la generación ilustrada de finales del siglo XVIII con el ensayo, que aquí sí aparece explícitamente mencionado. Sin embargo, el problema no pasa de ser un apartado menor dentro de un capítulo dedicado al “neoclasicismo” neogranadino (1992, pp. 209-228). Estas mismas páginas fueron reproducidas, sin cambios considerables, en el cuarto capítulo del libro *Primicias del ensayo en Colombia* (2002), hecho que autoriza a pensar que el autor no avanzó en la reflexión sobre el ensayo de los albores del siglo XIX durante los diez años que separan las dos publicaciones. Es de lamentar que la sensibilidad de este historiador para percibir la presencia de la práctica ensayística durante la colonia y el siglo XVIII, no haya armonizado con un estudio capaz de esclarecer con precisión las raíces socioculturales que vincularon a nuestros ensayos y ensayistas con la serie literaria del género en Occidente; en este aspecto, a mi juicio, su trabajo no logra satisfacer las

---

<sup>5</sup> Con el ánimo de comprender cómo funcionan los criterios estilísticos y temáticos incluso por encima de los estéticos, los de género y los historiográficos, remito al lector a la segunda parte de la historia de Ortega, titulada “La independencia y primeros años de la República (1810-1830)” (1935, pp. 37-91)

verdaderas exigencias que implica pensar la problemática del ensayo de la época en Colombia.

Irónicamente, los primeros trabajos que, podría decirse, se han enfocado específicamente en el género ensayístico en Colombia no aparecen en una historia de la literatura nacional. De hecho, el primero de ellos, que referiré a continuación, ni siquiera concibe su selección de autores en calidad de ensayistas y, por supuesto, no habla de la selección de los textos que contiene como ensayos. El número 62 de la *Selección Samper Ortega de Literatura Colombiana* (1936) tiene como título *Los periodistas de los albores de la República*. En su orden, Jorge Tadeo Lozano, Fray Diego Francisco Padilla, José María Salazar y Juan García del Río<sup>6</sup>, son reunidos en este volumen en calidad de

iniciadores del periodismo en Colombia, si se descuenta al cubano don Manuel del Socorro Rodríguez, nuestro antecesor de hace un siglo en la dirección de la biblioteca nacional, y quien, si lleno de buena voluntad y verdadero fundador del periodismo entre nosotros, carecía, no obstante, de dotes de escritor. (1998, p. 1)

El prólogo del texto resulta bastante escueto a la hora de justificar su selección. De tratarse de autores que fundaron periódicos o que fueran prolíficos columnistas, el volumen debió haber contemplado un número más amplio de escritores. Otro tanto más, si se trataba de reunir a personajes cuya prosa develara “las preocupaciones de la época en que fueron escritas” (1998, p. 1). Como es evidente, aspecto que será un criterio bastante mencionado en las próximas páginas, el asunto del ‘buen estilo’ era uno de los aspectos principales a la hora de emprender semejante selección de textos y autores. Sin embargo, y léase como un ejemplo más dentro de muchos, el análisis textual brilla por su ausencia, dejando de lado las constataciones que podrían haber señalado el carácter ensayístico de los textos convocados en el volumen. A mi juicio, esta publicación pudo haber logrado una aproximación más satisfactoria a la materia propuesta si hubiese reconocido, como Alfonso Reyes, que para la época

entre el gabinete del pensador y la opinión pública se [había] creado un nuevo enlace: el periodismo [...]. Naturalmente que la prensa periódica, en cuanto es instrumento político, se condiciona por la libertad de pensamiento. *Este mismo hecho acentúa el tono literario y científico de las primeras gacetas.* (vol. I, 1988. p. 492. Énfasis mío)

---

<sup>6</sup> Los ensayos *Sobre lo útil que sería en este Reino el establecimiento de una sociedad económica de amigos del país* (1801) de Jorge Tadeo Lozano y *Bosquejo político de la América antes española* (1827) de José María Salazar siempre serán citados de *Los periodistas en los albores de la República* (1998). Por su parte, *Sobre la libertad* (1810-1811) del padre Diego Francisco Padilla será citado de la versión preparada por F. Javier Campos y Fernández de Sevilla en su libro *El P. Diego Padilla y el “Aviso al Público”* (2011). Finalmente, *Simón Bolívar* (1831) de Juan García del Río será referenciado directamente de la publicación original en el periódico *La gaceta de Colombia* (domingo 13 de septiembre de 1831).



Como cualquier otra forma literaria, el ensayo no se define exclusivamente por un uso particular del lenguaje y mucho menos por una convención formal. Lo que comparten los ensayos convocados en el volumen, pese a sus diferencias ideológicas y estilísticas, y más allá del tema político, es la puesta en escena de un modo de pensar, de concebir el mundo y de interpretar unas circunstancias históricas particulares. En esencia, hablamos de textos que ponen en escena un pensamiento, una interpretación particular del momento histórico a través de un punto de vista subjetivo e *intersubjetivo*, individual y al mismo tiempo colectivo, volcado reflexivamente sobre un estado de cosas, en este caso, el asociado a la experiencia vital del criollo neogranadino. En este sentido, por ejemplo, los ensayos *Por la libertad* (1810-1811) y *Bosquejo político de la América antes española* (1827) del padre Diego Padilla y José María Salazar respectivamente, configuran uno de tantos posibles ejemplos de la “perspectiva personal para ver” (Weinberg, 2007, p. 22), consustancial del género, y la intención interpretativa frente a la realidad, rasgos que, por supuesto, en nada invalidan la vena periodística de dichos ensayos y ensayistas. Veamos:

La adhesión al Consejo de Regencia de Cádiz (por que también hay otro Consejo de Regencia en Galicia) es el primero y principal pimpollo que se debe arrancar de las Américas. Ya se ha dicho en otro papel cuál fue el origen, cuales las operaciones de este Consejo. Pero a pesar de las razones que nos persuaden á desconocerlo, hay dos castas de gentes, que no quieren separarse, y procuran que no nos separemos de su dominación. Los unos están engañados, e intimidados; los otros son interesados [...]. Estas gentes crédulas dan fe a las quimeras que inventa la Regencia, para asegurarlas baxo de su dominio, y creen, como a un Evangelio los papelotes y Gacetas que con este fin imprimen y difunde sus Emisarios. ¡Quándo abrirán los ojos éstas gentes sencillas, que desprecian su libertad! ¡Quándo acabarán de persuadirse de que los papeles de España y sus Gacetas son una pura mentira autorizada por el Consejo de Regencia en la Orden de 30 de Abril último en que implora el auxilio de la Inquisición, para que no lleguen a la América los papeles Ingleses que dicen la verdad! (Padilla, *Aviso al público*, 2011, p. 86)

El fragmento anterior, tomado del *Aviso al Público*, periódico fundado por el padre Diego Padilla, se exhibe ostensiblemente la intención de ofrecer una interpretación de la coyuntura histórica que convocó el llamado de la adhesión al Consejo de Regencia de Cádiz y, en especial, una toma de posición contraria frente a este particular. Para Padilla, tal consejo es ilegítimo y no representa la autoridad del Rey, en este caso Fernando VII, razón por la cual escribe un ensayo en donde intenta persuadir a la opinión pública de no acatar su solicitud, reclamando que tal decisión implicaría perder el terreno abonado en los hechos de 1810.

La estructura de su texto es eminentemente crítica, apelativa y de carácter opinativo, pues es consciente de que sus ideas se insertan en el corazón de un ambiente

de sentires divididos. Así, no es la dimensión informativa la que prima en su documento, sino antes bien la del sujeto que se siente facultado para representar el punto de vista de una colectividad, de un “nosotros”, que lee el imperativo del consejo como una suerte de regresión y derrota histórica, y que decide enfrentarse abierta y razonadamente a los sentires opuestos al suyo. En este sentido, consideramos aquí que no basta partir del hecho de la fundación de un periódico o publicar en ellos para justificar la etiqueta “periodística” en algunos de nuestros primeros ensayistas. Habría que, por un lado, preguntarse: ¿qué tipo de ejercicio periodístico se perfiló en esa época?, ¿motivado por cuáles necesidades?, ¿condicionado por cuáles circunstancias históricas, culturales y materiales?, ¿cuáles son las características textuales y discursivas —y no meramente temáticas— de los artículos periodísticos de la época? Por el otro, haría falta enfatizar en un ejercicio de lectura capaz de entrever “la existencia de una perspectiva sobre el mundo” (Weinberg, 2007, p. 22) y la “toma de posición” (Bourdieu) que subyace en la que sería nuestra primera tradición periodística, como queda claro aquí, sustentada la más de las veces en la escritura de ensayos.

En este sentido, la aparición de los primeros periódicos en la Nueva Granada —y en general en América— invita, sobre todo, a reflexionar sobre la poderosa incidencia pública de este instrumento cultural moderno. Para ello, resulta indispensable encarar estudios dirigidos a comprender y explicar la naturaleza discursiva, retórica, textual, semántica, semiótica e histórica de sus diferentes publicaciones, pues, es especialmente a través de su consumo y recepción donde se presenta el “circuito contundente de relaciones entre [las] formaciones culturales, sobre todo la nueva ideología, y [la] sociedad” (Aullón, 1987, p. 108). En efecto, el crecimiento y desarrollo paulatino de las publicaciones periódicas en la Nueva Granada fue uno de los hechos culturales que más incidencia tuvo en la modelización y estabilización de nuestra primera tradición ensayística de corte ilustrado y moderno: por su naturaleza, el formato periódico exigía pensar un tipo de texto breve, atento a la reflexión, la divulgación y el didactismo, de carácter muchas veces proyectista, y que aspirara a lograr un alto índice de eficacia ideológica directa en el grupo lector. Si bien, en la época los textos que mejor suplieron estas condiciones no fueron denominados propiamente “ensayos”, aquí no dudamos al afirmar que estos representan las primeras manifestaciones eminentemente modernas del género en nuestro país<sup>7</sup>.

---

<sup>7</sup> En *Los géneros didácticos y ensayísticos en el siglo XVIII* (1987), Pedro Aullón de Haro ofrece un estudio que pretende explicar las diferentes manifestaciones del género ensayístico durante el siglo XVIII en España.

Además de *Los periodistas en los albores de la república* (1936), el segundo trabajo enfocado en el género ensayístico en nuestro país es lo que sería una suerte de antología preliminar titulada *Ensayistas Colombianos* (1945), editada por Guillermo Hernández de Alba. Como se ve, el título opta por una clara distinción del género, sin embargo, este rasgo no debe relacionarse, de entrada, con una autentica preocupación y consciencia de este. Su selección se caracteriza por principiar con Miguel Antonio Caro, a quien le siguen Rufino José Cuervo, Marco Fidel Suárez, Rafael Núñez, y que cierra con Carlos Arturo Torres. Ahora bien, la reseña cultural, que funciona a manera de prólogo, poco aporta al conocimiento de la evolución del ensayo en el país; se trata de un comentario global sobre los prosistas y hombres de letras más representativos dentro de la cultura nacional, sin un análisis específico dedicado al género.

No obstante, considero que tuvo el acierto de haber reconocido la estrecha relación que existe entre el surgimiento paulatino de nuestras primeras expresiones locales y el grupo social criollo. Hernández comprende a los criollos como la “clase selecta” que, desde el inicio de la vida colonial, se vio beneficiada con algunos de los bienes culturales españoles. Hasta bien entrado el siglo XVIII, el “sutil ingenio” de la élite neogranadina estaría asociada con un ejercicio intelectual de corte especulativo y abstracto, regido y determinado principalmente por las instituciones eclesiásticas. El intenso barroquismo, las citas excesivas y las maneras lógicas del discurso fueron así los primeros rasgos distintivos de su expresión (1945, p. XI). De este primer periodo, es de subrayar la importancia que Hernández le otorga a la *Historia General de las Conquistas del Nuevo Reino de Granada* (1688) del bogotano Lucas Fernández de Piedrahita (1624-1688), al considerar que en dicho libro se puso de manifiesto, por vez primera, “el criollismo como política de reacción contra España” (1945, p. XII). Este último podría ser uno de los tantos ejemplos posibles que contribuirían a entender el proceso por el cual los nuevos tipos sociales americanos, en especial el criollo, surgidos del seno del mundo colonial,

---

En más de una oportunidad, subraya la importancia de las publicaciones periódicas en el proceso de consolidación del género dentro de los fenómenos culturales, sociales y literarios de la península. Según él, los periódicos habrían permitido “modelar” un tipo de discurso que, con el tiempo, adquiriría los rasgos propios de la expresión ensayística: la brevedad, el espíritu crítico-reflexivo —a veces de corte irónico y satírico—, el carácter inacabado y dubitativo, la exhibición de cierta erudición y de intereses epistemológicos y enciclopédicos, entre otros (1987, pp. 13-14). A mi juicio, el fenómeno acaecido en España a partir del segundo tercio del siglo XVIII, entendido por Aullón como el comienzo de la vida del ensayo en la metrópoli, tiene algunas similitudes con el proceso vivido en la Nueva Granada a finales del mismo siglo, razón por la cual, algunas de las anotaciones este autor resultan pertinentes para comprender el problema local.

empezaron a tomar consciencia ideológica de su singularidad social y cultural, y a mostrarse “celosos de sus derechos” (Henríquez, 1994, p. 62).

En la historia del desarrollo de la conciencia americana y particularmente neogranadina, el siglo XVIII resulta particularmente importante por cuanto en él tuvieron lugar una serie de transformaciones sociales, culturales, económicas y políticas, expresadas en las reformas borbónicas, que darían un giro fundamental a la vida de los criollos intelectuales. Como se verá, Hernández fue muy sensible a este fenómeno que tuvo repercusiones importantes en nuestros medios de representación discursiva:

Durante el siglo XVIII revolucionario, el trono español fue ocupado por Borbones enciclopedistas y con Carlos III el grande vino la revolución. El mundo no solamente lo formaban España, Roma y las posesiones de Ultramar; el panorama de la cultura dilatose por provincias ignoradas. A la especulación opúsose la experimentación; la inteligencia criolla reconoció el eclecticismo como nuevo sistema y el discurso se hizo sobrio y denso. (1945, p. XV)

Si bien Hernández no llega a establecer explícitamente la relación subyacente entre la paulatina secularización del pensamiento, la llegada de la filosofía moderna, el cientificismo y la apertura del mundo para el intelectual criollo con la aparición del ensayo, a partir de sus palabras se hace posible suponer que el género surge en nuestras latitudes como consecuencia de la experiencia histórica que significó el descubrimiento de esta nueva realidad y sus condiciones socioculturales. Al respecto, cabe mencionar que esta idea se soporta en el presupuesto del dinamismo inherente al orden literario y social: un cambio significativo de las estructuras sociales supone movimientos importantes en el orden literario y viceversa, fenómeno que permite explicar la aparición de nuevas formas de expresión y el desplazamiento de otras<sup>8</sup>.

Al hablar de José Celestino Mutis, el “abanderado de la nueva manera intelectual y cultural” (Hernández, 1945, p. XVI), sus alumnos y adeptos, Hernández de Alba vuelve a insistir en las paradigmáticas circunstancias de la época, aquellas que, pensamos aquí,

---

<sup>8</sup> Este presupuesto es retomado de los planteamientos de Tynianov en “El hecho literario” y “La evolución literaria”. Por un lado, según el teórico del formalismo ruso, “es imposible imaginarse el género como un sistema estático, porque la propia conciencia del género aparece como resultado del choque con el género tradicional, es decir, como consecuencia de la percibida sustitución, aunque parcial, del género tradicional por un género ‘nuevo’, que ocupa su lugar. El problema radica en que el fenómeno nuevo sustituye al viejo, ocupa su lugar y, sin ser un ‘desarrollo’ del antiguo fenómeno, es al mismo tiempo su sustituto. Si ninguna sustitución de este tipo tiene lugar, el género en cuanto tal desaparece, se descompone” (Tynianov en Volek, volumen I, 1992, p. 208). Por el otro, concebir la literatura como un ‘sistema’, perspectiva que llevó al crítico a emprender un duro juicio a los estudios de corte ‘inmanentista’, también le instó a exigir la comprensión del dinamismo de su objeto de estudio a la ciencia literaria, así como la trascendencia de establecer, para cada caso, las relaciones entre lo literario y lo extraliterario, es decir, el papel de los órdenes vecinos en la evolución literaria (Tynianov en Volek, volumen I, 1992, pp. 253-254).

necesariamente requirieron del posicionamiento de una nueva forma de expresión, diferente a las heredadas de España como la relación, la crónica y los tratados: el ensayo. Veamos cómo el compilador y prologuista de *Ensayistas Colombianos* (1945) significa la época, comentario que recae, una vez más, en la consciencia del protagonismo de los criollos dentro del proceso:

Es la hora de América; el descubrimiento de sus valores económicos, la revelación de su potencialidad; *es el convertirse de los criollos hacia la nueva fe que debía reemplazar el fanático querer a la metrópoli, patria que no supo serlo de los americanos*. Muchas generaciones hollaron el suelo de nuestro continente, le arrancaron sus riquezas, pero lo ignoraron como suelo natal; *ahora se acendra, mejor, se revela al hombre de América cuál es y dónde está su patria verdadera*. (1945, pp. XVI-XVII. Énfasis mío)

En efecto, a pesar de que la discusión sobre el género ensayístico queda fuertemente relegada en la “Reseña cultural” de Hernández de Alba, algunas de sus anotaciones resultan esclarecedoras para construir el puente que intentará unir las circunstancias sociohistóricas y culturales, el grupo social criollo y el surgimiento de la forma de expresión ensayística en nuestro país. Sobre estos asuntos volveré más adelante, particularmente en lo consignado en los capítulos 2 y 3 de esta indagación. Retomemos por ahora la pesquisa de las historias de la literatura en búsqueda de más información referente a la presencia o ausencia del ensayo colombiano del siglo XIX en ellas.

Para el año de publicación de los dos tomos sobre literatura de la *Gran Enciclopedia de Colombia* (2007), la valoración del ensayo del siglo XIX colombiano no parece haber madurado. Hablo de un género que permanece indistinguible en el “ejemplo del más depurado ejercicio de la prosa, que se daba en relación de sucesos, primeras páginas de ideología americana, en los informes científicos, en los descubrimientos del paisaje y en el anecdotario” (Hernández de Alba y García Maffla, 2007: 90). Por ejemplo, Manuel del Socorro Rodríguez vuelve a ser caracterizado como el símbolo de las primeras páginas de la prosa periodística en el Reino de Nueva Granada, pero no bajo la rúbrica propia del ensayista. Por lo tanto, su *Disertación sobre las naciones americanas* —publicada en el *Papel Periódico Ilustrado* entre mayo 4 y diciembre 4 de 1808—, por ejemplo, no ha sido leída como lo que es: un ensayo. Así, irónicamente, en el capítulo titulado “Literatura de la Ilustración”, el género más icónico de este momento histórico brilla por su ausencia. Como se dijo más atrás, el ensayo solo aparecerá en nuestra *Gran Enciclopedia* en el tomo titulado ‘Cultura’, es decir, por fuera de las manifestaciones literarias y bajo el rótulo de “literatura de pensamiento”.

En el terreno de la historia de las ideas, de la filosofía y de la historia, los aportes de Renán Silva, Jaime Jaramillo Uribe y Rubén Jaramillo Vélez, se erigen como un conjunto de indagaciones muy pertinente para situar y comprender el carácter de las primeras manifestaciones de nuestra práctica ensayística. Me refiero particularmente a los libros *Los ilustrados de Nueva Granada 1760-1808. Genealogía de una comunidad de interpretación* (2002), *El pensamiento colombiano en el siglo XIX* (2001) y *Colombia: la modernidad postergada* (1994), respectivamente. Una de sus grandes virtudes radica en haber desarrollado con suficiencia una labor encaminada a comprender el flujo de las ideas a finales del siglo XVIII y a lo largo del siglo XIX, en aras de reconstruir buena parte de los procesos socioculturales, políticos y filosóficos en nuestro país durante ese periodo. Sin embargo, ninguno de ellos reparó en el hecho de que dichos procesos fueron posibles, en cierta medida, por la presencia del ensayo como la forma de expresión que, en momentos concretos de nuestra historia, sirvió de medio para vehicular las preocupaciones más acuciantes sobre la época. A este grupo debe agregarse *Teoría y crítica del pensamiento latinoamericano* (1981) de Arturo Andrés Roig, quien examina problemas similares en el panorama amplio del continente hispanoamericano. Los trabajos anteriores acompañarán notablemente el curso de esta indagación, razón por la cual, por ahora, los dejo simplemente mencionados.

En este orden de ideas, al desplazarnos hacia el repertorio más amplio de la historia del ensayo y la literatura latinoamericanas, no podía esperarse que el tratamiento del ensayo colombiano del siglo XIX fuese más depurado. Por ejemplo, en *Breve Historia del Ensayo Hispanoamericano* (1991), José Miguel Oviedo solo incluye a Baldomero Sanín Cano como representante del ensayo colombiano con incidencia notable en el espectro continental. Al respecto, también cabe mencionar que, en la introducción a su libro titulada “Naturaleza y orígenes de un género”, Oviedo opta por reconstruir las ideas que, a partir de la teoría, han sido esbozadas sobre el género ensayístico. Así, emprende un recorrido por la idea del género híbrido y camaleónico descrito por Alfonso Reyes, pasando por los apuntes de Lukács, Adorno y Barthes, para finalizar con las coordenadas del ensayo sugeridas por Montaigne. Sin embargo, el autor de la *Breve historia* no entra a establecer los fenómenos concretos que permitirían vincular la práctica particular del ensayo en Latinoamérica con la serie del género en Occidente. Por ahora, simplemente diré que, si bien pueden resultar de utilidad, los aportes teóricos anteriormente

mencionados no son suficientes para comprender el carácter y las funciones específicas que adoptó el ensayo en nuestras latitudes.

Por su parte, *El Descontento y la Promesa: Antología del Ensayo Hispanoamericano del siglo XIX* (2003), compilación de Juan Guillermo Gómez García, discípulo de Gutiérrez Girardot, parte de las ideas de su maestro para configurar su idea de ensayista y, de allí, proponer su selección de autores. Según Gómez García, el ensayista latinoamericano del siglo XIX puede comprenderse de manera genuina a través del prisma de las funciones desempeñadas por el ‘intelectual’ en la formación de las naciones hispanoamericanas:

Los intelectuales son así la parte más preponderante de la élite modernizante de nuestros países y la obra escrita ensayística que ellos legaron es parte constitutiva del difícil ascenso de las unidades nacionales y del deseo bolivariano concomitante y vivo a lo largo del siglo, como lo prueban los trabajos de Martí o Rodó de la unidad continental imaginada. (2003, pp. XII-XIII)

Esta idea, claramente heredada del autor de *La formación del intelectual hispanoamericano en el siglo XIX* (1992), es una de las piezas angulares del tercer capítulo de la presente disertación, razón por la cual, la dejaré por ahora apenas esbozada. En todo caso, si bien es comprensible que su atención al caso colombiano quede reducida por el objetivo amplio de su antología, también es muy dicente que en su selección se haya decantado por incluir únicamente a Miguel Antonio Caro y a Carlos Arturo Torres. Sospecho que no incluyó a un exponente del ensayo colombiano de principios del siglo XIX por la extensión de su materia, no obstante, como pretendo demostrar más adelante, esto no implica que los ensayos de Rodríguez, Caldas, Nariño, Bolívar o Azuero deban excluirse de las preocupaciones que convoca la “cuestión nacional”, a saber, la postulación de nuestros primeros símbolos nacionales, la construcción de un imaginario social moderno, la pregunta por la identidad americana, la probidad de las formas del gobierno, entre otros tantos.

### ***1.1.1. Comprender la omisión del ensayo colombiano del siglo XIX en nuestra historia literaria: un problema de presupuestos metodológicos y conceptuales***

Tras haber superado esta breve pesquisa de algunas de las historias y antologías del ensayo y de la literatura colombianas y latinoamericanas, es válido preguntarse: ¿cuál es la razón de la reiterada omisión del ensayo colombiano de finales del siglo XVIII y comienzos del XIX como hecho literario? y ¿por qué no ha sido reconocida la fecunda

práctica del ensayo durante este periodo de nuestra historia literaria? En este apartado me propongo ofrecer una aproximación a la posible respuesta a estas preguntas. Se trata de un asunto que, a mi juicio, se encuentra relacionado con los presupuestos conceptuales e historiográficos que manejan la mayoría de nuestras historias literarias. Por su parte, en la segunda parte del capítulo, continuaré la discusión estableciendo algunas coordenadas que permitirían reconocer la práctica del ensayo durante el periodo comprendido entre 1790 y 1820.

Dispuesto así, en este punto juzgo metodológicamente válido separar por un momento la idea de ensayo de la del ensayista, en aras de explicar por qué Miguel Antonio Caro y Sanín Cano devinieron en las figuras emblemáticas del ensayo del siglo XIX colombiano, desconociendo así la tradición que les antecede. En Hispanoamérica, la conciencia del ensayista vendría a aunarse a la idea del ‘escritor profesional’ u ‘hombre de letras’ como lo llama Gutiérrez Girardot:

En el siglo pasado [refiriéndose al siglo XIX] el hombre de letras aprovecha las posibilidades de la nueva situación y si no se profesionaliza ejerce su vocación literaria con intención política en el sentido más amplio del término. No en todos los casos, ciertamente, pero sí en los más significativos. No lo hace pues gracias al ocio y la libertad como el *homme de lettres* sino al servicio de las nuevas Repúblicas, y eso le da una función pública. Tal función y acción públicas y la regularidad de la actividad constituyen un paso previo para la “profesionalización” del hombre de letras: es el “escritor”. Y la primera culminación de este proceso es el del escritor cuya acción no es pública-política en el sentido de político, sino pública y política como escritor: es el intelectual. (1992, p. 20)

Es interesante constatar que, particularmente, la figura de Sanín Cano y su producción devienen paradigmáticas en la medida que su revolución estética y crítica —como algunos tienden a juzgarla— coincidiría con la idea del escritor profesional propiamente dicha. La aparición del ‘intelectual’ como símbolo de la profesionalización de una actividad humana apoyaría la estabilización, en este caso, del ensayo como género y practica en Colombia y Latinoamérica. Algo similar cabría admitir de lo acontecido con escritores como Martí, José Enrique Rodó y Rubén Darío. Esta es, por ejemplo, la perspectiva del problema que maneja ostensiblemente Oviedo en su *Breve Historia*, para quien

son fecundos, vastos y enormemente influyentes [...] Andrés Bello (1781-1865), Sarmiento (1811-1888), Juan Montalvo (1832-89), Eugenio María Hostos (1839-1903), José Martí (1853-1895) y Manuel González Prada (1844-1918). Sus obras se despliegan como un abanico que ilustra las mayores tendencias literarias del siglo: Bello, Sarmiento y Montalvo marcan la transición que lleva del neoclasicismo al auge del romanticismo; Hostos representa el momento positivista, y Martí y



González Prada señalan la etapa augural del modernismo. *Estos son los grandes padres del género: con ellos comienza realmente la historia de nuestro ensayo.* (1991, p. 22. Énfasis mío)

En nuestro país, la idea de concebir a Sanín Cano como el padre fundador del género se apoyó en el surgimiento paulatino de lo que sería el primer escalón hacia la consolidación de un ‘campo literario’ colombiano a través de la organización de las tertulias, periódicos, revistas literarias, la aparición de las primeras muestras de la tradición novelística y poética nacional, así como la publicación de *La historia de la literatura en Nueva Granada* (1867) de José María Vergara y Vergara, entre otros fenómenos de carácter literario, sociohistórico y cultural. En esencia, la profesionalización del hombre de letras es uno de los procesos que autorizaron empezar a hablar de una genuina práctica ensayística en nuestros territorios. Al menos, así parecen demostrarlo las historias literarias que se han valido de este hecho —por lo general de manera implícita— para justificar el inicio del trasegar del género ensayístico en nuestras latitudes.

Ahora bien, al hablar de Pedro Fermín de Vargas, Socorro Rodríguez, Bolívar, Nariño o Azuero como ensayistas, nos referimos a un tipo de intelectuales que, efectivamente, estaban a caballo dentro del proceso de profesionalización del hombre de letras. Se trata de figuras para las cuales resulta imposible separar su función pública y política de su actividad escritural. Este factor explicaría la vacilación de la historia literaria para, por un lado, entenderlos como ensayistas y, por el otro, para distinguir dentro de su producción, los textos que adoptan el gesto y la forma del ensayo. En cortas palabras, hablamos de intelectuales no emancipados, es decir, que por la naturaleza de las relaciones y funciones que guardaron con su medio social, no pueden comprenderse ajenos de su función pública y eminentemente política. Quizás este sea el motivo por el cual sus ensayos no han dejado de ser entendidos meramente como misivas, tratados, artículos, discursos, cartas, entre otros, todos ellos de interés documental a razón de sus asuntos predominantemente políticos. Como ya se podrá intuir, este punto de vista, perfectamente válido, tiene el agravante de desconocer la naturaleza literaria de estos textos.

Al lado del criterio de la profesionalización, se suma la idea de literatura que el ejercicio historiográfico ha manejado para evaluar y valorar los hechos literarios. No es extraño encontrar que una de las respuestas más recurrentes a la pregunta ¿qué es lo

literario?, interrogante rector de cualquier historia literaria, esté asociada a la idea de las “bellas letras” y del llamado “estilo literario” en el ejercicio de la historiografía latinoamericana —asunto que ya fue observado en las historias de Ortega y Gómez—. A manera de ejemplo, puede tomarse la *Historia de la literatura hispanoamericana* (1974) de Enrique Anderson Imbert. Por un lado, se trata de una historia cuya propuesta de periodización está ajustada mediante el criterio de las “generaciones literarias”; los fenómenos, movimientos y hechos literarios son valorados a la luz de los grupos de escritores nacidos en periodos determinados. Por otro lado, el historiador argentino maneja ostensiblemente el criterio de las ‘bellas letras’ para determinar lo que debería o no entrar en una historia literaria. Al respecto, nótese cómo aborda el problema de las manifestaciones literarias a finales del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX:

*Una historia de la literatura resuelta a ajustarse a su propia materia —el registro de lo que hicieron los hombres para expresarse en bellas palabras— debería cerrar los ojos y dejar fuera lo primordial de este último periodo del siglo XVIII, que no fue la literatura, sino el movimiento de las ideas filosóficas y la preparación de la independencia política. En todo caso, debería señalar sólo lo más próximo a la literatura. Examinemos pues, en primer término, los escritos que quieren entrar en la literatura —versos, prosas imaginativas— pero sin renunciar a dar un vistazo a las ideas, por poco literarias que sean. Las ideas son aquí lo importante. Recuérdese que estamos en el umbral de la Independencia, y ahora más que nunca es necesario comprender el fondo ideológico de nuestras revoluciones. Los lectores que, con impaciente patriotismo, quieren que se les hable de la originalidad de sus patrias, nos reprocharán la atención que en estas páginas se da a las ideas y estilos europeos. Pero es que el estudio de la literatura, por aspirar a normas universales, no refleja la peculiaridad de la sociedad americana que puede encontrarse en la etnografía. (1974, p. 181. Énfasis mío)*

Una revisión atenta de la cita anterior permite entrever los presupuestos metodológicos y conceptuales del historiador. Vamos pues, por partes. Imbert propone una idea de lo literario centrada en un criterio estilístico, en este caso, que la literatura es el arte de la expresión humana puesto de manifiesto en ‘bellas palabras’. Los versos y las prosas imaginativas, ejemplos del pulimiento del arte verbal, entran sin problema en su propuesta y, de hecho, son los objetos a los que, según él, debería apuntar toda historia de la literatura. Todo lo demás, en este caso la prosa de finales del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX, solo entran en su historia por aproximación, mas no como auténtico hecho literario. En esta perspectiva, escritores como Bolívar, Bello, Zea, Caldas, Nariño, Torres, entre otros, son mencionados en su tratado, pero no como cultores de un género definido; su evocación obedece, básicamente, a que, en algunos fragmentos de sus cartas, discursos y artículos, Imbert entrevé el chispazo de un ‘estilo artístico’. En otras palabras, estos

intelectuales no hacen parte del ámbito literario sino de manera tangencial, pues su producción apenas permite percibir algunos ‘brotes’ de intuición estética.

Para Imbert, Francisco Antonio Zea es un ‘sabio con sensibilidad literaria’ ya que se le han atribuido algunos versos y porque “aún en las páginas de los hombres de pensamiento y estudio se empapaban con el sentimentalismo de la época” (1974, p. 189). Caldas es un ejemplo del estilo dieciochesco del “hombre sensible”, “rápido de lágrimas”, elementos que pueden vislumbrarse plausiblemente en su correspondencia con una tendencia a seguir el modelo de las cartas expresivas de Rousseau:

Caldas era un naturalista con talento literario, y sus descripciones de la naturaleza —la del Tequendama, v.gr.— valen como arte. Su prosa está bien emparentada con la de Feijoo, Jovellanos, Quintana, aunque la terrible naturaleza por la que andaba todo sobrecogido suele inspirarle frases de poderoso patetismo. “La razón, la experiencia son mi luz”, decía; pero también recibía las luces de su corazón. Luz es la palabra clave. Publicó su *Semanario de la Nueva Granada* (1808-1809) para “promover incesantemente la ilustración y felicidad de sus pueblos”. (1974, p. 189)

Antonio Nariño tampoco debería entrar en una historia de la literatura por cuanto su producción intelectual no puede entenderse como arte literario,

sin embargo, vivió la literatura de los demás y debe mencionarse aquí siquiera como ejemplo de lo que era el intelectual hispanoamericano en las postrimerías de la colonia. Nariño tenía la biblioteca privada más rica en el Virreinato de Nueva Granada. Discutía con sus amigos esos libros —muchos de ellos prohibidos—; y en una pequeña imprenta de mano componía, para regalar a sus amigos, selecciones de sus lecturas. (1974, pp. 189-190)

Por su parte, los textos de Simón Bolívar, si bien representan una clave para entender la entrada de las ideas liberales en el panorama del pensamiento latinoamericano, solo palpan lo literario cuando demuestran cierto grado de elaboración y maestría estilística:

Algunas de sus páginas tocan la literatura, como “Mi delirio del Chimborazo” (1824) o los penetrantes vistazos de la “Carta de Jamaica” o su preámbulo a la constitución de Angostura, sus proclamas y cartas. Las dos cartas críticas a Olmedo —con motivo de la composición del Canto a Junín— no sólo tocan la literatura sino que la hacen. Son cultas, penetrantes, ingeniosas, sinceras, ágiles.” (1974, pp. 222-223)

Podría continuar ilustrando el modo proceder de Anderson Imbert a través de ejemplos similares. Sin embargo, lo que me interesa aquí es demostrar cómo el carácter inmanente y estilístico de su idea de literatura ha pasado, literalmente, por encima del género ensayístico sin reparar en su presencia. Su idea de la literatura, la ausencia de una perspectiva del género y, de manera intuitiva, el asunto de la profesionalización del escritor latinoamericano, no le permitieron observar históricamente el carácter específico

de la ingente ebullición del ensayo como práctica discursiva y literaria que, en buena medida, encarna las verdaderas funciones adjudicadas a la literatura en este momento concreto de nuestra historia cultural. Me atrevo a decir que Imbert señaló las ideas y el impulso del pensamiento como rasgos característicos de la época, pero no entendió que el momento histórico, social y cultural convocaba dichas ideas en una forma de expresión concreta: el ensayo.

La cita inicial de Anderson me permite sugerir otras apreciaciones. El historiador subraya la necesidad de comprender el ‘trasfondo ideológico’ de nuestras revoluciones políticas y sociales para entender el panorama de sus letras, por entonces, tan volcadas hacia el ámbito de las ideas. Sin embargo, se le escapa que dichas ideas aparecen dentro del orden social asociadas a un grupo social concreto, los criollos, y vehiculadas por formas de expresión concretas, ya que las ideas no viajan solas, sino que se transportan a través de diferentes dispositivos expresivos. ¿Cuál fue tal forma cuyo trasfondo ideológico es el propio del sentir histórico del criollo neogranadino? Para nosotros no cabe duda que se trata del ensayo.

Ahora bien, la literatura se ha caracterizado por unos medios expresivos habituales, la novela, el relato, el cuento, el poema, entre otros. El ensayo no figura como una de sus formas expresivas más frecuentes, razón por la cual, la identificación de su práctica en momentos específicos de nuestra historia social y cultural debería convocar una atención especial por cuanto en él se han apoyado y encarnado fenómenos y procesos de enorme importancia para la evolución de la sociedad y de la literatura. El problema radica en que, dada la ausencia de una perspectiva del género, se imposibilita su rastreo, al menos en el alba del siglo XIX latinoamericano.

Esta es la razón por la cual Imbert disculpa la aparente falta de originalidad de la literatura latinoamericana en este momento concreto de nuestra historia y la necesidad que tiene de remitirse constantemente al horizonte europeo. En contrapunto, debo señalar que, a mi juicio, la originalidad de nuestras manifestaciones literarias de la época se encuentra concentrada en el ensayo por su capacidad de nombrar e interpretar la peculiar situación existencial e histórica de la sociedad americana del momento, abocada inevitablemente al proceso coyuntural de la salida de la colonia y el comienzo de su vida republicana. Leamos en esta perspectiva a José María Salazar, a quién mencionamos más atrás, y su ensayo *Bosquejo político de la América antes española* (1827):

Tantos han sido, tan varios e importantes los acontecimientos de la América española, desde que trató de existir por sí misma en el orden político estableciendo un gobierno propio, que si hubiera de medirse por ellos el tiempo que los ha traído, no parecerían el resultado de tan corto período, sino la obra de un siglo. La posteridad, ansiosa de saber los sucesos de los antepasados, y en particular nuestros descendientes, herederos del bien y del mal de sus padres, leerán con interés la historia de esta época, ya para evitar los errores que se hayan cometido, ya para seguir los ejemplos que merezcan ser imitados. (Salazar, *Bosquejo*, 1998, p. 161)

La singularidad del texto de Salazar, si acaso no es la de ostentar el atributo de las ‘bellas letras’, puede percibirse en la exhibición que hace de la desarrollada «conciencia histórica» del autor. Desde su título nos habla de una colectividad, la América, que ya no es española, y cuyo proceso histórico es digno de relatar por cuanto representa un saber valioso para las generaciones venideras. Con él, diríase, estamos hablando de un estadio más avanzado en el desarrollo de la «conciencia histórica» nacional, problema que, plausiblemente, será objeto de una próxima indagación. A través del ensayo de Salazar podemos percibir que el problema ya no es únicamente la comprensión de la *temporalidad* del devenir humano, el telón de fondo de la mayoría de nuestros primeros ensayos, sino la legitimación del valor epistemológico del saber histórico para la nación colombiana —en una consideración similar ubico *Mediación entre España y América* (1818) de Francisco Antonio Zea, ensayo al que me referiré en el tercer capítulo—.

En síntesis, buena parte de la producción intelectual de la generación ilustrada de finales del siglo XVIII y comienzos del XIX colombiano no es valorada generalmente como un hecho literario por la naturaleza de los criterios metodológicos y conceptuales que suele manejar el ejercicio historiográfico y la crítica literaria latinoamericana. Hablo de historias de la literatura que no adoptan una genuina perspectiva histórica —pese a presentarse como a historias—, que no cuentan con un horizonte claro del género que debería rastrearse en los fenómenos literarios asociados a los procesos sociohistóricos de momentos concretos, y que suelen privilegiar ideas de lo literario de orden inmanentista, esto es, incapaces de comprender la evolución de las formas y los modos de expresión.

Así las cosas, el ensayo permanece como un género irónicamente invisible durante periodos en los que gozó de una fecundidad inigualable y parcialmente interpretado a la luz de aparatos conceptuales que no pueden asir cabalmente las particularidades que adoptó en nuestros territorios. Hasta el momento, la historia literaria colombiana no ha reparado en el hecho de la legítima existencia de una tradición ensayística local, cuya vida arrancarían en las postrimerías del siglo XVIII, principalmente, porque se le ha escapado de las manos explicar las funciones que este modo de expresión desempeñó durante la época.

En este orden de ideas, el “gesto ensayístico” ha pasado reiteradamente desapercibido dentro del océano informe de la prosa de la primera mitad del siglo XIX, constituida por textos científicos, alocuciones públicas, artículos periodísticos, panfletos ideológicos, biografías, artículos de costumbres, apólogos, misivas, diarios, trabajos en el campo de las ciencias sociales, crónicas, entre tantos otros. Allí se han camuflado genuinas muestras ensayísticas, capaces de dar cuenta de una tradición todavía sin estudiar a profundidad y fundamentales para comprender cómo nuestros procesos literarios entran en dialogo con las series literarias occidentales. El ensayo no es un género baladí: se trata de la forma de expresión con la que nuestras sociedades ingresaron en el panorama global de las letras y el pensamiento moderno, y que facilitó la puesta en marcha de nuestras primeras “operaciones identitarias” (Castoriadis, 2013, p. 283).

Sin embargo, por lo general, nuestros ensayos de la época han sido leídos, particularmente por los historiadores y sociólogos, en búsqueda de datos que les permitan explicar problemas, esto es, en su dimensión documental, pero sin reparar en su naturaleza literaria. Lo irónico del asunto es que ni siquiera las historias de la literatura ni la crítica literaria han observado que lo dicho en estos ‘documentos’ pasa por una forma esencialmente literaria. No obstante, es claro que estas manifestaciones resultan problemáticas porque se trata de escritos altamente subjetivos sobre problemas colombianos. En este sentido, no pueden clasificarse como “documentos” puros, pues en su naturaleza se permea el aspecto literario asociado a la “memoria del género” ensayístico (Weinberg, 2007, p. 125). No se trata de un asunto estilístico; el problema es la identificación del género literario y sus funciones dentro del orden social. En este orden de ideas, la ya mencionada propuesta de los cursos sobre literatura colombiana del siglo XIX hecha por Iván Padilla Chasing busca, precisamente, explicar la esencia literaria de estos textos y la manera como participan de los problemas colombianos de la época. ¿Es posible entonces hablar de una ‘memoria del género’ ensayo antes de la primera mitad del siglo XIX en Colombia? Aquí consideramos que sí.

### ***1.1.2. Superar el estatismo metodológico y la pasividad teórica de la historia literaria nacional: un camino que conduce al ensayo colombiano del siglo XIX***

Contamos apenas con una idea fragmentaria e incompleta de la evolución del ensayo dentro de nuestra serie literaria nacional. Llegamos a Caro y a Sanín Cano como los aparentes primeros cultores del género en nuestro país sin haber clarificado el camino

que nos conduce y permitiría explicar de mejor manera su aparición. A mi juicio, el estatismo metodológico y la pasividad teórica de nuestra historiografía literaria son los problemas de fondo que han dificultado perfilar una historia del ensayo en Colombia, mas no la inexistencia de una tradición ensayística local que, como he dicho, arrancaría con la generación ilustrada de finales del siglo XVIII que vivió en carne propia la implementación de las políticas del reformismo borbónico<sup>9</sup>, los procesos de la Independencia y el nacimiento de la República. Al parecer, el ejercicio historiográfico aún no se ha planteado la siguiente pregunta: ¿cómo Caro y Sanín Cano lograron poner de manifiesto en sus ensayos la conciencia del género que practicaron con tanto fervor y maestría? ¿La heredaron directamente de la tradición europea? A mi parecer, es evidente que no pudieron alcanzar de la nada el dominio y la destreza con la que ‘ensayaron’ esta forma de expresión ilustrada y moderna. Ciertamente, estos escritores encarnan un punto cardinal dentro de la historia del género ensayístico en Colombia, a saber, el de la toma de conciencia de esta forma de expresión por parte de la intelectualidad nacional y su posterior arraigo cultural; sin embargo, la trascendencia de estos hechos nunca debió haberse confundido con el origen de la práctica del género en nuestro país.

Si bien, es un acierto reconocer y reiterar que Caro y Sanín Cano indudablemente representan figuras emblemáticas dentro de la práctica ensayística colombiana, aseverar explícita o implícitamente que sus ensayos encarnan al mismo tiempo el origen del género en nuestro país resulta una reducción miope del fenómeno. Comprender cómo el ensayo adquiere en nuestras latitudes autonomía y conciencia por parte de sus practicantes —el caso de Sanín Cano y las generaciones posteriores de ensayistas— y de la crítica es un asunto que se ha prorrogado ostensiblemente hasta nuestros días. En esencia, el problema del ensayo en Colombia se resolvió sin mayores miramientos una vez la producción de algunos escritores, principiando por Caro y Sanín, finalmente se ajustó a un arquetipo teórico de la naturaleza del ensayo. Hablo de la impronta teórica de las ideas de Lukács y Adorno, así como del modelo de Montaigne. No obstante, reitero, estos paradigmas, si bien son importantes para indagar sobre el asunto, no permiten explicar cabalmente la

---

<sup>9</sup> Si bien la implementación de las políticas borbónicas en América puede interpretarse como un fenómeno general que afectó a todos los virreinos y provincias del Nuevo Mundo, es preciso indicar que cada región vivió este proceso con matices que vale la pena diferenciar. Con el ánimo de estudiar la particularidad del fenómeno a nivel local, Luisa Consuelo Soler en *Reformismo Borbónico en América. El caso de la Nueva Granada. Siglo XVIII* (2002) y Nydia Arévalo y Gustavo Escobar en *Intercambio comercial entre España y la Nueva Granada en el ámbito de las reformas borbónicas 1785-1789* (1997), presentan unos estudios que vale la pena revisar por su enfoque específico en la vivencia del reformismo borbónico en Nueva Granada.

particularidad del ensayo colombiano del siglo XIX. En Colombia llegamos al ensayo por una vía distinta a la del pensador y escritor francés. Así, el asunto se zanjó al ‘importar’ una idea paradigmática de ensayo —solución que aquí llamo ‘pasividad teórica’— y verificar en qué momento un conjunto de textos se acopló a la misma —estatismo metodológico—. Desde esta óptica, es factible consolidar un grupo si se quiere estable de ensayistas, objetivo propio de la antología, del catálogo y del manual, pero no explicar históricamente la práctica del ensayo en Colombia.

Dispuesto así, las primeras preguntas que surgen ante este panorama son las siguientes: ¿Cómo se inscribe el ensayo colombiano en la serie occidental del género? ¿Qué lo caracteriza y diferencia? ¿Qué implica emprender un estudio histórico del ensayo en Colombia? En efecto, se trata de cuestiones que convocan múltiples problemas, puesto que estas preguntas no han sido planteadas de manera suficientemente clara en los estudios colombianos. Si bien, mi objetivo no es ofrecer una posible historia del ensayo en Colombia, la presente indagación sí está dirigida a pensar este proyecto en diálogo directo con los logros alcanzados hasta el momento en esta materia. Para ello, y parafraseando a Tynianov, el primer paso a seguir es considerar el aspecto dinámico y evolutivo, en este caso del género, en aras de esclarecer las variantes de su práctica en nuestro país. Como se verá, esta intención exige comprender que la idea de ensayo, que se volvió canónica tras la propuesta de Sanín Cano, no es ni debe ser la única que nos permita aproximarnos al fenómeno.

Esta orientación sugiere otros cuestionamientos preliminares: ¿qué tipo de ensayo se practicó antes del surgimiento del autor de *La civilización manual y otros ensayos* (1925)? ¿Qué procesos dentro del orden literario y social condujeron a la toma de conciencia de la presencia del género en nuestro país? ¿Qué tipo de estudio y qué *corpus* documental permitirían comprender de mejor manera el trasegar del ensayo en nuestro país antes de su aquí llamada ‘toma de consciencia’? ¿Qué procesos sociohistóricos y culturales concretos hicieron posible la aparición, consciente o inconsciente, de esta forma de expresión en nuestro país? Y finalmente, ¿qué presupuestos metodológicos y conceptuales permitieron a historiadores, críticos, antólogos y compiladores como José Miguel Oviedo, Peter Earle, Medardo Vitier, Juan Guillermo Gómez García, Antonio Sacoto, (en el caso hispanoamericano<sup>10</sup>) y a Guillermo Torres de Alba, Jorge Eliecer Ruíz

---

<sup>10</sup> Respectivamente: *Breve historia del ensayo en Hispanoamérica* (1991), *Historia del ensayo hispanoamericano* (1973) y *El ensayo hispanoamericano: del modernismo a la modernidad* (1982), *Del*



y Juan Gustavo Cobo Borda, Oscar Torres Duque (en el caso colombiano<sup>11</sup>), entre otros, consolidar sus diferentes historias, antologías y artículos sobre el ensayo en Hispanoamérica y Colombia?

Con esto último en mente, es decir, la manifiesta intención de emprender un estudio histórico-analítico de la práctica del ensayo y comprender su directa participación en los procesos de toma de *conciencia histórica*<sup>12</sup>, se hace necesario, por un lado, precisar la guía metodológica del punto de partida para tal fin —asunto que constituirá el segundo capítulo de la disertación— y, por el otro, su relación con la postulación de los primeros ‘imaginarios sociales’ y símbolos nacionales por parte del criollo ilustrado —objeto del tercer capítulo—. Al respecto, me valgo de las siguientes inquietudes, incertidumbres y sugerencias de Torres Duque, las cuales resultan esclarecedoras para dirigir mi indagación:

¿Cuáles son los problemas de este estudio histórico? Lo primero es determinar el periodo cronológico que la investigación debe abarcar. Con generosidad se piensa que el concepto "Colombia" implica tomar como punto de partida el hecho histórico de la Independencia, dígase 1810 o 1919 que para el caso no hacen mayor diferencia. Sin embargo, aquí surgen dos incertidumbres: la primera, historicista, corresponde a la necesaria pregunta por los antecedentes de ese comienzo simbólico: las producciones del pensamiento —y menos las literarias— no pueden surgir de la nada ni están supeditadas a que se produzcan o no algunos hechos militares cruciales; la segunda incertidumbre tiene que ver con el supuesto género que se rastrea y que en las pocas investigaciones anteriores a la nuestra que tienen que ver con el que suele ser considerado, en Colombia, esencialmente como una creación del siglo XX o de finales del XIX. (1996, p. 38)

En efecto, mi indagación se perfila en buena medida a partir de las anteriores preocupaciones metodológicas planteadas por el primer historiador del ensayo en Colombia. El presupuesto de la presencia del ensayo en nuestro país, incluso mucho antes de que su producción deviniera en un acto consciente por parte de nuestros escritores, esto es, la presunción de la existencia de una ‘memoria del género’ previa a Caro y Sanín, invita, por un lado, a examinar la producción de un nutrido conjunto de prosistas de un

---

*ensayo americano* (1945), *El descontento y la promesa. Antología del ensayo hispanoamericano del siglo XIX* (2003), *Del ensayo hispanoamericano del siglo XIX: discurso hegemónico masculino* (2003) y *Ensayos y estudios hispanoamericanos* (1982),

<sup>11</sup> Respectivamente: *Ensayistas colombianos* (1945); *Ensayistas colombianos del siglo XX* (1976); *Historia del ensayo en Colombia* (1995), *Necesidad y problemas de una historia del ensayo en Colombia* (1996) y *El mausoleo iluminado. Antología del ensayo en Colombia* (1997).

<sup>12</sup> Por ahora, entendiendo que a este concepto y su relación con el ensayo se encargará el segundo capítulo de mi disertación, convoco la idea general de Gadamer: “la aparición de una toma de conciencia histórica es probablemente la más importante entre las revoluciones que hemos sufrido en la época moderna [...] Entendemos por conciencia histórica el privilegio, que posee el hombre moderno, de tener plena conciencia de la historicidad de todo presente y de la relatividad de todas las opiniones” (2011, p. 41).

periodo determinado y “ponerlos bajo sospecha” (Torres, 1996: 42) y, por otro, a intentar una aventura investigativa capaz de dar cuenta de la particularidad del ensayo colombiano a partir de un *corpus* de muestras ensayísticas concretas, en este caso, comprendidas entre 1790 y 1820.

## **1.2. El ensayo colombiano y su diálogo con la tradición occidental (1790-1820): hacia una toma de conciencia del género**

Alcanzamos aquí uno de los asuntos nucleares de nuestra disertación: demostrar la práctica del ensayo en Colombia durante el periodo comprendido entre 1790 a 1820. Se trata de una empresa que tiene, paradójicamente, el agravante y la facilidad de no contar con referentes previos —descontando las ya mencionadas observaciones sobre el asunto del profesor Iván Padilla y la *Historia del ensayo en Colombia* del profesor Duque—. En este sentido, se trata de un problema inexplorado, es más, si se quiere, de la postulación de un asunto hasta el momento insospechado. Como se precisó más atrás, la historia de la literatura colombiana no ha reparado en él, creemos aquí, producto de una aproximación conceptual y metodológica que le impidió constatar la presencia del gesto ensayístico en el repertorio de las expresiones literarias de la época. Su ejemplo me ha servido para construir la perspectiva y el método histórico que, considero, me permite llevar a cabo semejante demostración.

Por su parte, la crítica literaria y con ella algunos de sus presupuestos teóricos, me han permitido comprobar que los horizontes de definición del vocablo ‘ensayo’ resultan insuficientes para emprender esta aventura investigativa. Por esta razón no me decanté por convocar, en calidad de lo que usualmente se llama “marco conceptual”, la idea paradigmática del ensayo de Montaigne (1533-1592) —a quién se ha adjudicado tanto la paternidad como las primeras reflexiones en torno al género— ni las reflexiones más de corte filosófico de Lukács y Adorno, la propuesta teórica de Max Bense, la perspectiva semiótica de Roland Barthes o los importantes aportes de Alfonso Reyes, Aullón de Haro, Pierre Glaudes y Liliana Weinberg, entre tantos otros, sobre la naturaleza del ensayo. Puesto de otra manera, partir ingenuamente de cualquiera de los paradigmas teóricos sobre el ensayo para analizar su presencia y comportamiento en el alba del siglo XIX colombiano, conduciría, casi que irremediabilmente, a descartar, si no todo, buena parte del corpus de estudio propuesto. En otras palabras, por más que sea factible identificar algunas de las características esquemáticas del género propuestas por estos autores

—acaso las fundamentales— en las muestras del ensayo colombiano de 1790 a 1820, esto no implica que se puedan hipostasiar irreflexivamente sus ideas a los tipos y funciones específicas que el ensayo adoptó en nuestro país durante ese periodo. En mi opinión, el problema invita más bien a una discusión abierta con estos paradigmas explicativos de la forma y, en cierta medida, a la construcción de nuevas categorías conceptuales, sin que por esto pretenda presentar al lector un nuevo modelo teórico.

A su vez, me atrevo a asegurar que este modo habitual de proceder, esto es, encabezar la indagación de corte histórico con los paradigmas teóricos —como es el caso de la *Breve Historia* de Oviedo— o, en su defecto, comprender los conceptos teóricos sobre los géneros literarios como categorías estáticas, ahistóricas e incuestionables a la hora de emprender el ejercicio historiográfico<sup>13</sup>, es la razón por la cual, en el caso colombiano, se tiende a decir que la historia del género se inicia con Miguel Antonio Caro y Baldomero Sanín Cano. Pues, al parecer, las categorías explicativas de la teoría se ajustan de manera más evidente a sus escritos y no a los de Simón Bolívar, Antonio Nariño, Francisco Antonio Zea, Francisco José de Caldas, Pedro Fermín de Vargas, Manuel del Socorro Rodríguez, Juan García del Río, Francisco de Paula Santander, Vicente Azuero, Manuel Ancízar, Sergio Arboleda o cualquier otro posible referente de las primeras generaciones ilustradas del país. En este punto, invito a seguir la siguiente inversión de los hechos: Caro y Sanín no son los pioneros del ensayo en Colombia, sino que se encuentran inscritos en una tradición que data de finales del siglo XVIII y principios del XIX. En este sentido, la primera característica, al mismo tiempo pueril y esencial, de nuestra primera tradición ensayística es precisamente el hecho de haberse practicado con una asombrosa prolijidad, pero, irónicamente, bajo la sombra de su inconsciencia. En términos generales —y esto sugiere el problema teórico de fondo— las primeras manifestaciones del ensayo en Colombia no fueron conscientes de la serie literaria que inauguraban en el ámbito de las letras nacionales. Buscamos ensayos en un ámbito que nos exige, en cierto modo, ampliar las ideas que tenemos del género.

Bajo estas condiciones, la palabra ‘coordenadas’ parece ser la más indicada para expresar las intenciones de este capítulo, por cuanto implica una discusión en el plano de lo teórico pero dirigida a suplir la necesidad de situar el ensayo colombiano de 1790 a 1820 en las circunstancias socioculturales específicas que motivaron su surgimiento,

---

<sup>13</sup>un ejemplo aquí mencionado es la *Historia* de Anderson Imbert.

mientras se mantiene el diálogo con la dinámica de la serie literaria occidental que encarna el género. En este sentido, y aprovechando lo conciso del periodo abarcado, me permito adoptar un proceder más analítico que sintético; mi interés no consiste en erigir y presentar un catálogo de ensayos de la época, sino partir de un corpus personal para comprender y explicar, entre otros: primero, la presencia del ensayo en el panorama de los productos intelectuales y culturales de la época; segundo, el ensayo del periodo en calidad de una de las tantas modalidades de las prácticas culturales ilustradas; tercero, el ensayo como forma integrante de los nuevos modos de representación del pensamiento moderno en Colombia; y, cuarto, el ensayo colombiano de 1790 a 1820 en relación con la tradición del género en Occidente.

Estoy convencido de que la perspectiva histórico-literaria y del género me permitirá identificar, por un lado, los ‘gestos ensayísticos’ y la ya mencionada ‘memoria del género’ —esto es, caracterizar el tipo de ensayo practicado amparado no solo en los presupuestos teóricos, sino, antes bien, en las coordenadas sociohistóricas que permitieron su gestación—. Y por el otro, entender a los autores no en su lugar tradicional de militares, administradores, próceres de la independencia, políticos —en síntesis, consabidos símbolos de interés historiográfico—, sino en su papel de intelectuales ilustrados de la época.

### ***1.2.1. El ensayo colombiano (1790-1820): una ‘práctica ilustrada y moderna’***

Una de las perspectivas más reveladoras en el ámbito disciplinar de la historia para comprender un fenómeno concreto, como fue la Revolución Francesa, es la propuesta de Roger Chartier en su libro *Los orígenes culturales de la Revolución Francesa* (1990). En *Los ilustrados de la Nueva Granada* (2002), Renán Silva hace eco de la inversión metodológica sugerida por el historiador francés para comprender el surgimiento de la llamada generación ilustrada y su relación con el proceso independentista. En ambos casos, los autores optan por cuestionar el vínculo causalista que une la Ilustración con las revoluciones sociales en Francia y Colombia respectivamente —por demás muy habitual y muchas veces impuesto como la hipótesis que de mejor manera explica el proceso—. Al respecto, señalan que este tipo de relación causal-teleológica, devenida, por lo general, de la impronta de la historia de las ideas, no permite entender el carácter específico del movimiento ilustrado. En contra parte, proponen el horizonte de observación que permite la historia cultural. Vista desde allí, la

Ilustración trasciende su consideración en calidad de un conjunto de ideas o una ‘doctrina’, para erigirse como un complejo sistema de prácticas culturales dentro de un orden social y unas coordenadas sociohistóricas concretas.

Esta breve reseña del proceder metodológico de Chartier y Silva resulta esclarecedora para evitar un primer lugar común en el que podríamos caer a la hora de explicar el surgimiento de la práctica del ensayo en Colombia, a saber, el establecimiento de una explicación causalista y sin mayores miramientos de la relación Ilustración-Ensayo. El enfoque de la historia de las ideas, aquel que exhibe de manera evidente Uribe en su libro *El pensamiento colombiano del siglo XIX*, nos invitaría a trazar una línea directa por la cual las ideas ilustradas, tarde o temprano, engendrarían el ensayo, como si se tratara de una suerte de proceso por gratuito, o empleando aquí la expresión coloquial, por ‘ósmosis’. Si me atrevo a hablar de la presencia patente de expresiones ensayísticas a finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX en la entonces Nueva Granada es, primordialmente, porque puede demostrarse la existencia de un conjunto de prácticas sociales y culturales dentro del orden social que vinculan los ejercicios de escritura de nuestros intelectuales con el género.

Dentro de dichas prácticas propiamente modernas en el sentido kantiano del término, una en particular se destaca: el debate público de las ideas<sup>14</sup> en relación con el surgimiento de los periódicos —usualmente asociado a la aparición del periodismo en Colombia—. La configuración de un sujeto que *opina*, esto es, que pone sobre la mesa sus ideas, expresa libremente sus reflexiones sobre un estado de cosas a través de los dispositivos y prácticas culturales que así se lo permitieron (tertulias, cátedras académicas y particularmente los periódicos), y entra deliberadamente en el debate público sobre la realidad y el destino de la nación, es un fenómeno que guarda estrecha relación con el

---

<sup>14</sup> Para Kant, el “uso público de la razón” es una de las condiciones *sine qua non* para alcanzar la “mayoría de edad”. Ahora, esta condición solo es plausible en sociedades que han ingresado paulatinamente en un ‘orden civil’, entendido como una nueva configuración de la sociedad y de su *ethos* cultural. El caso del Reino de la Nueva Granada a finales del siglo XVIII, guardando las respectivas distancias, puede ilustrarse analógicamente con lo expresado por Chartier: “El príncipe ilustrado (nos referimos a Federico II) lo es, justamente, porque deja que se desarrolle, sin coacciones ni restricciones, ese uso público de la razón, permitiendo de este modo a los hombres llegar a la mayoría de edad. Esta tolerancia no pone en modo alguno en peligro el ‘orden civil’, garantizado por los límites impuestos al uso hecho de la razón en los deberes exigidos por la condición o profesión y vale como ejemplo notorio: «Este espíritu de libertad se extiende también al exterior, incluso ahí donde choca con obstáculos externos de parte de un gobierno que desconoce su propio rol» (es el caso del reino de Francia en el que Kant tal vez piensa sin decirlo)” (Chartier, 2003, pp. 38-39). En el caso colombiano, el reinado de Carlos III podría entenderse analógicamente con la mención del príncipe ilustrado (Federico II). En esencia, el reformismo ilustrado trajo consigo algunas de las condiciones que permiten hablar de prácticas modernas en las colonias americanas en las décadas anteriores a los movimientos independentistas.

origen del ensayo en nuestro país y en Latinoamérica. El debate y la toma de posición sobre un tema es la práctica ilustrada que, de manera especial, permitiría explicar el carácter propio de la expresión ensayística en los albores del siglo XIX colombiano. Ahora bien, para ingresar metódicamente en este asunto, los trabajos de Silva y Uribe en el caso colombiano, como el de Arturo Roig en el latinoamericano, ofrecen algunos elementos de partida para comprender cómo se inserta el debate y la opinión pública en el conjunto de las llamadas prácticas ilustradas de la época y, a partir de allí, entender que algunos de los productos intelectuales que germinaron de allí son, en efecto, genuinas expresiones ensayísticas.

Así, comprender el surgimiento del ensayo en Colombia y su relación con la tradición del género en Occidente invita entonces, de entrada, a desplazarlos de la historia intelectual a la historia de la cultura. Más allá de definir el ensayo como un tipo de discurso capaz de dar cuenta de nuestro proceso de vinculación con el esquema del pensamiento moderno europeo —inicialmente mediado por el lazo histórico, político, social y cultural que nos une con España—, es preciso entender que sus primeras manifestaciones, si bien no aparecieron en la forma habitual que entendemos hoy en día como ‘ensayo’, ni mucho menos con las condiciones que enmarcaron los escritos de Montaigne y Bacon, sí se pueden explicar dentro del conjunto de prácticas y dispositivos discursivos propiciadas por el cambio mental y sociocultural al que nos vimos abocados, particularmente desde 1720, con las transformaciones de la Monarquía Hispánica durante el siglo XVIII.

En general, Silva demanda reconocer el carácter específico de lo que denominó un “proyecto general de reforma de la sociedad, y si podemos utilizar la expresión, de un ‘proyecto civilizatorio’ en el que el llamado “pensamiento [y las prácticas culturales] de la Ilustración” [junto a] los propios ilustrados [encontraron] un lugar, sobre todo desde 1767-1770” (2008, p. 22). Por supuesto, en ningún momento desconoce que, entre tanto, el grueso del cuerpo social continuaba viviendo a la usanza de las instituciones tradicionales, esto es, bajo el influjo de la herencia colonial y del esquema de pensamiento hidalgo tanto en sus aspectos materiales como espirituales. En estas condiciones, las cuales se mantendrían como telón de fondo sociocultural hasta finales del siglo XIX —asunto que sostiene Jaramillo Vélez en *Colombia la modernidad postergada* (1998)—, “la emergencia del individuo moderno era solo una posibilidad histórica remota” (Silva, 2008, p. 16). Ahora bien, la tesis que sostiene el historiador colombiano es que, en este

juego dialéctico de contrastes entre el proyecto civilizatorio de orden borbónico, el surgimiento de una élite letrada<sup>15</sup> y la aparición paulatina de un conjunto de prácticas ilustradas en medio del mayoritario cuerpo social de corte tradicionalista, se gestaría el carácter específico de nuestra Ilustración, claramente diferenciada de las condiciones del Viejo Continente y que, poco más tarde, vendría a constituir el proceso de nuestra entrada problemática en la modernidad.

Dispuesto así, resulta de vital importancia señalar y subrayar que el surgimiento del ensayo en Colombia precisa ser entendido en el marco de estos fenómenos, en efecto, hechos constitutivos de la compleja estructura existencial y material de la época. Entre ellos, siguiendo las anotaciones de Silva, destaco la vivencia del ascenso del estado absolutista en las colonias americanas como cuadro organizativo general y, dentro de ella, el reformismo borbónico<sup>16</sup> y su intento, muchas veces fallido en Nueva Granada, de modernizar las instituciones políticas, administrativas y culturales; el crecimiento demográfico, la consolidación del mestizaje —y con este la identidad del ‘criollo’— y el incremento de la vida urbana; las propuestas de Francisco Moreno y Escandón dirigidas a la extinción de los pueblos de indios y la promoción de sociedades de ‘individuos iguales’; el apoyo paulatino de una nobleza secular distinta de las comunidades religiosas y de los cuerpos tradicionales, grupo que vendría a convertirse en los llamados ‘Sabios del Reino’; la introducción de la filosofía moderna de la mano de José Celestino Mutis y sus alumnos, hecho que traería a nuestros territorios la impronta del pensamiento científico; la reorientación de los problemas locales hacia los ideales ilustrados de prosperidad, riqueza y felicidad, relacionados con la posibilidad de dirigir el trabajo de la

---

<sup>15</sup> Concebimos dicha “élite letrada” como la ciudad letrada de la que Rama habla en su libro homónimo: “En el centro de toda ciudad, según diversos grados que alcanzaban su plenitud en las ciudades virreinales, hubo una ciudad letrada que componía el anillo protector del poder y el ejecutor de sus órdenes: una pléyade de religiosos, administradores, educadores, profesionales, escritores y múltiples servidores intelectuales, todos esos que manejaban la pluma, estaban estrechamente asociados a las funciones del poder [...]” (1998, p. 32)

<sup>16</sup> “Las reformas borbónicas [...] pueden ser comprendidas como un esfuerzo por *extender la esfera del Estado*, extensión que tenía como objetivo la reconquista (o por lo menos el afianzamiento) del poder imperial, y la fijación de un nuevo estatuto económico para la región, que permitiera no sólo una mayor integración con la metrópoli, sino ante todo mayores rendimientos económicos y fiscales, para lo cual era necesario alterar los tradicionales equilibrios de poder (el *se obedece, pero no se cumple*), y modificar los arcaicos sistemas productivos en la minería y la agricultura, a través de la introducción de transformaciones técnicas y en general de la aplicación de las ciencias en el trabajo productivo y en el propio estudio de la naturaleza” (Silva, 2008, p. 19). Con relación a la vivencia del reformismo borbónico en América, remito al lector al libro de Antonio Domínguez Ortiz titulado *Carlos III y la España de la Ilustración* (2005). En particular, recomiendo la lectura del capítulo “América española en el reinado de Carlos III”, el cual ofrece un panorama muy completo de las necesidades que llevaron a la Corona a emprender sus políticas reformistas y las consecuencias que estas conllevaron en las colonias del Nuevo Mundo.

sociedad en otra dirección; las reformas introducidas a los cuerpos estamentales y universitarios, las cuales declaraban la educación como un asunto de ‘interés público’; el cambio paulatino del *modus vivendi* de los estudiantes, quienes empezaron a salir del enclaustramiento monástico para dirigirse a las calles a constituir y ocupar nuevos espacios y formas de socialización (tertulias y corrillos), en esencia, a abrirse a “formas de vida más independientes, con mayores niveles de *individuación*” (2008: 47); la emergencia de nuevos espacios de lo privado y de actividades que propiciarían el surgimiento de otros modos de sociabilidad pública; el llamado ‘autodidactismo’ como una toma de posición individual frente al sistema educativo; la creación de la Biblioteca Real (hoy Nacional); la creación de los periódicos y con ellos los primeros referentes del periodismo en el país; la proliferación de “prácticas en general puntuales, dispersas, fragmentarias: la implantación de un nuevo cultivo, la formación del mapa de un río, la medición de la distancia entre dos poblaciones” (2008, p. 53), así como otro sinnúmero de ‘prácticas ilustradas’ “como puede ser una norma de aseo del cuerpo, el cambio en una forma de cultivo agrícola, la realización de un censo de población, la observación de un eclipse por tres amigos, el ascenso al cráter de un volcán para tomar sus medidas, etc.” (2008, p. 24)<sup>17</sup>.

Elementos de otra naturaleza pueden ser añadidos al panorama anterior, ahora de la mano de las anotaciones de Jaramillo Uribe. La primera parte de su libro hace hincapié en el proceso creciente de crítica que los americanos y españoles<sup>18</sup> del XVIII y XIX

---

<sup>17</sup> En efecto, me quedo corto a la hora de hacer relación del universo de fenómenos, prácticas y modos de representación que, en extenso, Renán Silva desglosa en los trabajos titulados *La Ilustración en el Virreinato de Nueva Granada: estudios de historia social* (2005) y *Los Ilustrados de Nueva Granada, 1760-1808: genealogía de una comunidad de interpretación* (2008). Por esta razón, sugiero al lector aproximarse a estas obras.

<sup>18</sup> En su libro, Domínguez Ortiz tampoco descuida hacer mención de los puntos de vista de algunos intelectuales españoles de la época que, de algún modo, desafiaban el orden colonial. Por ejemplo, sobre el informe que escribieran Jorge Juan y Antonio de Ulloa después de su visita al Nuevo Continente, titulado *Noticias secretas de América*, afirma que se trata de un “formidable alegato contra la administración colonial, más corrompida cuanto más bajo era su nivel” (2005, p. 335). También hace mención de *Instrucción reservada al Consejo de Estado* (1787) de Floridablanca, quien, desde el alto estrado de las autoridades ibéricas, denunció algunas irregularidades en el manejo de los asuntos americanos, entre ellas, la “relajación del clero” en algunas provincias, los abusos en la recaudación de tributos, el peligro de la influencia que pudieran tener sobre América potencias como Inglaterra, Francia, Portugal y la pujante Norteamérica, y, particularmente, el estado patente de discordia entre los americanos y los naturales de la península (2005, p. 335). Finalmente, de Campomanes trae a colación el informe que redactó en conjunto con Moñino para la sesión del Consejo Extraordinario de 5 de marzo de 1768. Se trata de un texto que postulaba la necesidad de concebir las Provincias no en calidad de simples colonias, sino como parte integral del cuerpo monárquico, en aras de evitar futuras revueltas de corte emancipador: “El mayor peligro no sería externo, sino interno: el espíritu de independencia que podría surgir en sus habitantes, para prevenir el cual era urgente atraer americanos a cursar estudios en España, atribuirles un número de plazas en el ejército o intercambiar cargos, colocando a los criollos en determinados puestos de España. «Esto es lo que estrecharía la amistad y la unión»” (2005, p. 336). En efecto, hablamos de una propuesta que se llevó a



emprendieron sobre la herencia española, destacando “la visión histórica” que hay en él. En particular, los señalamientos de Feijoo, Jovellanos, Ulloa, Covarrubias, Fajardo, entre otros, apuntaban a la inadecuación del ‘alma española’ para asumir el programa del pensamiento moderno: el modelo de la hidalguía y la concepción nobiliaria de la vida que “en España el mismo pueblo adquirió” (2001, p. 7) resultaba incompatible con las formas de vida hombre burgués, caracterizadas sobre todo por “un nuevo *ethos*, el *ethos* del trabajo” (p. 5). Según Jaramillo Uribe, el descubrimiento del Nuevo Mundo implicó la perpetuación de la visión feudal del mundo en el contexto español, esto es, el hábito del derroche, el ocio, la despreocupación por el mañana y el prejuicio frente a la cultura de la laboriosidad en claro contraste, por ejemplo, con la historia social inglesa, cuyo desarrollo exhibe cómo la nobleza inglesa asimiló rápidamente “las nuevas formas de vida, se [hizo] comerciante, industrial y banquera; [tomó] la iniciativa en la expansión económica imperial y [mantuvo] su rango político gracias a su participación en las empresas de engrandecimiento económico y político de la nación” (2001: 5).

La reticencia de la clase nobiliaria española frente al surgimiento de un nuevo tipo social, el burgués, y con él la configuración de un nuevo *ethos cultural*, es el panorama de fondo con el cual se puede interpretar “la crítica que, siguiendo la huella de muchos escritores peninsulares, empezaron a realizar sobre la herencia espiritual española las últimas promociones de gobernantes venidos de la Península [...] y tras ellos las primeras generaciones próceres [de América]” (2001, p. 19). Alejado de la llamada ‘leyenda negra’, el historiador colombiano subraya que el sentido de esta crítica no debe entenderse como una ingenua y caprichosa actitud extranjerizante y antiespañola, sino antes bien, como una reacción dialéctica, dubitativa, problematizadora, motivada por la innegable influencia del *homo æconomicus* en la nueva ordenación del panorama del poder internacional y el choque con la necesidad de mantener vigente el espíritu cultural heredado de España<sup>19</sup>. Algunos de los criollos ilustrados americanos de finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, sensibles a este estado de cosas, expresarían entonces

---

cabo de manera muy parcial en nuestros territorios y que, curiosamente y como veremos más adelante, predijo, casi en el mismo orden, las demandas específicas que Camilo Torres dirigiera a la administración en 1809 en su *Memorial de Agravios*.

<sup>19</sup> En efecto, el asunto de la reflexión sobre la herencia española sería uno de los problemas capitales de nuestros ensayos de la época. Las primeras generaciones ilustradas de la Nueva Granada plantearían por primera vez las bases de un tema que se arrastraría, no sin intensos debates, de manera ostensible a lo largo del siglo XIX. La lectura de Ricardo Latcham sobre el asunto invita a considerar, principalmente, su delicada complejidad. Veamos: “Nosotros no hemos pretendido nunca desterrar la lengua que heredamos de cada uno de los conquistadores europeos [...]. El grueso de la corriente criollista en América no se aventura tan

su admiración y hasta su complejo de inferioridad ante las naciones anglosajonas, su deseo ferviente de adquirir su técnica y el espíritu de sus instituciones políticas, su anhelo de formar un tipo nacional que, sin renegar de las virtudes ancestrales hispánicas, tuviera del anglosajón su sentimiento del trabajo y su capacidad de rendimiento económico. (2001, p. 20)

La apertura del mundo para los criollos de la época, el problema asociado con la herencia española y el influjo cultural de las otras potencias en nuestro territorio, en particular Francia e Inglaterra, será uno de los más sonados a lo largo del siglo XIX. Ciertamente, Silva y Jaramillo Uribe fueron sensibles a estas cuestiones en sus diferentes publicaciones. Sin embargo, llama la atención que ninguno de los dos historiadores se interesó por ahondar en las prácticas culturales concretas que sustentaron y vehicularon dicho proceso de crítica. Si bien, Jaramillo Uribe hace relación en su libro de algunas reflexiones críticas sobre la materia, subrayando el papel destacado que desempeñaron en ellas el arzobispo virrey Caballero y Góngora, Pedro Fermín de Vargas, Antonio Nariño, Juan García del Río, Rufino Cuervo, José Eusebio Caro y, especialmente, José María Samper y su *Ensayo sobre las revoluciones políticas*, debo señalar que no hace mayor énfasis en los dispositivos materiales y discursivos que les permitieron a estos autores perfilar su toma de posición e ingresar en el debate; por supuesto, hablo aquí de los periódicos, tertulias, la lectura reflexiva, la discusión de las ideas y del ensayo como forma de expresión.

Por su parte, de la extensa relación que emprende Silva a lo largo de su libro alrededor de las prácticas culturales que posibilitan entender el surgimiento de la

---

lejos a pesar de todo, y partiendo de la inmersión de aquel primer puñado de conquistadores europeos en las profundidades oceánicas de la vida primitiva del Nuevo Mundo, llega con buena o mala gana a la aceptación de los hechos consumados y a un buen avenimiento de los usos y costumbres, el modo de ser y de pensar y las formas de decir que se fueron acuñando al calor de esa paternidad mestiza. El carácter criollo nacido de ese amasijo fraguado en la promiscuidad de dos formas de vida tan contrarias, a lo largo de los siglos coloniales, despertó [...] la conciencia de su identidad” (1956, pp. 58-59). Así, la evaluación del problema de la impronta cultural española en América insta a pensar indagaciones especialmente sensibles a los medios, modos y gestos de interpretación que históricamente se arrogaron la labor de examinar las repercusiones del *ethos* cultural español en el desarrollo del pensamiento y la cultura americanas. En esta vía entiendo, por ejemplo, *El debate de la hispanidad en Colombia en el siglo XIX* (2008) de Iván Padilla Chasing, libro en el que se plantea el caso concreto de la vinculación de *Historia de la literatura en Nueva Granada* (1867) de Vergara y Vergara con el debate ideológico alrededor de la “cuestión española”. Según Padilla, las ideas antihispanistas de mitad de siglo, “promovidas de manera más sistemática por los políticos de tendencia liberal” y que buscaban “erradicar todos los vestigios de la tradición hispánica”, tendrían un correlato contundente en el sector más tradicionalista, el cual “elaboró un discurso que, fundamentado en la fuerza de la tradición, la raza, las costumbres, la religión y la lengua, se propone crear conciencia nacional reconociendo la indeleble huella de la civilización española en la neogranadina. En uno y otro bando sus integrantes se movilizaban con la intención de consolidar nación y de dotarla de una identidad propia” (Padilla, 2008, p. 14). A las iluminadoras observaciones de Padilla, se podría agregar el hecho de que el germen de este álgido debate, que alcanzó su cúspide a mitad del siglo, se encontraría esbozado en algunos de los ensayos del periodo aquí estudiado. En efecto, a la luz del género ensayístico, esta cuestión necesariamente daría lugar a un capítulo más dentro de una posible historia crítica del ensayo en Colombia.

generación Ilustrada de finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, resulta sorprendente constatar cómo al historiador también se le escapó estudiar el debate ideológico, público, ilustrado, que se entabló en la prensa a través de la forma del ensayo. Al respecto, las apreciaciones del profesor Iván Padilla, en el curso dictado para la maestría en 2015, “El ensayo colombiano”, son esclarecedoras para comprender el problema de las prácticas intelectuales ilustradas y, dentro de ellas, el surgimiento del ensayo en Colombia. Para él, resulta imprescindible constatar que, en nuestro país, la aparición de la prensa y el inicio de la tradición ensayística coinciden: en sus términos, aquello que en la prensa aparece como “artículo”, “carta”, “prospectos”, “editoriales” u otro, son, en esencia, ensayos, cuya intención primaria es la de insertarse en el ambiente de debate ideológico.

En términos de Max Bense, no hay mejor caldo de cultivo para el ensayo que una época crítica<sup>20</sup>, esto es, un ambiente que presenta una clara propensión al debate público de las ideas, a la confrontación de los puntos de vista y a la exhibición de los sentires particulares. Las reformas borbónicas en los Virreinos dieron lugar al nacimiento de las llamadas generaciones criollas ilustradas en el Reino de Nueva Granada, cuyos representantes hicieron suyos los medios públicos de expresión, en especial los periódicos, cuya función inicial, cabe decirlo, antes que informativa, era la de dar lugar a la opinión y a la expresión de la libertad de conciencia. En este sentido, la forma del ensayo, forma privilegiada para expresar el libre pensamiento, aparece como el mejor soporte del nacimiento de la prensa colombiana.

Este punto de vista contrasta, en cierta medida, con los planteamientos de Gustavo Otero Muñoz, conocido por su célebre *Historia del periodismo en Colombia* (1937). El exhaustivo trabajo del historiador, documento de referencia por su ingente labor en términos de referir con meticulosidad hechos, fechas, escritores, temas y problemas, adolece, sin embargo, de no haber profundizado en la naturaleza de las publicaciones que la mayoría de nuestros primeros diarios ofrecieron a la luz pública. La perspectiva temática de Otero solo le permitió constatar el carácter excepcional del conjunto de materias tratadas por los periódicos, que solían versar sobre historia, medicina, educación,

---

<sup>20</sup> “¿No es llamativo que todo gran ensayista sea un crítico? ¿No es llamativo que todas las épocas en las cuales el ensayo ha sido clave hayan sido además épocas esencialmente críticas? ¿Qué quiere decir esto? Analicemos esta idea: en Francia el ensayo se desarrolla en relación con la obra serena y crítica de Montaigne. Sus indicaciones para vivir y para morir, para pensar y trabajar, para gozar y para llorar derivan de su espíritu crítico. El elemento en el cual se mueve la reflexión es el de los grandes moralistas y escépticos franceses. Es un espíritu de época, es el inicio de una atmósfera espiritual crítica, problematizadora, que corresponde plenamente a los siglos XVII y XVIII” (Bense, 2004, pp. 25-26).

comercio, geografía, ciencias en general, algunas muestras de producción literaria —fundamentalmente poesía— y noticias locales e internacionales. No obstante, salvo algunos casos contados<sup>21</sup>, Otero no tuvo en cuenta, por un lado, la vena polémica y apelativa que caracterizó en su generalidad a nuestra primera generación de periódicos locales y, por otro lado, el carácter personalista, subjetivo, individual, de la mayoría de las publicaciones.

Reiteramos: la intencionalidad de nuestra primera prensa nacional, antes que informativa, era la de polemizar, ingresar en la discusión pública de las ideas y los hechos nacionales, confrontarse con las ideas extranjeras y locales sobre la identidad americana, el modo de gobernar (implicados aquí los asuntos comerciales, económicos y administrativos), los posibles símbolos nacionales, las características culturales, éticas y sociales del naciente pueblo emancipado, entre otros. Pasar por alto que nuestros primeros periódicos dieron voz a un grupo selecto de sujetos que *opinan*, que se ponen a nombre propio en la palestra pública, que hacen ejercicio de su libertad de expresión y de conciencia, que adoptan una posición individual frente a un estado de los hechos en lugar de ‘informar’ desde una perspectiva objetiva, que se declaran ‘valiosos’ para sí y ante el mundo, que intentan demostrar su “mayoría de edad” —a la usanza del discurso ilustrado europeo—, ha implicado para nuestra historia literaria el desconocimiento del ensayo como el dispositivo discursivo o la forma de expresión que dio vida a la práctica cultural ilustrada del debate y la confrontación de las ideas.

Así, nuestra historia del periodismo, entendido su ejercicio como un ejemplo más dentro de la constelación de prácticas culturales ilustradas, inicia su vida en nuestra nación de la mano del ensayo como su forma de expresión privilegiada. No basta entonces con referenciar la labor fundadora y colaboradora de, por ejemplo, Manuel del Socorro Rodríguez —*Papel periódico de la Ciudad de Santafé* (1791), posteriormente *El Redactor Americano* (1806) y *El alternativo del Redactor Americano* (1807)—, los integrantes de la *Tertulia Eutropélica*, Francisco Antonio Zea, Jorge Tadeo Lozano, José Luís de Azuola y Lozano —*Correo curioso, erudito, económico y mercantil de la ciudad*

---

<sup>21</sup> Es justo señalar que Otero menciona el debate ideológico y en particular político entre *El Argos Americano* de Fernández Madrid (Cartagena) y el *Aviso al Público* del padre Padilla: “Ambos periódicos [...] aunque pugnaban por el mismo ideal, sostuvieron polémicas nacidas de rivalidades lugareñas y de diferencias por la forma de gobierno que debía plantearse en el país. *El Argos* combatía el centralismo que querían implantar la Junta Suprema y el ejecutivo de Santafé. [...] Por su parte, el *Aviso* daba respuesta a aquellos cargos, defendiendo el buen crédito y la pureza de intenciones de las autoridades santafereñas” (1998, pp. 38-39).

de *Santafé de Bogotá* (1801)—, Francisco José de Caldas —*Semanario del Nuevo Reyno de Granada* (1808)—, Joaquín Camacho —*Diario político de Santafé de Bogotá* (1810)—, Fernández Madrid —*El Argos Americano* (1810)— y fray Diego Padilla —*Aviso al público* (1810)—, entre tantos otros. Se trata de acentuar e insistir, sobre todo, en la particular toma de posición que los protagonistas de la escena pública, académica, política, económica e intelectual asumieron en medio del proceso sociohistórico que los comprendía; hablo de su postura reflexiva, crítica, dubitativa, propositiva y problematizadora, en esencia, de marcado sentido agónico e individual frente al marco existencial, cuyo modo de expresión, por excelencia, no fue otro sino el ensayo. No en vano estoy convencido de que buena parte de nuestras primeras publicaciones en la prensa local exhiben explícitamente el modo de proceder discursivo del género ensayístico.

En este orden de ideas, la perspectiva que aquí propongo para estudiar el problema permite constatar que el ensayo, lejos de ser un fenómeno aislado, se explica y está íntimamente ligado a la dinámica histórica y cultural de la época que enmarca esta indagación. Hablamos de un periodo intensamente crítico distinguido por las tensiones surgidas en el seno de dos *modus vivendi* enfrentados, la aparición paulatina de prácticas culturales ilustradas, la necesidad de pensar y llevar a cabo una revolución social, la exigencia histórica de responder a las demandas que implican forjar un Estado autónomo, la configuración de los perfiles públicos individuales y la zozobra frente al actual estado de las cosas y el porvenir en relación con la herencia del pasado.

El ensayo colombiano ve su génesis en este ambiente de complejas relaciones dialécticas como la forma de expresión que se arrogó la tarea de vehicular los sentires e ideas particulares y ponerlas en la escena del debate. Sí, sus temas son de diversa naturaleza, pero su espíritu es el mismo: probar, tantear, experimentar, preguntar, ‘ensayar’ el pensamiento y la inteligencia en el aquí y el ahora de una confrontación existencial con los fenómenos históricos. En esta vía podemos aceptar entonces que nuestra primera ensayística no versó sobre asuntos literarios o artísticos, sino que se volcó sobre la inmediatez de los problemas culturales e históricos del presente, hecho que ha llevado a que sea ignorado por los estudiosos de la literatura. De modo que no hay vergüenza en afirmar que se trata de textos que exhiben tomas de posición, individuales, de orientación política, económica, científica, religiosa, social, cultural, entre otros.

Ahora bien, al vínculo genético entre prensa y ensayo que hemos esbozado atrás, falta vincular una práctica ilustrada adicional que también busca ampliar nuestra

comprensión del surgimiento del ensayo en nuestro país: el cambio de paradigma en las prácticas de lectura, las cuales pasaron de ser pasivas —memorísticas, retóricas, tendientes a mantener el *statu quo*— a configurarse como un ejercicio auténtico de recepción crítico-reflexiva de los productos intelectuales del ingenio humano. Dicho cambio coincidiría con el arribo del pensamiento laico y secular a nuestras latitudes, y la introducción del imaginario liberal, los cuales, de manera notable, significaron un cambio paulatino de nuestro “modo de ser” frente a los productos intelectuales<sup>22</sup>.

Dicho en palabras más simples: nuestros primeros ensayistas —aún sin autoproclamarse ‘ensayistas’— eran lectores asiduos, habituales, de ensayos. No obstante, es necesario desarrollar mejor la idea para evitar el peligro de caer en el causalismo que hábilmente sorteó Chartier en su propuesta histórica. Hablo de un ejercicio de lectura de naturaleza crítica, reflexiva, interpretativa, que, también como práctica social, es evidencia de un cambio en la relación de los lectores con los productos concretos del pensamiento. Por supuesto, este tipo de lectura surge en el seno de un ambiente social que, en mayor o menor medida, le permitió empezar a desarrollarse. Intuitivamente, la escritura de ensayos implica, de fondo, que nuestra generación ilustrada, es decir, el conjunto de nuestros primeros ensayistas, asumió un pacto de lectura moderno y ciertamente problemático con los textos, pacto que no comprende el ejercicio de lectura como una asimilación pasiva de ideas, sino como un genuino terreno de tensiones dialécticas. Este asunto asociado a las nuevas formas de sociabilidad y al cambio de las relaciones entre lo público y lo privado, es explicado por Silva como viene:

El fenómeno, aunque de precaria evolución en Nueva Granada, es distintivo de los años finales del siglo XVIII en Hispanoamérica, y estará llamado a tener una importancia particular desde el punto de vista de la política moderna, ya que en estos nuevos espacios de lo privado se generarán formas de sociabilidad que luego se harán *públicas* y que incluirán *la conversación y la polémica sobre el curso de la sociedad, la toma de partido sobre lo leído y escuchado, la discusión de lo escrito y la producción de opiniones independientes, la formación de juicios por confrontación de las opiniones de los individuos*; todo ello dentro de una esfera que se considera

---

<sup>22</sup> La documentación sobre este particular es extensa. Vale la pena mencionar ensayos inaugurales sobre la materia como las *Meditaciones colombianas* (1829-1830) de Juan García del Río, el crítico texto de Florentino González titulado *Explicación y apología del liberalismo oligárquico* (1863), *El liberalismo en Colombia i sus detractores de por acá* (1877) de Ricardo Becerra, *Disertación sobre el Liberalismo en Colombia* (1907) de Fr. Vicente María Cornejo y *El clero y el liberalismo en Colombia* (1902) de R. Ordoñez, entre otros, en efecto, ensayos sobre los que se podría fundar un estudio del género en relación con la introducción del pensamiento liberal en la Nueva Granada. A su lado, puede subrayarse la *Antología del pensamiento liberal colombiano* (1981) compilado por Álvaro Tirado Mejía, quien emprendió una rigurosa selección de textos que hablan sobre el pensamiento liberal en Colombia.

independiente y distinta de aquellas de la familia y de la corte. (2008, pp. 47-48. Énfasis mío)

Así, las primeras manifestaciones de la expresión ensayística en Colombia no se explican tampoco por el hecho llano de ‘recibir’ el esquema de la ‘forma’ a través del proceso lector<sup>23</sup>, sino por las condiciones sociohistóricas que les permitieron a nuestros primeros ensayistas aprehender y aprovechar las posibilidades de un medio de expresión como la prensa para exhibir su inquietudes, aspiraciones y miedos en una forma que podemos abordar como ensayo: sin temor a equivocarnos, podemos afirmar que el ensayo, en su condición de verdad no absoluta, permite expresar la inestabilidad social del momento y, por ende, hacer un sinnúmero de propuestas para la naciente nación. Me permito hacer una última reelaboración de este punto: nuestros primeros ensayos pueden explicarse, desde este horizonte, no por seguir un ‘esquema’ o ‘prototipo’ de la forma, sino por la experiencia vital que nuestros intelectuales de la época tuvieron con las muestras de esta forma de expresión venidas del contexto europeo, experiencia que incluye todo un conjunto de reacciones frente a los textos que deben ser entendido como parte de las nuevas actividades dentro del cuerpo social, a saber, las tertulias, las conversaciones, las polémicas, la discusión de lo escrito, la formación de juicios individuales, la proliferación de los periódicos, las disputas académicas en las universidades, entre otros.

---

<sup>23</sup> Sobre la recepción americana de textos de naturaleza ensayística vale la pena mencionar la impronta que dejara en algunos de los intelectuales de la época, la estrecha relación que tuvieron, en particular, con la prensa ibérica. Respecto a la reconfiguración y vigorización de los géneros prosísticos en la España del siglo XVIII, Aullón de Haro es exhaustivo a la hora de intentar comprender tal fenómeno. Según él, este se debió, en buena medida, a “la progresiva disolución de la gran escolástica y exegética juntamente con la relegación de la lengua latina en lo tocante al pensamiento científico y, ante todo, filosófico y religioso; la formación de actitudes lingüísticas presididas más por la claridad y la precisión que por los culturalismos de diversa índole; la gran preminencia didáctica, crítico-satírica y utilitarista; la modernización historiográfica y en general filosófico-científica con la consiguiente agilización y rigorización léxica y fraseológica; la recepción de ciertos lenguajes divulgativos y periodísticos, políticos y pedagógicos... También la regulación normativa desarrollada por la Real Academia desde 1713 y por el Diccionario de Autoridades... Posteriormente, la preceptiva neoclásica ejercerá una influencia quizás ambivalente, pero en los géneros artísticos, sobre todo” (1987, p. 13). En calidad de herederos de cierto caudal de textos españoles, los intelectuales americanos serían muy sensibles a las transformaciones del campo literario ibérico, asunto que bien explica Aullón. Uno de tantos ejemplos estelares de este intercambio intelectual y cultural sería la impronta que dejará en nuestras latitudes el pensamiento y los textos de Benito Jerónimo Feijoo (1676-1764), “el más perfecto lugar de cruce entre concepción enciclopédica y ensayo en las letras españolas” (1987, p. 25). Si bien, no es objeto central de mi disertación, no está de más subrayar que el ejemplo del padre benedictino, aquel en el que comulgaran los intentos de totalización del conocimiento mediante el tratamiento de las más diversas materias con una intención práctica y utilitaria, puede percibirse en algunos de los ensayos de Fermín de Vargas y, especialmente, en el objetivo cultural de periodicos como *El Papel Periódico Ilustrado*, *El Redactor Americano* y, cómo no, en el *Semanario* de Caldas, a mi juicio, una de las publicaciones seriadas que se arrogó la tarea implícita de erigirse en una suerte de *Enciclopedia* del Reino de Nueva Granada.

En efecto, el vínculo de nuestros intelectuales con el ensayo tiene más implicaciones de las que podrían pensarse. Por un lado, debo mencionar la más evidente: la lectura de ensayos revela uno de los modos concretos a través de los cuales la intelectualidad neogranadina tuvo acceso al programa del pensamiento Ilustrado. Por el otro, y he aquí una de las consecuencias más interesantes, me atrevo a sugerir que la lectura de ensayos propició al poco tiempo la escritura de ensayos locales en la medida que la experiencia de la forma, más allá de ser moderna en virtud de sus ‘contenidos’, lo es por exhibir un modo de proceder discursivo que le permitió al criollo neogranadino configurar una novedosa visión de sus circunstancias sociohistóricas, así como enunciar el cambio que advertía en su relación con el mundo.

Como podrá intuirse hasta aquí, la aventura de entender el surgimiento del ensayo en Colombia va mucho más allá de demostrar si nuestros primeros ensayistas leyeron o no los textos de Feijoo, Rousseau y Montesquieu, o de fundar nuestro argumento en la presencia, autorizada o no, de los textos canónicos de la ilustración europea (española, inglesa y francesa particularmente) en las bibliotecas privadas y públicas. En buena medida he procurado superar estos posibles causalismos explicativos en aras de ofrecer una hipótesis fundada en los fenómenos de orden cultural de la época que entran en relación con la forma de expresión ensayística.



## 2. Ensayo y conciencia histórica en Colombia (1790-1820)

Al afirmar que la Ilustración produjo la Revolución, la interpretación clásica ¿no invierte acaso el orden de las razones? ¿No habría que considerar más bien que la Revolución inventó la Ilustración al querer arraigar su legitimidad en una recopilación de textos y autores fundamentales, reconciliados más allá de sus diferencias vivas y unidos en la preparación de la ruptura con el antiguo mundo?

ROGER CHARTIER. *Los orígenes culturales de la Revolución francesa* (17)

En una perspectiva orientada por los aportes de Gadamer, Ricoeur y Chartier, mi indagación insta a comprender las primeras prácticas ensayísticas en la Nueva Granada a partir de una reflexión alrededor de los impactos culturales y existenciales que suscitó el proceso histórico en la sociedad neogranadina y, particularmente, en la elite letrada criolla, los Sabios del Reino. Este intento por “sentir históricamente” —como diría Lanson— el problema del surgimiento del ensayo en Colombia invita a reconocer la originalidad del estado de tensiones culturales, sociales, intelectuales y políticas de la época en su *presente histórico*, mientras se reconstruye el juego de intensas relaciones que el género estableció con el devenir de los acontecimientos. A mi juicio, el ensayo fue la expresión simbólica y cultural más sensible al ambiente crítico y coyuntural del momento; es más, podría decirse que fue la forma literaria que permitió captar y representar ostensiblemente el “código existencial” (Kundera, 1987, p. 40) del sujeto criollo, razón por la cual considero que es el género literario dominante de la época en Colombia.

### 2.1. ‘Mediación abierta’ y conciencia histórica: hacia un marco de comprensión para pensar el ensayo en Colombia (1789-1810)

Hacia 1789, Pedro Fermín de Vargas<sup>24</sup> escribió sus *Pensamientos políticos* y la *Memoria sobre la población*. Se trató de unos trabajos que le hicieron acreedor del título de iniciador de la historia del pensamiento económico colombiano<sup>25</sup>, galardón que bien

---

<sup>24</sup> “Sujeto de singular talento e instrucción” (Vargas, 1986, p. 9), según el concepto que diera de él el arzobispo y virrey Caballero y Góngora cuando lo nombró oficial primero de la Secretaría del Virreinato.

<sup>25</sup> Al respecto sugiero revisar la nota biográfica sobre el escritor en el libro *Pedro Fermín de Vargas: Pensamientos políticos siglo XVII-siglo XVIII* (1986), publicado por la Serie Breve de la Nueva Biblioteca Colombiana de Cultura. Respecto a los dos textos mencionados, la nota biográfica apunta: “En 1789 [Pedro Fermín de Vargas] fue nombrado Corregidor de Zipaquirá y juez de Residencia de Zipaquirá y Ubaté. En estos años escribió sus *Pensamientos políticos* y la *Memoria sobre la población* que se publican en este volumen: estos estudios conforman el primer análisis de la situación del Virreinato a la luz de una clara ideología ilustrada, liberal, y hasta cierto punto fisiocrática. Con él comenzó propiamente la historia del pensamiento económico colombiano. Estos trabajos circularon manuscritos durante los años finales de la época colonial, y en 1810 Francisco José de Caldas pensaba editarlos, junto con dos manuscritos que se

podría compartir con Jorge Tadeo Lozano. El primero, es un texto que evalúa de manera distendida y aguda las problemáticas históricas que habían arrastrado los sectores agrícola, comercial y minero de la Nueva Granada hasta ese momento, las cuales entorpecieron el progreso general de esta parte del Reino. Al respecto, en la introducción de su ensayo, Vargas anota:

La desgracia es que hasta ahora casi generalmente se hallan abandonados estos tres ramos de riqueza nacional. No quiero averiguar si la falta de población o la falta de energía en el gobierno, o más bien las trabas generales de la nación en punto de comercio e industria, sean la causa de un letargo como el que se ha experimentado en esta preciosa porción de la Monarquía. Lo cierto es que a un paso igualmente torpe han caminado hasta hoy desde la agricultura, que es la primera de las artes, hasta la de mayor complicación, sin que ningún patriota haya promovido la aplicación de sus compaisanos. (Vargas, *Pensamientos*, 1986, p. 18)

El segundo, pese a su brevedad, sorprende por la factura de sus observaciones alrededor de la demografía, las condiciones materiales y espirituales de la sociedad neogranadina y, en especial, por la profunda conciencia que el autor manifiesta de la necesidad inmediata de optimizar la minería, la agricultura y la industria, modernizar el sistema político y, especialmente, aumentar la población, mejorar sus condiciones de existencia y dotarla de un *ethos* moderno en aras de alcanzar los ideales de felicidad, bienestar y progreso:

[...] la población sólo puede aumentarse en razón de la cultura de las tierras, de la industria y del comercio, y que estos ramos se hallan tan íntimamente enlazados que no pueden desunirse sin que decaiga la población de un Estado. Que mientras no se abran al comercio y naturalización de extranjeros, y se franqueen los caminos por tierra, no tendrán salida nuestros frutos ni aumento nuestra agricultura. Que si no se estimulan las manufacturas bastas, será siempre lo interior del Reino un desierto vasto porque su distancia a las costas opone un obstáculo invencible a su comercio. (Vargas, *Memoria*, 1986, pp. 150-151)

Sin duda, se trata de textos de incuestionable valor documental e historiográfico, dignos de ser catalogados como los pioneros de nuestra historia económica. Sin embargo, estos escritos —al igual que el resto de los ensayos que serán comentados aquí— ofrecen algo que va mucho más allá de su valiosa información documental. Los *Pensamientos* y la *Memoria* no solo dan cuenta de un estado de la materia económica, política, cultural y poblacional del Virreinato, sino que se erigen como auténticos intentos individuales por comprender e *interpretar* el estado actual de la Provincia que, a juicio de su autor, es de un ostensible atraso y abandono. Este concepto es igualmente válido para su *Relación*

---

han perdido [...]”. (Vargas, 1986, p. 10). Los ensayos de Pedro Fermín de Vargas que figuran en esta disertación siempre serán citados de este libro.

*sucinta del estado actual de las colonias americanas en la América meridional*, documento histórico que entregó a los ingleses en 1806 “donde anticipa la Independencia y propone a Jorge III que apoye la rebelión a cambio de abrir mercados para sus productos. Los ingleses jugaron siempre doble: apoyaban a los rebeldes, mas no estaban dispuestos a pelear por ellos” (Samper, *El tiempo*, 27 de noviembre de 2009). En este último se puede constatar cómo Vargas se sirvió de los amplios conocimientos que poseía sobre el estado económico y político del Reino, asunto de los ensayos de 1789, para persuadir a los anglosajones de apoyar la iniciativa emancipadora:

*De cualquiera manera que se contemple la independencia de la América española, no puede menos que resultar en beneficio del género humano y especialmente de la Inglaterra. Si esta nación por razones que no sabríamos adivinar se hiciese sorda a sus propios intereses, y a las solicitudes de los hispanoamericanos, lo que yo puedo asegurar es que esta América es para España un hijo mayor que reclama ya su emancipación pronta, y que bien sea por sus propios medios, o por la debilidad de los de su Metrópoli, será independiente de ella dentro de poco tiempo. Que estas circunstancias no se ocultan en España, y mucho menos en Francia (vide *Pract trois ages des colonies*) (sic) y que no será extraño que con el pretexto de la garantía que esta nación última ha ofrecido a la primera viéramos un día de estos las Provincias de Santafé, Caracas u otra cualquiera convertidas en principales o reinos para algunos de los parientes de Buonaparte. La Inglaterra no ignora el triste estado del gabinete de Madrid, ni el descaro del de las Tullerías. (Vargas, *Relación*, 1986, pp. 222-223. Énfasis mío.)*

La originalidad de estos textos, que aquí comprendo como genuinos ensayos, radica en su singular carácter crítico, esto es, en el modo como, desde un punto de vista muy personal, su autor evalúa y significa el momento histórico a la luz de problemáticas particulares —económicas, demográficas y políticas en este caso—. En efecto, una de las características que han de subrayarse en estos textos es precisamente su actitud apelativa e interpretativa, rasgo que dirige su intención más allá de los intereses meramente informativos y documentales. En términos de Weinberg, tal condición propia del ensayo conduce al “problema de la relación entre representación e interpretación, al problema del intérprete como crítico y a la dimensión creativa de toda interpretación, capaz de generar un nuevo texto interpretativo a la vez que de ofrecer un nuevo mundo interpretado” (2003, p. VIII). A mi juicio, la práctica del género puso en evidencia los intentos iniciales por explicar, comprender, simbolizar e incluso conceptualizar la situación histórica, política, cultural, social y existencial del neogranadino y del Reino, actividad facultada por el desarrollo del sentido crítico y de la toma de «conciencia histórica» por parte de sus autores.

En el caso de Vargas, por ejemplo, se perfilan las primeras tentativas originalmente neogranadinas por comprender el *presente histórico*, la crisis sistémica por la cual atravesaban, en aras de pensar y postular un *futuro posible*. De manera que el ánimo de Vargas no es propiamente el del historiador o el documentador, sino el del lector activo del mundo, cuya intención es la de nombrar y entender su realidad en la inmediatez de su lugar y tiempo específico a través de la entidad social llamada lenguaje, la cual le permite “vincularse a un horizonte de sentido ligado a una comunidad hermenéutica específica y a una serie de instituciones sociales y culturales sólo comprensibles históricamente” (Weinberg, 2003, p. VIII). Es quizás por esta razón que, en muchas ocasiones, el ejercicio crítico les significó a nuestros escritores de la época pararse en una perspectiva comparada frente a los procesos históricos de otras naciones, como lo hiciera Vargas en sus *Notas*<sup>26</sup>, gesto común en muchos de los ensayistas aquí convocados:

Otra ventaja de las más grandes son las luces del día; pues además de haber quitado un sinfín de errores y preocupaciones que subsistían sobre ese particular, suministran los medios de lograr un pronto y feliz éxito. La historia de la revolución del Norte de América, la de Francia, la de Holanda y la de las recientes repúblicas de Italia, enseñan así lo que debemos evitar para conseguir nuestro fin, sin experimentar los graves males que ellos han padecido. (Vargas, *Notas*, 1986, p. 159)

Según Bense, “el ensayo surge del carácter crítico de nuestro espíritu, cuya complacencia en el experimentar es sencillamente una necesidad propia de su índole, de su método. Más aún: el ensayo es la forma de la categoría crítica de nuestro espíritu” (2004, p. 27). En esta perspectiva, se puede afirmar que el surgimiento de la expresión ensayística en Colombia está en directa relación con la aparición del sentido crítico e histórico de los sujetos que lo practicaron o, en otras palabras, que devino en una de las manifestaciones concretas más evidentes de la revolución cultural y mental que se empezó a percibir en nuestros intelectuales de finales del siglo XVIII y comienzos del XIX. Así, con el ánimo de entender el ensayo practicado durante este momento coyuntural, resulta imprescindible reconstruir los vínculos entre el género literario, el pensamiento moderno-ilustrado, la situación sociohistórica del periodo comprendido entre 1790 y 1820 y el trascendental fenómeno cultural que supuso el despertar de la «conciencia histórica» en los criollos ilustrados neogranadinos. Dispuesto así, inicialmente, me serviré

---

<sup>26</sup> Una suerte de reflexión sucinta con dotes aforísticas que, sin haberse datado con precisión, “parece ser anterior a 1791, cuando salió de la Nueva Granada” (Vargas, 1986, p. 10).

de algunos apartes de los ensayos de Fermín de Vargas para explicar los presupuestos bajo los cuales establezco tal relación.

Sin suponer una relación causal directa con las revoluciones sociales del momento (la norteamericana y la francesa), y entendiéndolo más bien como una cuestión del espíritu del momento, considero necesario poner en tela de juicio cierta linealidad propia de la historia tradicional en la cual se enlazarían dos culturas y condiciones distintas, y observar más bien la coyuntura histórica social del Reino de la Nueva Granada para aprehender las relaciones dialécticas que se establecen entre la aparición del ensayo y la situación histórica, social y cultural. Chartier ha sido uno de los historiadores más incisivos a la hora de cuestionar la “absoluta linealidad del curso de la historia” (2003, p. 16), porque, según él, esta idea arrastra consigo varias suposiciones erradas, entre ellas,

que cada momento histórico es un todo homogéneo, dotado de una significación ideal y única, presente en cada una de las realidades que lo componen y lo expresan; que el devenir histórico está organizado como un continuo necesario; que los hechos se encadenan y se generan en un flujo ininterrumpido, lo que permite decidir que uno de ellos es la “causa” del otro. (2003, pp. 16-17)

Esta interpretación de la historia, en línea recta y de orientación determinista, es a la que nos ha acostumbrado el discurso de la historiografía tradicional. Esta perspectiva comprende el pasado como una totalidad estática de cuya realidad es preciso realizar una abstracción: “la abstracción del pasado en tanto que pasado” (Ricoeur, 2006, p. 940). Su focalización se ubica en el tiempo presente del historiador, pero con el agravante de hacer de su distancia temporal frente a los hechos una suerte de intervalo muerto. En esta vía, el pasado es concebido como un depósito inerte de hechos perfectamente delimitado en tanto abstracción a cuya secuencia se le suele asignar un sentido cerrado. A manera de ejemplo, esta lógica secuencial concibe la gesta emancipadora y de la independencia como los hechos axiales a los que, inexorablemente, se dirigieron todos los que les antecedieron, pues, en ellos se concentra el sentido último que da coherencia al cuadro general e identifica la época.

Desafortunadamente, esta postura impide comprender la historia como *proceso* dialéctico, ya que, al “anular la originalidad del acontecimiento ya presente incluso antes de su advenimiento, el manejo de esa categoría oculta a un tiempo la discontinuidad radical de los surgimientos y las discordancias irreductibles que separan las diferentes series de discursos y prácticas” (Chartier, 2003, p. 16). Con respecto a la aparición del gesto ensayístico en la Nueva Granada, tal perspectiva dificulta dilucidar las importantes

relaciones y funciones que desarrolló el género ensayístico en el marco de las circunstancias de la época porque, al amparo de su concepción causalista, el ensayo no parece desempeñar una función específica en la lectura teleológica del devenir de los acontecimientos que desembocarían ineluctablemente en la Independencia y la constitución de la primera República. Paradójicamente, la intensa luz de estos hechos —en efecto, los que dotan de coherencia al cuadro general de la época— ensombrecen e invisibilizan la presencia de la expresión del ensayo y, en especial, la de sus practicantes: para el historiador, Pedro Fermín de Vargas es un precursor de la Independencia, un ideólogo de la emancipación, un disidente del orden monárquico, mas no un ensayista; esto último no ocupa sus preocupaciones.

Observar la ingente práctica del ensayo en los albores del siglo XIX colombiano precisa llevar la lumbre de la mirada histórica a los intersticios ensombrecidos de la época o, si se quiere, irradiar la época con una luz diferente. Asumamos pues otra postura. Pensemos el ‘ambiente’ sociohistórico de la época como un horizonte de posibilidades y no como un sistema cerrado de causa y consecuencia, es decir, intentemos entenderlo en su *presente histórico*. Para ello, apoyémonos en las palabras de Vargas:

Todos los tiempos y todas las naciones tienen su curso y sus vicisitudes; sus principios débiles y sus épocas de engrandecimiento y de gloria. La infancia de las sociedades, semejante a la de los hombres, es torpe, y lucha largo tiempo para adquirir el vigor y fuerzas de la juventud. *Podemos decir que el Reino de Santafé se halla en este triste estado, y que ahora es cuando comienza a querer adelantar sus pasos. Un golpe solo suele despertar a una nación de su letargo, y yo contemplo que el premio ofrecido al que mejor demostrare los principios sobre que puede adelantarse la población de esta colonia es un rasgo heroico que manifiesta el patriotismo y buenas ideas que empiezan a reinar entre nosotros.* Me parece que veo renacer aquí, *porque tal es mi amor al país*, aquellos felices tiempos de la Grecia en que, excitados sus habitantes con los estímulos del premio y de la gloria, concurrían con sus obras de imaginación y de manos a formar el pueblo original y más sabio que ha habido en el mundo. (*Memoria*, 1986, pp. 119-120. Énfasis mío.)

Cuando afirmo que la narrativa lineal de la historia tradicional ha pasado por encima del ensayo es porque también ha hecho lo mismo con los ensayistas. Fermín de Vargas es un prócer a la luz del evento histórico que dota de sentido a la época: la Independencia. Esta última permite comprender al sujeto, pero no en su individualidad, sino como un actor más dentro del conjunto que participó en el curso obligado de los hechos que desembocaron en la gesta emancipadora. Ahora bien, si nos deshacemos del intenso faro de este evento, para nosotros consumado, y comprendemos a Vargas en el momento presente de la enunciación de su *Memoria*, lo que resulta es la necesidad de matizar su carácter de “precursor”, pues ya no lo observamos a través del prisma futuro

de la revolución independentista. En contraparte, nos vemos forzados a comprenderlo en el juego de relaciones que estableció con su pasado próximo y su presente histórico. Veamos:

El amor que tengo al país por haber nacido en él, el tal cual manejo de los asuntos más sustanciales que he adquirido en la primera oficina del Reino, los viajes que he hecho atravesándolo casi de parte a parte, y las observaciones que estos me han sugerido, *me ponen en estado de hablar con mayor conocimiento que otros muchos*, de los inconvenientes que hay que vencer, los ramos que cultivar, y las providencias que se deben dar para conseguir la prosperidad de esta colonia. (*Pensamientos*, 1986, p. 18. Énfasis mío)

Los dos pasajes anteriores, tomados de la *Memoria* y los *Pensamientos* respectivamente, buscan ilustrar mi opción por una perspectiva metodológica que estudie el problema del ensayo a partir del presente histórico de los individuos que lo practicaron. Desde esta óptica, que Ricoeur llama “*mediación* abierta, inacabada, imperfecta” (2006, p. 939), se posibilita estudiar los textos de Vargas a través de “una red de perspectivas cruzadas entre la expectativa del futuro, la recepción del pasado [y] lo vivido del presente” (p. 939). A mi juicio, el estudio de la aparición del ensayo en Colombia demanda especialmente adoptar esta mirada<sup>27</sup>, precisamente por el hecho de tratarse de una expresión anclada radicalmente en los problemas del presente histórico de sus autores. La concepción causalista-secuencial no repara en la naturaleza tentativa, inacabada, prospectiva y experimental de estos textos, pues está concentrada únicamente en demostrar cómo la información que suelen contener se enmarca en la lógica lineal que deriva, en este caso, en la Independencia. Esta elección deja por fuera de su foco de observación el gesto individual de los autores, las circunstancias particulares que motivaron el ejercicio de la escritura, la dimensión anímica y existencial del sujeto que se siente llamado a emprender una valoración personal de su realidad circundante y, especialmente, el hecho de que su perfil axiológico es, en buena medida, producto de la revolución cultural y mental en proceso: la toma de «conciencia histórica». Esta última condición autoriza a entender a nuestros primeros ensayistas como genuinos sujetos

---

<sup>27</sup> Probablemente, Gadamer, en consonancia con su lectura atenta de los aportes de Dilthey, haya sido uno de los primeros intelectuales en juzgar indispensable esta condición dentro del modelo de reflexión característico de las ciencias modernas del espíritu —léase «ciencias humanas»—: “¿Qué es sino aquello que comúnmente se entiende por «tener un sentido histórico»? Podemos definir el «sentido histórico» por la disponibilidad y el talento del historiador para comprender el pasado, quizá incluso exótico, a partir del contexto propio desde donde él se encuentra. Tener un sentido histórico es vencer de una manera consecuente esa ingenuidad natural que nos haría juzgar el pasado según los parámetros considerados evidentes en nuestra vida cotidiana, en la perspectiva de nuestras instituciones, de nuestros valores, de nuestras verdades adquiridas. Tener un sentido histórico significa esto: pensar expresamente en el horizonte histórico que es coextensivo con la vida que vivimos y hemos vivido.” (2011, p. 43)

modernos, a sus textos como productos culturales ilustrados —y, por ello, en situación de ser inscritos en la tradición del género ensayístico— y al fenómeno del surgimiento de la expresión ensayística en consonancia con el proceso histórico y cultural.

En efecto, los elementos anteriores son claramente evidentes en las palabras de Vargas. Se trata de un sujeto que se siente autorizado para hablar “con mayor conocimiento que otros muchos” porque, implícitamente, ha tomado conciencia de su condición histórica. Como ya sabemos, en 1789, el ensayista santandereano figuraba como corregidor de Zipaquirá y juez de residencia de Zipaquirá y Ubaté —hablamos de uno de los pocos criollos que ostentaron algún cargo de cierta relevancia en el sistema administrativo del Virreinato—. Para ese momento ya había sido oficial primero de la Secretaría, se había vinculado a la Expedición Botánica bajo la dirección de José Celestino Mutis y había emprendido algunas excursiones a lo largo y ancho de la nación. Estos datos, para nosotros meramente biográficos, cobran relevancia en la percepción que Vargas tenía de sí mismo pues son parte de las experiencias que, según él, lo autorizaron a emitir un juicio sobre el estado actual de la materia económica y demográfica del Reino. En términos de Chartier, podríamos decir que estamos en presencia de la articulación de la «conciencia histórica» en su esquema mental y axiológico y la “significación no conocida de su acción” (2003, p. 27).

En efecto, sin ser plenamente consciente de ello, Vargas y sus ensayos iniciales constituyen un ejemplo ilustrativo de los impactos y las transformaciones mentales y culturales más importantes de la época. Me refiero al momento en el cual los criollos letrados neogranadinos, los llamados Sabios del Reino, en calidad de un grupo social que logró, hasta cierto punto, desarticularse de la administración monárquica, paulatinamente empezaron a juzgarse idóneos para discutir y debatir sobre el pasado, el presente y el futuro de la nación. En términos de Bourdieu, este gesto no es baladí, pues hablamos del proceso por el cual nuestros intelectuales empezaron a hacerse de un lugar dentro del campo en el que se enfrentan todos aquellos que se atribuyen la potestad del “capital simbólico” y cultural de la provincia. En este sentido, a través del ensayo, el escritor no ‘retrata’ o ‘documenta’ la realidad, sino que, más bien, “se confronta con un determinado estado del mundo y de los saberes admitidos sobre ese mundo, para proponer una nueva interpretación” (Weinberg, 2003, p. XVI). Este derecho a arrogarse el “capital simbólico” y, con ello, una “toma de posición” frente al mundo, que hasta bien entrado el siglo XVIII había sido exclusivo de la élite española, regente del poder político, poco a poco empezó



a descentralizarse, pasando ahora también a manos de los que estaban por fuera de la administración, es decir, a los intelectuales americanos de la época. Diríase que con Vargas se inaugura una línea de pensamiento crítico local, criollo, que pugna por postular, significar, comprender y simbolizar la realidad desde una perspectiva americana. Por ejemplo, léase la interpretación que hace el escritor santandereano, a manera de máxima, de la situación histórica del Reino:

Cuando los tiranos necesitan del pueblo; cuando las circunstancias no les permiten poner en ejecución todo el rigor de su despotismo, conceden privilegios y prerrogativas que emplean sólo mientras hacen su negocio: esto es lo que ha sucedido en América con los fueros que los reyes de España concedieron a ciertas ciudades, a los indios y a los nuevos pobladores. (*Notas*, 1986, p. 156)

Si consideramos el ensayo como “la expresión de la categoría crítica del espíritu” (Bense, 2004, p. 27), podemos problematizar aún más el asunto. El reconocimiento de la presencia del ensayo a finales del siglo XVIII en Colombia supone también la reevaluación de los presupuestos históricos con los cuales se ha significado tradicionalmente la época, en particular, las tesis que caracterizan la época meramente como la preparación y la consecución de la emancipación política de la metrópoli; el ensayo nos invita a ir un poco más allá. En la medida en que el ensayo es “la forma crítica *par excellence*, y precisamente como crítica inmanente de las formaciones espirituales, como confrontación de lo que son con su concepto, el ensayo es crítica de la ideología” (Adorno 2003, p. 30), es plausible afirmar que su práctica representa uno de los síntomas históricos más claros, en este caso, del malestar patente frente al panorama ideológico dominante.

Ahora bien, por este último no me refiero precisamente, como podría pensarse, a la hegemonía del pensamiento monárquico y colonial —por supuesto, muchos de nuestros ensayistas, entre ellos Vargas, Nariño, Bolívar y Zea, se declararon a través de sus textos en abierta oposición con tal estado de las cosas—, sino a un asunto, si se quiere, más general cuanto más difuso: la idea según la cual el americano es un sujeto pasivo y, por ello, incapaz de participar en la construcción de su porvenir. El género ensayístico es incomprensible en la lógica de una realidad donde se acepta que la verdad es unívoca e irrefutable. Así, curándonos de politizar el ensayo, es preciso señalar que la práctica del ensayo en un momento histórico determinado pone de relieve, fundamentalmente, una actitud crítica frente al mundo por parte de sus practicantes; una actitud “subversiva” y “herética”, diría Adorno, que, en el caso colombiano, se opondría a la ortodoxia del

pensamiento según la cual la potestad del capital simbólico y cultural del Reino descansaba exclusivamente en las manos de los españoles.

Así, en este punto específico, a saber, el gesto de criticar, desmentir y reinterpretar la realidad histórica del momento, es donde el género ensayístico cobra una importancia hasta ahora inusitada en la Nueva Granada. La historia del pensamiento colombiano del siglo XIX —como la elaborada por Jaime Uribe— se ha preocupado por establecer la línea que une “la filosofía natural” y el pensamiento Ilustrado con la gesta emancipadora, la concepción de la primera República, las disputas entre las propuestas de gobierno, el debate bipartidista, las posturas del radicalismo liberal y del tradicionalismo conservador, los aportes del ideario del pensamiento liberalista y los presupuestos que desencadenaron la llamada Regeneración hacia final de siglo. Un esfuerzo, ciertamente, loable. Sin embargo, en este intento, también de naturaleza causalista y teleológica, se olvidó de comprender, por un lado, los medios y formas concretos de expresión y las prácticas culturales que hicieron posible la vida y difusión de las ideas en Colombia —entre ellos el ensayo— y, por el otro, el hecho de que las ideas en ellos consignadas entraran en el ambiente de intensos debates y reyertas propio de la disputa por el capital simbólico y cultural. A mi juicio, en el caso del periodo que convoca esta investigación, el ensayo es quizás, junto a las tertulias literarias y los periódicos, la práctica cultural que mejor explica este proceso.

En este orden de ideas y volviendo a los textos de Vargas, es inevitable constatar también el perfil ilustrado y moderno de las ideas que sustentan la estructura profunda de sus reflexiones. Sin embargo, aquí evitamos la ingenuidad de enlazar sin reflexión alguna esta evidencia con el ideario emancipador. En efecto, esto podría admitirse en el caso de Vargas, Nariño, Bolívar, Zea y parcialmente en Lozano. Sin embargo, igualmente ilustrados eran, por ejemplo, Manuel del Socorro Rodríguez y Fray Diego Padilla, cuyos ensayos, impulsados por el mismo espíritu del pensamiento moderno, propenden más bien por un mantenimiento del *statu quo* amparado en el orden monárquico. En otras palabras, la filosofía de la Ilustración no debe entenderse como un presupuesto exclusivo del grupo que preparó y llevó a cabo la gesta emancipadora, sino que se trató del espíritu común de todos aquellos que estaban por encima del pueblo raso —españoles y criollos por igual—: “lejos de ser el índice de las diferencias y de las brechas, el pensamiento racional y reformador es compartido por estas clases superiores tanto más rivales cuanto que su común apego [al pensamiento ilustrado] las hace semejantes.” (Chartier, 2003, p.

26). Para 1791, por ejemplo, es ostensible la toma de posición del escritor santandereano contra de la Monarquía, característica que no solo lo condicionaría históricamente, sino que también lo opondría a las opiniones de algunos de sus compatriotas igualmente ilustrados como Rodríguez:

A pesar de todo esto, no faltan apologistas de nuestro actual Gobierno: no hablo sólo de aquellas almas viles que por el interés que les resulta, que porque ayudan al tirano a comer la sangre y sudor del pueblo, le defienden y sostienen tenazmente, Hablo también de ciertas clases de gentes, de aquellos que nada ven ni conocen, y que preocupados por lo mucho que han oído alabar nuestro gobierno a los malvados aduladores, creen que es excelente, y sacan la cara por él cuantas veces se les proporciona. Mas es de advertir cómo lo ejecutan: cuando nada tienen que responder a las demostraciones palmarias que se les hace de que la administración de justicia está enteramente perdida, de que pudiendo tener todas las cosas buenas y baratas, carecemos de ellas y nos vemos en la necesidad de comprarlas, malas y caras; cuando se les hace ver esto y oír infinitas cosas, no pudiéndolas negar, confiesan que es cierto; pero echan la culpa a los Gobernadores y justifican al Rey. Este, dice, nada sabe, que a saberlo él, pondría remedio. Esta respuesta solo puede satisfacer a los ignorantes. El Rey tiene noticia de todas las principales providencias que se toman para el régimen y gobierno de la América; pero prescindo por ahora de ello y me atengo a lo siguiente: o el Rey sabe lo que pasa o no. Si lo sabe y no pone, como vemos y experimentamos, el conveniente remedio, es señal cierta que lo quiere así; y si no lo sabe, es prueba clara de que no cumple con su obligación; pues está encargado de vigilar sobre todo; en uno y otro caso se concluye evidentemente que el Rey es malo. ¿Qué decís a esto preocupados? Partidarios de la tiranía: ¿qué tenéis que oponer a estas verdades? (*Notas*, 1986, pp. 156-157)

Ciertamente, se trata de una exposición propia del espíritu ilustrado que había empezado a permear paulatinamente el ambiente cultural de la Nueva Granada desde la llegada al poder de los príncipes borbones y su consustancial reformismo. Más allá de examinar el problema desde el horizonte de la toma de posición política frente a la Monarquía, aquí nos interesan los presupuestos axiológicos y culturales que sostienen en estructura profunda el discurso. Hablo, pues, de la demostración amparada en el juicio crítico, lúcido, razonado e ilustrado, el mismo que la Monarquía se encargó, inicialmente, de instaurar en nuestras naciones a través de sus políticas administrativas, las propuestas de reforma educativa, la introducción de la filosofía natural, la Expedición Botánica, entre otros. Como se sabe, la intención de estas medidas fue, fundamentalmente, modernizar las instancias burocráticas y técnicas con el fin de optimizar la extracción de bienes y recursos de las provincias<sup>28</sup>. Sin embargo, como aquí hemos insistido, este proceso

---

<sup>28</sup> Este asunto ha sido ampliamente documentado por la Historia. Al respecto, Renán Silva, apunta lo siguiente: “el proyecto era ante todo un intento de reforma de la sociedad, de simplificación del abigarrado cuadro de relaciones sociales “barrocas” que debería ser reemplazado por un esquema binario, en lo que tiene que ver con la política, ya que no existirían sino el Rey y los vasallos; y por un esquema de individuos iguales, en lo social, derrotando las habituales pertenencias a cuerpos y órdenes jerárquicos y superpuestos” (2008, p. 21). Por su parte, Caballero enumera algunos de los avances en las siguientes materias: “Se

histórico trajo consigo unas consecuencias, particularmente en el ámbito cultural y existencial, que condujeron, entre otras cosas, a la toma de consciencia del *criollo* de su condición particular, el surgimiento de nuestras primeras generaciones letradas y, especialmente, la constitución de un nuevo espacio público en el cual, hacia finales del siglo XVIII, los Sabios del Reino empezarían a desenvolverse sustentados en su juicio

---

hicieron caminos, mejoró la navegación fluvial por el Magdalena con la introducción de barcos de vela, creció la producción de las minas, aunque su explotación siguió siendo notablemente primitiva como consecuencia de la importación masiva de esclavos negros para trabajar en ellas y en los trapiches de las estancias azucareras. Se fundaron ciudades y villas, más numerosas que en otras colonias americanas (con la excepción de Nueva España), a causa de las dificultades de la orografía con sus cordilleras casi infranqueables y sus ríos en ese entonces caudalosos” (2016, Capítulo III, pp. 11-12). Para el caso concreto del periodo final del siglo XVIII, John Lynch señala lo siguiente: “Hispanoamérica estaba sujeta a finales del siglo XVIII a un nuevo imperialismo; su administración había sido reformada, su defensa reorganizada, su comercio reavivado. La nueva política era esencialmente una aplicación del control, que intentaba incrementar la situación colonial de América y hacer más pesada su dependencia”, mas, planteamiento que, en buena medida, explica la crisis colonial, pues tal política reformista española “despertó los apetitos que no podía satisfacer, mientras que su imperialismo realizaba un ataque directo a los intereses locales y perturbaba el frágil equilibrio de poder dentro de la sociedad colonial” (1976, p. 10). En efecto, Lynch interpreta el reformismo ilustrado teniendo muy presente su horizonte de comprensión: se trata de una ilustración instrumentalizada de acuerdo a los intereses imperialistas y monárquicos, dentro de los cuales, por supuesto, figuraba en primer término mantener el equilibrio de poderes entre la península y las colonias. Se trataba de buscar los medios para garantizar que la dependencia de las Américas se mantuviera. Tal intención se lograría, pese a los riesgos, a través de la implementación de nuevas determinaciones administrativas y especialmente económicas. En este sentido, el examen de Lynch es capaz de entender la dimensión intencional de tales reformas desde el punto de vista español; otro asunto es, muy importante también, los procesos y consecuencias culturales que tales reformas desencadenaron en el hombre americano. Sin quererlo, la reforma imperial plantó “las semillas de su propia destrucción” (p. 10). Lynch habla de un primer periodo de emancipación informal de las Américas a finales del XVII y principios del XVIII, refiriéndose a un momento en el que los cuerpos productivos de las provincias empezaron a dejar más remesas para su gasto particular en lugar de enviarlas a España directamente. Apoya esta idea poniendo los ejemplos del caso minero, el aumento de la producción agrícola, el comercio interprovincial y el surgimiento de algunas manufacturas para disfrute exclusivo de las colonias. Es esta la razón por la cual una emancipación formal no se podía pensar en aquel momento. Sin embargo, tales libertades fueron las que convocaron poderosamente la necesidad de las reformas: “Detener la primera emancipación de Hispanoamérica, éste era el objetivo del nuevo imperialismo de Carlos III. La política conllevaba algunos riesgos: conturbar el equilibrio de fuerzas en las colonias podría minar la fábrica del imperio. Pero hasta el punto en que se podían calibrar, los riesgos eran considerados aceptables. Porque la reforma colonial era una parte de un designio más amplio de crear una España más grande, una visión que compartían Carlos III y sus ilustrados ministros, nacida de un movimiento de reforma que intentaba rescatar a España del peso del pasado y restaurar su poder y prestigio [...]. Se emprendió una revalorización nacional. La elite dirigente —un selecto grupo de intelectuales, economistas, prelados y burócratas— discutió varias medidas: imposición equitativa, industrialización, expansión del comercio extramarino, mejora de las comunicaciones, un programa de colonización interna, proyectos de parcelar los latifundios y las propiedades de la Iglesia, liquidación de los privilegios de pastos de los poderosos ganaderos en favor de los cultivos, y muchas otras propuestas de desarrollo económico. Las semioficiales sociedades económicas fueron un importante centro de reformas, más dedicadas a las soluciones pragmáticas que a la especulación abstracta y apuntando especialmente a la prosperidad del país mediante la ciencia aplicada. No todos estos planes se realizaron, pero en el curso de su reinado (1759-1788) Carlos III dirigió España en un renacer político, económico y cultural, y dejó a la nación más poderosa de lo que la había encontrado. El gobierno fue centralizado, la administración reformada; la agricultura aumentó su rendimiento y la industria su protección; se promovió y protegió el comercio ultramarino” (p. 15). Ahora bien, Lynch va mucho más allá, pues sugiere que tales reformas, en particular, fueron desarrolladas con el objetivo de “controlar a los criollos” (p. 15).

crítico y razonado para ejercer el derecho que consideraron legítimo de participar en los debates sobre el destino de la nación<sup>29</sup>. Leamos en esta perspectiva a Vargas:

Se deja, pues, conocer cuán liberal ha sido la naturaleza con estos dominios del Rey, y que a nada que se fomentase la industria en ellos, competirían con los mejores del resto de la América. Una mano sabia que conociendo todos los recursos de que es capaz esta colonia se aplicase con tesón a promover los ramos de agricultura, comercio y minas, tendría la satisfacción de ver floreciente el Reino en pocos años, y en estado de pagar con usuras los cuidados que debe al Soberano por su conservación. (Vargas, *Pensamientos*, 1986, p. 17)

La observación del santandereano permite, en este caso, observar el desplazamiento de los asuntos económicos del Virreinato de la esfera restringida de la administración española hacia el campo del dominio público. Algo similar pasaría con las demás cuestiones asociadas al orden monárquico, las cuales empezarían paulatinamente a ser valoradas y reformuladas por el ojo crítico de la elite letrada local. En este proceso que Chartier llama “politización de la esfera pública literaria” (2003, p. 29), el ensayo fue, a mi juicio, la forma de expresión más empleada en el alba del siglo XIX por nuestros ilustrados colombianos y latinoamericanos, pues, las características propias del género les permitieron construir las interpretaciones personales de su presente inmediato y concebirse como actores propositivos dentro del proceso histórico.

Los elementos anteriores nos conducen a un nuevo problema: la profunda heterogeneidad de las posturas e interpretaciones de la realidad histórica inmediata que se vislumbran a través de los ensayos. Contrario al mito de la emancipación según el cual el cuerpo de la élite ilustrada neogranadina parecía conformar un colectivo uniforme dirigido a una causa común, la Independencia, a través de los ensayos podemos descubrir las discrepancias de opinión, los puntos de vista a veces radicalmente opuestos y, por lo tanto, el intenso debate cultural y político en el que se enfrascaron nuestros primeros ensayistas. Es importante reiterar que el ideario ilustrado y desarrollo de la «conciencia histórica» en los ensayistas no debe confundirse con una alianza unánime con la idea de la autonomía frente a la Corona española. La mayor de las veces, sus reflexiones apuntan hacia derroteros muy diferentes en lo tocante a su comprensión del proceso histórico y a su visión prospectiva del futuro cercano.

---

<sup>29</sup> En términos de Chartier, “comprender el surgimiento de la nueva cultura política es, por consiguiente, descubrir la politización progresiva de la esfera pública literaria y el desplazamiento de la crítica hacia campos que tradicionalmente le estaban prohibidos: los misterios de la religión y los del Estado” (2003, p. 29).

En efecto, en esta perspectiva, y acentuando el carácter subjetivo e individual de tales reflexiones, resulta muy simplificador pensar que todas ellas se dirigieron, como una unidad, a un norte común: la ruptura con el orden colonial, la promoción de las ideas emancipadoras y la constitución de un estado republicano. Antes bien, lo que habría que subrayar es precisamente su falta de unidad, la sorprendente multiplicidad de sus visiones de mundo, el amplio y heterogéneo abanico que incluye sus evaluaciones del pasado y sus aspiraciones hacia el futuro, y los constantes choques ideológicos que tuvieron por esta causa. Iván Padilla, por ejemplo, muy consciente de que la homogeneidad del movimiento independentista es una ilusión, acaso instituida por el relato histórico tradicional, al hablar del *Papel Periódico* de Rodríguez, sugiere que el verdadero cariz de la época está determinado por el debate ideológico y que tal constatación posibilita “asir el proceso del movimiento emancipador en toda su complejidad” (2012b, p. 46). En una perspectiva análoga podemos entender la crítica a la comprensión de la Ilustración como un “problema resuelto” y acabado por parte de la historiografía que emprendió Renán Silva (2008). Para este último, “la relación directa, causal e inmediata, entre Ilustración e Independencia nacional” desconoce

el carácter inédito [de la Ilustración], su fuerza original, la manera abrupta como nos introducía en el corazón mismo de la modernidad política más revolucionaria que se pueda imaginar y que llamamos «lo imaginario de la democracia»: la soberanía popular, la separación de los poderes, los partidos políticos, el régimen parlamentario, las elecciones libres. Que mientras tanto la sociedad seguía siendo ampliamente una sociedad tradicional, en la que la emergencia del individuo moderno era solo una posibilidad histórica remota, en la medida en que se carecía de las condiciones que podían hacer posible esa emergencia, nadie lo duda. Que de esa distancia entre el núcleo político moderno y la realidad de las relaciones sociales surgiera una dialéctica compleja y paradójica, que aún continuamos sin entender muy bien y que fue determinante para todo el curso de los siglos XIX y XX, es algo que hoy sabemos mejor que hace treinta años. (2008, pp. 15-17. Énfasis mío)

Por ejemplo, y en clara oposición a las ideas de Vargas<sup>30</sup>, “la actitud conservadora de Rodríguez y la forma como se utilizan los presupuestos de la filosofía de las Luces descubren el deseo de promover una nación monárquica, que reivindica la idea de

---

<sup>30</sup> En el preámbulo del libro *Sociedad y cultura en la obra de Manuel del Socorro Rodríguez de la Victoria* (2012), Padilla cita la representación del 19 de septiembre 1793, carta en la cual el bibliotecario se refiere a Vargas en los siguientes términos: “Este sujeto, cuya ilustración y filosofía están fundadas sobre los depravados principios del libertinaje, la independencia y un gran deseo de hacer figura sobresaliente, quizá algún día pueda ser adalid de alguna subversión tanto más digna de temerse cuanto es capaz de conducirla con la mayor habilidad” (Rodríguez en Padilla, 2012, pp. 32-33). Para el profesor, no cabe duda de que Rodríguez conocía la *Memoria* y los *Pensamientos*, al señalar que “aunque toda la propuesta política económica de Vargas se hizo en nombre del rey y siguiendo los modelos de las Sociedades Económicas de Amigos del País [...], Rodríguez no confió en el tono, la orientación y los términos utilizados en el discurso” (p. 33).

soberanía absoluta del rey” (Padilla, 2012b, p. 87). Hablo así de un periodo en el que convivían en franca disputa la idea de que “en las dos Américas se pueden restablecer varias repúblicas, y es de creer que se haga así sin duda alguna” (Vargas, *Notas*, 1986, p. 160) —concepción que comulgaba con la noción de un estado laico y el ideario de la ilustración gala— y la idea según la cual la opción republicana de orientación francesa conlleva el caos social en sí misma al malversar el verdadero sentido de la *libertad*. Este último es el caso de Rodríguez<sup>31</sup>, para quien la emancipación y la salida del orden monárquico solo representaba un mal espantoso: “¡Qué sublevación tan lamentable padecería entonces el cuerpo político! Subvertido enteramente el orden de la Sociedad, se tendría por más infame aquel que menos pensase en sostener las ideas de la elación y predominio” (Rodríguez, *Papel periódico*, viernes 19 de agosto de 1791). Dispuesto así, en contraposición a las interpretaciones históricas tradicionales, la lectura de algunos de los ensayos de la época nos permite persuadirnos de que, para entonces, el ambiente espiritual, social, cultural y político se caracterizó por una intensa lucha ideológica en la que “la elite intelectual aparece [...] escindida entre el ideario revolucionario francés y el reformismo español” (Padilla, 2014, p. 65).

En este orden de ideas, se hace evidente un último problema: el ensayo de principios del siglo XIX no es, en absoluto, un género autónomo. A diferencia de la poesía, los ejercicios de retórica y posteriormente los cuadros, artículos y novelas de costumbres de la época, al ensayo no se le podía identificar a simple vista como una manifestación asociada indefectiblemente al orden literario. Sus autores tampoco parecían tener mayor relación con el mundo de las bellas letras salvo casos aislados. Su gesto ensayístico quedó escondido bajo la superestructura textual de las manifestaciones discursivas en donde se propagó (artículos, proclamas, defensas, misivas). Además, como dijimos, sus asuntos se relacionaban estrechamente —por no decir exclusivamente— con temáticas de naturaleza

---

<sup>31</sup>Al respecto, remito al lector al ensayo de Iván Padilla Chasing titulado “Manuel del Socorro Rodríguez, crítico de la Ilustración francesa. *Papel Periódico de la Ciudad de Santafé de Bogotá 1791-1797*”, publicado en el libro *El Bicentenario de la Independencia. Legados y realizaciones a doscientos años* (2014). En él, el profesor propone que “aunque este periódico tomó especial relevancia en la vida intelectual del reino y participó en debates tan importantes como el de los programas educativos y estudios impartidos en los diferentes colegios de la época, pronto se hizo evidente que se trataba del medio de expresión del centralismo de la metrópolis” (p. 39). En esta línea, hacia el final de su texto, concluirá que “más allá de la difusión de los ideales filantrópicos y saberes promovidos por la ilustración, Manuel del Socorro Rodríguez y su *Papel Periódico* se integraron a la estructura social colonial para cumplir funciones inscritas en el proyecto reformista e ideales políticos de los Borbones. En este sentido, más que crear un ambiente propicio para la recepción de las ideas de la Ilustración en Nueva Granada, se puede decir que gran parte de los contenidos de este semanario tratan de atenuar el efecto de las ideas republicanas, [laicas] y democráticas diseminadas para entonces en toda Europa y América.” (p. 65).

política, económica, científica, religiosa, entre otros. Probablemente, el ensayo de la época resulta especialmente escurridizo por el hecho de haber establecido relaciones, como ningún otro género, con la mayoría de los órdenes de la estructura social, sin constreñirse meramente al ámbito literario. En otras palabras, se trató de un modo-de-ser y una consecuencia histórica necesaria de la vida del género durante la época.

Sin embargo, esta carencia de autonomía del género —y antes bien su inseparable correlación y dependencia con los ámbitos extraliterarios— es para nosotros su sello de autenticidad y el núcleo de la problemática que, hasta ahora, ha impedido apreciar su presencia a principios del siglo decimonono. La tradicional historia de la literatura colombiana ha desconocido la presencia del ensayo durante ese periodo, creemos aquí, porque éste no se presentó bajo la convención de una forma discursiva autónoma dentro del orden de las manifestaciones literarias—que no pregonaba “¡soy literatura!”, diría Barthes (1981)—, deviniendo así en una suerte de eslabón suelto que es mejor dejar a cargo de la historia de las ideas, de la política colombiana o de la sociología. Sí, el ensayo de principios del siglo XIX es eminentemente político, pero la naturaleza de sus temas no debería hacernos dudar de la forma eminentemente literaria que subyace en el fondo.

Así, los *Pensamientos* y la *Memoria* de Vargas, los artículos periodísticos de Socorro, Nariño, Caldas, Tadeo y Padilla, la defensa ante los tribunales del traductor de los derechos del hombre, algunas de las misivas del Libertador, el *Memorial de agravios* de Torres, la *Mediación entre España y América* de Zea, entre otros, son ensayos precisamente porque lo que en ellos pesa es haber descubierto, fundamentalmente —también dolorosamente—, cómo la historia, la experiencia del tiempo, la conciencia presente del acontecer, empezó a *afectar* profundamente la consciencia de los neogranadinos. Gradualmente, las condiciones específicas del momento sociohistórico generaron en el imaginario de la sociedad, y particularmente en el de los criollos, la intuición, para algunos extraordinaria, para otros angustiante, de que ante ellos se abría un “nuevo curso de acontecimientos” (Ricoeur, 2006, p. 979).

¿Cuál en específico? Para ellos este fue el interrogante fundamental que puso su existencia en la encrucijada de la acción y la incertidumbre. Esto explica por qué, desde la perspectiva del género, la crisis de la época no debe ser leída solo en sus rasgos políticos, ideológicos, religiosos, económicos o sociales, sino, ante todo, a partir de su dimensión existencial, es decir, fenoménica. El ensayo nos permite ingresar al momento en que la experiencia vital y la realidad anímica del ensayista devienen en una *forma*, se



hacen *forma* (Lukács, 1975, p. 25), motivo por el cual su lectura debe trascender la interpretación meramente instrumental que los entiende solo como objetos de carácter documental. En contraparte, es la sensibilidad ante la *forma ensayística* la que aquí demandando sea atendida, aun cuando esto implique aceptar que su “afinidad con la abierta experiencia espiritual”, con el mundo fenoménico, se tiene que pagar con “la falta de seguridad temida como la muerte por la norma del pensamiento establecido” (Adorno, 2003, p. 24). En este sentido, el ensayo no nos sitúa ante los hechos en su facticidad, sino ante la manera como el sujeto los percibe, los interpreta, los simboliza y los expresa con sus propios términos, sin nunca agotar el problema, como un sujeto en devenir y en la plenitud de su completa carga existencial.

A manera de ejemplo de lo anterior, la famosa *Carta de Jamaica* (1815) nos permite acceder a la conciencia de un sujeto que se sabe en pleno proceso de constitución. Si omitimos las bondades documentales del texto, emerge inmediatamente la conciencia de un sujeto que se comprende como parte integrante de las contingencias históricas y, por lo tanto, incapaz de ofrecer una evaluación unánime y definitiva del proceso por el que está atravesando. No obstante, esta limitación no le impide sino antes bien le impulsa a sentirse facultado a presentar su valoración particular de la realidad en la medida que lo salvaguarda su juicio razonado:

*Todavía es más difícil presentir la suerte futura del Nuevo Mundo, establecer principios sobre su política y casi profetizar la naturaleza del gobierno que llegará a adoptar. Toda idea relativa al porvenir de este país me parece aventurada. ¿Se pudo prever cuando el género humano se hallaba en su infancia, rodeado de tanta incertidumbre, ignorancia y error, cuál sería el régimen que abrazaría para su conservación? ¿Quién se habría atrevido a decir, tal nación será república o monarquía, ésta será pequeña, aquella grande? [...] no obstante que es una especie de adivinación indicar cuál será el resultado de la línea de política que la América siga, me atrevo a aventurar algunas conjeturas, que, desde luego, caracterizo de arbitrarias, dictadas por un deseo racional, y no por un raciocinio probable. (Bolívar, *Carta de Jamaica*, 1969, p. 69. Énfasis mío)*

A través de sus textos, legítimos ensayos, tenemos la oportunidad de apreciar las reacciones individuales de un conjunto de sujetos ilustrados que, como Bolívar, *sufrieron* —en la máxima expresión de su sentido etimológico: “sobrellevar a ocultas algo”— la incorporación paulatina de la «conciencia histórica» en su esquema mental y axiológico. Si “entendemos por conciencia histórica el privilegio del hombre moderno de tener plenamente conciencia de la historicidad de todo presente y de la relatividad de todas las opiniones” (Gadamer, 2011, p. 41), en nuestro caso es necesario hacer ciertas salvedades, pues, para nuestros Sabios del Reino tal privilegio, tal conquista en el orden espiritual y

del entendimiento, no sobrevino sin una buena dosis de zozobra e incertidumbre. Entendámonos: la génesis del ensayo en Colombia no se gestó en las comodidades del estudio de Montaigne ni en las circunstancias fecundas del ambiente intelectual de un Bacon, sino bajo el signo del increíble peso de la historia cayendo sobre la experiencia humana. Es en los afanes de un panorama en crisis donde nuestros primeros ensayistas se constituyeron, al mismo tiempo, en *actores* de la historia —rebeldes, próceres, estadistas, científicos, ecónomos, abogados, militares, naturalistas— y en *sujetos* modernos llamados a *interpretar* el acontecer histórico.

Así, en primer término, el estudio del ensayo nos entrega algo que la perspectiva documental y la historia tradicional no han podido observar: al sujeto *concreto*, al hombre *particular* y su «mundo de la vida» —*die Lebenswelt* en la bella terminología de Husserl— en las coordenadas existenciales de su presente histórico. En otras palabras, reconocer la naturaleza ensayística de estos textos nos permite descubrir una dimensión epistemológica en ellos hasta ahora desatendida: la coyuntura histórico-social del momento perturbó la vida de los neogranadinos —y de manera especial la de los criollos ilustrados del Reino— de modo tal que su percepción del mundo y su actitud ante este ya no volvería a ser nunca la de antes. Si la historia oficial —y la historia de la literatura— hizo que olvidáramos al sujeto concreto en aras de otorgarnos su visión organizada y coherente del conjunto de hechos, el ensayo nos devuelve el descubrimiento particular de la experiencia humana en forma de expresión verbal. Motivo por el cual considero que, en el caso colombiano, «conciencia histórica» y ensayo son dos hechos simultáneos e indisociables.

Y, segundo, el estudio del ensayo en la Nueva Granada de finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX implica considerar la distancia temporal que nos separa del pasado como un intervalo dinámico *generador de sentidos* (Ricoeur, 2006, p. 961). Esto es, constatar que este ejercicio investigativo alrededor del ensayo en Colombia afecta inevitablemente la manera como la tradición historiográfica ha leído, codificado, institucionalizado y automatizado el conocimiento histórico sobre las primeras décadas del siglo XIX colombiano: la perspectiva histórico-literaria sobre los problemas del periodo insta a integrar el ensayo y a sus autores en el conjunto de los hechos históricos de la época y, por lo tanto, obliga a abrir y debatir, una vez más, la interpretación del conjunto.

En síntesis, el horizonte de la *mediación* abierta de Ricoeur permite: primero, entender el ensayo dentro del conjunto de las prácticas ilustradas de la época. Segundo, identificar la dimensión intelectual de sus autores —quienes, en su mayoría, son los mismos próceres de la independencia— y la función social y cultural que estos desempeñaron en calidad de escritores. Tercero, entender que la producción textual de estos últimos está profundamente emparentada con su experiencia de vida particular del pasado y de las circunstancias de su presente. Cuarto, establecer el vínculo entre su producción textual y la tradición occidental del género ensayístico sin desconocer los rasgos particulares que adoptó en la Colombia de principios del siglo XIX, atendiendo a las circunstancias específicas del periodo. Y quinto, constatar las estrechas relaciones que el ensayo de la época establece con los órdenes político, religioso, social y, especialmente, con el proceso histórico mismo, es decir, con el intervalo temporal que engloba la crisis de la institucionalidad monárquica y la coyuntura sociopolítica en el que son producidos.

## **2.2. Ensayo, conciencia histórica y crisis colonial**

Si bien, un poco más atrás me detuve en la idea según la cual el surgimiento del ensayo representaría, inicialmente, un síntoma notable de la toma de conciencia crítica e histórica de nuestros intelectuales y, con ello, del comienzo de la participación activa de los criollos en la esfera pública y la construcción del capital simbólico, en este punto se hace preciso estudiar los vínculos que estableció la práctica del género con el espíritu de la época. Para nosotros, es innegable que el ensayo en Colombia surge como producto y expresión de un momento en el que la institución monárquica, tanto en su dimensión material como simbólica, atravesaba un momento de crisis sistémica no solo en nuestras provincias, sino, en general, dentro del marco de los procesos sociohistóricos de Occidente. Las características de la forma de expresión ensayística parecen ser las más adecuadas para intentar comprender, interpretar, juzgar y, sobre todo, *mediar*, desde el presente, la experiencia agónica de las transformaciones que se estaban operando en el espacio social, intelectual, político y, en general, en todas las esferas de la vida colonial como hasta entonces habían sido conocidas.

Entender este asunto a partir de la perspectiva de la mediación abierta, concebir el presente histórico de los Sabios del Reino, la crisis colonial y la Independencia como un horizonte de posibilidades, es decir, en calidad de fenómenos abiertos y sujetos a la contingencia, nos autoriza a afirmar, por un lado, que los ensayos del momento fueron

genuinos intentos por manifestar, en el estado actual e incierto de las circunstancias, sus expectativas sobre el futuro y sus interpretaciones particulares del pasado. Y, por el otro, que la práctica ensayística se vinculó intensamente en el debate alrededor de los asuntos públicos, en especial, el asociado con la experiencia política, cultural, económica y, si se quiere, existencial de la vida colonial y monárquica. Sobre esas cuestiones, no sobra recordar que, si bien nuestros intelectuales compartían un acervo cultural muy similar, cimentado en el pensamiento de la Ilustración, no todos llegaron a las mismas conclusiones respecto al que debería ser el provenir de la nación. Las disputas ideológicas y la diversidad de puntos de vista deben ser entendidas, obligantemente, a partir de las contingencias históricas, pues solo a través de ellas podemos comprender que las ideas también suelen modificarse conforme el proceso histórico se va desarrollando. En este sentido, probablemente sea el ensayo el género que, de mejor manera permite acceder no solo al instante en que la reflexión política, económica y cultural de los intelectuales se pone en marcha, sino también a la historicidad misma de sus ideas.

La historia de las ideas y el relato de la historiografía tradicional no han reparado, al menos no en detalle, en nuestros intelectuales-ensayistas en calidad de sujetos sometidos a la contingencia. Tal decisión, acaso obligada por las condiciones intrínsecas del método histórico, impide acercarnos a la gradación, el deslizamiento, la evolución y, muy importante, las vacilaciones de sus pensamientos. En otras palabras, así suene paradójico, la historia suele entregarnos la idea de sujetos ahistóricos, completos y definitivos: como si siempre hubiesen sido exactamente iguales al programa de pensamiento con el cual los vinculan; como si en ellos mismos no se hubiese operado un *proceso*. Frente a lo anterior, contrapongo el siguiente ejemplo: el Vargas de los *Pensamientos* y la *Memoria* es un sujeto aún condicionado por el régimen monárquico por el simple hecho de vivir en la Nueva Granada; de guardar intenciones emancipadoras como sospechaba Rodríguez, debía entonces cuidar sus palabras, es decir, modular y pensar meticulosamente el detalle de su escritura y el lenguaje con el que se dirigiría al espacio público. En efecto, en estos dos ensayos se lee una actitud propositiva, comedida en sus críticas y siempre reiterando que todas las reflexiones se encaminan al bien común del pueblo y del Reino. Veamos:

Y si a estas providencias generales se agregan otras particulares que apunto, y de las cuales ninguna es gravosa al Soberano, ni a sus vasallos, conseguiremos dentro de muy poco tiempo una población respetable [...]. Yo lo deseo por el bien de mi patria, a cuyo fomento, ya que no puedo concurrir con mi caudal, como el noble patriota

que excita este discurso, concurrí con el débil eco de mi voz [...]. (Vargas, *Memoria*, 1986, p. 151)

Al juzgar la virulencia de sus comentarios, el hecho de suprimir casi totalmente la palabra “Reino” de su discurso e introducir la noción de una América diferenciada de España, así como el empleo de un tono más incisivo en las *Notas*, podemos decir que el eco de la voz de este Vargas ya no es tan débil. Acaso consciente de su decisión de exiliarse de su patria en poco tiempo, en este ensayo fragmentario nos encontramos con un escritor parcialmente más libre para expresar sus ideales revolucionarios:

En América no hay tantos obstáculos que vencer para una buena revolución [...]. No hay príncipes [...] nuestra nobleza actual escarmentada de lo que ha pasado en otras partes, se contendrá en los límites de la razón, y el Clero no abusará seguramente de su ministerio para seducir al pueblo y mantenerlo contra todo su derecho, bajo el yugo de la tiranía. (Vargas, *Notas*, 1986, pp. 157-158)

Así como proindependentistas: “hagamos respetar nuestros territorios y nuestro pabellón, y tendremos cuanto sea necesario para conseguir nuestra libertad y confundir ese monstruo, ese Carlos, ese león sanguinario que con sus garras devora uno y otro mundo” (Vargas, *Notas*, 1986, p. 159). Y sobre todo republicanos: “Un Gobierno sabio es un manantial continuo de las buenas costumbres, porque fijando la suerte de todos los ciudadanos, cada uno se ve en la precisión de arreglar su conducta, sus proyectos, sus deseos, después de haber hecho todo aquello a que está obligado para la felicidad común, que es el objeto y fin de todo ser viviente” (Vargas, *Notas*, 1986, p. 162).

A partir de estos ideales, Vargas se siente con la autoridad de juzgar y denunciar las incorrecciones de la monarquía: “en este particular convendría tomar a Licurgo por modelo, que teniendo que regenerar una nación pervertida, la sacó de un golpe del cieno de las pasiones desarregladas, de los vicios y del crimen por una legislación imperativa, y propia para sujetar inviolablemente el espíritu a toda la severidad de los principios” (Vargas, *Notas*, 1986, p. 162). Igualmente, en sus *Notas*, el escritor santandereano deja ver su gran afinidad con los presupuestos de la revolución gala:

Conviene así mismo no olvidar la educación de la niñez; [...] si por medio de una educación pública, común y gratuita, se la procura instruir en *los principios de igualdad, libertad y fraternidad*, de los cuales la misma naturaleza ha sembrado la semilla en sus corazones, *se logrará dar a la patria una juventud llena de ardor y de virtudes, instruida en sus derechos, penetrada de sus obligaciones* [...].

*Una revolución política, que no es otra cosa que la recuperación de los derechos del hombre*, debe hacerse exclusivamente por el pueblo. (Vargas, *Notas*, 1986, pp. 155-164. Énfasis mío).

Los ejemplos anteriores son muy significativos pues demuestran que el cambio del código semántico entre los primeros dos ensayos y las *Notas*, obedece, al mismo tiempo, a su configuración como sujeto histórico-crítico y a sus reacciones anímicas, ideológicas y axiológicas frente a las circunstancias sociohistóricas. En este sentido, los ensayos también precisan ser leídos desde una perspectiva histórica capaz de iluminar estas gradaciones que, como es claro, no pueden quedarse únicamente en el examen lingüístico o ideológico. A mi juicio, las transformaciones del código semántico dentro de los escritos de la época es un campo de estudio que no ha sido debidamente explorado y, por ello, poco se ha reparado en los aportes que este representaría en la comprensión del proceso histórico que comprende el periodo 1790-1820. Con este ánimo, demos un último vistazo al Vargas exiliado, el de la *Relación* de 1808. Hablo, probablemente, del sujeto histórico más vinculado con la causa independentista y, por ello, del que la historia ha calificado como “prócer”; evidentemente, sus ideas ya presagiaban, podría decirse, con el mismo tono y las mismas evaluaciones, las del Bolívar y Zea de 1815 en adelante:

Mas no está en solo esto nuestra independencia de la España. Sabiendo que los Americanos no se dejarían conducir fácilmente por tan opresivas (sic), si las llegasen a conocer, gran parte del estudio de esta nación consiste en cerrar en aquellos países la entrada a todo conocimiento racional. Para esto se vale del doble instrumento de la religión y la arbitrariedad. Todo libro que no acomoda al Ministerio está prohibido en América: ningún extranjero puede entrar allí sin expresa licencia del Rey de España, y si lo hace sin este requisito es tratado como enemigo, y si es inglés como espía. Ningún criollo puede salir para países sin incurrir en la pena de confiscación de bienes y destierro perpetuo de su patria aun para ir a la España misma es menester que los criollos mismo obtengan permiso especial del Rey. El celo del Gobierno es tan grande contra los criollos, que si alguno de éstos, por algunas dichas circunstancias, es más instruido que los otros, o no acomoda a las miras de los que mandan, es inmediatamente embarcado a España, o sumergido en los calabozos de la inquisición bajo el más leve pretexto<sup>32</sup>, y sin que sea fácil muchas veces el saber de su paradero. (Vargas, *Relación*, 1986, pp. 181-182)

En efecto, nada más contrario a las ideas, por ejemplo, de Rodríguez, férreo defensor de la institución monárquica y ferviente crítico del programa de pensamiento y los principios liberales de la Revolución Francesa. Con lo anterior no deseo tomar partido por ninguna posición, pues igualmente ilustrada es la demostración del bibliotecario. Antes bien, lo que deseo subrayar es que el periodo que conocemos como crisis colonial, en el que se enmarcan la mayoría de nuestros primeros ensayistas, también debe leerse desde la óptica del panorama de tensiones ideológicas que se gestó en Nueva Granada y en América, gracias al surgimiento paulatino del espacio y la opinión pública. En su seno,

---

<sup>32</sup> Probablemente, con este comentario, Vargas se refiera al caso concreto de Nariño y lo acontecido con el juicio en su contra por la traducción de los *Derechos del Hombre*.

la expresión ensayística cumplió la función social de ser, por un lado, el medio de difusión de las ideas más empleado y, por el otro, la *forma* de expresión de las tensiones culturales encarnadas en la experiencia anímica e histórica de sus autores. En este orden de ideas, este horizonte de profundas contradicciones debería atenderse con mayor atención, ya que nos habla, especialmente, del código existencial de la época y por ello bien podría significar históricamente el periodo. Sin una atención comedida a los ensayos, tal posibilidad de entender la historia se vuelve más difusa.

Ahora bien, este campo de disputas y tensiones dialécticas e ideológicas se puede entender mediante una sencilla constatación: si bien, para nosotros el conjunto de eventos del comienzo del siglo XIX constituye una totalidad cerrada, homogénea y efectiva, la que fuera la realidad inmediata de nuestros primeros ensayistas apenas tenía para ellos el carácter de potencia, es decir, el de una baraja abierta de posibilidades. Lo interesante es comprobar que, particularmente a través de sus ensayos, estos individuos descubrieron e hicieron pública la novedosa idea de que “la historia está sometida al hacer humano [...]”. De imperativo, la disponibilidad de la historia se convierte en un optativo e incluso en un indicativo futuro” (Ricoeur, 2006, p. 946). Eran ellos mismos los que, en nombre de los neogranadinos de ese momento, se sintieron motivados a aspirar y participar en la construcción del futuro. Por supuesto, es claro que, considerando la multiplicidad de intereses, tal intento por “hablar en nombre de los neogranadinos” no representaba, como hemos dicho, el ideal de la unidad. En este sentido, cada uno de nuestros ensayistas pugnó por poner a prueba sus reflexiones y, en efecto, crear la opinión pública. De tal envergadura es la función social e histórica que cumplió el ensayo de la época.

Al respecto, leamos cómo Tadeo Lozano significó, en 1801, el presente como el momento de pensar el porvenir de la nación, amparado por su deseo de alcanzar la “felicidad pública”. Como se verá, se trata de un pensamiento reformador, particularmente desde el horizonte económico, sin que ello implique la emancipación de la Corona:

Es verdad que este Reino nunca ha sido más rico ni más poblado que ahora, y confesamos de buena fe que si hay alguna esperanza de que haga entre los demás reinos de América el papel que sus circunstancias locales le ofrecen, debe ser en estos tiempos, mayormente cuando la protección del gobierno no niega sus auxilios a los útiles establecimientos; que la nación está adquiriendo cada día mayor ilustración; y la fermentación que han excitado en esta capital y aun en todo el Reino las Sociedades Económicas de los europeos. Este conjunto de circunstancias da más que sobradas esperanzas de ver florecer este Virreinato, de modo que siendo útil a sí

mismo, concurra también al esplendor y riqueza de toda la masa nacional y honor de ella. (Lozano, 1998, p. 35)

Así, el descubrimiento de que la historia es algo que está “por *hacer*”, sumado a la paulatina toma de conciencia histórica, abrió las brechas de un intenso debate público y privado —diríase el corazón de la “atmósfera espiritual crítica” (Bense, 2004) de la que hemos hablado—, por cuanto las versiones sobre *cómo hacer la historia* eran, ante todo, muy diversas. En los ensayos encontramos los registros de tales descubrimientos, mientras desgarramos el telón del mito de la unidad del espíritu de la época. El desgarramiento del *ethos colonial* no es un hecho que genere sentimientos de gozo y de victoria, aquellos que quizás han identificado el momento de la preparación de la Independencia; al contrario, la desestabilización del orden social que por tres siglos determinó la vida de los pobladores del Reino conllevó un ambiente de intensa incertidumbre e inseguridad que es posible percibir en los gestos ensayísticos de la época. Nuestros primeros pasos hacia la mentalidad moderna estuvieron caracterizados por una intensa vacilación y, al mismo tiempo, por unos rasgos que no pueden compararse con el proceso vivido en Europa<sup>33</sup>. De hecho, es más justo admitir que el ensayo en la Nueva Granada surge, paradójicamente, en medio de las relaciones dialécticas entre estas dos visiones de mundo, a saber, la colonial y la moderna-ilustrada<sup>34</sup>. Es en este cruce

---

<sup>33</sup> Por supuesto, sabemos que, en Colombia, tal proceso es un asunto inacabado. Como sabemos, la experiencia de la modernidad, que implica una participación consciente de todos los hombres en el reconocimiento del pasado y la construcción del futuro (Calinescu, 1991), no se cristalizó de manera efectiva en nuestras sociedades a lo largo de todo el siglo XIX. La llamada liberación de la razón de las trabas que le habían sido impuestas por la tradición, las instituciones y las viejas creencias mítico-religiosas, propia de la vivencia de la modernidad, no encontró en nuestras nacientes naciones un referente dinamizador como sí ocurriera en Europa (Jaramillo, 1998). Antes bien, como afirma Rubén Jaramillo Vélez, nuestra modernidad se retrasó y se postergó a raíz de las tensiones entre la herencia cultural colonial-hispánica, la inexistencia en Latinoamérica de las revoluciones culturales, industriales y sociales europeas que dieron paso a una genuina experiencia de lo moderno y a la necesidad de implementar en nuestras naciones un modelo de gobierno a la usanza moderna, careciendo de las estructuras ideológicas y la infraestructura que lo respaldaran: “En estos países no se habían producido los mismos desarrollos, no se habían gestado las mismas clases sociales ni las correspondientes relaciones de producción que pudieran servir de agentes concretos a las ideologías llegadas del otro lado del Atlántico y también de la naciente y pujante república del norte cuyo proceso emancipador tanto había llegado a influir en la eclosión del proceso revolucionario en la misma Francia. El entusiasmo de las élites criollas por los ideales de la asamblea constituyente y legislativa o por el texto de Filadelfia respondía desde luego al “espíritu de los tiempos”, aunque distaba mucho de estar respaldado por hechos concretos: por procesos efectivos y desarrollos socioeconómicos, culturales e idiosincráticos que se correspondieran con ese espíritu. Se trataba más bien de una abstracta identificación por parte de los sectores minoritarios ilustrados, que tal vez no resultaría exagerado calificar de ingenua” (Jaramillo, 1998, p. 25).

<sup>34</sup> En el artículo “Manuel del Socorro Rodríguez: entre la Colonialidad y la Modernidad”, Liz Moreno apunta a estudiar las implicaciones del cruce colonial/moderno en la figura del bayamés. Para ella, se trata, en general, de la condición problemática que enmarcó la irrupción del pensamiento ilustrado en la Nueva Granada y “de manera más amplia en Latinoamérica. Estos procesos involucran la idea de dominación y la simultaneidad de múltiples aspectos que pueden resultar contradictorios, como la convivencia de la razón y la subordinación a la religión; la importancia y función de la actividad intelectual en la colonización; la subvalorización que deben enfrentar los hombres de letras respecto a sus superiores; la existencia de un



contradictorio y complementario donde nuestras expresiones ensayísticas adquieren su color local y sus características únicas, aquellas que mientras las incluyen en la tradición del género, al mismo tiempo las diferencian notablemente del modo como se practicó en el Viejo Continente.

De modo que resulta imposible comprender el surgimiento y los rasgos particulares de nuestra primera producción ensayística sin el consentimiento de tal contradicción histórica. Las versiones de *cómo hacer la historia*, manifestadas en la estructura profunda de nuestros ensayos pioneros, no solo son diversas sino, la mayoría de las veces, diametralmente opuestas. En este orden de ideas, las tensiones, conflictos y disputas propias del debate de la época, y referentes al futuro próximo de la nación, adquieren en los ensayos su grado más alto de visibilización. Implícitamente, cada uno de los ensayos parece abogar por una manera singular de interpretar el pasado y de *hacer la historia*, razón por la cual el estudio de sus encuentros y desencuentros resulta crucial para emprender una posible revisión del sentido que se les ha adjudicado a los acontecimientos de la época. Como había sugerido anteriormente, incluir en el horizonte al género ensayístico, necesariamente obliga a reevaluar la visión que tenemos del conjunto de eventos que se circunscriben al periodo final del siglo XVIII, la gesta emancipadora y la primera constitución de nuestra República. Por ahora, concentrémonos entonces en el periodo que comúnmente conocemos como “crisis colonial”.

### **2.3. Socorro Rodríguez: el relativo «mundo de la vida» y una «toma de posición»**

Como ha quedado claro, el valor epistemológico del ensayo colombiano de comienzos del siglo XIX no se constriñe en la innegable información documental que contiene. Aquí consideramos que su característica más preciosa reside precisamente en el hecho de presentarse como intento, ‘ensayo’ o experimento individual de un modo de pensar e *interpretar* el «mundo de la vida». Así, uno de los rasgos que debe resaltarse en el singular gesto ensayístico es su especial dinamismo. En efecto, la incorporación de la conciencia histórica en la estructura mental y axiológica del sujeto moderno hace que este adopte una actitud activa *en y frente* al «mundo de la vida». Gadamer dice que “la conciencia histórica no oye más bellamente la voz que le viene del pasado, sino que,

---

acervo intelectual y una actitud crítica, que no conduce a la transformación social, sino a la defensa del status quo a través de la aplicación de reformas” (2012, pp. 189-190).

reflexionando sobre ella, la reemplaza en el contexto donde ha enraizado, para ver en ella el significado y el valor relativo que le conviene” (2011, p. 43). Esta compostura reflexiva “cara a cara de la tradición”<sup>35</sup> es la denominada *interpretación*. En este punto pienso en Manuel del Socorro Rodríguez y en el comienzo de su ensayo titulado *La libertad bien entendida* (1791):

¿Qué es lo que se entiende por *libertad*? ¿Será, por ventura, no vivir sujeto a la ley de la Providencia eterna, esa ley suavísima que nada exige contra los derechos de la Humanidad: ¿esa ley santa que ordenándolo todo bajo de número, peso, y medida, conserva a cada uno en el goce de sus legítimas facultades, y representa sobre la tierra la hermosa imagen de la celestial armonía? ¿Acaso, podrá ser, vivir contra el orden que nos prescribe la razón, e ir vagando de una en otra parte solo con el objeto de saciar nuestros apetitos, de aniquilar a cuantos no adulan nuestras ideas extravagantes, y destruir los sagrados vínculos de la Sociedad? ¿O será, por último, conformarse el hombre con lo mismo que discurre cuando está desapasionado y en posesión de su perfecto raciocinio? Pero no nos cansemos: nada de esto puede llamarse libertad. Entonces bajo del Cielo no habría cosa más despreciable, ni más indigna de nuestro amor. Su verdadero nombre es *Libertinaje*, a pesar de las vanas sutilezas, y artificiosos coloridos con que se procura hacer pasar bajo de diferente aspecto. (Rodríguez, *Papel Periódico*, 1 de julio de 1791)

La introducción de la reflexión del bayamés nos ubica en el 1 de julio de 1791. Para ese día el *Papel Periódico de Santafé de Bogotá* ya contaba con 21 números publicados y se había erigido como el primer diario oficial de la capital<sup>36</sup>. Ahora bien, no nos entretengamos mucho con estos datos. Preguntemonos más bien qué pudo haber motivado la reflexión del ensayista y su decisión de hacerla pública en el periódico. Evidentemente, el tiempo de “los límites tranquilizadores de [la] tradición exclusiva”

---

<sup>35</sup>En “Hermenéutica de la conciencia histórica”, Paul Ricoeur emprende una reconstrucción conceptual del significado de tradición, distinguiendo el término de otros que guardan estrecha contigüidad con él. En cierto modo, podríamos decir que se trata de un complemento de las ideas expuestas por Gadamer en *El problema de la conciencia histórica* y en *Verdad y método*. “En vez de hablar de modo indiscriminado de la tradición, conviene distinguir varios problemas que yo colocaría bajo tres rubros diferentes: la *tradicionalidad*, las *tradiciones* y la *tradición* [...]. De ahora en adelante, podríamos jalonar el camino recorrido mediante la noción de tradición del modo siguiente: 1) la *tradicionalidad* designa un estilo formal de encadenamiento que asegura la continuidad de la recepción del pasado; por esta razón, designa la reciprocidad entre la eficacia de la historia y nuestro ser-afectado-por-el-pasado. 2) Las *tradiciones* consisten en los contenidos transmitidos en tanto que portadores de sentido; sitúan todas las herencias recibidas en el orden de lo simbólico y, virtualmente, en una dimensión de lenguaje y textual; por esta razón, las tradiciones son *proposiciones de sentido*. 3) la *tradición* en tanto que instancia de legitimidad, designa la *pretensión de verdad* (el dar-por-verdadero), que se ofrece a la argumentación en el espacio público de la discusión” (2006, pp. 958-960)

<sup>36</sup>Para mayor información sugiero consultar la introducción del libro *Los periodistas en los albores de la república* (1998) y la *Historia del periodismo en Colombia* (1936) de Gustavo Otero Muñoz. Igualmente, sugiero al lector remitirse al libro *Prensa y Revolución a finales del siglo XVIII. Contribución a un análisis de la formación e la ideología de independencia nacional* (2010) de Renán Silva. En este libro, el historiador emprende un estudio pormenorizado del *Papel Periódico Ilustrado*. Por supuesto, no está de más reiterar el valioso aporte que ha significado para el estudio de nuestro primer periódico nacional el libro *Sociedad y cultura en la obra de Manuel del Socorro Rodríguez de la Victoria. Nueva Granada 1789-1819* (2012), editado por el profesor Padilla Chasing.

—en este caso el del orden colonial— (Gadamer, 2011, p. 42) ya no es el de Socorro, ante quien se alzaba ahora, como a Cervantes en su momento, la obligación de “comprender [...] el mundo como ambigüedad, [esto es,] tener que afrontar no una única verdad absoluta, sino un montón de verdades relativas que se contradicen” (Kundera, 1987, p. 17). Al preguntarse, “¿Qué es lo que se entiende por *libertad*?”, el bibliotecario ilustrado deja ver que ya no hay una idea unánime al respecto: “¿Será por ventura no vivir sujeto a la ley de la Providencia eterna?”. El estatuto que hacía depender la libertad de la ley divina ha sido puesto en tela de juicio; otros puntos de vista parecen pugnar por erigirse como modelos explicativos de aquello que comporta la libertad. Y entonces, nuestro ensayista ya no puede permanecer en paz pues, frente a sus ojos, la unidad tranquilizadora del mundo gobernado bajo una única «cosmovisión» se ha empezado a atomizar.

Cuando el orden del mundo ya no obedece a una única verdad, sino que, al contrario, adquiere el carácter de un continuo «conflicto de cosmovisiones», esto es, un cariz digresivo, divergente, incierto y relativo, hablamos de un panorama que evidencia los síntomas y es, al mismo tiempo, consecuencia de la presencia de la conciencia histórica. Este ambiente exige, por un lado, ser comprendido como un territorio donde es posible encontrar “una multiplicidad de puntos de vista relativos” (Gadamer, 2011, p. 42); en absoluto se trata de una labor sencilla, más aún si nos ubicamos en las condiciones del presente histórico de Socorro, quien se sigue preguntando: “¿Acaso [la libertad], podrá ser, vivir *contra el orden* que nos prescribe la razón, e ir *vagando de una en otra parte* solo con el objeto de saciar *nuestros apetitos*, de aniquilar a cuantos no adulan nuestras ideas extravagantes, y destruir los sagrados vínculos de la Sociedad?”. Como se puede ver, Rodríguez empieza a percibir que hay una idea de libertad, contraria a la suya, que lo inquieta; pero el malestar va más allá del concepto de libertad, pues en él está enraizada toda una nueva manera de entender el mundo que, según él, individualiza, destruye la unidad y anula el orden bajo el cual concebía el mundo.

Esto nos lleva a la segunda exigencia que este ambiente les extiende a los sujetos allí implicados: una reacción. De acuerdo a Kundera, la primera renuencia ante el descubrimiento de tal estado de las cosas es la necesidad de juzgar: se trata de una especie de resistencia o de mecanismo de defensa provocado, en sus palabras, por “la incapacidad de soportar la relatividad esencial de las cosas humanas” (1987, p. 17). Comprendamos y ubiquemos pues a Socorro: la incorporación de la conciencia histórica es también un proceso histórico, social y cultural que, en nuestro caso, coincide con un periodo de

intenso debate alrededor de la herencia del sistema colonial. En dicho proceso, los ensayistas y ensayos de las primeras décadas del siglo XIX representan apenas algunas de las primeras manifestaciones concretas de esa historia<sup>37</sup>: su despertar. En esta vía, después de las preguntas, viene la “toma de posición” de Socorro: “Pero no nos cansemos: *nada de esto puede llamarse libertad*. Entonces *bajo del Cielo no habría cosa más despreciable, ni más indigna de nuestro amor*. Su verdadero nombre es *Libertinaje*”.

Según Gadamer, la conciencia histórica se pone de manifiesto “por la manera en la cual las diferentes cosmovisiones expresan actualmente sus divergencias” (2011, p. 42), idea central si deseamos alcanzar una comprensión exhaustiva de las condiciones en las cuales irrumpe el ensayo en nuestro país. Las partes en litigio, inevitablemente, adoptan un punto de vista, configuran una estructura de valores y presupuestos que les permiten insertarse en el ambiente de debate. Lo que nos queda a nosotros, los historiadores de la literatura del presente a través de su estudio, es el “hecho de que sus posiciones opuestas forman un todo comprensible y coherente” (p. 42). Tal es el rasgo fundamental de la “atmósfera espiritual” de la que he venido hablando desde el capítulo anterior, a saber, un ambiente forjado por la introducción de la filosofía natural, los inconvenientes con la burocracia administrativa, las revoluciones sociales francesa e inglesa, los cruces entre colonialidad y modernidad, el estado de atraso material y espiritual del grueso de la población y, en particular, por el debate público en el que varias «visiones de mundo» empezarían a pugnar por su lugar en el orden de las interpretaciones sobre las circunstancias específicas de la época.

Amparado en estos presupuestos, podemos volver a Socorro Rodríguez, entendido ahora como un sujeto que, de manera particular, representa nuestra entrada en «el mundo de las verdades relativas», siguiendo la terminología kunderiana. Se trata de la conciencia de no saberse con la autoridad absoluta y última de la lógica de las cosas, del reconocimiento de la particularidad de cada perspectiva y del llamado a reconocer la pluralidad de los puntos de vista siempre relativos: “Aunque nuestro juicio nos parece fundado, no pretendemos dar leyes de pensar. Cada uno es libre para discurrir” (Padilla,

---

<sup>37</sup> No olvidemos que el estudio del desarrollo de la conciencia histórica en nuestro país supera con creces la consideración de escritores y textos; esta debe encaminarse a examinar con detenimiento aspectos de orden sociológico, antropológico y, por supuesto, el grandioso conjunto de las prácticas ilustradas de la época.

*Aviso al público*, 2011, p. 106), manifiesta el padre Diego Padilla en su ensayo intitulado *Por la libertad*.

Pero, como he insistido, debe partirse del hecho que el desarrollo de la conciencia histórica como paradigma de la constitución del hombre moderno es también un *proceso* y, en esa medida, que la situación particular de la Nueva Granada entre 1790 a 1810 nos ubica apenas en el comienzo de ese camino. Pese a esto, el despertar de la conciencia histórica en nuestros sabios del Reino nos permite evidenciar dos cosas: primero, que estos ya no pudieron quedarse de manos cruzadas frente al estado actual de las circunstancias; la percepción del pasado reciente hizo de ellos *seres-afectados*, como dice Ricoeur (2006, p. 939). Segundo, que tal afectación los invitó a constituirse en seres del *hacer* en el presente; ahora, en nuestro caso, tal revelación fue, ante todo, angustiante: *hacer* la historia implica, la mayoría de las veces, caminar hacia el futuro por un camino desconocido.

Como observa Ricoeur, “al igual que la experiencia [del pasado], la espera en relación con el futuro está inscrita en el presente; es el *futuro-vuelto-presente*, vuelto hacia el todavía no” (2006, p. 941). Por esta razón, al imponer la perspectiva del presente histórico en el estudio del ensayo, nos aproximamos no solo a los fenómenos históricos concretos, sino, en particular, al código existencial del momento: en general, el futuro cercano es incierto y de intensa zozobra porque el orden que durante siglos había determinado el «mundo de la vida» como un sitio de verdades seguras y admitidas se había empezado a desestabilizar paulatinamente. Ante esta situación y en torno al debate sobre la libertad, Socorro ofrecerá a la opinión pública su evaluación personal de las circunstancias, valoración que incluye una explícita toma de partido por los valores sustentados en la monarquía en claro tono apologético<sup>38</sup>:

¡Qué engaño, pensar que las leyes y sujeción a la Soberanía, han degradado la dignidad del hombre! Ninguna cosa es más conforme a la nobleza de su ser, ni más favorable a su propia seguridad. Yo no sé cómo pudiéramos vivir sobre la tierra, si

---

<sup>38</sup> Manuel del Socorro Rodríguez ha pasado a la historia como una de las figuras más representativas del discurso apologético del orden social encarnado en la corona española. Precisamente, el estudio de Fabián Díaz Consuegra ha llamado la atención sobre el indiscutible compromiso ideológico del bayamés con la corona: “Las seis apologías publicadas en el semanario tratan de política internacional, del progreso de América, del talento literario neogranadino, del código de Nemequene, de Cicerón, y de la legislación hispano-índica. Salvo la apología en defensa de Cicerón, las cinco restantes están sujetas por un hilo conductor que atraviesa gran parte del Papel Periódico de la Ciudad de Santafé de Bogotá: defender la legitimidad del gobierno monárquico en la Nueva Granada y desvirtuar los presupuestos de la revolución que amenazaba al Antiguo Régimen en Francia.” (Díaz, p. 196). Al respecto, sugiero la lectura de “La búsqueda de lo *americano*: matices del discurso apologético de Manuel del Socorro Rodríguez” en *Sociedad y cultura en la obra de Manuel del Socorro Rodríguez de la Victoria* (2012).

fuera cierto que la libertad debía entenderse según las ideas de estos Filosofastros engreídos. ¿Qué sería el Universo dejado en manos del hombre expuesto solamente a los designios de su ambición y su capricho? Propia semejanza del Infierno, cuyo lugar es la región del llano y el desorden. Si volvemos los ojos al principio de los tiempos, jamás vemos un Pueblo acéfalo y sin Caudillo. Aún aquellos que nos parecen más bárbaros, bien conocieron la necesidad de unir sus votos en una persona que los guiase y defendiese de los insultos a que estaban expuestos entre sí mismos. El interés de su propia conservación los obligó a prestar obediencia a un sujeto que, investido de suprema autoridad sobre los otros, sostuviese a cada uno en la que le correspondía. Conocían que esta obediencia era el único medio que los podía redimir de obedecer a los criterios internos de un soberbio, de un avaro, y demás monstruos enemigos de la armonía social. Y efectivamente ¡qué de escenas lastimosas!, ¡qué de catástrofes funestas no se vieran representar a cada instante en el teatro del mundo! [...]

«Los Príncipes por su sagrado carácter y dignidad se declaran enemigos naturales de la opresión, y protectores respetables del desvalido. Imágenes de la Grandeza y majestad del Dios supremo que desde su alto Solio hace sentir hasta las extremidades del mundo los efectos de su poder, los Soberanos atienden a las necesidades y urgencias de las más distantes provincias del imperio»<sup>39</sup> (Rodríguez, *Papel Periódico*, 12 de agosto de 1791)

La anterior apología de la institucionalidad de Rodríguez, tan contraria al mito de la gesta independentista, podría ser una de las razones que ha opacado el carácter profundo de sus ensayos. Hablo aquí del gesto por el cual asume la responsabilidad individual de examinar y evaluar las circunstancias políticas, sociales y culturales de su momento, en aras de comprender los problemas sistémicos de América como unidad. Los juicios que lo han descrito como una figura retrógrada y retardataria por su postura hispanizante desconocen que el conjunto de sus reflexiones descubrió para los neogranadinos el derecho que estos tienen de hacerse partícipes activos de su condición histórica. Si bien, a nivel político e ideológico se trata de una incuestionable toma de partido por la Corona, en el sustrato social e intelectual se trata de una de las primeras manifestaciones locales criollas que se atribuye la potestad de cavilar sobre el porvenir de la nación y de hacer de tal actividad un problema público.

Su preocupación por el futuro de las naciones americanas y, en particular, de la Nueva Granada de cara a las ideas seculares que claramente cuestionan el modelo monárquico, es ostensible en su crítica constante del “espíritu filosófico” de una facción de la Ilustración francesa e inglesa, propio de las ideas revolucionarias e independentistas, cuya naturaleza era contraria a la que él consideraba la “verdadera filosofía”<sup>40</sup>. La

---

<sup>39</sup>El fragmento entrecomillado “es la introducción a la noticia histórica de la Erección y establecimiento de la Real Audiencia de Lima, n. 21 del *Mercurio Peruano*. Autor de dicha pieza el sujeto que en aquella Sociedad Académica obtiene el nombre de *Cephalio*” (Rodríguez, *Papel Periódico*, 12 de agosto de 1791).

<sup>40</sup> Al respecto, más atrás ya señalé la importancia de comprender la toma de posición de Rodríguez como crítico de la Ilustración Francesa.

irreligión y las ideas que pretendían derrocar el Antiguo Régimen son consideradas por Socorro como amenazas directas al orden espiritual, social y político, en la medida que, a su juicio, malversan peligrosamente lo que debe comprenderse por la libertad y el bien común. Su configuración como sujeto consciente de la contienda ideológica en la que su panorama histórico le ubica, le insta a tomar una postura apologética de los valores hispánicos desde su condición americana. En su mente se instalan las preocupaciones por el porvenir y la perdurabilidad de la nación americana, la educación de sus congéneres, el progreso en materia económica, agrícola, científica y mercantil, el lugar de nuestras provincias dentro de la Monarquía, mientras asume como propias las amenazas que se ciernen sobre esta última, entre ellas, por ejemplo, las ideas de la ‘falsa filosofía’ de Voltaire y Rousseau:

Bien se yo, que así lo sintieron todos esos Filósofos apologistas y defensores de la libertad. Así lo conoció el infeliz Voltaire, por más que pretendiese sostener la igualdad entre todos los hombres, apoyando su abominable sistema... ¿pero con qué? Con un sinnúmero de errores. (¡Ingenio desgraciado, cuyas luces solo sirvieron para conducirlo al caos de las tinieblas!) Lo mismo digo de Juan Jacobo Rosseau, aquel atrevido sofista, que valido de un estilo seductor sostenía, que las instituciones civiles han hecho degenerar al hombre del estado de hombre: que los Soberanos de la tierra son un ejército de Lobos introducidos en ella para establecer una esclavitud universal: que la Religión Cristiana es contraria a la buena constitución de un Estado... Pero ¿para qué hemos de perder el tiempo citando tan vergonzosos delirios? Desengañémonos, que el hombre solo es libre cuando vive según la razón. Entonces es cuando obra como un ente formado a la imagen del Eterno y coronado de las más ilustres prerrogativas. Jamás puede consistir su superioridad en otra cosa que en subordinarse a los preceptos de la ley Suprema, porque esta respetuosa humillación es la única que lo exalta al grado más sublime de la sabiduría y gloria. (Rodríguez, *Papel Periódico*, 5 de agosto de 1971)

La de Rodríguez debe entenderse entonces como una toma de posición histórica que pretendía armonizar la visión providencial del mundo con los designios en materia política y administrativa. Para él se trataba de la única alternativa que garantizaría a los moradores americanos la posibilidad de comprender su lugar y papel en el mundo, en claro contraste con la naturaleza heteróclita, difusa y desintegradora que representaba la filosofía secular y la posibilidad del sistema republicano. En este sentido, Rodríguez instrumentalizó los presupuestos ilustrados del bien común, el juicio razonado, el progreso, la civilización y la felicidad para emprender una defensa férrea de la visión providencial del mundo, salvaguardada en la figura del príncipe de España. Desde su perspectiva, los verdaderos ideales de la soberanía y la libertad están inherentemente asociados al sistema monárquico, único garante legítimo del orden espiritual y social. Sin embargo, sobre su unidad se cernía el peligro de la ‘falsa filosofía’ extranjera —secular

y antimonárquica—, el carácter bastante influenciado del natural americano ante estos nuevos discursos y, por supuesto, la corrupción de algunos entes administrativos —funcionarios políticos y fiscales— cuyas decisiones, en la práctica, no parecían proceder de los órganos centrales de la monarquía y que el bayamés denunció prolíficamente en su correspondencia (Padilla, 2012a, pp. 21-24).

#### **2.4. «Identidad espiritual» bajo el amparo de la monarquía**

En términos generales, y por lo menos hasta 1815, a la hora de explicarse como sujetos históricos, insertos en una tradición cultural, la elite letrada criolla se concibió y explico, social, cultural y espiritualmente, atada a la tradición hispánica. Incluso políticamente, se explicaron como parte integrante del proceso histórico de la monarquía española. El ensayo tiene profundas implicaciones en esta iniciativa en la medida que vehiculó un sinnúmero de demostraciones amparadas en diferentes presupuestos ilustrados cuyo fin era, precisamente, ubicar al sujeto americano en el marco común de la estructura axiológica y social encarnado en la Corona.

No obstante, es claro que este ideal fue proyectado en las visiones individuales con matices muy diversos. Por ejemplo, para Rodríguez el asunto de la felicidad y prosperidad del Reino parecía depender, en buena medida, del mantenimiento a raya de las seductoras ideas del pensamiento francés y la fiel adhesión al príncipe de turno. Por su parte, en 1796, Nariño protegió férreamente la carta de los derechos del hombre durante su defensa ante los tribunales, arguyendo que se trataba de la más clara muestra de su buen vasallaje y de su adicción al amado monarca:

Con la misma satisfacción que puedo decir que si V.A. me conoce como me pintan mis calumniadores y la acusación fiscal, sin más examen, sin pasar adelante pues yo renuncio al derecho de mi defensa a favor de las leyes pronuncie y me condene. *Pero si he vivido de manera que he merecido a V.A. el más ventajoso concepto; si hasta que se levantó esta borrasca que sopló Arellano, no sólo no he sido reputado por desafecto al gobierno, por seductor y amigo de la novedad, sino por buen vasallo y amante de la paz, celoso del bien público y sinceramente adicto a nuestro muy amado Monarca, parece que esto debe influir poderosamente en mi favor, cuando trate de hacer ver que mi intención, cuando imprimí el papel de que se me hace cargo, no era criminal [...].*

Estos son los pocos rasgos que, para no molestar la atención del Tribunal, y por dar alguna prueba de mi proposición, he tenido a bien copiar, V.A. conocerá en ellos los mismos principios, aunque con la notable diferencia de estar tratados, no en confusos y concisos preceptos, sino en discursos y tratados que explican los puntos que los quieren probar y persuadir. *Conocerá igualmente que estando tratados en los diarios de la nación, en los publicitas, que enseñan a la juventud en nuestras aulas, en los*



*autores españoles y extranjeros, que corren en la monarquía, y que los pueden leer cualquiera que guste, no puede juzgar el papel de Los Derechos del Hombre como pernicioso. Porque, ¿cómo había de juzgar que era pernicioso este papel, cuando por lo que llevo referido se ve que contiene los mismos principios que corren los autores de la nación, que habiéndose examinado por el Consejo no los ha creído perniciosos? ¿Cuándo conforme a lo dispuesto en vuestra ley de Indias, el sólo hecho de haber recibido el libro de donde lo saqué, sin ninguna reserva, me obliga a creer que todo era correcto? El papel no contiene proposiciones nuevas. El no trae reflexiones que quieran persuadir a los ciudadanos de todas las naciones a que sigan su contenido. El, aun para la misma Francia, restringe los más puntos a las determinaciones de las leyes. Y él, finalmente, por la moderación de sus palabras, por lo conciso de sus pensamientos y por las imitaciones que hace en los demás puntos a las determinaciones de las leyes, sólo es igual a los que corren en la nación [...]. (Nariño, 2002, pp. 41; 56-57. Énfasis mío.)*

Lozano veía ostensible el mejoramiento de la decadente situación del Reino solo si se permitía la introducción de algunas reformas en los órdenes cultural, administrativo, educativo y especialmente económico tal sería la misión de “un cuerpo patriótico que, dedicado a la reforma de las costumbres por medio de la buena educación, y a introducir el buen gusto de la industria y de las artes, pueda después extender sus conocimientos y cuidados a los ramos indicados y a cuantos se les presenten útiles a la sociedad” (Lozano, 1998, p. 32). En esencia, se refería a su propuesta de crear una “sociedad económica de amigos del país”. En 1809, Torres consideró que la manera de garantizar las buenas relaciones entre España y América como una unidad era aceptando su participación como iguales en la constitución de la Monarquía; ello implicaba, particularmente, que la representación política de las provincias americanas en la Corte fuera equitativa con respecto a las provincias ibéricas:

No, no es ya un punto cuestionable si las Américas deban tener parte en la representación nacional; y esta duda sería tan injuriosa para ellas, como lo reputarían las Provincias de España, aun las de menor condición, si se versase acerca de ellas. ¿Qué imperio tiene la industriosa Cataluña sobre la Galicia; ni cuál puede ostentar ésta y otras populosas Provincias sobre la Navarra? El centro mismo de la monarquía, y la residencia de sus primeras autoridades, ¿qué derecho tiene, por sola esta razón, para dar leyes con exclusión de las demás? Desaparezca, pues, toda desigualdad y superioridad de unas respecto de otras. Todas son partes constituyentes de un cuerpo político, que recibe de ellas el vigor, la vida. (Torres, *Memorial*, 2011, p. 26)

Estas y otras perspectivas frente a la adhesión irrestricta a la Corona se dieron cita en las contiendas ideológicas que tuvieron lugar, la gran mayoría, en el espacio público y por medio de los ensayos. Ahora bien, pese a la notable diferencia en estos enfoques de la cuestión, todos parecen encaminarse hacia un mismo horizonte de cuestionamientos: ¿Cómo participa el natural americano en las contiendas espirituales, intelectuales y políticas que aquejaban a la metrópoli? ¿Cómo integrar la conciencia de la diferencia del

natural americano en el orden monárquico? ¿Cómo legitimar los intereses americanos sin alterar el sistema de valores vigente? ¿Cómo paliar los males espirituales y administrativos de las provincias sin adjudicarlos a la figura máxima, el rey, cuyo rol es precisamente servir a los principios de la justicia, la equidad y el bienestar? ¿Cómo expresar que el reconocimiento de las necesidades específicas de la América comportaría una maximización de la dicha y fortuna del reino? En definitiva, ¿cómo legitimar la trascendencia de la visión americana en el destino del estado monárquico? y ¿cómo hacer partícipe a los americanos del proceso histórico al que por derecho natural estaban asociados en calidad de hijos de España? No dudo que estas preguntas hicieron parte de la estructura profunda de nuestras primeras expresiones ensayísticas, cuya aparición daría cuenta del novedoso estatuto intelectual de los sabios del reino y de la función social que éstos le atribuyeron a la escritura: sopesar la herencia cultural española, validar sus aciertos y señalar sus debilidades, constituyó una de las primeras manifestaciones representativas de nuestra conciencia histórica local.

De modo que, al menos al inicio, el panorama de los acontecimientos y las expresiones locales no esbozaba una desvinculación abierta y directa de la metrópoli sino, más bien, la búsqueda de los neogranadinos de su derecho de participar en la administración material y simbólica de los bienes locales. En general, los cargos públicos y oficiales estaban vedados a los criollos salvo algunas pocas excepciones<sup>41</sup>, razón por la cual estos se sentían desvinculados de las actividades encaminadas a dirigir y determinar sus destinos. En síntesis, uno de los malestares más representativos de la época es la nula representatividad de los locales en los estamentos que regulaban el poder y la administración. No obstante, estos problemas de legislación aún no parecían comprometer delicadamente la lealtad de los americanos con su soberano<sup>42</sup>.

Rodríguez, el primer Nariño, Lozano, Caldas, Torres y el padre Padilla intentaron notablemente comprenderse en el marco de la estructura política, social e ideológica vigente. En absoluto podría decirse que su deseo era el de arrancarse del orden al que

---

<sup>41</sup> “Hubo excepciones, claro: criollos peruanos o mexicanos llegaron a ocupar altos cargos no sólo en las colonias sino en la propia España, y entre los neogranadinos fueron notables los casos de Moreno y Escandón, de Mariquita, Scal. de la Real Audiencia en Santa Fé y promotor de un reformista Plan de Estudios (que no fue aplicado) y luego regente de Chile; o el de Joaquín Mosquera, de Popayán, oidor en Santa Fé y que ya en el siglo siguiente, en pleno hervor independentista, fue designado por las Cortes de Cádiz nada menos que regente de España en ausencia de los reyes, presos de Napoleón en Francia. Pero eran excepciones. Y además, como ésta de la regencia, inoperantes” (Caballero, capítulo IV, 2016, p. 3)

<sup>42</sup> Recuérdese por ejemplo la famosa frase adjudicada a Manuela Beltrán: “¡Viva el rey y muera el mal gobierno!”.

pertenecieron; más justo sería admitir que en sus ensayos se percibe un esfuerzo por integrar al natural americano en las dinámicas y actividades del ejercicio del poder administrativo y simbólico. Guardando las diferencias e intereses particulares, matices que cada uno de sus ensayos permite apreciar, se puede admitir que en esta vía general emplearon los presupuestos axiológicos de la ilustración y los canales de expresión de la época. En este sentido, ellos no se separarían mucho de la idea que ha caracterizado comúnmente al escritor del siglo XVII:

ligado a los dos poderes, el religioso y el monárquico, al servicio de un orden y de una ideología y preocupado, primordialmente, por satisfacer las exigencias de una élite (rey, corte, nobleza) con la cual se encontraba estrechamente ligado y cuya participación en su trabajo se daba de manera activa. (Dubois, 2014, p. 26)

No obstante, esta idea de Dubois —quien la reconstruye a partir de los planteamientos de Sartre— amerita ser matizada cuando se habla de los intelectuales de la Nueva Granada, pues una de las mayores contradicciones que ellos percibieron se concentra en el hecho de que los americanos, salvo casos excepcionales, no solían participar de manera efectiva en el ejercicio de tales poderes. Esta condición podría entenderse como remanente del pensamiento colonial que no se puede desconocer tanto en su condición de sujeto histórico como en los presupuestos axiológicos que guían su escritura. La evaluación de las circunstancias del pasado y del presente permitió a los sabios del reino alcanzar un primer estado de conciencia, a saber, el reconocimiento de las flaquezas del gobierno de los virreinos, sus injusticias e inconductas administrativas. Ahora bien, tal malestar frente a los entes gubernamentales no les impidió continuar declarándose vasallos fieles al soberano de turno (Carlos III o Fernando VII según corresponda), ya que, en general, el mal gobierno era entendido como un embarazo que podía ser solventado a través de la legitimación de la participación de los criollos en el sistema gubernamental de la región, sin afectar la unidad espiritual, cultural y política de la Monarquía.

Así, los presupuestos ilustrados soportarían aproximadamente hasta 1815 esta adhesión a la Corona con connotaciones particulares que, gradualmente y de acuerdo a la lectura de Antonio Caballero, pueden catalogarse de nacionalistas más no de independistas (2016, capítulo IV, p. 14). Así, aparece en el medio social el sentimiento de una primera identidad local, diferenciada de la española ibérica, cuyo rasgo característico es haber adoptado elementos del pensamiento moderno para erigir y salvaguardar su derecho fundado a asociarse y participar del proceso histórico por el que

atravesaba la Monarquía. El reconocimiento de la diferencia racial, social y cultural —asunto que a partir de Socorro Rodríguez se hace patente en el curso de sus reflexiones—, la conciencia de saberse «criollo» y las desavenencias administrativas y gubernamentales frente a los naturales de América, dan lugar, en la primera generación de nuestra elite letrada, a un estado de conciencia histórica que los lleva a comprenderse como parte integrante del sistema monárquico. Sin duda alguna, “el criollismo fue, de manera fundamental, una afirmación, la de una identidad” (Lavallé, 1994, p. 23), la cual encontró en el ensayo la forma adecuada para expresar autoafirmación como primer paso en el desarrollo de la conciencia histórica:

No es explicable el gozo que causó esta soberana resolución en los corazones de todos los individuos de este Ayuntamiento, y de cuantos desean la verdadera unión y fraternidad entre los españoles europeos y americanos, que no podrá subsistir nunca sino sobre las bases de la justicia y la igualdad. América y España son dos partes integrantes y constituyentes de la monarquía española, y bajo este principio, y el de sus mutuos y comunes intereses, jamás podrá haber un amor sincero y fraterno, sino sobre la reciprocidad e igualdad de derechos. Cualquiera que piense de otro modo no ama a su patria, ni desea íntima y sinceramente su bien. (Torres, 2011, p. 23)

La lectura de este panorama invita a entender este gesto como el momento inaugural de nuestra soberanía simbólica, entendiendo por él la actitud que impulsó la necesidad de comprender nuestra diferencia y, a partir de allí, declarar nuestro derecho de participar, como iguales, en el proceso histórico común de la nación española. El ensayo sería la forma de expresión que de mejor manera representaría, simbolizaría y daría vida a esta toma de posición histórica, la cual, como se ve, abogando al derecho natural que tenemos por el hecho de compartir el mismo proceso histórico con España, pugnaría por el reconocimiento de los intereses americanos en el marco del bien común de la Monarquía. Se trata de un estado de conciencia que invita a reconocer el papel que cumple la región americana en el grueso del estado monárquico, principalmente en lo concerniente a su destino. Así, cuando hablamos de «nacionalismo» en calidad de una primera toma de conciencia histórica, y atendiendo a las circunstancias sociohistóricas comprendidas entre 1780 y 1810, no aludimos todavía al fervor independentista. En rasgos generales, hasta 1809 —con el *Memorial de agravios* de Camilo Torres— el nacionalismo neogranadino puede concebirse como la búsqueda de una alianza con los procesos históricos de la metrópoli, en donde españoles y americanos —establecida la diferencia— hacen parte integrante y constituyente en igualdad de condiciones de la misma monarquía.

Por su parte, y en aras de comprender el panorama ideológicamente beligerante de las circunstancias, no se puede desconocer que la causa independentista ya era una idea que, sutilmente, había empezado a cobrar fuerza en la Nueva Granada. La revuelta de los comuneros y el proceso judicial al que fue sometido Antonio Nariño por los pasquines y la traducción de los derechos del hombre han sido entendidos, en cierta medida, como dos momentos en los que se puso en cuestión la autoridad del rey (Fajardo, párr. 3). En respuesta, el sermón de Fray Raimundo Azero —*Premios a la obediencia, castigos a la inobediencia* (1782)— y el texto de Fray Joaquín de Finestrada —*El vasallo instruido* (1789)— son valorados por Fajardo como expresiones orientadas “al apaciguamiento interior del virreinato luego de la rebelión comunera” (párr. 4):

De hecho, el escrito de Finestrada puede verse como una ampliación del sermón de Azero, en la medida que hay pasajes muy parecidos en ambos textos, a más del predominio de la estructura de sermón religioso. El objetivo en ambos escritos era convencer a los fieles de la justicia de los castigos contra aquellos desobedientes a las autoridades reales, y en especial hacia los que despreciaron la clemencia real y volvieron a sublevarse contra el monarca —Galán<sup>43</sup> y sus compañeros—. (párr. 4)

Los hechos históricos de la siguiente década confirmarían que tal aspiración nunca llegó a consumarse, sino que, por el contrario, las determinaciones de la Corona procuraron mayores y más radicales desavenencias con los pobladores americanos. La visión de Bolívar —la *Carta de Jamaica* y la “Carta al editor de la *Gaceta Real de Jamaica*” (1815)— y de Zea —*Mediación entre España y América* (1818)— dieron cuenta de las constantes traiciones a dicha esperanza, razón por la cual, para ellos, la ruptura con la metrópoli simplemente no pudo evitarse. Así mismo, la lógica del proceso histórico encaminaría a estos ensayistas en unos derroteros más intrincados: pensar la identidad del sujeto americano por fuera del marco de la tradición cultural hispánica y el estado fuera ámbito de la Monarquía.

---

<sup>43</sup> José Antonio Galán, “hombre pobre, pero de mucho ánimo”, fue uno de los líderes de la revolución comunera. Sobre su figura y su historia aún persisten cabos sin resolver. Caballero resalta que Galán no aceptó la firma de las Capitulaciones que concedían el indulto para los insurrectos y otros posibles beneficios para los locales. Sin embargo, él no se hallaba presente durante la firma porque su comandante Berbeo lo había mandado a Honda con un destacamento de insurrectos para capturar al fugitivo visitador regente Gutiérrez de Piñeres, culpable final de todo el lío. Cosa que Galán no había hecho. Existe al respecto una disputa entre los historiadores sobre si él mismo le escribió una carta al visitador aconsejándole que huyera, o si lo hizo, por el contrario, tratando de tenderle una celada: sobre si él mismo fue un traidor o fue un héroe, o los dos a la vez en una sola persona, como en el cuento de Borges que se titula así: «Tema del traidor y del héroe» (Caballero, capítulo IV, 2016, p. 16). Al final, Galán fue ajusticiado junto con tres de sus compañeros. Algunos de los jefes de la revuelta fueron los encargados de perseguirlo, apresarlos y llevarlos ante las autoridades virreinales en símbolo de arrepentimiento y sumisión.

Buena parte de los ensayistas que vivieron el estado de resquebrajamiento del orden colonial fueron facultados por la corona para la impresión de periódicos y otro tipo de documentos oficiales. En este caso podemos encontrar a Socorro Rodríguez, Nariño, Caldas y Lozano. Sin embargo, pese a estar sometidos al control y las sanciones y censuras en lo que respecta a las actividades asociadas a la publicación en las provincias, su ejercicio escritural pronto los condujo a reinterpretar la función social atribuida a estos canales de expresión. Su servicio a la ideología dominante no se llevó a cabo sin una paulatina toma de libertades individuales por parte de los escritores, quienes atribuyeron a los periódicos y sus contenidos la tarea sí, de ilustrar, pero al mismo tiempo de reflexionar sesudamente sobre cómo dicho objetivo podría hacerse efectivo en el contexto local. Así, el bien común, la civilización, la prosperidad y la felicidad empezaron a ser consideradas bajo las coordenadas propias de los americanos.

Bajo este presupuesto, pensar a nuestros primeros ensayistas implica subrayar que su servicio ideológico a la corona no fue, en absoluto, una actividad pasiva y subordinada como quizás podría pensarse; si bien es cierto que hasta cierto punto el ensayista colombiano estuvo condicionado por las demandas y exigencias del poder monárquico, esto no impide comprenderlo, y aquí sigo a Dubois, como “un productor intelectual que se consagra a introducir, en el universo social, temas, formas, símbolos y discursos”, sino como un agente que “transforma cierto material” cuya “práctica también influye en lo real” (2014, pp. 73-74). En otras palabras, el hecho de vincularse a través de sus textos y en nombre propio en las dinámicas de la opinión pública conlleva, implícitamente, el gesto de alguien que busca posicionarse en el juego de las instancias que ejercen la autoridad simbólica (p. 75): nuestros primeros ensayistas se juzgaron adecuados para hablar por los americanos, expresar sus intereses e inquietudes particulares, ejecutar tal acto de soberanía simbólica y de llevar tal gesto al ámbito público en donde se enfrentaría, como igual, con los demás productos intelectuales derivados de las autoridades españolas e incluso europeas.

En efecto, hablo aquí de los primeros gestos de pensamiento autónomo americano y su pugna por la legitimación de los intereses específicos de los moradores de las Provincias. En este sentido, el ensayo de esta época se insertó implícitamente en la postulación y creación de un marco simbólico propio y de un acervo común de distintivos identitarios apoyados en la idea del tronco común histórico compartido con España. La constitución del sujeto local demandó pues distinguir un conjunto característico de lo

específicamente americano en materia racial, social, mercantil, económica, científica, geográfica, histórica, cultural y política, mientras se propendía por mantener tales constataciones en armónica conciliación con la estructura del estado monárquico. Ahora bien, los ensayos de la época demuestran que los progresos en la demarcación de nuestro capital simbólico distarían mucho de integrarse armónicamente y sin problemas en el cuadro ideológico del sistema monárquico: la toma de conciencia histórica por parte de los Sabios del Reino los condujo, irrefrenablemente, a un campo de luchas explícitas y cruzadas —avaladas en la llamada búsqueda del bienestar común— dentro del cual develarían agónicamente la crisis de valores, las aporías y contradicciones del mundo colonial.

En breve, nuestros ensayistas se verían atrapados entre dos campos de fuerza que demandaban intereses cada vez más opuestos. Por un lado, se encontraba la fidelidad al príncipe de España y el orden social y espiritual que este representaba. Por el otro, la constatación paulatina de los malestares, injusticias y desavenencias que tal orden comportaba para las provincias. Como hemos dicho, en un primer momento, los esfuerzos de los intelectuales se encaminaron a intentar conciliar lo que la siguiente década declararía como incompatible.

### 3. Criollidad y práctica ensayística: toma de conciencia histórica y búsqueda de la identidad

Los criollos prefieren que se les llame americanos; y desde la paz de Versalles, y especialmente después de 1789 se les oye decir muchas veces con orgullo: «yo no soy español, soy americano»; palabras que descubren los síntomas de un antiguo resentimiento. Delante de la ley todo criollo blanco es español; pero el abuso de las leyes, la falsa dirección del gobierno colonial, el ejemplo de los estados confederados de la América septentrional, y el influjo de las opiniones del siglo, han aflojado los vínculos que en otro tiempo unían más íntimamente a los españoles criollos con los españoles europeos.

ALEXANDER VON HUMBOLDT. *Ensayo político sobre el reino de la Nueva-España*. Tomo II. (219-220)

Hemos dicho que la originalidad del ensayo colombiano —y latinoamericano— de principios del siglo XIX radicaría, en primer término, en el hecho de ser, al mismo tiempo, la forma literaria, el hecho sociocultural y el mecanismo discursivo en el que se hicieron más palmarios los primeros pasos del proceso de toma de «consciencia histórica» de su sociedad. Podríamos acentuar su importancia en el marco de las diferentes interpretaciones de la época que las indagaciones historiográficas han emprendido, si aceptamos que toda investigación histórica no puede desconocer el hecho de que su examen de la realidad concreta del pasado está obligado a confrontarse con la naturaleza *medidora* del lenguaje y sus productos. En otras palabras, no es posible la aproximación *directa* a la facticidad de la vida real de las relaciones sociales, las instituciones, los imaginarios, las ideologías y, en general, de los procesos históricos; por el contrario, la confrontación con tales fenómenos solo se da a través de la comprensión de la *mediación* que el material verbal y toda su riqueza histórica representan de su realidad extralingüística, pues esta última, diríase, se *postula* como posible a partir del discurso. En esencia, hablamos de que “no hay hechos económicos o sociales en bruto, sin la mediación de formas discursivas. La confrontación no se da, por tanto, entre una realidad desnuda y las teorías o doctrinas, científicas o no, de la misma, sino entre formas discursivas” (Roig, 1981, p. 42).

En este sentido, constatar la presencia del ensayo como el género discursivo dominante de la época no solo es importante para la historia de la literatura colombiana y latinoamericana, sino que la dimensión de tal hecho también repercute fuertemente en el ámbito *extraliterario*, ya que se halla significativamente vinculado con las tentativas por alcanzar una comprensión global del desarrollo del proceso histórico; en efecto, el ensayo sería también la modalidad mediadora entre la realidad histórica, el lenguaje, el escritor



y las disciplinas académicas a la que, necesariamente, toda búsqueda de orden histórico, sociológico o antropológico debería acudir para formalizar sus observaciones e interpretaciones sobre el periodo.

Por supuesto, la originalidad e importancia del ensayo no se constriñe en las ideas anteriores. A mi juicio, la trascendental función histórica que desempeñó el género durante el periodo comprendido entre 1790 a 1820 es la de haber servido como la *forma* discursiva a través de la cual se llevó a cabo buena parte de la fundación simbólica de las que serían las futuras instituciones sociales, económicas, culturales y políticas de la nascente república colombiana<sup>44</sup>. Esta hipótesis precisa un tratamiento delicado, pues podría dar lugar a malos entendidos. En primer lugar, debo señalar que, en este caso, tal fundación no obedeció a la voluntad de erigir abstracciones, conceptualizaciones o fórmulas teoréticas para comprender el “ser nacional”. Estas intenciones podrían describir con cierto grado de verdad el trabajo del filósofo, el antropólogo, el sociólogo y el historiador, pero no la del ensayista. Hay que recordar que, las más de las veces, los primeros construyen sus observaciones sobre el acontecer histórico, político, social, etc. *a posteriori*, y que la tendencia de sus indagaciones es la de comprender la totalidad del acontecimiento pasado como un todo coherente, empresa que deriva en muchas ocasiones en la formulación de abstracciones globalizantes.

En cambio, el ensayista no tiene tal distancia crítica y temporal con los asuntos que trata, ni mucho menos una propensión por la abstracción; por el contrario, el ensayo sería una de las formas discursivas a través de la cual el sujeto, en medio de su experiencia vital de las circunstancias sociohistóricas y existenciales de su época, emprende la tarea de organizar “una posición axiológica desde [su] propia empiricidad histórica” (Roig, 1981, pp. 16-17). En efecto, el ensayo colombiano de principios del siglo XIX es motivado por una *necesidad pragmática*—mas no teorética— que le impone el presente de la enunciación al escritor, razón por la cual, probablemente sea la expresión que más le exigiría al método historiográfico evitar su habitual comprensión del tiempo histórico como el “simple medio abstracto de la coexistencia o [el] simple receptáculo de encadenamientos dialécticos” (Castoriadis, 2013, p. 278); el hecho de que el ensayista, al

---

<sup>44</sup> Con esto hablo apenas del comienzo de la construcción de nuestro capital simbólico, proceso que, intuitivamente, solo alcanzaría un primer estadio de consolidación hasta 1821 con el gesto que implicó la sanción de nuestra primera Constitución y el comienzo de la vida republicana. A partir de allí, como ya he dicho, los problemas que la práctica ensayística abrazaría como propios cambiarían notablemente de naturaleza, razón por la cual ameritan otro estudio que por lo pronto solo me atrevo a sugerir.

mismo tiempo que reflexiona sobre las problemáticas que lo aquejan en el presente inmediato, oficie “como sujeto de la historia misma que está pensando” (Roig, 1981, p. 175), precisa que el estudio de la expresión ensayística inevitablemente parta de la consideración del “tiempo verdadero, el tiempo de la alteridad radical, de la alteridad imposible de deducir ni de reproducir”<sup>45</sup> (Castoriadis, 2013, p. 278).

En esta vía, concuerdo con Castoriadis cuando afirma que “la conquista de la lógica simbólica de las instituciones y su «racionalización» progresiva, son ellas mismas procesos históricos” (2013, pp. 196-197). La cuestión relativa a los primeros intentos de fundación de nuestra identidad simbólica, esto es, la toma de conciencia de nuestra historicidad, del patrimonio material e inmaterial que nos arrogamos como “nuestro”, de nuestros usos, costumbres y tradiciones, de nuestros bienes culturales, entre tantos otros, debe comprenderse en relación directa, pienso aquí, en primera medida, con el sujeto concreto que se juzga competente para llevar a cabo tal tarea y, segundo, con el medio de expresión verbal que ha escogido como estructura discursiva mediadora para conseguir tal fin: a saber, el criollo y el ensayo. En este sentido, esta disertación “no es ni puede ser ajena a la cuestión de quién es el sujeto en nuestra América, que puede autodenominarse” (Roig, 1981, p. 27) o, aún mejor, de quién, al juzgarse como valioso, enuncia la existencia de un “nosotros los *criollos*”, “nosotros los *neogranadinos*”, “nosotros los *americanos*”, “nosotros los *americanos españoles*”, “nosotros los *colombianos*”.

Para nosotros, no cabe duda que la identidad social, histórica y cultural del sujeto que oficia como el ensayista es, en todos los ensayos aquí convocados, la del criollo<sup>46</sup>, y

---

<sup>45</sup>A partir de la segunda parte de su libro *La institución imaginaria de la sociedad* (2013), Cornelius Castoriadis emprende una férrea crítica al modo como el estructuralismo y la concepción histórica causalista han instituido sus valoraciones e interpretaciones con respecto a los problemas que atañen a lo histórico-social. En particular, podría decirse que el capítulo IV, titulado “Lo histórico-social”, es en el que, con mayor ahínco, despliega sus oposiciones ante estas concepciones disciplinares y metodológicas. En esencia, Castoriadis se queja del determinismo de fondo que funda sus nociones: “Como si la organización social pudiera reducirse a una secuencia finita de sí/no y como si, precisamente cuando un sí/no se halla en acción, los términos sobre los que recae estuvieran dados desde siempre y desde fuera, mientras que, en tanto términos y en tanto precisamente esos términos, son en realidad creación de la sociedad particular en cuestión” (p. 276). La perspectiva del pensador turco resulta particularmente esclarecedora para esta indagación, pues comulga con la hipótesis según la cual el estudio del ensayo de principios del siglo XIX en Colombia, exigiría ser examinado bajo el amparo de una concepción del tiempo histórico como potencia, posibilidad, construcción o, en sus términos, como alteridad radical.

<sup>46</sup>La bibliografía sobre la génesis social y cultural del criollo en América es amplia como disímil. Es de anotar que, si bien el término devino genérico a la hora de designar al español blanco nacido y criado en las Indias, también sufrió notables transformaciones semánticas, particularmente a nivel regional. Por ejemplo, las connotaciones asociadas al criollo de las pampas del cono sur difieren notablemente de las relacionadas con el criollo peruano, neogranadino y mexicano. Las etiquetas “criollismo” y literatura “criollista” también suelen ser empleadas para hablar de algunos fenómenos literarios en Argentina, pero difícilmente podrían ser de utilidad en el contexto colombiano. De aquí que resulte fundamental subrayar

en particular, la del criollo ilustrado perteneciente a la élite letrada local. Al respecto, resulta pertinente recordar que

el “escritor” es consecuentemente el objeto primario de cualquier interpretación social de la literatura. En él, no como individualidad, en lo que él pretende y en lo que condiciona y él condiciona socialmente, puede desencubrirse la compleja red de la “mediación”, esto es, los modos por los que las estructuras y posiciones ideológicas sociales se imponen en la literatura. (Gutiérrez, 1992, p. 14)

Al proponer una mirada atenta sobre el escritor-ensayista en tanto sujeto social, podemos suponer que uno de los entes simbólicos al que aquí nos referiremos, en la medida que se empieza a construir a través y de la mano de la práctica ensayística, es la historicidad del grupo social del criollo. En efecto, la toma de «conciencia histórica» de la que he venido hablando es especialmente la del criollo; él es precisamente quien se arroga la responsabilidad de ejecutar las diferentes “operaciones identitarias” (Castoriadis, 2013, p. 278) durante la época, las cuales se traducen, como he subrayado, no en una reflexión filosófico-conceptual, sino en la valoración atenta de la realidad concreta del Reino. Ahora, aquí conviene presentar una salvedad que me permito esbozar a través de una adaptación y reescritura de los términos de Castoriadis: no es en los rasgos específicos de los criollos sino en la estructura general de la sociedad colonial donde estaría inscrita la necesidad para este grupo social de plantearse como categoría particular opuesta al relato de la sociedad (pp. 247-248).

En otras palabras, la conciencia de la identidad criolla se va haciendo paulatinamente más evidente conforme las vicisitudes en el plano de la vida económica, productiva, técnica, cultural, social y política se la imponen como una necesidad práctica inmediata<sup>47</sup>. Es por esto que en nuestros primeros ensayos no encontramos elucubraciones

---

estos problemas sobre el término a la hora de aproximarnos al problema del ensayo como forma de expresión del criollo neogranadino. Al respecto, Ricardo Latcham anota que “ya el criollismo significa algo bastante concreto: expresa una clase social, una categoría específica en el escenario de las postrimerías del siglo XVIII. Pero más adelante el criollismo se transformará en escuela literaria, en una manera de enfocar a la realidad americana. La palabra, mientras tanto, pierde su sentido original, y Juan de Arjona, recordado por Arrom, afirmará que criollo «designa lo americano, pero de puro origen europeo». [Por otro lado], Criollo, en su sentido traslaticio [...], significa lo nacional, lo autóctono, lo propio y distintivo de cada uno de nuestros países” (1956, p. 11). Sobre estos asuntos, remito al lector al libro *El criollismo* (1956) de Ricardo Latcham, Ernesto Montenegro y Manuel Vega.

<sup>47</sup> En la presente indagación no ahondaré en la cuestión religiosa ni en el papel que los padres de la iglesia desarrollaron durante el periodo comprendido entre 1790 y 1820. En efecto, este asunto demanda un estudio paralelo que entroncaría con los fenómenos suscitados por la llegada del pensamiento secular a nuestros territorios, la toma de posición eclesiástica frente a las revoluciones sociales y políticas, así como a la participación de la iglesia en la Independencia. El padre Diego Padilla es tan solo uno de tantos representantes dentro de este asunto complejo y, como se ha visto, su figura ha sido examinada, por ahora, eminentemente ligada a su ensayo *Por la libertad* y al hecho de haber sido fundador de uno de los periódicos de la época. Dejo entonces aquí abierta una línea de investigación que sería de vital importancia para entender aún mejor los problemas del momento. No obstante, sí deseo referirme a un texto titulado *Las*

ontológicas sobre el “ser latinoamericano”; esta labor es, en cierta medida, la acometida por nuestros grandes ensayistas de buena parte de finales del siglo XIX y de siglo XX, pues parten del hecho de que tal mónada ontológica existe. El problema del ensayista de principios del siglo XIX es “hacer el ser”, que es, ante todo, ser social, razón por la cual su horizonte de comprensión no es el de un “yo metafísico” sino el de un “nosotros relativo”; en este caso, la mónada no es cerrada sino abierta, sometida a las contingencias inherentes al proceso histórico (Roig, 1981, p. 21).

### **3.1. El criollo neogranadino se escribe a través de la práctica ensayística**

Ya no nos resulta pues tan extraño admitir que el objeto de nuestros primeros ensayos es eminentemente económico, político, científico, cultural, entre otros. Como hemos dicho, este hecho es el que precisamente ha opacado la más de las veces su carácter ensayístico y dimensión fenoménica. Sin embargo, el acento en el «yo» y el «nosotros» de la enunciación, comprendidos como sujetos sociales, nos hace suponer que en estos textos se empezó a fundar la consciencia de una colectividad sociohistórica que, precisamente, fue la que se atrevió a demandar, opinar, valorar e interpretar la realidad con sus axiomas y su horizonte de comprensión particular y siempre relativo. Cuando Fermín de Vargas habla sobre “la miseria general que *observamos* actualmente” (*Memoria*, 1986, p. 124. Énfasis mío), producto de la ausencia del número necesario de manos que cultiven el arte de la agricultura, construyan caminos y extraigan las riquezas de las abundantes minas que hay en el Reino, no podemos evitar preguntarnos *quiénes* son aquellos que *observan* y juzgan como deplorable la situación actual.

Si hay un rasgo lingüístico genérico en todas las muestras ensayísticas del periodo es el asombroso despliegue del deíctico *nosotros*. Sin embargo, buscaríamos en vano una definición estable del referente concreto del pronombre dentro de los ensayos. Empero,

---

*últimas expediciones franciscanas al Nuevo Reino de Granada (episodios de criollismo conventual o de rivalidad hispano-criolla) 1756-1784* (1995) de Luis Carlos Mantilla R., dado que, si bien su objeto de estudio no toca el tema del ensayo en Colombia, sorprende por las anotaciones que emprende sobre cómo fue vivida la toma de conciencia criolla en la comunidad eclesiástica local. El aumento paulatino de la vocación criolla y con ella la consolidación de los frailes nacionales sobre los peninsulares a partir de la primera mitad del siglo XVII, creó al interior de la comunidad eclesiástica franciscana “una conciencia nacionalista tan recalcitrante, que vino a acentuar la línea divisoria entre «criollos» y «chapetones», y volvió a los nacionales tan intolerantes con los extranjeros que ya no querían admitir Visitadores que vinieran de otras provincias, porque eran asimilados a frailes peninsulares, así fuesen criollos de otras regiones americanas” (1995, p. 9-10). En “Criollismo y protonacionalismo en América del Sur” (1994), Lavallé también coincidirá con lo mencionado más atrás, llegando incluso a afirmar que “durante todo el siglo XVII las órdenes religiosas fueron sin lugar a duda el lugar privilegiado del criollismo más militante” (p. 19).

en el detalle de las marcas textuales puede que vayamos encontrando algunas respuestas parciales. Leamos en esta perspectiva un fragmento de la defensa de Nariño ante los tribunales (1796):

*Desengañémonos y convengamos de buena fe, que mientras no haya libertad de escribir [...] y de manifestar con franqueza aquellas opiniones extravagantes y primeras ideas que ha identificado con nosotros la educación, las cuales conservamos toda la vida y no nos chocan, porque las hemos mamado en nuestra infancia, y las vemos autorizadas por el ejemplo, por la opinión pública, por las leyes, y particularmente cuando las vemos pertrechadas con el sello de la antigüedad, permanecerán siempre los reinos en un embrutecimiento vergonzoso. (2002, p. 52. Énfasis mío.)*

Evidentemente, Nariño habla en nombre de un grupo social que en mayor o menor medida ha gozado de la instrucción educativa; de modo que el «nosotros» del precursor no abarca la totalidad de los grupos humanos del Reino, pues no podríamos incluir allí a los negros, indígenas y el grueso de los mestizos. Son los intereses de la élite culta criolla los que se ven especialmente menoscabados por la censura y es en su representación que Nariño se expresa. Fenómeno similar es el que exhibe Fermín de Vargas, pero ahora con la intención de denunciar la lentitud con la que avanza el desarrollo económico, cuando señala que

*La falta de subsistencia a precios cómodos, las vejaciones de los gobernadores y sus terratenientes, la carestía o total imposibilidad de conseguir negros, la ignorancia de la minería, la falta de instrumentos y máquinas para los desagües y rompimiento de vetas, ocasionadas por la carestía del hierro; finalmente, los malos mineros que impiden el comercio y concurrencia de vendedores, entorpecen extraordinariamente el progreso de las minas del Reino. (Pensamientos, 1986, pp. 87-88. Énfasis mío)*

Como es evidente, el «nosotros» del santandereano tampoco concibe en la posible unidad del grupo social que circunscribe el deíctico la presencia, en este caso particular, de los negros. En *Relación sucinta del estado actual de las colonias españolas en la América Meridional* (1808), Vargas intentará explicar de manera sintética la heterogeneidad de las castas que habitan América a los ingleses. Como va haciéndose evidente, el problema de la identidad del criollo tuvo un primer estadio de desarrollo en el examen del problema a la luz del principio de la diferencia de las razas. Una vez más, la supremacía del criollo será expresada, primero, por su condición de hijo directo de familias caucásicas europeas y segundo, por la situación en la que lo ha ubicado el curso del proceso histórico social:

*De la extinción total de los indios en algunas partes de la América y de su disminución en todas, resultó la necesidad de reemplazarlos con los negros de África. Los portugueses fueron los primeros autores de este infame trato, que sus vecinos*

los españoles siguieron después, y esta raza más fuerte que la de los indios se ha aumentado en varias formas en todas las costas marítimas de aquel continente. *De la mezcla de éstas con los españoles, y con los indios que han quedado, resultan las innumerables castas de Mulatos, Zambos, Tercerones, etc., que se consideran degradadas según se alejan o se acercan al color europeo. Aquellos que han pasado por cinco generaciones sucesivamente enlazándose con blancos son reputados en la categoría de estos últimos, y pueden pretender sin obstáculos la preeminencia de criollos, elevación que les da un lustre de que son incapaces las clases anteriores.* (Vargas, *Relación*, 1986, p. 171. Énfasis mío)

A diferencia de los *Pensamientos* y la *Memoria*, Fermín de Vargas juzga de manera negativa el trato de la población africana traída como mano de obra esclava a las Américas por los portugueses y especialmente por los españoles. Probablemente, este hecho se puede entender a la luz de su intención de persuadir a los ingleses de aprobar sus ya evidentes pretensiones emancipadoras. En todo caso, es de subrayar que, si bien comprendo a Vargas como uno de los primeros ensayistas en quien se perfiló de manera clara el ideario de la Independencia, esto no hace que, de manera obligante, se haya desprendido de buena parte de los paradigmas explicativos europeos para dar cuenta de su situación particular. La teoría de las razas y el principio de la superioridad social, intelectual y cultural de los caucásicos sigue siendo el horizonte de comprensión que le permite afirmar la superioridad del criollo con respecto a los demás habitantes del Nuevo Continente. Como es ostensible en el fragmento anterior, uno de los principios rectores de su escritura es, precisamente, que el devenir histórico-social, en consonancia con los preceptos raciales, sería el fundamento que le autorizaba a concebir al sujeto criollo como aquel en quien recaía la responsabilidad de abanderar los proyectos del presente y el futuro de las naciones americanas. Además, no podía tratarse de otra raza, puesto que el criollo, al conservar la pureza original de los blancos, podía considerarse en igualdad de condiciones morales, culturales, sociales y políticas, a los ingleses. No dudo entonces al señalar que estos presupuestos son los que, en estructura profunda, convencieron a Vargas de su legítimo derecho para dirigirse a la administración inglesa de cara a su necesidad de buscar aliados que también defendieran la causa independentista.

En esta misma línea, asociada a la manera como las teorías raciales fueron instrumentalizadas para elevar la condición del sujeto criollo, no puedo pasar por alto la evaluación de Tadeo Lozano, esta vez, en relación a las comunidades indígenas del Reino:

*El carácter estúpido de sus habitantes primitivos; los bosques inmensos de que se halla cubierto el Virreinato; las tentativas infructuosas que una nación culta ha hecho para indagar aquellos pretendidos depósitos de oro y plata, y, finalmente, la falta de monumentos de aquellos tiempos, manifiestan claramente la falsedad de las grandes*

*poblaciones, de las leyes civiles, artes y riquezas de los indios bárbaros de este Reino.* (1998, p. 34. Énfasis mío)

Esta concepción del aborígen americano —por demás, muy contraria a la de Rodríguez, asunto sobre el cual volveré más adelante— es muy acorde a la perspectiva de Alberdi alrededor de la factibilidad de la unidad social americana. Roig recuerda que el ensayista argentino exhibe una partida ostensible por el criollo, entendido este como aquel que luchó en las contiendas emancipadoras, a diferencia de los salvajes indios americanos: “la expresión «nosotros los latinoamericanos» se reducía en Alberdi a un «nosotros los integrantes de las aristocracias de origen español»” (Roig, 1981, pp. 31-32). Como se va haciendo cada vez más palmario, las diferencias de opinión respecto a la posible unidad social latinoamericana y, en consecuencia, la factibilidad de una unidad americana, son una cuestión que no puede omitirse. Sin embargo, quedémonos por ahora en el problema de la configuración del sujeto criollo neogranadino.

Joaquín Camacho, en su *Relación territorial de la provincia de Pamplona* (1808), a la usanza de los ensayos de orden regional publicados en el *Semanario* de Caldas, no olvida hacer un repaso de las características de la población del lugar. En las observaciones del abogado se hace patente que, sin desconocer la presencia indígena, es el grupo mayoritario de “españoles blancos y mestizos” el llamado a llevar la batuta en los asuntos administrativos locales:

En el día han quedado pocos indios, y estos se dedican principalmente a la agricultura en pequeño, de que sacan poco provecho, a pesar de que poseen grandes y fértiles resguardos. En el distrito de Pamplona se cuentan cerca de tres mil indios de todas las edades, repartidos en ocho pueblos, observándose, como en las demás provincias de este Reino, que los Indios que habitan las tierras altas o frías son más torpes, menos ágiles y espirituales que los que viven en las tierras calientes. *El resto de las tierras de Pamplona y su jurisdicción lo ocupan los españoles blancos y mestizos*, que hacen el fuerte de la población, que pasa de cuarenta mil almas, siendo esta mayor que la de los distritos de los otros cuatro cabildos comprendidos en el corregimiento. (Camacho, *Semanario*, Tomo III, 1942, p. 7. Énfasis mío)

Por su parte, Caldas también hará una distinción notable de los pobladores del Reino de Nueva Granada, separando a los “salvajes” de los “civilizados”. En efecto, se trata de una idea anclada a los presupuestos del horizonte de comprensión europeo, idea que, como veremos más adelante, fue fuertemente discutida por Manuel del Socorro Rodríguez, acaso, uno de los ensayistas que más defendió la idea de incluir a los grupos indígenas, moradores primigenios de la región, dentro de la noción identitaria del “nosotros americano” y, por lo tanto, de cuestionar el sentido de lo que se entendía en la época por barbarie. No obstante, quedémonos por ahora en la reflexión de Caldas, en la

cual encontramos, por un lado, ciertas concesiones respecto a la condición de los indígenas y la raza negra africana y, por el otro, un concepto de notable importancia para la comprensión de la identidad criolla:

Todos los habitantes (cerca de tres millones, incluso los bárbaros) de esta bella porción de la América se pueden dividir en **salvajes** y en hombres **civilizados**. Los primeros son aquellas tribus errantes sin más artes que la caza y la pesca, sin otras leyes que sus usos, que mantienen su independencia con su barbarie, y en quienes no se hallan otras virtudes que carecer de algunos vicios de los pueblos civilizados [...]. Lo segundos son los que unidos en sociedad viven bajo las leyes suaves y humanas del Monarca español. Entre ellos se distinguen tres razas de origen diferente: el Indio indígena del país, el Europeo su conquistador, y el africano introducido después del descubrimiento del Nuevo Mundo. Entiendo por europeos, no solo los que han nacido en esa parte de la tierra, sino también a sus hijos, que, conservando la pureza de su origen, jamás se han mezclado con las demás castas. A estos se les conoce en la América con el nombre de **Criollos**, y constituyen la nobleza del nuevo continente cuando sus padres la han tenido en su país natal. (Caldas, *Semanario*, Tomo II, 1942, p. 22)

Como se puede ver, a la hora de examinar el asunto de los grupos humanos del Reino, Caldas se apoya en los presupuestos de las teorías raciales de los naturalistas europeos ilustrados, en particular, en las tesis de Buffon. Es este sentido, se puede entender por qué, por un lado, sostiene la dicotomía clásica entre civilización y barbarie, principio que excluye del tiempo histórico a los grupos considerados “salvajes”; a la luz de esta visión de mundo, estos últimos no podrían llegar a formar parte del cuerpo sociocultural encargado de pensar el presente y el futuro de la nación al encontrarse, por principio, ajenos a la mayoría de los rasgos asociados con la vida “civilizada”. Y, por el otro, el motivo por el cual Caldas se concibe como europeo, condición entendida aquí en directa relación con la raza caucásica; para él, el criollo conserva inalterada la pureza de la raza blanca, eso sí, amparado en la idea, por cierto, muy discutible, según la cual se asume que los españoles jamás se mezclaron con las demás castas<sup>48</sup>.

Esto conduce al último elemento que podemos discriminar en el fragmento anterior, no menos importante para comprender el perfil intelectual del ensayista, a saber, su visión aristocrática de la vida. El hecho de que Caldas entienda a los criollos como la “nobleza” americana, indica que en su fuero interno no existe ninguna razón para

---

<sup>48</sup> Al respecto, Lavallé apunta que “los criollos se afirmaban americanos con orgullo y, a veces, con provocación, pero, al mismo tiempo, querían reaccionar ante las indirectas peninsulares que ponían en tela de juicio su hispanidad, pues se pretendía que en América ésta se estaba debilitando bajo el efecto conjunto y nefasto del clima tropical, del mestizaje y de la molición colonial. En una especie de amor contrariado para con la lejana Madre Patria europea, los hispanoamericanos insistían por consiguiente con orgullo, y digámoslo con exageración, sobre su propia calidad a su parece indudable y cabal de españoles, sobre el extremado cuidado con que, según afirmaban, sus antepasados siempre habían mantenido sus linajes fuera de cualquier mezcla con los vencidos de la conquista” (1994, pp. 23-24).



cuestionar el diseño de la estratificación social tal y como la había conocido hasta el momento. Ahora bien, esto resulta particularmente interesante en la medida que, por regla general, los españoles ibéricos no solían compartir el mismo razonamiento de Caldas<sup>49</sup>. En todo caso, lo que resulta evidente es que, para el científico, la superioridad social, cultural y política de los criollos en el sistema interno de las relaciones humanas del Reino no podía albergar duda alguna.

En 1809, en *Memorial de Agravios*, Camilo Torres valoraría la condición del criollo fundando su carácter problemático en la naturaleza dual de su génesis social y espiritual: hijo del Nuevo Mundo, pero, al mismo tiempo, legítimo heredero de los derechos naturales, sociales, culturales y políticos de la España peninsular. En efecto, en las condiciones mismas que permitieron su existencia se gesta una de las explicaciones de la crisis del sistema colonial en nuestras provincias: el criollo ilustrado, cada vez más consciente de su origen sociocultural, se empieza a preguntar por su lugar en un sistema social que, inicialmente, no había contemplado su presencia o que, más bien, no había pronosticado las notables consecuencias que conllevaría su aparición dentro de la estructura de la monarquía. Demostrada la situación paradigmática del sujeto americano, que Torres entiende en igualdad frente al nativo español, tal punto de partida conlleva el gesto por el cual exige una representación política equitativa de las provincias del Nuevo Mundo en el cuerpo político de la monarquía:

Las Américas, señor, no están compuestas de extranjeros a la nación española. Somos hijos, somos descendientes de los que han derramado su sangre por adquirir estos nuevos dominios a la Corona de España; de los que han extendido sus límites y le han dado en la balanza política de la Europa, una representación que por sí sola no podía tener. Los naturales conquistados y sujetos hoy al dominio español son muy pocos o son nada, en comparación de los hijos de europeos, que hoy pueblan estas ricas posesiones. La continua emigración de España en tres siglos que han pasado, desde el Descubrimiento de la América: la provisión de casi todos sus oficios y empleos en españoles europeos, que han venido a establecerse sucesivamente, y que han dejado en ella sus hijos y su posteridad: las ventajas del comercio y de los ricos dones que aquí ofrece la naturaleza han sido otras tantas fuentes perpetuas, y el

---

<sup>49</sup> En general, y conforme las diferencias entre criollos y españoles se van haciendo más palmarias y agudas, es de recordar que las connotaciones del término “criollo” desde el horizonte de comprensión ibérico fueron, la más de las veces, muy negativas: “los criollos son españoles, pero españoles obviamente decaídos (*la gente de esta tierra es otra que la de antes*) y, sobre todo, se pone abiertamente en tela de juicio su fidelidad a la Corona: no les importa la persona del rey (*nunca an conocido al rrey ni esperan conocello*); son fáciles presas de individuos levantiscos (*huelgan de oyr y de creer algunos mal yntencionados*), muchos están reducidos a la miseria lo cual tampoco es signo positivo (*y los que no tienen yndios [...] cómo se sufre que anden ellos muertos de hambre*) [...]”. Además, ahí no paran el sistema de connotaciones negativas y las acusaciones que se dirigen a la palabra criollo —y a los criollos— ya desde la aparición del término. Se los equipara, en cierta forma y de manera indirecta, con los mestizos y mulatos, gente a la vez peligrosísima en la perspectiva peninsular y objeto ya de un sinnúmero de prejuicios desvalorizantes” (Lavallé, 1993, p. 18).

origen de nuestra población. Así, no hay que engañarnos en esta parte. Tan españoles somos como los descendientes de don Pelayo, y tan acreedores, por esta razón, a las distinciones, privilegios y prerrogativas del resto de la nación, como los que, salidos de las montañas, expelieron a los moros y poblaron sucesivamente la Península; con esta diferencia, si hay alguna, que nuestros padres, como se ha dicho, por medio de indecibles trabajos y fatigas descubrieron, conquistaron y poblaron para España este nuevo mundo. Seguramente que no dejarían ellos a sus hijos una distinción odiosa entre españoles y americanos; sino que, antes bien, creerían que con su sangre habían adquirido un derecho eterno al reconocimiento, o por lo menos a la perpetua igualdad con sus compatriotas. (Torres, *Memorial*, 2011, p. 28)

A esta elite, heredera del poder simbólico de supremacía social —comprendido o no desde el horizonte del sentido aristocrático de la vida— se dirige el Vargas de las *Notas*; el ensayista identifica en ella, llamémoslo aquí, el “poder de acción” histórico, es decir, la capacidad de los locales para insertarse activamente en el proceso histórico:

Últimamente el tirano no puede hacernos la guerra, si *nosotros* no le *suministramos* los medios, esto es, el dinero; *quitémosle*, pues, este recurso, *abramos* nuestros puertos a todas las naciones del mundo, *desde el mismo acto de nuestro primer movimiento, observemos* la más exacta neutralidad con las potencias beligerantes, *hagamos respetar nuestros territorios y nuestro pabellón, y tendremos cuanto sea necesario para conseguir nuestra libertad.* (Vargas, *Notas*, 1986, p. 159. Énfasis mío.)

En efecto, el grupo criollo es el único que, a finales del siglo XVIII, exhibirá un verdadero “poder de acción”, pues es este el que, particularmente, encabeza las iniciativas locales de participar en el desarrollo del devenir histórico del reino. En este orden de ideas, podríamos admitir que el germen iniciático del “sentido de la identidad, desde luego, se limitaba a los criollos [...]; hasta donde había una nación era una nación criolla, porque las castas tenían sólo un oscuro sentido de la nacionalidad, y los indios y negros ninguno en absoluto” (Lynch, 1976, p. 35). Dispuesto así, en el ensayo colombiano de principios de siglo XIX encontramos, en un primer momento, la expresión de los esfuerzos por delinear y legitimar unas demandas económicas, políticas, culturales y sociales, las cuales, en estructura profunda, no son otra cosa sino la evidencia concreta de un primer estadio del desarrollo del sentido de la identidad, identificado, en este caso, en un nacionalismo criollo, fervientemente local y americanista.

El grupo criollo será el que habrá de tener la iniciativa, como heredero de las relaciones de dominación sobre los otros estamentos y grupos sociales. Será aquél el que habrá de invocar el nombre de «americano», o de «hispanoamericano» más tarde, asumiendo, como clase que ha adquirido un cierto grado de conciencia para sí, la representación de los demás estamentos, en particular el del campesinado durante el siglo XIX [...]. (1976, p. 27)

Años más adelante, En *Carta al editor de la Gaceta Real de Jamaica* (1815), Bolívar también se decantará por admitir que es la raza criolla blanca la que está llamada,

a razón de la lógica histórica, a encabezar las iniciativas de las que dependerá el porvenir de las naciones americanas. Nótese aquí que hablamos de un proceso en el que, a través de las herramientas discursivas, el criollo se ha autorizado simbólicamente para adoptar la responsabilidad de llevar las riendas del devenir histórico local:

De quince a veinte millones de habitantes que se hallan esparcidos en este gran continente de naciones indígenas, africanas, españolas y razas cruzadas, la menor parte es, ciertamente, de blancos; pero también es cierto que ésta posee cualidades intelectuales que le dan una igualdad relativa y una influencia que parecerá supuesta a cuantos no hayan podido juzgar, por sí mismos, del carácter moral y de las circunstancias físicas, cuyo compuesto produce una opinión lo más favorable a la unión y armonía entre todos los habitantes, no obstante la desproporción numérica entre un color y otro. (Bolívar, *Carta al editor*, 1969, pp. 85-86)

Queda pues, ampliamente demostrado que, en un gesto histórico, los blancos americanos se nombraron a sí mismos como los regentes del capital simbólico de las naciones del Nuevo Mundo. En esta medida, serían ellos los sujetos que estarían acreditados para hablar en nombre de los intereses de toda la población, proponer las acciones a seguir, pensar el futuro de la nación y enfrentar el problema de la nominalización de América. Así, el problema de la conformación de nuestros primeros símbolos nacionales estaría estrechamente atado a lo que Roig llama el problema de los nombres —“criollo”, “español americano”, “América española”, “americanos”, “colombianos”, etc.— y de los proyectos de unidad. No obstante, reitero, en vano buscaríamos disertaciones de orden filosófico sobre el “ser nacional” en nuestros primeros ensayos; el complejo problema de la formación de la identidad simbólica local y del criollo en particular, se presentó, inicialmente, ataviado de las preocupaciones prácticas enraizadas en la realidad económica y poco después administrativa del Reino. Diríase que, a la luz del panorama general que los ensayos anteriores parecen proponer, una de las necesidades más acuciantes para el criollo era, en efecto, que los europeos y, particularmente, los españoles reconocieran que estaban tratando entre iguales; la supremacía racial de los criollos, sustentada en su blancura, fue el primer argumento claramente esgrimido por el “nosotros” criollo en su afán por justificar tal equivalencia. Es en medio de esta y otras ansiedades enfocadas en las problemáticas fácticas del presente en donde, subrepticamente, se va gestando la identidad simbólica de la nación, proceso que fue intensamente propulsado por el nacimiento de nuestras primeras muestras ensayísticas.

La lectura del panorama del siglo XVIII de John Lynch le lleva a constatar que la elite criolla de terratenientes surge como un producto de las transformaciones sociales

suscitadas por el crecimiento económico, la ampliación de los marcos comerciales y el intercambio intercolonial y transatlántico. A esto lo llamó la primera emancipación informal de las Américas, caracterizada por una bonanza productiva que destinó remesas para el gasto particular de las provincias, es decir, sin la obligación de enviarlas a España directamente. Es esta la razón por la cual una emancipación formal no se podía pensar en aquel momento:

Dejando aparte el hecho de que el ambiente político e ideológico de principios de siglo XVIII no era el propicio para un movimiento de liberación nacional, los hispanoamericanos tenían poca necesidad de declarar la independencia formal, porque gozaban de un considerable grado de independencia de facto, y la presión sobre ellos no era grande. *Un siglo más tarde la situación era diferente. El peso del imperialismo era mucho mayor, precisamente como resultado de la renovación del control imperial después de 1765. La provocación se dio, no cuando la metrópolis estaba inerte, sino cuando estaba en actividad.* (1976, p. 12. Énfasis mío)

Es entonces la puesta en marcha de las reformas borbónicas, en especial en su componente económico y político, el hecho capital que catapultará, inicialmente, el comienzo del proceso de la toma de conciencia de clase de los criollos y, una generación más adelante, sus reacciones en el plano de las ideas y las expresiones simbólicas, entre ellas el ensayo, encabezadas por los criollos ilustrados o Sabios del Reino. El reinado de Carlos III (1759-1788) es la insignia de este proceso reformista que, desde el horizonte de comprensión español, pretendía devolverle a la Corona el control de las colonias a través de un endurecimiento de las entidades administrativas y la implementación de serias restricciones en el plano económico y comercial<sup>50</sup>. No obstante, esta política tenía un horizonte mucho más amplio, pues no se trató “de simples artificios administrativos y fiscales: *suponía también una supervisión más estrecha de la población americana*” (Lynch, 1976, p. 15. Énfasis mío).

En efecto, fueron los criollos, la élite social americana, los más afectados a nivel material y espiritual con la llegada de las nuevas políticas, en lugar de verse beneficiados a través de ellas. Por esto, en este punto me atrevo a esbozar unas preguntas que pudieron haberse estado formulando durante la época: ¿Por qué, admitida la pureza racial del

---

<sup>50</sup>“Los borbones expresaban una paternal preocupación por sus súbditos los americanos. La realidad era un sistema de excepcional dureza e injustas restricciones, un comercio sofocado por los aranceles, la agricultura por los impuestos, las manufacturas por el monopolio, y la colonia gobernada por «los establecimientos más impolíticos y anticomerciales que ha podido establecer y perpetuar la ignorancia del gobierno de América» (Informe de Antonio Villavicencio, 24 de mayo de 1810). En las vísperas de la independencia eran éstas las críticas comunes. Apenas existía un acuerdo sobre objetivos económicos, ni un orden aceptado de prioridades, ni se conocía la relación entre la agricultura y la industria, el libre cambio y la protección. Pero el supuesto subyacente estaba claro: Nueva Granada tenía el derecho a expresar su autonomía, a tomar sus propias decisiones y proteger sus propios intereses” (Lynch, 1976, p. 262)

criollo y, por tanto, su igualdad en relación con los regentes ibéricos, estos se ven menoscabados en sus intereses? Al ser los criollos también legítimamente europeos, ¿sus intereses no son los mismos que los de los habitantes del Viejo Mundo? Esto haría que en el curso de unas cuantas décadas se acelerara su proceso de toma de conciencia histórica en el que, hacia el final del siglo XVIII, se insertaría el ensayo como la forma de expresión que vehicularía sus preocupaciones y sentires particulares. Posiblemente, a juicio de un criollo, el panorama histórico y existencial del momento les estaba proponiendo unas condiciones de vida muy difíciles de asimilar, razón por la cual se vieron cada vez con más afanes de encontrar un campo de acción concreto y un medio de expresión propio. Así, el grupo ideológico que está detrás de la práctica ensayística de principios del siglo XIX en Latinoamérica no es otro más que el criollo letrado. A juicio de Lynch, “aunque la aristocracia colonial nunca adquirió un poder político formal, era una fuerza que los burócratas no podrían ignorar, y el gobierno colonial español se convirtió realmente en un compromiso entre la soberanía imperial y los intereses de los colonos” (1976, p. 10). En estructura profunda, la adquisición paulatina del poder simbólico por parte de los criollos representó para los españoles un problema que intentaron menguar recrudesciendo sus políticas administrativas en las diferentes provincias, pues, para los ibéricos, no existía tal igualdad entre los europeos y los blancos americanos.

Para cerrar este apartado, incluyo aquí el que sería el primer antecedente del problema que he venido explicando. En directa relación con el asunto, y asociado a la rebelión comunera de 1781, Antonio Caballero en su *Historia Colombia y sus oligarquías (1498-2017)* propone la figura del marqués Jorge Miguel Lozano de Peralta y Varas Maldonado de Mendoza y Olaya como uno de los primeros representantes problemáticos del criollismo nacional; su condición de heredero legítimo de los beneficios de la colonia por su calidad de español, pero, al mismo tiempo, su condición de americano por haber nacido en la Nueva Granada, lo ubicaron en una disyuntiva bastante llamativa:

Jorge Miguel Lozano de Peralta y Varas Maldonado de Mendoza y Olaya era el hombre más rico de la Nueva Granada. Había heredado de la Conquista una enorme encomienda en la Sabana, aumentada con tierras de los resguardos indígenas y transformada en hacienda ganadera de engorde que alimentaba de carne a la población de Santa Fé y de cuero a sus industrias de curtiembres; era dueño de una docena de casas y terrenos en la ciudad; manejaba negocios de comercio con España; había ocupado todos los cargos públicos posibles para un criollo y había comprado un título de marqués (bajo los Borbones se instauró la venta de títulos nobiliarios para recaudar fondos para la Corona), negándose a continuación a pagar los derechos

con el argumento de que en realidad había merecido el marquesado por las hazañas de sus bisabuelos conquistadores y por el hecho mismo de ser, gracias a esas hazañas, inmensamente rico. Lo tenía todo. *Pero en su condición de criollo “manchado de la tierra” se sentía injustamente postergado en sus méritos por los virreyes españoles, que en su opinión eran —según le escribía al rey— “incompetentes y corruptos”, como lo suelen ser todos los gobernantes a ojos de los ricos. Y se quejaba diciendo: “¿De qué nos sirve la sangre gloriosamente vertida por nuestros antepasados? Aquí los virreyes nos atropellan, mofan, desnudan y oprimen... [y]... los pobres americanos, cuanto más distinguidos, más padecen”.*

El caso del marqués es revelador del hervor que se cocinaba en todos los estamentos sociales bajo las aguas mansas del tedio colonial. *Si jugaba a dos barajas era porque sus intereses estaban de los dos lados: en tanto que hombre rico, con el orden representado por la Corona española; y con la chusma comunera porque compartía con ella un rencor de criollo, que ya se puede llamar nacionalista aunque no sea todavía independentista.* Eso vendría una generación más tarde, con sus hijos. (2016, capítulo IV, p. 14. Énfasis mío)

El ejemplo anterior revela cómo la paulatina toma de conciencia del singular grupo social al que pertenecen los criollos derivaría en su posterior y cada vez más acentuada demanda de ver representados sus intereses específicos en la Corte. Inicialmente, como el caso del marqués, se trató de iniciativas individuales. Sin embargo, la siguiente generación, aquella que se había visto favorecida con algunos de los bienes espirituales y materiales propios de los naturales españoles, entre ellos, la educación, adoptaría una visión más colectiva y al mismo tiempo crítica de su grupo social. Este es, por supuesto, el caso de los Sabios del Reino; sujetos en quienes se configuró, por primera vez, la conciencia de un grupo social diferenciado, los criollos, y con esta, las necesidades de determinar su lugar en la sociedad a la que pertenecían y de ver legitimados sus intereses de clase.

En términos generales, uno de los problemas más acuciantes del proceso de toma de conciencia de la identidad por parte de los criollos sería la necesidad de enfrentarse, a partir del juicio razonado, al ambiguo estatuto léxico y social al que habían sido condenados por los españoles. Para estos últimos, los criollos “si bien siguen siendo españoles, en algo también —y el nombre lo revela— están relacionados con los dominados del mundo colonial” (Lavallé, 1993, p. 20). En este sentido, todas las posibles operaciones identitarias promovidas por los criollos —empresas que aquí entendemos asociadas al horizonte económico, científico, sociológico, cultural y político—, las cuales muchas veces obtuvieron forma en el ensayo, se enmarcarían en el intenso campo de fuerzas que era la lucha por el reconocimiento material y simbólico de la diferencia americana, de los derechos naturales de los locales y, ciertamente, por el rechazo de todas las connotaciones negativas del término criollo.

### 3.2. El criollo y la pregunta por “lo nuestro”

En este orden de ideas ya no resulta tan difícil aceptar que nuestra tradición ensayística se inicie no con preocupaciones ontológicas, sino atada a las preocupaciones prácticas de la materia económica y especialmente política. Roig tiene mucha razón cuando afirma que la pregunta por el “nosotros” tiene un correlato fundamental arraigado en la cuestión por “lo nuestro”. Inicialmente, el poder simbólico de describir y definir al americano y lo americano residía exclusivamente en el sujeto español y europeo; en esta medida, fueron ellos los que “inventaron” América. Los juicios de Paw, Buffon, Leblond, entre muchos otros, se insertan en el conjunto de saberes instituidos del Nuevo Mundo<sup>51</sup>, conocimientos todos ellos contruidos desde el horizonte de comprensión europeo. Habría que esperar a que el americano se hiciera consciente de que podía ser sujeto de su propio pensar y adquiriera entonces una conciencia para sí, para que las reacciones ante estas visiones de lo americano empezaran a visibilizarse. Sobre ello hablaré más adelante, puesto que el ensayo participa activamente de este levantamiento crítico frente a las valoraciones europeas de lo americano. Por ahora permanezcamos en el momento, si se quiere, inaugural de este camino: “la historia [...] del nacimiento de una conciencia para sí de un determinado grupo social, pasada una primera larga etapa en la que el hombre de las tierras americanas, indígena o hijo de colonizadores, no se había abierto aún a la historia como sujeto posible de la misma” (Roig 1981, p. 25) es la que sería esbozada, primeramente, como hemos dicho, por los criollos.

Sin embargo, a mi juicio, al reflexionar sobre el problema de “lo nuestro”, Roig olvida una etapa primera que debió haber considerado antes de entroncar el problema con el asunto de la “tradición y el legado” (1981, pp. 44-75). Diríase que abraza la cuestión directamente a partir de los bienes simbólicos y culturales, sin constatar que dicha “conciencia para sí” del sujeto americano se relacionó inicialmente con el gesto por el cual este se siente dueño de un bien material y de sus productos concretos. Nuestros primeros ensayos son muy sensibles a este carácter tangible de “lo nuestro”, de la riqueza americana; no en vano la preocupación del Vargas de los *Pensamientos* y las *Memorias* se concentra en los males que las políticas reformistas habían causado especialmente en la economía del Reino. Es el estado de inercia del arte de la agricultura, la ausencia de

---

<sup>51</sup> Por supuesto, no olvido aquí el importante papel que desempeñaron el relato de Colón, los textos de los cronistas de indias, las relaciones de los representantes de las órdenes eclesiásticas, entre otros, en el proceso de la “invención” europea de América.

una infraestructura que facilitara el comercio al interior de la Provincia y el desaprovechamiento de las riquezas en las minas, lo que, a su juicio, había entorpecido el progreso del Reino. El hecho de haber podido educarse, le permite examinar y valorar el problema a la luz de las ideas ilustradas de la época, las cuales, en calidad de un bien cultural asimilado e interpretado, son empleadas como medio, diríase instrumentalizadas, a favor de su interés de demandar unas políticas más delicadas y comedidas con el estado económico actual del Reino:

A este fin, pues, *me parece que debían nombrarse para Virreyes de América unos sujetos de conocida aplicación y luces en materia de economía política, y teñidos con algunos rasgos de filosofía. ¿Qué costaría a nuestro Ministerio destinar a estos empleos los que hubiesen manifestado sus talentos a las embajadas extranjeras?* Cualquiera se daría por bien servido de venir de Virrey a México, Lima o Santafé, en donde además de sueldo vivirían poco menos que como soberanos por las grandes prerrogativas que les dan las leyes. Estos hombres, acostumbrados a tratar asuntos de política y gobierno, tendrían mucha instrucción y perspicacia en todo lo relativo a comercio, tratados, navegación, etc.; instruidos en la política y economía de las naciones cultas e industriosas, no es dudoso que procurasen fomentar las mismas ideas en América [...]. Entonces el comercio se facilitaría, crecería la población con la riqueza de las familias, y éstas, aseguradas de la saca y despacho de sus frutos, se entregarían ansiosas a la agricultura, minas, comercio y todo lo demás que ocupa a las gentes con provecho suyo y de la Monarquía. (*Pensamientos*, 1986, pp. 112-113)

La demanda de Vargas es muy clara y vehemente: *¿quién* posee los *méritos* en materia política, administrativa y económica, es decir, los conocimientos adecuados, para garantizar la prosperidad del Reino? La molestia del escritor santandereano evidencia que los cuerpos gubernamentales eran ocupados por sujetos que, la más de las veces, no contaban con los requisitos mínimos para administrar. En esencia, hablamos aquí de los primeros gestos que plantearon la posibilidad de reorganizar la estructura de las relaciones sociales que durante cerca de tres siglos había permanecido casi inalterada. Nada de esto sería posible sin los procesos que fueron dirigiendo a los criollos a su toma de conciencia de colectividad social. Al respecto, Castoriadis bien nos recuerda que “las «relaciones sociales reales» [...] son siempre *instituidas* no porque lleven un revestimiento jurídico [...] sino porque fueron planteadas como maneras de hacer universales, simbolizadas y sancionadas” (2013, p. 199). Así, a la luz de este planteamiento, los ensayos iniciales de Vargas y, en general, los que le sucedieron, incitan a pensar que tal carácter universal del modo como estaban instituida la estructura social empezó a verse cuestionada. No está de más decir que este es uno de los aspectos centrales que catapultó la crisis colonial.

Ahora bien, en la medida en que “el problema del *simbolismo institucional* [...] aparece en el nivel de las relaciones de producción, más aún en el de la economía” (2013,



pp. 200-201), la demanda paulatina por mejorar las condiciones económicas del Reino significó, profundamente, que los locales empezaron a ser sensibles a la naturaleza simbólica del funcionamiento administrativo del sistema monárquico. En otras palabras, lo que empezamos a percibir a través de nuestros primeros ensayos es que el orden político y económico instituido ya no tenía que ser, obligantemente, un mandato o imperativo histórico insoslayable e indiscutible (Roig, 1981, p. 46). Este cuestionamiento es claramente perceptible en el modo como nuestros primeros ensayistas, cada vez más conscientes de las bondades y características de la tierra que habitaban, empezaron a hablar de ella como su propiedad, es decir, como algo que “nos pertenece”: el territorio geográfico aparece como la primera manifestación de “lo nuestro” y, por lo tanto, como el primer elemento en la construcción del conjunto de símbolos identitarios.

El *Semanario del Nuevo Reino de Granada* fue uno de los periódicos en el que, de manera más sensible, se expondrían las reflexiones sobre “lo nuestro”, entendido lo anterior, por ahora, en su dimensión más concreta y material. El precedente de la Expedición botánica y el trabajo de Humboldt, en calidad de extranjero, tuvieron un peso notable en esta toma de conciencia de los bienes materiales locales, pues la tarea de conocer con profundidad las cualidades de nuestra tierra sería ahora responsabilidad del grupo criollo ilustrado<sup>52</sup>. En su superficie, hablo de gestos científicos y epistemológicos, pero, en su interior, se trata de un ejemplo más que acentúa el siguiente carácter simbólico subyacente: conocer “lo nuestro” implica conocernos a “nosotros mismos”.

“La Geografía [...] es [...] tan necesaria al Estado, como lo puede ser a un propietario el conocimiento perfecto de sus heredades”, dictan las palabras de Arriquibar<sup>53</sup>, escogidas por Francisco José de Caldas como epígrafe para encabezar su

---

<sup>52</sup> Sobre el asunto de la importancia de la Expedición Botánica para el desarrollo de la conciencia criolla local de “lo propio”, me sirvo de las palabras de Álvaro Ortiz Rodríguez, quien, en *Reformas Borbónicas: Mutis Catedrático, discípulos y corrientes ilustradas, 1750-1816* (2003), subraya el destacado interés “de la Expedición Botánica por «mapear» el territorio de la Nueva Granada. Los protagonistas de este reconocimiento en lo propio serán un grupo de criollos que a estas alturas ostentaban una importante formación técnico-secular como correspondía con los proyectos borbónicos que buscaban el máximo aprovechamiento de los recursos geográficos y humanos del Nuevo Mundo en beneficio de la península ibérica. En consonancia con ese criterio «utilitarista» sobre el papel del Nuevo Mundo dentro del régimen colonial replanteado por los Borbones, la iniciativa más importante sin lugar a dudas del ahora arzobispo virrey Caballero y Góngora en el plano de la ciencia y la cultura era la organización de la Real Expedición Botánica, destinada a descubrir, a investigar y aprovechar las potencialidades económicas, a favor de la metrópoli, de los recursos naturales del Nuevo Reino de Granada.” (2003, p. 55). Más adelante, será incisivo al afirmar que “un proyecto de la envergadura de la Expedición Botánica y que arranca del surgimiento de una conciencia criolla, consiste justamente en el descubrimiento de una naturaleza criolla y, por tanto, de una naturaleza que es culturalmente apropiada, paralelamente a los anhelos por parte de los criollos de la apropiación de la tierra americana, en un sentido raizal y comercial.” (2003, p. 58. Énfasis mío)

<sup>53</sup> Carta 4. N. 15, p. 90

ensayo sobre el *Estado de la Geografía del Virreinato de Santafé de Bogotá, con relación a la economía y al comercio*, publicado en el *Semanario*. Según él, “los conocimientos geográficos son el termómetro con que se mide la ilustración, el comercio, la agricultura y la prosperidad de un pueblo. Su estupidez y la barbarie siempre es proporcionada a su ignorancia en este punto” (Caldas, *Semanario*, Tomo II, 1942, p. 15). En otras palabras, los conocimientos en materia de geografía no son otra cosa sino un índice, un signo, cuyo espectro semántico sobrepasa el interés científico al representar, en términos generales, el estado de civilización de una sociedad.

No obstante, el Sabio Caldas va mucho más allá cuando afirma que “la Geografía es la base fundamental de toda especulación política”, pues “da la extensión del país sobre el que se quiere obrar, enseña las relaciones que tiene con los demás pueblos de la tierra”, las bondades de su orografía e hidrografía, “las distancias recíprocas de las poblaciones, los caminos establecidos, los que se pueden establecer, el clima, la temperatura, [...] el genio y las costumbres de sus habitantes” (Caldas, *Semanario*, Tomo II, 1942, pp. 15-16), entre otros. Es por esto que la elección del asunto geográfico para inaugurar el *Semanario* por parte de Caldas responda, eminentemente, a un gesto de orden simbólico por el cual se mide “la distancia a que nos hallamos de la prosperidad: aquí *aprenderemos a dirigir nuestros esfuerzos hacia aquel punto que aquí nos interesa*”, esfuerzo motivado por “*el amor que profesamos al país en que hemos visto la luz*” (Caldas, *Semanario*, Tomo II, 1942, p. 16. Énfasis mío). A la luz de estas palabras del ensayo de 1808 es claramente visible cómo el estudio de la geografía reviste una intención prospectiva de orden identitario, a saber, pensar la nación, pensar la función que como sujeto cumpla dentro de la nación y pensar la nación frente a sus semejantes. Tal proyecto, como se ve, se apoya en la fuerte filiación que el sujeto enunciador, el criollo ilustrado, había desarrollado con respecto a la tierra que habitaba.

Ahora bien, sin desear poner en cuestión el valor científico de los ensayos de este corte, también es preciso reconocer que, en muchos de ellos, el interés académico va acompañado de un notable tono ensalzador. No es para menos. El proceso de toma de conciencia histórica y del reconocimiento de las características de la tierra americana implicó, al mismo tiempo, la construcción del sujeto y del terreno simbólico que vendría a enfrentarse a los dictámenes de “los otros” —las otras naciones, los otros sujetos, los diversos horizontes de comprensión, el discurso europeo sobre América—, razón por la cual, objetividad e “invención” irían estrechamente enlazados en la representación que

estos ensayos hacen de las riquezas naturales y materiales del Reino. No está de más admitir entonces que esta última es una de las razones por las cuales la aproximación documental a los ensayos debe emprenderse siempre con cautela, esto es, sin olvidar que objetividad, interpretación e imaginación aparecen allí fuertemente enlazados en su estructura compositiva.

De modo que, en directa relación a la idea según la cual “no hay historia sino del hecho de que los hombres comunican y cooperan en un medio simbólico” (Castoriadis, 2013, p. 223), la práctica ensayística neogranadina precisa ser entendida como el medio de expresión que, de manera más eficaz, permitió nuestra integración a la civilización occidental y, al mismo tiempo, nuestra primera toma de posición específica a través de la cual el sujeto ilustrado local, el criollo, se sintió con el derecho de apropiarse simbólicamente de su tierra y, por qué no, también imaginarla a su usanza particular.

Nótese cómo la reconstrucción de la relación geográfica del Virreinato viene constantemente acompañada de expresiones como “este bello país”, “este inmenso recinto de figura irregular”, “este suelo feliz”, “palmeras colosales, maderas preciosas, resinas, bálsamos, frutos deliciosos”, “las aguas cálidas de los ríos anchurosos están pobladas de peces, y en sus orillas vive la rana, la tortuga, mil lagartos de escalas diferentes”, “nieves tan antiguas como el mundo siempre han cubierto la frente majestuosa de nuestras montañas; las selvas nunca han depuesto su follaje; las flores y los frutos nunca han faltado en nuestros campos” (Caldas, *Semanario*, Tomo II, 1942, pp. 16-21), descripciones que buscan encumbrar los bienes naturales de la nación y, hasta cierto punto, ofrecer una perspectiva idílica de ella:

Convengamos: *nada hay mejor situado en el viejo ni el nuevo Mundo que la Nueva Granada*. No nos deslumbremos con las riquezas de Méjico ni con la plata de Potosí. Nada tenemos que envidiar a estas regiones tan ponderadas. Nuestros andes son tan ricos como aquellos, y el lugar que ocupamos es el primero. (Caldas, *Semanario*, Tomo II, 1942, p. 23. Énfasis mío)

Con intenciones similares se podrían juzgar los trabajos de José Manuel Restrepo, Joaquín Camacho y José María Salazar —también publicados en el *Semanario*—, quienes escribieron el *Ensayo sobre la Geografía, producciones, industria y población de Antioquia en el Nuevo Reino de Granada*, la *Relación territorial de la provincia de Pamplona* y la *Memoria descriptiva del país de Santafé de Bogotá* respectivamente. No obstante, en esta oportunidad, el énfasis regionalista de estos ensayos constata, por un lado, la *diversidad* intrínseca de nuestros pobladores y sus intereses particulares —asunto

que, a juicio de Roig, problematiza el proceso de constitución del “nosotros”— y, por el otro, la profunda consciencia que han desarrollado los autores con respecto al evidente atraso de sus provincias. Sobre este último particular hablaré a continuación.

Para Tadeo Lozano, el Reino de Nueva Granada gozaba de bienes materiales y naturales de incuestionable valor, entre los que se destacaban “la feracidad de sus terrenos, la maravillosa variedad de sus temperamentos, lo rico de sus minas y la abundancia de sus frutos” (Lozano, 1998, p. 31). Sin embargo, y por más de cuarenta años, el Reino no había logrado adelantarse de forma notable, permaneciendo, antes bien, en “la mayor decadencia”, fenómeno ya observado por Vargas casi que en las mismas palabras. Para nuestros primeros ensayistas, tal estado de las cosas no tiene razón de ser, pues las bondades naturales del Reino contrastan con la precariedad de su sistema de producción económica. Por eso, de forma iterada, nuestros ensayistas empezarán a proponer diferentes alternativas para solucionar tal crisis. En este punto se enlazan el asunto económico con el político, pues, como veremos en las palabras de Lozano, el adelantamiento de los asuntos asociados a las tierras neogranadinas empezará a verse como un problema que atañe directamente a las iniciativas propias del orden administrativo:

*Se procuraron buscar las riquezas que mantenía ocultas y desconocidas la naturaleza en el Reino vegetal, de las que se hallaron muchas, y se publicaron algunas; se pensó en levantar planos de los territorios; en hacer observaciones astronómicas para conocer la respectiva situación de los lugares, y en promover la agricultura, verdadera fuente de la abundancia; pero nada produjo felicidad en el Reino. Las cosechas de trigo, el cultivo del tabaco y de las cañas dulces, la quina, los algodones, las lanas, el cacao, la cera de abejas y de laurel, la cochinilla y otros tintes, las gomas y resinas, las minas de oro, plata y esmeraldas, son otros tantos ramos que bien manejados pueden atraer a este Reino admirables ventajas, sin otros muchos hasta ahora poco conocidos, pero cuya utilidad sería sin duda considerable, si se avivasen y pusiesen en movimiento. Pero así como no han correspondido los efectos en el tiempo anterior, sin embargo del esmero con que se intentó hacer florecer este Reino, es de recelar suceda en adelante, si no se establece un medio capaz de ello [...].* (Lozano, 1998, pp. 31-32. Énfasis mío)

En el alba del siglo, Lozano nos refiere ciertamente los avances en materia del conocimiento científico del Reino. Detrás de su discurso están, por un lado, las demandas que ya hemos visto en Vargas y, por el otro, el reconocimiento de los trabajos efectuados por la Expedición Botánica. Sin embargo, la molestia sigue latente, pues pese a los descubrimientos, el Reino continuaba en un letargo que parecía difícil de remediar si no se daba una suerte de *reforma* del modo como hasta entonces había sido administrado. Hablamos de que el reconocimiento de “lo nuestro” en sus condiciones actuales conllevó

una conciencia más clara, por un lado, de los intereses de las colectividades regionales y, por el otro, de los males del Reino, cuyas causas empezaron a encontrarse en el ámbito político, burocrático y administrativo.

Así, la paulatina toma de posesión simbólica de nuestros bienes materiales, significada por los esfuerzos por conocer el territorio desde una perspectiva científica, también arrojó la conciencia de lo mucho que quedaba aún por descubrir y la relación directa que tal empresa sostenía con los designios administrativos en materia económica y política. Propongo un ejemplo de esto, ahora, en algunas palabras del sabio Caldas en *Estado de la geografía del Virreinato de la Nueva Granada...*:

*¡Cuántas miras, cuántos proyectos importantes haría nacer en la cabeza de un político una buena corografía del Chocó, Costas, Barbacoas, Esmeraldas y Guayaquil! Minas excelentes, animales raros, medicamentos desconocidos, caminos fáciles, ramos nuevos de comercio y de industria serían los frutos de una expedición que se mandase a los países Occidentales de esta colonia. (Caldas, *Semanario*, Tomo II, 1942, p. 29. Énfasis mío)*

En una línea de preocupaciones similares podríamos ubicar también los ensayos mencionados de Restrepo, Salazar y Camacho, pues su intención de erigir relaciones que dieran cuenta de las bondades naturales, geográficas y mineras de sus regiones particulares, estuvo acompañada de meticulosos detalles asociados al estado de abandono estatal en el que se encontraban. Sobre este punto particular, es de destacar el modo como, en *Ensayo sobre la Geografía, producciones, industria y población de Antioquia en el Nuevo Reino de Granada*, Restrepo asocia su ejercicio científico a una tarea directamente vinculada con su sentido patriótico. Para él, “el verdadero patriotismo no consiste en tributar a su país vanos y pomposos elogios, sino en inculcar verdades útiles, en manifestar a sus compatriotas las preocupaciones que los ciegan, la inacción de sus labradores, y todas las faltas de su industria y agricultura” (Restrepo, *Semanario*, Tomo II, 1942, p. 260). En este sentido, el conocimiento científico de los bienes materiales del Reino representó, para los ilustrados, uno de los modos a través de los cuales se inscribieron, inicialmente, como partícipes activos de la nación española, razón por la cual, la más de las veces, hicieron explícito que su motivación principal era la de contribuir a la mejora y el progreso del Reino:

*Viendo la ignorancia en que yacíamos sobre una provincia tan interesante, sabiendo que sin las noticias topográficas de un país, sin el curso de los ríos, dirección de las montañas, longitud y latitud de los lugares, encalla todo proyecto económico, y los pueblos dan pasos muy lentos hacia la prosperidad, viajé por la provincia de Antioquia con los instrumentos necesarios, levanté su carta, hice cuidadosamente*

varias investigaciones sobre sus frutos, industria y población. *Ahora me atrevo a ofrecerlas al público. ¡Ojalá ellas algún día puedan ser útiles a mis compatriotas!* (Restrepo, *Semanario*, 1942, pp. 244-245. Énfasis mío)

Es por esto que la apropiación de las riquezas naturales, tanto las conocidas como las desconocidas, proceso que acentuó notoriamente el desarrollo de la filiación del criollo neogranadino con la tierra en la que nació, también implicó la exigencia paulatina del reconocimiento de sus intereses prácticos e inmediatos. En esencia, diríase que, al tomar conciencia de las riquezas del territorio, el criollo también hizo suyas las aspiraciones de progreso, bonanza, civilización y crecimiento económico, cuestiones todas ellas que, en general, empezaron a ser impensables sin la demanda de una presencia administrativa más evidente en las regiones. Ahora bien, el problema al que muy temprano se verían enfrentados sería el hecho de que los intereses de la Corona con respecto a sus colonias no eran los mismos que los criollos promulgaban. De allí que hayan visto reiteradamente defraudadas sus esperanzas de ver florecer políticas encaminadas a la mejora de los males del Reino. En esta medida, podríamos admitir que los ensayos publicados en *El correo curioso* y en el *Semanario* corresponderían al momento en que los criollos neogranadinos, en pleno proceso de apropiación simbólica del territorio en términos de patria y nación, emitieron sus primeras demandas concretas al sector administrativo aún sin una directa intención emancipadora, pues, hasta entonces, para muchos de ellos, la patria seguía siendo comprendida bajo el sistema monárquico español.

Para Restrepo no cabía la menor duda de que el adelantamiento en el conocimiento de las materias económicas y comerciales de su provincia era una labor de verdadera devoción a la patria, sin embargo, y como anota en su ensayo, “*ninguno lo puede hacer con tanta facilidad como los que administran las aduanas [...]. ¡Ojalá! Estos empleados, no sólo los de Antioquia, sino de todo el Reino, formasen tales cálculos y los remitiesen al editor del Semanario*” (Restrepo, *Semanario*, Tomo II, 1942, p. 266. Énfasis mío). En este punto reconocemos no solo que el criollo había tomado conciencia de su papel participativo en la construcción del porvenir del Reino, sino, ante todo, de que su accionar no era libre; en estructura profunda, uno de los aspectos más llamativos de estos ensayos es, precisamente, que el sujeto enunciador, hablando en nombre de la colectividad criolla, se comprende con la jurisdicción de un “poder de acción”, pero de alcances relativos, pues, al mismo tiempo, se concibe atado y coaccionado por el ente gubernamental superior, cuyos representantes habían sido, tradicionalmente, españoles ibéricos.

En efecto, nuestros primeros ensayos ponen de manifiesto esta condición singular del criollo, un sujeto sensible a los males que aquejan a su región, solícito a proponer cuantas soluciones se le ocurren, prudente en lo tocante a sus exigencias que considera cada vez más legítimas y necesarias, pero al mismo tiempo, limitado a las respuestas del cuerpo administrativo, contestaciones que, en su mayoría, se quedaron esperando. Reiteradas son exclamaciones como la de Camacho, en *Relación territorial de la provincia de Pamplona*, en donde es preciso leer, ante todo entre la sutileza y la propiedad de las palabras, las demandas que se dirigen a la administración:

Yo estoy persuadido, como tengo indicado, que *el atraso de nuestras minas proviene principalmente de la mala dirección de los trabajos [...]*. Es necesario no calcular sobre lo que puedan dar las minas en los primeros años, sino sobre lo que darán en lo futuro, cuando se hayan simplificado las operaciones y *se hayan inventado nuevos medios de economía [...]*.

¡Cuántas familias pobres se podrían establecer en aquellos lugares! ¡Qué ventajas sacaría Pamplona poniéndose en comunicación con aquellos llanos para proveerse de carnes, y exportar por allí sus harinas, que podría extender en todos los lugares del tránsito y conducir las por Apure hasta la Guyana! [...] *Nuestro gobierno que protege tan libremente estas útiles empresas, haría las anticipaciones necesarias a cualquiera que se ofreciese a abrir el citado camino, que no solo sería útil a Pamplona, sino a casi todos los lugares de la Provincia [...]*. (Camacho, *Semanario*, Tomo III, 1942, pp. 7-8. Énfasis mío)

Con similar sutileza podemos volver al ensayo de Restrepo, quien, al emprender un ejercicio comparativo y convocar conocimientos universales en materia económica, sugiere el ejemplo de otras naciones más adelantadas para proponer un posible camino a seguir en el Reino de Nueva Granada. Nótese cómo la vía del cotejo y el balance con otros horizontes y procesos históricos le permiten al ensayista tomar conciencia de los problemas locales y, al mismo tiempo, situarse propositivamente ante tal panorama:

*El mismo método que siguen las naciones sabias para ser felices y gozar inmensas riquezas, deben adoptar proporcionalmente las provincias de este Reino que apetecen engrandecerse. Cultiven sus fértiles campiñas, exporten sus bellas producciones, perfeccionen sus artes, regeneren su comercio, y se les puede vaticinar que ellas serán ricas y poderosas [...]*.

*Ya se sabe, y es principio indudable entre los economistas, que un pueblo es más rico cuanto más exceden sus exportaciones a las introducciones, y que es pobre cuando las entradas son mayores que las salidas. Este principio ha de ser la base sobre la cual ha de cimentar la provincia de Antioquia las reformas de su agricultura: aumentar las extracciones y disminuir las introducciones, tales deben ser los designios de todos los ciudadanos verdaderamente patriotas.* (*Semanario*, Tomo II, 1942, pp. 266-267. Énfasis mío)

Las preocupaciones en materia industrial y comercial tampoco se hacen esperar en *Memoria descriptiva del país de Santafé de Bogotá* de Salazar. Después de una primera

parte en la que se va en encumbrados elogios de la región, el abogado ataca el problema del estado basal de la materia económica. Si bien, a su juicio “las fortunas están bien repartidas”, conservando así un equilibrio sano, no sucede lo mismo en otros ámbitos de la producción. Una vez más, las demandas sobre estos particulares aparecen, convirtiéndose en el *leit motiv* de estos ensayos:

Si la agricultura y el comercio, estos dos pechos, según la expresión de un político, que crían y alimentan al Estado, estuviesen entre nosotros en un pie más brillante y se atendiesen con mayor esmero; si no se limitasen los labradores a seguir ciegamente la rutina que les han trazado los antiguos, y se excitara con estímulo de los premios a la invención de nuevos medios para promover el cultivo, adelantar la cría de ganados, entablar pastos artificiales y connaturalizar aquellos frutos cuya exportación fuese ventajosa; si creado un fondo general para perfeccionar este ramo, se condujesen de la Europa todas las máquinas, instrumentos y libros necesarios, y se estudiase por principios un arte que no carece de ellos y al cual el hombre debe dedicarse con preferencia; muy en breve se verían florecer nuestras posesiones, y difundido por todas partes el material de la riqueza. (Salazar, *Semanario*, Tomo III, 1942, p. 220)

Como se ha visto hasta aquí, nuestros primeros ensayos, asociados a la materia económica y científica, superan notoriamente los objetivos disciplinares de estos ramos del conocimiento. En esencia, como indiqué en un comienzo, se trataría de textos en los que se pone en evidencia la reacción del cuerpo social criollo ante las políticas reformistas que empezaron a operar durante el gobierno de Carlos III. No dudo al afirmar que tal reacción encarna una “operación identitaria” emprendida a partir de la apropiación paulatina de los bienes materiales del Reino, proceso que conllevó el desarrollo de una conciencia cada vez más madura de la diferencia, del “poder de acción” del criollo, la expresión de una serie de demandas en beneficio de la “patria” y, poco más tarde, la intuición de que tales exigencias no estaban siendo debidamente escuchadas.

Así, el abrupto cambio del panorama económico y administrativo que operó a partir de 1765 catapultaría no sólo las revueltas y motines criollos e indígenas de 1780 en Perú y la Rebelión de los Comuneros en 1781, sino, especialmente, la reacción en el campo de las ideas de nuestros intelectuales ilustrados, cuyas reflexiones ensayísticas, amparadas en el juicio crítico y razonado, desempeñarían un papel trascendental en el camino que conduce a la búsqueda de un denominador que los separare simbólicamente de los españoles. Si las ideas emancipadoras y la Independencia representan la ruptura política con la metrópoli, nuestros primeros ensayos exhiben el resquebrajamiento de los lazos filiales con ella, pues, cada vez con mayor ahínco, el criollo neogranadino empezó



a notar que sus intereses no eran respondidos y, por lo tanto, que ya no se sentía vinculado a las políticas administrativas de la Corona.

1808 fue un año de bastantes contrastes, no solo por la muerte de Mutis, sino porque, tentativamente, sería el punto de inflexión que dirigiría el destino de la nación hacia la gesta independentista. Para esa época, nuestros Sabios del Reino, la mayoría aún adscritos a la jurisdicción monárquica, ya habían expresado sus dudas e inquietudes sobre la equidad y los beneficios de las políticas reformistas. Fue entonces cuando sobrevino la invasión napoleónica a España, hecho que desestabilizaría todavía más el estatuto político de la metrópoli ante sus colonias. Sin embargo,

la estrategia borbónica ya había sido subvertida desde dentro y se había convertido en víctima de sus propias contradicciones. Los planificadores de Madrid no habían previsto las consecuencias de sus acciones o anticipado las respuestas coloniales. Las necesidades inmediatas de la metrópoli frustraron el desarrollo económico de las colonias, única esperanza para el futuro; la legislación social y laboral le enajenó la clase de la cual España dependía para gobernar América; y en último análisis al nuevo imperialismo le faltaba sanción militar. En gran medida, la política borbónica era un error de cálculo, sin relación con el tiempo, la gente y el lugar. Y su liberalismo social y racial, o liberalismo relativo, era impotente para imponerse —era una especie de ilustración sin despotismo—, provocando a los privilegiados sin proteger a los pobres. Esto produjo unas respuestas americanas que sobrevivieron al régimen colonial, una dura actitud hacia los trabajadores, la raza y la clase, que dejó una impronta en las nuevas generaciones venideras. (Lynch, 1976, p. 34)

Probablemente, no haya evidencias textuales más indicadas que los ensayos de la época para poner en evidencia el proceso de gradación que se operó entre los intentos locales por incorporarse a la «civilización» europea y al sistema monárquico español, hasta la toma de posición local que derivaría en un enfrentamiento con los imperativos culturales del Viejo Mundo. Los ensayos de corte científico y económico desempeñan aquí un papel ejemplar pues expresan un punto neurálgico dentro de este deslizamiento que paulatinamente iría de las ideas reformistas a las de orden revolucionario e independentista.

No estaría de más subrayar que, desde un punto de vista lingüístico, en estos ensayos sale a relucir el empleo constante de las formas condicionales y del subjuntivo cuando se expresan las aspiraciones y, particularmente, el “deber ser” tentativo al que se aspira. Ahora, de esos usos verbales podemos deducir algunos aspectos importantes de las aspiraciones de los criollos y del modo como se relacionaban con las instancias gubernamentales. Por un lado, exhiben la mirada prospectiva dominante en ellos: el futuro es entonces la temporalidad que está aún por construirse y de la que el sujeto enunciador

se responsabiliza; sin embargo, al mismo tiempo es incierto, pues se halla fuertemente condicionado por las decisiones administrativas que se salen de sus manos. Por otro lado, los usos del condicional y del subjuntivo tienen una función persuasiva y retórica, al presentar con un tono comedido, delicado y sutil las demandas que dirigen al cuerpo gubernamental. Tales usos lingüísticos, por demás, muy acentuados en el *Semanario*, dan cuenta de la situación de coacción en la que se encontraban los autores en el presente de la enunciación.

Al menos en este sentido entiendo, por ejemplo, los diferentes ensayos de Camacho, Salazar, Caldas, Lozano y Restrepo. Su código lingüístico exhibe todavía un grado de sumisión a la respuesta y el posible aval de la Corona. Comprendámonos, en primer término, por supuesto, la utilidad de sus observaciones es estrictamente de orden económico y científico; sin embargo, tal utilidad también tiene un fuerte componente ideológico que, sin importar si los autores eran conscientes o no de ello, poco más adelante sería instrumentalizada para argumentar la validez de una toma de posición cada vez más escéptica frente a la posibilidad de que la administración española tomara las medidas necesarias para garantizar la mejora de las condiciones del Reino. Como se verá, el condicional y el subjuntivo serán cada vez menos habituales conforme las intenciones son más abiertamente independentistas, para pasar al plano del imperativo.

Así, la fatiga histórica de nuestros sujetos ilustrados ante la inercia y el recrudescimiento de las políticas del reformismo borbónico tendría su correlato en el modo por el cual el asunto económico, comercial y científico pasaría a volverse eminentemente político, particularmente a partir de 1808. Si bien, sostengo que la unidad del movimiento emancipador es una idea engañosa y que debe tratarse con cuidado, se puede decir que “si había una idea universal, era el deseo de un gobierno que cuidara de los intereses de los latinoamericanos, aunque se limitara a proteger la libertad y la propiedad. Los americanos eran cada vez más escépticos sobre la posibilidad de que España se lo pudiera proporcionar” (Lynch, 1976, p. 26). Por supuesto, este fenómeno conllevaría notables repercusiones en la constitución del criollo en calidad de sujeto social, en particular, en lo tocante a su estructura axiológica.

### 3.3. Toma de conciencia de la diferencia y la diversidad americana: el criollo ante el discurso europeo

En el proceso a través del cual el criollo empieza a construir su identidad y con ello la definición del sujeto local, los ensayos hacen más evidentes las diferencias que los acuerdos mancomunados en lo que refiere al significado del “americano” y “lo americano”. Por ejemplo, ya hemos visto que el “nosotros” de Vargas, Lozano y Nariño no incluye a los negros, indígenas y mestizos, en una clara restricción de raza sustentada en presupuestos anclados en el origen racial, el acceso a la educación, la función social, etc. Hasta cierto punto, lo anterior se puede explicar en la medida que “la historia de los nombres viene a ser la historia de la aparición de un sujeto que los enuncia dentro de un proceso de historización que comienza siendo simplemente de incorporación a la «civilización» europea” (Roig, 1981, p. 27). En este sentido, solo aquel que había recibido los bienes culturales del Viejo Mundo, es decir, el criollo ilustrado, estaba en la capacidad y se sentía llamado a emprender tal labor nominativa.

Este asunto entronca con la cuestión de la problemática unidad de América. No hay que esperar al siglo XX para que nuestros intelectuales constaten la profunda heterogeneidad que subyace en el ser latinoamericano, pues la reflexión sobre tal diferencia ya se había hecho patente desde nuestros primeros ensayos. Así, diríase, nuestros Sabios del Reino debieron enfrentar dos problemas axiales: primero, su definición social, cultural y espiritual frente al europeo y, segundo, la consideración de la pluralidad racial, cultural y social que caracterizaba internamente a la población americana. En la línea de la reflexión de Roig, América Latina se presentó a nuestros primeros ensayistas

como *una*, en el doble sentido de sus categorías de «ser» y «deber ser» [...], pero también es *diversa*, tal como lo muestra la propia experiencia. Esta diversidad no surge solamente en relación con lo no-latinoamericano, sino que posee además una diversidad que le es intrínseca. La sola afirmación de un «nosotros», que implica postular una unidad, es hecha, ineluctablemente, por eso mismo, desde una diversidad a la vez intrínseca y extrínseca. Todo se aclara si la pregunta por el «nosotros» no se la da por respondida con el agregado de «nosotros los latinoamericanos», sino cuando se averigua qué latinoamericano es el que habla en nombre de «nosotros». El punto de partida es además, siempre el de la diversidad, comienzo de todos los planteos de unidad del cual no siempre se tiene clara conciencia y que, en el discurso ideológico típico, es por lo general encubierto. Lo fundamental es por eso mismo tener en claro que la diversidad es el lugar inevitable desde el cual preguntamos y respondemos por el «nosotros» y, en la medida que tengamos de este hecho una clara conciencia, podremos alcanzar un mayor o menor grado de universalidad de la unidad, tanto entendida en lo que para nosotros «es», como también en lo que para nosotros «debe ser» (1981, pp. 19-20)

En este orden de ideas se entiende que el uso del deíctico “nosotros” no solo representa una identidad racial, la criolla en este caso, sino que también es una forma de incluir a los posibles lectores en un horizonte de comprensión común. Hablamos de un “nosotros” vinculante, es decir, que aspira a una unidad de pensamiento, a una suerte de homogeneidad ideológica del cuerpo social. Como es claro, tal unidad no existía *de facto*, sino que buscaba construirse, “inventarse” e “imaginarse”, de cara al problema que implica pensar el “ser” y el “deber ser” del sujeto y la identidad americana en medio de las contingencias históricas. Por esto, en los ensayos no debería leerse el “nosotros” de manera ingenua y desapercibida, ya que, en cada uso del deíctico, por lo general, subyace primeramente un esfuerzo discursivo por edificar el sentido de identidad, antes que la referencia de una entidad concreta y definida.

### ***3.3.1. El criollo frente al discurso europeo sobre América***

Uno de los asuntos a los que el ensayo de la época fue especialmente sensible es a la idea instituida según la cual el sujeto americano era inferior al europeo. Esta concepción es uno de los cimientos sobre los cuales se asentaba el dominio social, cultural y político instituido por el sistema colonial, argumento que pronto vendría a ser cuestionado conforme el proceso de toma de conciencia histórica del criollo empezó a cobrar cuerpo. Al respecto, Lavallé, en *Las promesas ambiguas. Criollismo colonial en los andes* (1993), nos permite aproximarnos al concepto que los ibéricos tenían del término “criollo”, en general, de carácter peyorativo e insultante:

El desplazamiento léxico de la palabra criollo de los esclavos nacidos en las Indias a los blancos oriundos de los reinos americanos no podía ser inocente e insignificante. Si consideramos ahora el desarrollo posterior de los prejuicios que padecieron los criollos, la evolución de su contenido, de las justificaciones dadas por los europeos a su actitud para con los españoles de América, de las construcciones ideológicas que en los medios peninsulares se montaron consciente o inconscientemente alrededor del fenómeno criollo, nos damos cuenta que este tipo de desplazamiento léxico, que encontramos en el origen mismo de la palabra, iba a repetirse de manera constante y multiforme.

Todo lo que se les achacó en adelante a los criollos, o prácticamente todo, no era más que reproches utilizados en contra de los indios o de las castas: debilitamiento físico por la influencia nefasta del clima americano, afeamiento debido al calor, envilecimiento moral causado por las normas relajadas de la vida en Indias, degeneración provocada tanto en el caso de los mestizos y mulatos como de los criollos por la leche de las madres (nodrizas para éstos) indias o negras. (1993, p. 20)

En efecto, al hablar del término “criollo” se debe pensar en al menos dos horizontes de interpretación, a saber, el local americano y el europeo. El malestar

histórico entre los criollos americanos y los chapetones tendrá un correlato fundamental a partir del ocaso del siglo XVIII, momento en el cual los americanos empezarán a explicar racionalmente y, por lo general, a través de los ensayos, los motivos que los hacen dignos de dirigir los destinos de la región, en clara oposición a los dictámenes negativos que tenían de ellos los europeos. De hecho, según Lynch, la Independencia de las naciones americanas se explicaría, en buena medida, por las reacciones americanas ante la discriminación cultural ibérica, razón que va mucho más allá de la superioridad numérica de los criollos frente a los peninsulares:

La hostilidad social de los americanos hacia los españoles tenía matices raciales. Los peninsulares eran blancos puros, con un sentido de la superioridad nacido de su color. Los americanos eran más o menos blancos; de hecho muchos de ellos eran morenos, de labios gruesos y piel áspera, casi como describe al propio Bolívar su edecán irlandés, el general O'Leary. Odiaban a los superiores blancos españoles y también ellos querían ardientemente ser considerados blancos. Humboldt observó esa conciencia de raza: «[...] en América, la piel, más o menos blanca, decide la clase que ocupa el hombre en la sociedad». Esto explica la obsesión por la minuciosa definición de la gradación racial —zambo prieto era siete octavos negro y un octavo blanco— y la ansiedad de las familias sospechosas en probar su blancura acudiendo incluso al litigio y teniendo que quedar satisfechas a veces con la declaración del tribunal de «que se tenga por blanco» (1976, p. 29)

Este malestar se traduciría en los ensayos de la época en una crítica argumentada de la naturalización instituida de la desigualdad racial. Esto es muy claro en Socorro Rodríguez, quien, pese a ser un criollo realista, pugnará en su *Disertación sobre las naciones americanas* (1808) por legitimar la igualdad cognoscitiva y humana de los naturales americanos respecto a los europeos. Este ensayo publicado por entregas en las páginas del *Redactor Americano* —el segundo periódico que dirigiera Socorro Rodríguez—, si bien mantiene inalterados los presupuestos axiológicos y políticos del *Papel Periódico*, exhibe a un escritor más maduro y preocupado por esbozar las primeras ideas concernientes a la identidad americana, en clara diferenciación del hombre europeo y español. Cerca de culminar la primera década del siglo XIX, en este ensayo discurre un propósito particular: responder y refutar la versión que el Conde de Buffon había difundido sobre los americanos en su *Historia Natural*, “autor, capaz por cierto, de haber autorizado en todos los siglos su opinión, si ésta no quedase ya destruida enteramente” (Rodríguez, *Redactor*, 19 de junio de 1808, p. 203). El tono apologético de la disertación se encamina a defender el origen común de los naturales americanos y de los europeos —comunidades ambas hijas de Adán y de la creación divina—, mientras se atribuye un valor epistemológico, a saber, la importancia que comporta para la cultura universal el

conocer sobre la génesis y los derroteros de las sociedades del nuevo mundo, evaluadas por la mirada de un local:

Efectivamente: ¿qué racional (aunque no sea católico) podrá dudar que todos los hombres somos hijos de un solo Padre y provenientes de un propio origen? Yo desde luego creo que ninguno podrá incurrir jamás en tan ridícula demencia: y dando supuesta esta verdad inconclusa, pasaré a demostrar el modo con el que pudieron poblarse estas vastas regiones de la América, sobre cuyo asunto se ha discurrecido con infinita variedad” (Rodríguez, *Redactor*, 4 de mayo de 1808, p. 181)

En términos de Bourdieu, hablamos de un ensayo que pretende, por un lado, cuestionar la autoridad simbólica de los intelectuales europeos para describir a los americanos, en especial, tras constatar que sus apreciaciones no tuvieron la sutileza de comprender las sociedades del Nuevo Mundo en relación con sus culturas y medios específicos. Por el otro, acomete la tarea de explicar, a la luz de la razón providencial, la igualdad de condiciones en las que se encuentran los americanos y españoles. En el siguiente apartado se pone en evidencia la instrumentalización de la concepción religiosa atada a presupuestos ilustrados con la cual Rodríguez construye su explicación:

El origen de los Americanos, el descubrimiento de estas provincias, y demás objetos claramente marcados con el sello de la singularidad prodigiosa, se deben colocar en la esfera y clase de aquellos grandes secretos en que el Criador del Universo ha observado una particular providencia y misteriosa economía, por los altísimos fines que algún día sabremos [...]. Desengañémonos: querer comprender ahora asertivamente la arcanidad con que quiso Dios cubrir la serie primitiva de los sucesos de América, es caso tan imposible como pretender hallar el sepulcro de Moyses, y el Arca del testamento con las demás cosas que le mando el Señor ocultar a Jeremias en el monte Nebo. (Rodríguez, *Redactor*, 19 de mayo de 1808, pp. 188-189)

Para el bayamés, América representa un Suceso Prodigioso, una maravilla divina con el sello de la singularidad prodigiosa: el descubrimiento aparece como una revelación extraordinaria atribuida al deseo de Dios. A la luz de este horizonte de comprensión, el encuentro con los nativos, los habitantes originarios de América, es reinterpretado por Rodríguez con una intención que busca restituirles su importancia y valor en el marco de los progresos de Occidente. Para ello, Rodríguez hace comulgar la relación mentada de la conciencia racional, lucida frente a los hechos pasados, y una evaluación ética razonada, con el principio de la prevalencia de la voluntad de Dios en calidad de criterio inamovible para conocer. Hay, en efecto, sucesos inescrutables por ser del domino y secreto divino, pero, al mismo tiempo, la conciencia de que el conquistador debió haber procedido con el local de un modo más racional y humano:

Solo de un modo se pudieron haber adquirido exactamente las noticias individuales de la historia original de los Indios, y si no me engaño pudo ser éste: Haber circulado

una Real orden à todos los conquistadores, para que en sus respectivas provincias se observase puntualmente este metodo sencillo. Elegir de cada sèxo do ò tres individuos, de buena edad, energiá, y condicion: vestirlos y tratarlos con aprecio, remitirlos a la Corte, enseñarles el idioma castellano y completa educacion, para por este medio adquirir de ellos despues las nociones relativas a su patria. Haber traído de España varios religiosos sabios, que aprendiendo en cada provincia la lengua nacional y enseñando la suya, hubieren al mismo tiempo ido recogiendo de los Caciques, Sacerdotes y Ancianos indios, todas las noticias correspondientes a su origen, vida politica y moral. Otras varias providencias análogas à este asunto se pudieron haber tomado por entonces muy facilmente; *pero ¡qué distintas y desapacibles fueron en todas partes las de los primeros Conquistadores! Todo se llevo por muy contraria conducta: nada se consultó con el espíritu civil ni el interes filosofico.* ¿Y que se habia de poder sacar de unas gentes fugitivas, timidas, y recelosas? Una infinita cosecha de mentiras, de especies confusas y de datos contradictorios” (Rodríguez, *Redactor*, 19 de mayo de 1808, pp. 189-190. Énfasis mío)

En este punto, y a diferencia de las posiciones ya mencionadas de Vargas, Nariño y Lozano, es de observar que el “nosotros” de Rodríguez incluye al grupo indígena por dos motivos: primero, por tratarse de otro género humano obligantemente hijo de Dios y, segundo, tras reconocer que la mayoría de las sociedades precolombinas también exhibieron adelantos notables, dignos de ser entendidos como característicos de las civilizaciones ilustradas: “Yo me detendria mucho mas refiriendo, no las riquezas y bellezas naturales que se encontraron en la Isla de Cuba, por que eso no es de mi asunto, sino las suaves costumbres, genio industrioso, y sistema politico de aquellos Indios [...]” (Rodríguez, *Redactor*, 19 de junio de 1808, p. 205). En este orden de ideas, se puede admitir que Rodríguez sería uno de los primeros intelectuales en América latina que se arrojó la tarea de reflexionar arduamente sobre la célebre dicotomía civilización y barbarie: “Entonces no se yò con qué expresiones y baxo de què aspecto, podemos definir esa que comunmente se dice barbarie. No por lo dicho se créa condeno yo la que es y debe entenderse siempre por verdadera ilustracion” (Rodríguez, *Redactor*, 19 de junio, 1808, p. 201-202).

A juicio del bibliotecario, tal diferencia obedece a un prejuicio social que va en contra del sentido real que le atribuía a la Ilustración y la razón filosófica, razón por la cual no entiende cómo los conquistadores pudieron proceder de modo tan indigno, desconociendo la aplicación, valores, artes y conocimientos de los nativos. La idea instituida de la barbarie de nuestros pueblos, según Rodríguez, nubla todo sentido crítico y racional e incapacita incluso para discurrir filosóficamente sobre el asunto. Esto es lo que el bayamés señala como reprochable de la actividad conquistadora y la posterior idea que construyeron sobre los pueblos americanos:

*Aunque diga el Cronista Herrera que éran bárbaros é incapaces de referir cosa digna de credito, á tal proposicion no se debe acceder de ningun modo, por éstas razones que parecen convincentes. Los egipcios, Griegos, Romanos, y demás naciones, siempre llamaron bárbaras á todas aquellas que no seguían sus leyes, estilos y costumbres. Tomando la barbarie en la genuina inteligencia y acepción filosofica de esta palabra, debe limitarse respecto de muchos pueblos, por que por el juicio comparativo y la adhesion patriotica, vendria quiza à quedar reciproca la denominación de bárbaro [...]. Aunque despues se sancionaron leyes muy sabias y humanisimas sobre el particular, ya no era ocacion oportuna de adquirir el preciosisimo tesoro de las noticias primordiales, porque les faltaban los antiguos y principales sugetos que componian el orden gerarquico al tiempo de la conquista. De aquí és, que careciendo de datos puros, uniformes, y originales, debió sucedér lo que en realidad ha sucedido. Un cumulo de fabulas y patrañas, porque casi todos los Historiadores se producen tan ambiguamente como el Oraculo de Apolo Delfico. (Rodríguez, *Redactor*, 19 de mayo de 1808, pp. 190-191. Énfasis mío)*

En resumen, para Rodríguez no cabe la menor duda de que el género humano originario de las Américas, en clara diferencia al discurso europeo, debería gozar de las mismas prerrogativas de los peninsulares. El alto de grado de ilustración de la mayoría de nuestras civilizaciones primeras, representado en sus modalidades de organización social, los portentos arquitectónicos de sus construcciones, la “industria ingeniosa, genio munifico, espíritu laborioso, religiosa moral, fina política, numerosa población y antigüedad de origen” (Rodríguez, *Redactor*, 19 de junio de 1808, p. 203), entre muchos otros elementos, son los que autorizan al ensayista a erigir una toma de conciencia de la identidad del sujeto americano anclada en el proceso histórico de nuestras civilizaciones precolombinas, en contrapunto con la posibilidad de hacerlo exclusivamente a partir del horizonte del devenir histórico español.

En este sentido, es claro que el bayamés entiende por «Ilustración» no tanto un fenómeno europeo como un estado de conciencia de las sociedades. Para él, buena parte de los pueblos precolombinos alcanzaron la ilustración a través de otros caminos, de otras vías y con otras conclusiones del proceso. Así, se puede afirmar que Rodríguez aboga, primero, por el reconocimiento del carácter diferenciado de nuestro proceso histórico y, segundo, por asegurarse de que este no sea calificado de inferior respecto al vivido por Europa:

¿Por qué será que algunos Filósofos de nuestros tiempos tratan de ignorantes y bárbaros a ciertas naciones antiguas y modernas, que no han llegado al punto de ilustración de la Grecia y de Roma? ¡Este à la verdad, es un modo de juzgar demasiado injusto! La barbarie y la ignorancia no se han de decidir por la falta de conocimientos sublimes, sea en la materia que fuere; sino por la carencia de luces en aquellas cosas que contribuyan a la común cultura racional de los pueblos. Es decir, solo es ignorante y bárbaro el que no conoce aquellos ramos de industria y economía que proporcionan al hombre un establecimiento social cómodo y decente. El lujo y la vanidad es cierto que son los legisladores (o mejor diré los ídolos) de las naciones



que se dicen magníficas y brillantes; pero por qué han de fallar tiránicamente contra las otras tribus del género humano, ¿qué función su delicia y bienestar en el tranquilo goce de lo mediocre y necesario? ¿Deberían por esto darles el tratamiento de bárbaras? Entendámonos racionalmente: la naturalidad no es la ignorancia, la sencillez no es la grosería, ni el despertar el fausto es idiotismo. (Rodríguez, *Redactor*, 4 de julio de 1808, p. 209)

Así, el alto grado de desarrollo de la conciencia histórica en el Rodríguez de 1808 se evidencia en varias aristas que podríamos discriminar como viene. Primero, en su motivación por restaurar la memoria del hombre americano —gesto que, pensamos, permite aventurar la idea de un primer americanismo— orientada desde una visión cosmopolita, antidogmática, y que invita a la comparación y la equiparación: “El hombre prudente no es europeo ni americano, sino un imparcial ciudadano de todo el mundo” (Rodríguez, *Redactor*, 4 de agosto de 1808). En la visión del bayamés, el criollo no es solo hijo de sangre española sino, al mismo tiempo, heredero del caudal también ilustrado de los pueblos nativos prehispánicos, rasgo que le permite acentuar su carácter diferenciado.

Segundo, en su interés por legitimar el derecho que tiene el ciudadano americano de hablar sobre su propia historia y de corregir las malversaciones que los discursos extranjeros han difundido sobre tal materia, en especial, aquellas que han descrito al americano como un hombre bárbaro, ignorante y de ‘cortos progresos’. Ante estas ideas de Buffon, Cullen, Robertson y Paw, Rodríguez antepone un abigarrado repertorio de expresiones y prácticas de las civilizaciones americanas que le llevan a constatar su auténtica, pero, ante todo, diferente modalidad de la ilustración. Es por ello que piensa, por ejemplo, en la posibilidad de constituir una suerte de Enciclopedia Americana, a saber, una obra hipotética que compendiaría todos los conocimientos emanados del estudio de las Américas:

Oh! ¡Si de todos estos primores artísticos, se hubiera formado una obra completa, con el título de *Mundo Americano*! Entonces sí, que teniendo à la vista una multitud de láminas con su respectiva descripción, conoceríamos hasta donde llegó la cultura y munificencia de los Indios. ¡Que monumentos tan preciosos è interesantes sería estos para todas las naciones ilustradas! ¡Que delicia para la filosofía, que honor para la humanidad! [...]. Si la Real Academia de la Historia proyectase la empresa de una *Biblioteca Americana* bastaría esta obra sola para coronarla de honor eternamente. Aun es tiempo todavía de que no acaben de naufragar en el horrendo golfo del olvido un sinnúmero de memorias y monumentos preciosos, relativos a estas naciones del nuevo mundo. Pero ¿Cómo se podría realizar un proyecto tan vasto, tan importante, y tan digno de los genios filosóficos? Con la erección de una ó dos Cátedras de historia Americana muy bien dotadas, en todos los Colegios de estos Reynos, con el principal objeto de recoleccionar metódicamente quantas noticias se pudiesen

adquirir, para remitirlas por el conducto del Gobierno al Real Consejo de Indias. (*Redactor*, 4 de julio de 1808 y 19 de julio de 1808, pp. 205-208)

La necesidad inmediata de pensar la colectividad y crear el “ser nacional” en dimensión histórica conlleva la tarea inicial de forjar los símbolos identitarios de lo americano y la labor subsecuente de defenderlos. En efecto, como hemos visto a través del ensayo de Rodríguez, el problema, que antes se ubicaba en el plano de los bienes materiales, ahora ha trascendido al ámbito de lo simbólico, pues se ha reconocido el papel que este cumplen en la construcción del sentido posible de la unidad y, por lo tanto, de la nación.

Tercero, la dimensión histórica del ensayo del bibliotecario le permite adoptar una distancia crítica frente al proceso de conquista de las naciones americanas —gesto que no había tenido durante su etapa como editor y redactor del *Papel periódico*—, el cual califica de inhumano, bárbaro y en contra de los valores ilustrados y cristianos. Este punto es de destacar en relación con su defensa de la monarquía y en medio de la crisis del estado colonial. Como he dicho, para Rodríguez, el descubrimiento de América representa un suceso prodigioso, una maravilla de orden divino: “El origen de los americanos [y] el descubrimiento de estas provincias [...] se deben colocar en la esfera y clase de aquellos grandes secretos en que el Criador del Universo ha observado una particular providencia y misteriosa economía” (Rodríguez, *Redactor*, 19 de mayo de 1808). Ahora bien, el examen lúcido, racional y ético de los hechos que convocó el descubrimiento, le permitió al escritor considerar que el comportamiento de los conquistadores distó mucho de comulgar con los valores morales propios de un ser ilustrado y cristiano. Si bien esta idea no llegó a madurar en Rodríguez pretensiones de corte independentista y antimonárquicas, sí fue empleada por Bolívar y Zea para justificar la ruptura ineludible con la metrópoli. De momento, y si se quiere, este asunto puede ser considerado como una de las contradicciones históricas de la estructura mental del bayamés. Probablemente, sin así desearlo, la crítica que emprendió del proceso de conquista se convirtió en una de las piedras angulares de la defensa de los intereses emancipadores.

A través del ensayo de Rodríguez hemos examinado cómo el presupuesto de la inferioridad del hombre americano es uno de los elementos de la estructura social colonial que, de manera especial, impulsaría la toma de conciencia del sujeto americano en una perspectiva anclada en el ámbito de lo simbólico. Un gesto de intereses similares es

claramente observable en algunos de los ensayos consignados en el célebre *Semanario* bajo la batuta de Francisco José de Caldas. La *Memoria descriptiva del país de Santafé de Bogotá*, escrita por José María Salazar y leída en la Academia Real de las Ciencias de París, tiene por objeto principal “impugnar varios errores de la de Mr. Leblond sobre el mismo objeto” (Salazar, *Semanario*, Tomo II, 1942, p. 198). A la usanza de la labor emprendida por Rodríguez en su defensa del adelantamiento de las civilizaciones americanas y en contra de los conceptos sobre la materia de Buffon, Salazar buscó objetar en su ensayo el trabajo de Leblond quien se empeñó en “degradar esta comarca antes del arribo de los españoles [formando] una triste pintura de la infelicidad en que yacía hasta aquella época memorable” (Salazar, *Semanario*, Tomo II, 1942: 201). Si bien es cierto que Salazar es plenamente consciente de que el adelantamiento de los hijos de Zipa no puede compararse al de las grandes civilizaciones de Chile y Perú, no por ello son merecedoras del trato despectivo con el que Leblond los describió:

¿Pero cómo se responderá a aquellos hechos cuya existencia no puede contestarse, y que suponen desde luego en la antigua Cundinamarca un estado contrario a aquel que nos pinta Leblond? ¿Puede concebirse la idea de una población numerosa que ha sabido formar sus leyes, constituirse un gobierno, y reconocer una suprema autoridad, sin concebir al mismo tiempo el amor del orden, el respeto a las mismas leyes, la paz y la tranquilidad de las familias? ¿Y el hombre, este sér absoluto que ha sabido poner a sus plantas el imperio de la naturaleza y procurarse la subsistencia en todos los puntos de la tierra sacando del suelo más ingrato con que proveer a sus necesidades, había de degradarse en una comarca de las más fértiles del Nuevo Mundo, y bajo la influencia de un clima que siempre ha sido de los más favorables a la propagación de su especie? Lo cierto es que el lujo y el refinamiento, que jamás han sido señales de la apatía y la miseria, habían hecho algunos progresos en esta nación que ahora se supone tan abatida; que los antiguos zipas, conservando en el porte exterior el decoro de la majestad y presentándose con la pompa de unos verdaderos soberanos, disfrutaban de sus Tiguyes como otra clase de sultanes, poseían baños deliciosos, y se entregaban a las delicias de una vida alegre y voluptuosa; que la idea que se tenía de un sér increado, la forma de suceder en el reino, el rito nupcial, el combate militar de los Momas, diversas leyes, un gran número de reglamentos económicos, nos anuncian ideas morales y políticas, y que habiendo diversidad de frutos según la diferencia de temperaturas, debió originarse el comercio, comunicándose recíprocamente las producciones [...]. (Salazar, *Semanario*, 1942, pp. 202-203)

A los elementos anteriores, examinados en los ensayos de Rodríguez y Salazar, es preciso añadir la impugnación que varios de nuestros ensayistas levantaron contra el presupuesto europeo —muy patente en la *Historia Natural* de Buffon— según el cual el clima americano era una de las causas del atraso de su género humano. La inexistencia de las estaciones, la variedad de temperaturas, el calor abrasador y la ingente humedad de muchas de las zonas adscritas a los Virreinos americanos fueron, por mucho tiempo, la

explicación instituida de la inferioridad intelectual, cultural y social del sujeto americano. Como se ve, se trataba de una interpretación que adjudicaba resonancias morales, religiosas y políticas al influjo del clima sobre la población humana, las cuales, por lo general, fueron en detrimento de la idea instaurada en el imaginario colectivo sobre el natural americano.

Una vez más, sería el criollo el encargado de reaccionar ante tales hipótesis, en un intento por demostrar que el clima, si bien, de forma evidente influye en la vida cotidiana de las personas y de todas las especies vivas de las Américas —como expresara Caldas cuando afirmó que “esta asombrosa variedad de producciones, de temperaturas y de presión, en lugares tan poco distantes, es preciso que haya influido sobre el carácter y las costumbres de los pueblos que habitan la basta cordillera, o sobre ella” (Caldas, *Semanario*, Tomo II, 1942, p. 21)—, racionalmente hablando, tal influjo no tiene los alcances para justificar el aparente atraso del americano con respecto a los habitantes de otras regiones.

La construcción de un conocimiento local capaz de corregir los juicios instituidos sobre la materia conlleva, en efecto, un gesto de cariz eminentemente político. El argumento de la pureza de raza y el efecto del clima sobre la población americana había, por un lado, fundado buena parte de las bases de la estructura social colonial y, por el otro, había condicionado los cargos administrativos a los que podían aspirar. De manera que, la práctica ensayística sobre tales asuntos convocaba no solo una corrección de orden científico, sino también, una reformulación de los presupuestos que, en el fondo, garantizaban el mantenimiento del *status quo* social. Probablemente, esta sea la razón por la cual Diego Marín Tanco, en una misiva dirigida a Caldas y publicada también en el *Semanario*, exhorta al director del periódico a reevaluar las observaciones sobre el asunto que publicó en su primer artículo:

Parece que [...] cree usted **que el clima y los alimentos influyen directamente sobre las virtudes y sobre los vicios de los hombres**; y esta opinión es la que pienso combatir, porque **la mía no conoce otro principio para obrar el hombre de bien o de mal, que su misma constitución, los buenos o malos ejemplos que se le presenten y la buena o mala educación que reciba**; siendo por consecuencia indiferente para lo uno y para lo otro la influencia del clima y de los alimentos [...].

El clima no puede alterar la moral de los hombres que es la razón por esencia. Yo convengo que el calor y el frío en sumo grado tienen influencia sobre las pasiones del hombre [...]. Pero también se advierte que aquellos mismos tiempos son fecundos en acciones grandes; porque la efervescencia de las estaciones obra sobre

nuestros sentidos, del mismo modo que obra la del vino, nos da un grande impulso, pero indiferente hacia el bien o hacia el mal.

La naturaleza ha puesto en nuestra alma dos potencias, que se balancean siempre en una misma proporción: cuando el sentido físico nos abate por la fuerza del amor, el sentimiento moral de la ambición nos eleva. Este equilibrio tan necesario al imperio de la virtud subsiste siempre y no se altera, sino en aquellos quienes ha sido destruido por los malos hábitos de la sociedad, y más frecuentemente por los de la educación. Entonces no entiendo ya la pasión dominante aquel contrapeso, se hace dueña de todas nuestras facultades; pero esta falta más debe atribuirse, como se ve, a la sociedad, que a la naturaleza; y si la educación es la principal causa de aquel desorden, por ella puede corregirse, sin recurrir al inútil remedio del temperamento. (Tanco, *Semanario*, Tomo II, 1942, p. 61-63)

Para Tanco es perfectamente claro que, en lo tocante a la configuración ética y moral de los hombres, lo que pesa, primordialmente, es el influjo del panorama cultural y social, entendido como el producto del quehacer humano, mas no el influjo de orden natural. Estas ideas, orientadas desde una perspectiva en las que se perfilan de fondo las ideas de Rousseau, *El contrato social*, y la primacía de la constitución sociocultural e histórica del sujeto, son un ejemplo más de la instrumentalización del ideario liberal de la Ilustración francesa. Sin duda, esta es la vía que adoptara tempranamente Nariño, para quien la igualdad del sujeto americano con respecto a su semejante europeo se justificaría a partir de lo consignado en la *Carta de los Derechos del Hombre*. Sobre este particular hablaré más adelante. Volvamos por ahora al tema del influjo del clima.

Salazar también intentaría dar vuelta al argumento del clima, en principio, intentando resaltar las bondades que su variedad imprime en la vida dentro del Reino: “Es quizá una ventaja para nuestro suelo y no, como piensa Leblond, un triste privilegio de la naturaleza, la reunión de los frutos de otoño, y las flores de la primavera, cuya igualdad es inalterable” (Salazar, *Semanario*, Tomo III, 1942, p. 205). Tal condición, que trae para “el morador de este clima una ventaja señalada, un fondo inagotable de compensación y de placeres” (p. 205), más adelante entroncará con el análisis del carácter del habitante de la provincia de Santafé, el cual, como se verá, distaría mucho de ser la efigie de un sujeto atrasado y corto en civilización:

El hijo de este clima es por lo común de un carácter amable, amigo de la novedad, muy hospitalario, y con un corazón tranquilo, en que influye no poco su situación política, apetece el reposo y la quietud. La clase ilustre de los ciudadanos, con especialidad la clase literaria, habla un lenguaje que es sin duda el más puro del Reino, no está adulterado con la mezcla de voces indianas, como sucede en otros países, y la distingue de los demás con cierto acento particular. Las mujeres son por lo general muy hermosas, tienen talento despejado, y el color rosado de su tez que es propio del clima anima todas sus facciones. Aunque sectarias de la moda, que siempre es el ídolo del sexo, si visten el traje de las europeas, no son como ellas tan

amigas de los afeites, ni ponen tanto esmero en desfigurar los dones de la naturaleza. (Salazar, *Semanario*, Tomo III, 1942, p. 219)

En su *Disertación*, Rodríguez también abarcará el tema de las condiciones climáticas americanas con la intención de elogiar su naturaleza heterogénea. Tal diferencia con respecto al panorama europeo le sirve al bibliotecario para exaltar, precisamente, la *diversidad* de los temperamentos y, con ella, la multiplicidad de expresiones que, por su efecto, han producido en los géneros humanos locales. Para el bayamés, la originalidad de nuestra identidad americana radicaría en dicha variedad racial, la cual, en lugar de ser comprendida como un defecto de los pobladores americanos, es elevada como uno de los rasgos que más vehementemente manifestarían la particularidad de nuestros géneros humanos, especialmente, el indígena:

Supuestas unas experiencias tan inconclusas, debemos ahora reflexionar à cerca de la especie humana, como el objeto primario y más digno de la filosofía, haciendo sobre ella estos repastos. ¿Por qué en ninguna de las otras partes del globo, se han visto naciones y tribus tan diferentes en fisionomía, carácter, color, costumbres, etc.? Hablamos solamente de los Indios originarios, considerados al tiempo de la conquista, cuyas razas permanecen todavía en algunas partes. Omito clasificarlas aquí, por que eso seria obra muy prolixa, y puede verse en el Conde de Buffon y otros autores. (Rodríguez, *Redactor*, 19 de noviembre de 1808)

En una perspectiva más general, pero igualmente asociada al influjo de la naturaleza sobre los hombres, Camacho defenderá el proceso histórico protagonizado por los hombres de la provincia de Pamplona. Según él, pese a las vicisitudes de distinto orden, el natural de estas regiones había sabido solucionar muchas de sus contingencias, llevándolo a un estadio que puede compararse con algunas de las más célebres y adelantadas civilizaciones de la Europa antigua:

¡Cuántos siglos hubieron de pasar para que las ciudades de Europa fuesen lo que son hoy en día! *Nosotros encontramos una tierra inculta, cubierta de malezas, insectos, rocas escarpadas, terrenos inundados, los ríos fuera de madre, selvas impenetrables*, naciones feroces que ha sido preciso humanizar, y *hemos tenido que luchar contra el desenfreno de la naturaleza. Sin embargo, todo ha ido mejorando bajo una legislación sabia, la tierra obedece a las manos del que las cultiva, y muchas de nuestras poblaciones compiten ya con las antiguas ciudades de Europa. Llegará el día en que la América será el país más delicioso del mundo.* (Camacho, *Semanario*, Tomo III, 1942: 17. Énfasis mío)

### ***3.3.2. El problema de la diversidad y la pluralidad del “nosotros” criollo***

Hasta aquí se ha intentado explicar cómo la práctica ensayística de principios del siglo XIX en Colombia se insertó en el proceso de toma de conciencia histórica y de la expresión del sentido de identidad de los criollos. En este camino, el fuerte sentimiento

de filiación y pertenencia con la tierra en la que nacieron y sus riquezas materiales, por un lado, y la idea de la diferencia racial y cultural, por el otro, se erigieron como los primeros grandes intentos de consolidar una concepción simbólica unitaria de América. Sin embargo, aún estamos muy lejos de abarcar la inmensa complejidad de los problemas que implicó “hacer el ser” latinoamericano. Si bien, como hemos visto, los conocimientos en materia económica, geográfica y científica, por un lado, y la conciencia de raza, por el otro, derivaron en la configuración de una primera toma de posición frente al imaginario europeo de sus colonias, las más de las veces, dicha postura fue eminentemente reformista, más no independentista. Así, podemos admitir que la primera fundación simbólica del hombre neogranadino, esbozada desde el horizonte de comprensión criollo, se emprendió bajo el amparo de muchos de los paradigmas explicativos y la visión de mundo españoles y europeos:

Se trataba de una posición según la cual es necesario reconocer la existencia de ciertos elementos culturales a los que ha de concedérseles un peso axiológico tal, que no podemos menos que apoyarnos en ellos. De este modo, el «legado» no juega como un determinado mundo de bienes que nos abre a ciertas perspectivas opcionales, sino como una suerte de imperativo cultural insoslayable e indiscutible. (Roig, 1981, p. 46)

Es por ello que resulta tan importante resaltar contradicciones históricas como las siguientes: Fermín de Vargas, uno de los más tempranos disidentes del sistema monárquico español, aún sustentaba su concepto del criollo en los presupuestos de la teoría racial europea. Sin embargo, Socorro Rodríguez, un fervoroso realista, se levantaría críticamente frente al imperativo cultural de la clásica dicotomía civilización y barbarie y defendería incluso la “Ilustración” e igualdad de los indígenas americanos con respecto a las civilizaciones europeas y los demás grupos humanos locales. Como es claro, el bayamés encontró una salida de las tesis raciales acudiendo a la razón divina: si todos somos hijos de Dios, incluso los indios, entonces no hay motivo para dudar de su igualdad de condiciones con respecto a las otras razas y grupos sociales.

En estructura profunda, los dos parecen estar dirigiéndose a un mismo fin, a saber, la legitimación de la identidad del americano; sin embargo, sus derroteros son claramente muy diferentes. El primero, pugna por sostener que el criollo tiene los mismos derechos, prerrogativas y, podría decirse, ambiciones, que el hombre europeo por el hecho de pertenecer a la misma etnia. El segundo acentúa el carácter diferenciado del hombre americano, pero, al mismo tiempo, demuestra su importancia en el curso del proceso histórico universal, en especial, por su particular modo de haber expresado la

“Ilustración” en sus civilizaciones primeras. En ambos casos, lo que persiste de fondo es el hecho de que el hombre americano haya empezado a percibirse como valioso no solo para sí mismo, sino para la historia del género humano, y, por lo tanto, en condición de demandar que le fuera reconocida su historicidad, así como la trascendencia que tal afirmación tendría en el horizonte de la historia universal. Recordemos, en palabras de Rodríguez, cómo el conocimiento de “lo americano” es significado en calidad de un interés universal: “¿Quién puede negar, que por cualesquier aspecto que miremos a la América, nos presenta un sinnumero de fenomenos prodigiosos, que fatigando dulcemente las potencias del hombre observador, contribuyen a enriquecer mas el magnifico erario de la Filosofia?” (Rodríguez, *Redactor*, 19 de noviembre de 1808).

Así las cosas, se puede decir que la primera gran afirmación simbólica de nuestros pobladores, emprendida desde el horizonte de comprensión criollo, se cimienta en un gesto de autoafirmación y autodefinición propio de aquel que, sintiéndose valioso para sí mismo, empezó a constatar que no lo era para los otros. Inicialmente, esta lucha por el reconocimiento llevaría a nuestros ensayistas a intentar demostrar, en términos generales, la importancia de la existencia del hombre americano y la particularidad de sus procesos históricos para el mundo civilizado occidental y, en el contexto inmediato, a probar esto mismo en el marco de la vida del Reino y del sistema monárquico. Es quizás por esto que Caldas también defendió la mayoría de las ideas raciales de Buffon y la adhesión del Reino de la Nueva Granada a los designios del príncipe de turno; nada más cercano a sus intereses en calidad criollo puro, es decir, de hijo directo de blancos españoles.

Si bien la historia ha prodigado la imagen de prócer y mártir de la Independencia de Caldas, constantemente suele escaparse que nuestro sabio, por lo menos en lo que quedó escrito en el *Semanario*, se concebía como un sujeto adscrito a la monarquía y a buena parte de los principios morales, religiosos y políticos españoles. Algo similar ocurrió con personajes como Camilo Torres, Tadeo Lozano, el padre Padilla, el Nariño de la defensa ante los tribunales y el primer Vargas, por ejemplo. Así, otra de las particularidades epistemológicas que deviene del estudio de los ensayos es que, al ponernos en presencia de la conciencia del sujeto en un momento concreto de su experiencia de vida, podemos percibir, en perspectiva histórica, que sus gradaciones, cambios de parecer, dudas e inquietudes, también deberían considerarse a la hora de emprender los levantamientos historiográficos de la época. En los ensayos nunca tenemos



sujetos hechos y acabados, sino, antes bien, en devenir, es decir, en la plenitud de sus más profundas contradicciones históricas.

Los términos “contradicción histórica” y “conflicto de conciencia” no deben entonces, en ningún momento, ir en menoscabo de los perfiles de nuestros ensayistas. Antes bien, considero que, si hay un rasgo que nos permitiría distinguir y aproximarnos al problema de la constitución del “nosotros” criollo, americano, español-americano, etc., sería precisamente aceptar que la característica más original del código existencial del sujeto americano de la época es haber vivido bajo el signo de dichas aporías. En esta medida, el ensayo nos pone en presencia de la intensa relatividad de los seres humanos que se arrogaron la colosal tarea de pensar el posible sentido de unidad de las Américas, así como de las naturales y muy notables discrepancias de sus pareceres. En nuestro acervo de Sabios del Reino tenemos deístas volterianos, así como detractores de la falsa filosofía francesa; apasionados científicos de “acendrado espíritu piadoso” (Jaramillo Uribe, 1977, p. 95) como Caldas; padres de la iglesia defensores de la libertad política lograda en 1810 pero, al mismo tiempo, notables defensores del príncipe, como Diego Padilla; notables personalidades seculares como Nariño, heredero de la impronta cultural del espíritu de la ilustración francesa, abanderado de la causa emancipadora, pero que, para 1796, debió demostrar su amor al Rey y desinteresado vasallaje en un intento por no ser condenado por la traducción de la Carta de los Derechos del Hombre; políticos como Camilo Torres quien defendió el derecho que tenían los representantes americanos de ir a las Cortes de España en igualdad de condiciones a los dignatarios ibéricos; férreos alféreces de la Independencia como Bolívar, quien, al mismo tiempo debió reconocer que no podía fundar una República desconociendo la raíz religiosa cristiana de la mayoría de los pobladores de la futura nación; entre muchos otros.

Así, una vez más, constatamos que la puesta en marcha de la construcción del “nosotros” americano conllevó no solo una toma de posición frente a Europa —posición que va desde los intereses reformistas hasta los emancipadores—, sino también, el enfrentamiento de la heterogeneidad de pareceres y convicciones en el grupo criollo. De manera que, siempre que leemos el deíctico en cada uno de los ensayos, se hace preciso entender que tal “nosotros” no era en absoluto una entidad concreta y estable, sino una aspiración, una construcción ideológica y cultural que, como se ve, nunca fue homogénea. De este modo,

cada uno de nosotros, cuando se declara «latinoamericano» lo hace desde una parcialidad, el grupo social al que pertenece, las tradiciones dentro de las cuales se encuentra, etc. Tal es el anclaje del que, como hemos dicho, no siempre tenemos conciencia, por lo que creemos —con un tipo de creencia propia de una conciencia culposa— que nuestro punto de partida es necesariamente el de todos. (Roig, 1981, p. 20)

Si hay una realidad que los ensayos de la época nos permiten entender con mayor probidad, es el hecho mismo de que la colectividad criolla no es, en absoluto, una mónada cerrada ni ontológica, sino una mónada abierta e ideológica (Roig, 1981, p. 21), en la que se entrecruzan y debaten un ramillete asombroso de puntos de vista y, por lo tanto, de versiones del “nosotros”. El presupuesto racial le permite a Vargas y a Caldas pararse en calidad de iguales frente a los españoles, pero resulta insuficiente y excluyente para Rodríguez a la hora de abarcar la multiplicidad de los géneros humanos que convivían en América. Por su lado, las tesis de la libertad, la igualdad y la fraternidad encarnadas en la *Carta de los Derechos humanos* y el pensamiento revolucionario francés, le permitieron a Nariño pensar la igualdad de los sujetos locales en relación a los europeos y la legitimidad de la Independencia, sin embargo, estas mismas ideas resultaban perjudiciales para Rodríguez quien, habiendo demostrado la igualdad con presupuestos del pensamiento cristiano y la razón providencial, no veía con buenos ojos la posibilidad de instaurar una república por cuanto sería la llave de entrada a un mundo desahuciado de Dios y de un descontrolado libertinaje.

En cierta medida, podría decirse que también “inventamos” la unidad del proceso revolucionario y emancipador para comprender la libertad política y administrativa de nuestras naciones, sin embargo, esta verdad se relativiza al momento de enfrentarnos con los documentos de la época, en especial, si subrayamos su carácter ensayístico. Algo similar podría decirse de la identidad del sujeto criollo, razón por la cual, la teoría de las razas resulta claramente insuficiente para comprender la complejidad de este grupo humano, aún más cuando es considerado como uno más de los símbolos identitarios de la nación.

En esta medida, la politización paulatina de la materia de los ensayos no solo se relaciona con el proceso histórico de la Independencia de nuestros países, sino, especialmente, con la agudización del problema de la identidad del sujeto local en sus particularidades intrínsecas. Una vez más, no es en la elucubración metafísica, sino, esta vez, en el asunto político, donde se desarrollaría el debate alrededor de la constitución del concepto del sujeto americano. En esta perspectiva, entiendo en buena medida nuestros

“ensayos políticos” no solo en relación con la materia que claramente enuncian, sino, ante todo, como la expresión más fehaciente del momento en que el sujeto americano se vio obligado y presionado por el devenir histórico a tomar partido por alguna de las tantas ideas de unidad que pudiera convocar el “nosotros”, pues de tal elección dependía seriamente su futuro inmediato. Por supuesto, cualquier posible decisión que se adoptara en torno al nominativo identitario, representaba siempre una aceptación y una negación; de aquí entonces el sentido dramático y agónico que tal problema representó para los intelectuales de la época. Este es tal vez el sello distintivo del ensayo del periodo 1790-1820: sin duda, todos estos escritos dan cuenta de una experiencia ontológica importante en el proceso de la concepción de lo americano.

El ámbito político es el terreno en donde se empezó a determinar la función social de los sujetos americanos y, por lo tanto, el carácter de su identidad como grupo humano. Por esto, me atrevo a afirmar que el *homo politicus* americano también se configuró, principalmente, a través de la mediación del género ensayístico:

Poder político, orden social: éstas eran las exigencias básicas de los criollos. Pero, incluso aunque España hubiera querido y podido responder a sus necesidades, los criollos no hubieran estado satisfechos por mucho tiempo. Las peticiones de cargos públicos y de seguridad expresaban una conciencia más profunda, un desarrollado sentido de la identidad, una convicción de que los americanos no eran españoles. *Este presentimiento de nacionalidad sólo podía encontrar satisfacción en la independencia.* (Lynch, 1976, p. 35. Énfasis mío)

Si bien, ha sido patente mi proximidad a las ideas de Lynch, en esta oportunidad debo discrepar de su última conclusión. En efecto, como veremos, la exigencia de más poder político y administrativo fue un lugar común dentro de los ensayos de la época, sin embargo, igualmente patente es el hecho de que tal demanda no siempre estuvo orientada con fines independentistas. En *Mediación entre España y América* (1818), Francisco Antonio Zea nos descubre que la Independencia sería, antes bien, el resultado de una fatiga histórica del criollo americano, en otras palabras, de la desilusión frente a una Monarquía que descuidó hasta la última consecuencia a sus colonias, y no un suceso “preparado” meticulosamente y con antelación. De acuerdo a Zea, hasta cierto punto, los americanos no concibieron una ruptura radical con la metrópoli: “Ellos no meditaban ciertamente en aquel tiempo una separación total de la España, y nada sino la denegación de este país a aliviar sus quejas pudo haberles a levantarse para defender su Independencia” (Zea, *Mediación*, 2010, p. 59).

Esta idea es fundamental para comprender que la construcción del sujeto criollo y americano dependió notablemente del estatuto de su relación con España. Esta no es una verdad de Perogrullo, pues nos advierte que el problema no es solo político, aunque parezca expresarse únicamente en este ámbito. Difícilmente, la ruptura con España es un tema eminentemente político, pues en tal posibilidad se debatían sensiblemente los presupuestos que ayudarían a definir, social, cultural e históricamente el “nosotros” americano. Cuando Zea habla de la “nobleza de sentimientos” (Zea, *Mediación*, 2010, p. 63) con la cual, durante mucho tiempo las colonias intentaron aproximarse a la madre patria, expresa, de entrada, que allí residía el corazón de un intento de identificación. Defraudada constantemente esta intención, el sujeto americano no solo tuvo el problema práctico de pensar un sistema de gobierno autónomo sino, el agigantado dilema simbólico de definir, una vez más, “¿quiénes somos?”, pues América quedaba así como un vacío por llenar. Invito a que leamos cómo se entrelazan estas dos cuestiones en un apartado del ensayo de Zea:

Largas y terribles lecciones han sido necesarias para por fin instruirnos; mas la doctrina no será olvidada, y largos y terribles siglos cogerá la España el fruto de su acertada enseñanza. Cuanto mayor fue nuestra generosidad y nuestra confianza, tanto más vivo y profundo será el resentimiento de tan vil ingratitud y de tan horrorosa perfidia. Un simple juramento, un infame perjurio, fue toda la garantía que les exigimos para admitirlos a la participación de nuestros derechos, y dejarlos en posesión tranquila de sus bienes y en libre ejercicio de sus profesiones. Nuevos en política, creíamos que el nombre del Creador del mundo no sería invocado para violar a salvo las convenciones sociales y abusar de la bondad de un gobierno liberal. En toda América se observó esta conducta; pero en Venezuela, y acaso en todas partes, se les conservó los empleos, en las primeras dignidades y hasta en el mando de los ejércitos. (Zea, *Mediación*, 2010, p. 67)

El fragmento anterior propone una visión epistemológica de la consideración del proceso histórico. Uno de los elementos notables de la *Mediación* de Zea es que, en su escrito, no subyace únicamente el intento por “hacer la historia”, sino, principalmente, una suerte de filosofía de la historia, en la medida que el curso de los acontecimientos históricos ahora se concibe en calidad de un caudal de enseñanzas y aprendizajes. La mirada retrospectiva de Zea le permite intuir que la historia es también algo de lo que se “aprende” y, por lo tanto, uno de los lugares donde potencialmente se han de encontrar los principios que permitirían pensar el futuro de la nación. De tan dramática educación, Zea alcanza constataciones muy importantes, de las cuales quiero destacar, por un lado, la imposibilidad de restablecer cualquier vínculo con la metrópoli —“Es un delirio pensar jamás en reconciliación de la América con España” (Zea, *Mediación*, 2010, p. 52)— y, por el otro, la conciencia de la existencia de una entidad llamada Colombia: “¿Y qué?

¿Desaparecerá por eso la libertad de Colombia y nuestra independencia no habría sido más que una lisonjera ilusión? ¡Qué delirio!” (Zea, *Mediación*, 2010, p. 82).

Ciertamente, con el ensayo de Zea me aproximo al final del periodo que he visto pertinente estudiar, pues en él se auguran varios de los nuevos problemas que abrazaría nuestra tradición ensayística a partir de 1819. Sin embargo, considero que a la luz de su texto puedo volver a recoger el problema de la identidad criolla que se percibió entre 1808 y 1818, sin necesidad de entenderlo exclusivamente atado al ideario emancipador. Igualmente, con esto deseo responder a la idea de Lynch presentada más atrás. Sí, para ensayistas como Bolívar y Zea, será claro que la Independencia es el suceso histórico unificador, aquel con la capacidad de homogenizar los intereses americanos y, en cierta medida, hablar de un “nosotros” común:

La independencia, pues, bien lejos de producir alguna oposición a nuestros intereses, los combina y enlaza [...]. La independencia restablece las leyes de equilibrio que la naturaleza en su sabiduría había establecido, y que solo la tiranía y el monopolio español hubieran podido alterar. Nuestra diversa posición física, nuestro diverso estado moral, esa misma distancia de la infancia política a la edad de la razón formada, todo contribuye a estrechar nuestras relaciones, que el hábito fortificará y la mutua utilidad irá multiplicando. (Zea, *Mediación*, 2010, p. 98)

Para 1818, podría decirse, esta idea logra con éxito y pocas excepciones, expresar el mancomunado interés revolucionario y emancipador. En efecto, se trataría de una de los razonamientos que mejor podrían autorizar los planteamientos de Lynch sobre el proceso independentista. Sin embargo, es de recordar que Zea habla ubicado en un horizonte de comprensión desarrollado a partir de su interpretación histórica y del “aprendizaje” que los últimos años de la vida colonial le prodigaron. Para él no cabe la menor duda de que el americano ya no es español, al igual que Bolívar; no obstante, si nos remontamos tan solo unos años atrás, constataremos cómo tal convicción era más relativa y más digna de escepticismo que de mancomunada aceptación. No todos los criollos eran proindependentistas; más bien el devenir histórico, un camino de decepciones y sentimientos encontrados, hizo de ellos sujetos cada vez más conscientes de la necesidad de la emancipación que de la permanencia en el abrigo poroso de la Monarquía. El comienzo de tan doloroso aprendizaje para los criollos en materia política y, por lo tanto, identitaria, nos los puede ilustrar Vargas en *Relación sucinta del estado actual de las colonias españolas en la América meridional* (1808):

En los países mediterráneos del Continente, donde [...] algunas circunstancias particulares han conservado más número de indios, éstos se han aliado con los españoles, y de estos enlaces ha resultado la clase de mestizos, que no teniendo

origen de esclavitud legal, son reputados por las leyes y costumbres del país como blancos, capaces de todas las gracias y beneficios que resulten de la sociedad. A esta clase, montando gradualmente sigue el de los Criollos, hijos de padre y madre españoles, o que sin mezcla de ninguna de las razas anteriores han nacido en el país, y conservando la pureza de sangre europea [...]. *Ambas tienen derecho a optar plazas y distinciones en la Comunidad*, y sus respectivas pretensiones dependen sólo de los medios más o menos activos que cada uno emplea para su logro. *Mas en la pirámide de jerarquías que la España mantiene cuidadosamente en aquellos dominios el vértice lo ocupan los españoles nacidos en Europa. Estos son los hijos favorecidos de la fortuna para quienes está destinado el cetro de aquel imperio. En cualquiera ocurrencia la circunstancia de haber nacido en Europa es una recomendación que dispensa a toda formalidad para ser preferido a todo americano. Pero esta clase es la menos numerosa de todas [...], de modo que se puede asegurar sin riesgo a error muy grande, que de cien personas existentes en América las noventa y nueve serán americanas y una sola europea.* (Vargas, *Relación*, 1986, pp. 171-173. Énfasis mío)

Lynch interpreta la revolución independentista como “una reacción americana contra una nueva colonización, un mecanismo de defensa puesto en movimiento por la nueva invasión española del comercio y los cargos oficiales” (Lynch, 1976, p. 27). Ciertamente, no se puede desconocer el grado de verdad que subyace en tal afirmación, sin embargo, es igualmente válido constatar que entenderla de modo taxativo implicaría abandonar el hecho de que buena parte de tales reacciones no eran necesariamente de corte emancipador. Como he dicho, la ruptura radical con la metrópoli es un asunto que supera con creces la materia política, pues la mera posibilidad de llegar a convertirse en un hecho conlleva la colosal tarea de pensar “lo americano” desde cero; se trataría de un desmantelamiento de todas las bases culturales, sociales e históricas que, heredadas de España, funcionaban también como el caldo de cultivo de las operaciones identitarias locales. No en vano, Zea entiende la Independencia, por supuesto con un tono ensalzador, optimista, en calidad de una nueva creación:

Sí, ilustre Europa, una creación entera. ¿Queréis admirarla? Pronunciad las palabras INDEPENDENCIA DE AMÉRICA, y el espectáculo de esa nueva creación se presentará a vuestra vista en toda su grandeza. Pronunciadlas y veréis aparecer el más ilustre y más hermoso día que brilló jamás sobre la tierra. En él acaban y en él comienzan los siglos, él es el último y el primero de la historia, él divide el mundo que fue del mundo que será, él hace, en fin, que el genio de la mañana no sea el mismo que el genio del ayer. (Zea, *Mediación*, 2010, p. 97)

Enteramente comprensible es el interés argumentativo de Zea de dotar de tan altísima dignidad la gesta independentista; sin embargo, en realidad, la significación de tal nuevo comienzo no podría ser más angustiante e incierta, pues América estaba muy lejos de ser un ente uniforme y homogéneo; la *diversidad* es su rasgo más distintivo y en ella radica la dificultad histórica de concebir un sistema de símbolos capaz de definir, a

gusto de todos, su identidad. Como se sabe, pese a ser consciente de su heterogeneidad intrínseca, Bolívar fue uno de los intelectuales que más confió en la posibilidad de una América unificada. Sus esfuerzos, muchas veces calificados de utópicos, por lo general estuvieron encaminados a paliar las discrepancias internas, al poner en el blanco de la diana al que se dirigirían todas las injurias locales en un grito mancomunado al sujeto español. Este gesto debe entenderse en directa relación con la profunda conciencia que él tenía de la obligante tarea de definir la identidad americana a la luz de las urgencias del proceso histórico y, sobre todo, de la necesidad de presentar a la América como un cuerpo unitario abocado a un fin común:

Estamos autorizados, pues, a creer que todos los hijos de la América española, de cualquier color o condición que sean, se profesan un afecto fraternal recíproco, que ninguna maquinación es capaz de alterar. Nos dirán que las guerras civiles prueban lo contrario. *No, señor, las contiendas domésticas de la América nunca se han originado de la diferencia de castas; ellas han nacido de la divergencia de opiniones políticas y de la ambición particular de algunos hombres, como todas las que han afligido a las demás naciones. Todavía no se ha oído un grito de proscripción contra ningún color, estado o condición, excepto contra los españoles europeos, que tan acreedores son a la detestación universal. Hasta el presente se admira la más perfecta armonía entre los que han nacido en este suelo*, por lo que respecta a nuestra cuestión; y no es de temerse que en lo futuro suceda lo contrario, porque para entonces el orden estará establecido, los gobiernos fortificados por las armas, la opinión, las relaciones extranjeras y la emigración europea y asiática, que necesariamente debe aumentar la población. (Bolívar, *Carta al editor*, 1969, p. 89. Énfasis mío)

En este punto, es preciso reiterar que tal unidad de las Américas es, ante todo, una *interpretación*, una construcción y, si se quiere, una “invención”, en este caso de Bolívar, antes que la manifestación de un hecho *de facto*. El gesto ensayístico es, precisamente, el que permite la “creación” de tal cuerpo ideológicamente homogéneo, aquí, en clara oposición a todo lo tocante a “lo español”, diferenciación radical que contribuye a justificar la Independencia. Esta hipótesis, formulada como una verdad inmediata y evidente, autoriza a Bolívar a pensar en la posibilidad de instaurar una república en el nuevo mundo: “Balanceada como está la población americana, ya por el número, ya por las circunstancias, ya, en fin, por el irresistible imperio del espíritu, ¿por qué razón no se han de establecer nuevos gobiernos en esta mitad del mundo?” (Bolívar, *Carta al editor*, 1969, p. 89). Nótese cómo Bolívar supera el criterio racial para entender el “nosotros” americano, el cual adopta ahora un carácter unitario en la medida que, sin importar el color ni la condición, se comprende como diferente y contrario en intereses al sujeto español. Para el Bolívar de 1815 es claro que requiere del grueso del cuerpo social del continente para pensar la emancipación, razón por la cual su criterio de unidad se desplaza

de la raza, la posición social o cualquier otra instancia, a la oposición ideológica con España. En todo caso, subvirtiendo cualquier posibilidad de atribuir un carácter de verdad a sus ideas, lo que ha de resaltarse en su ensayo es la naturaleza eminentemente conjetural de su proposición, hecho que, efectivamente, debería problematizar nuestra comprensión del proceso histórico que estaba en curso.

En este orden de ideas, podemos sugerir que tales esfuerzos por la búsqueda de la unidad ideológica e identitaria revelarían el verdadero problema de fondo del Reino, a saber, el desarreglo de opiniones y la realidad del ambiente de debate que, a mi juicio, es el rasgo que con más probidad podría describir el espíritu de la época. En el corazón de cada uno de estos ensayos, particularmente los asociados a la materia política, lo que se discute es la legitimidad de un “nosotros” que se postula, se plantea, se pone a prueba, pero que no se puede afirmar y perpetuar.

El llamado a la unidad que emite el padre Diego Padilla, y que lo llevó a publicar su periódico *El aviso al público*, es uno de los tantos gestos del momento en donde, de manera más evidente, podemos acceder al cariz de su cargado ambiente de debate. En medio de las circunstancias de 1810, recién expresado el célebre grito de Independencia, el padre se halla notablemente preocupado por la división interna de las opiniones respecto al futuro de la nación. El detonante histórico de sus ensayos es la subida al poder del Consejo de Regencia de Cádiz, cuerpo administrativo que se arrogó las labores del Rey Fernando VII tras su confinamiento en manos de Napoleón y que Padilla siempre juzgó de ilegítimo.

La adhesión o ruptura con el Consejo es el núcleo concreto de las disputas. Ahora, es preciso entender que Padilla, férreo defensor de la libertad lograda tras los últimos acontecimientos, no entiende dicha libertad como un gesto Independentista, pues su lealtad al Rey de turno se mantiene inalterada; lo que ve con malos ojos es la usurpación del poder que, para él, significa la conformación del Consejo. En este sentido, el argumento que le permite conjeturar la unidad es la decisión de la Provincia de Santafé de negar su adhesión al acuerdo de Cádiz y el llamado a conformar un Congreso Soberano de naturaleza centralista, idea que deberían seguir las demás provincias, particularmente las de Cartagena y Popayán, en muestra de verdadero patriotismo. A diferencia de Bolívar y Zea, el horizonte de comprensión de Padilla le impele a entender al Virreinato todavía adscrito a la Monarquía, sin por esto negar que los hechos del 20 de julio de 1810 otorgaban al Reino, por primera vez, una evidente autonomía administrativa que no



podría dejarse perder. Así, en mi concepto, en el ensayo intitulado *Por la libertad* (1810), podemos leer una sorprendente predicción del periodo que hoy conocemos como “La patria boba”:

Santafé, aunque en esto rectifica su propia utilidad e intereses, ofrece su capital para que en ella como en lugar más abundante, más seguro, más adornado de edificios, más lleno de luces y de comodidades, se forme el Congreso Supremo: Cartagena quiere que este lugar sea Medellín, aunque impróvido, incómodo y de tránsitos difíciles y trabajosos. Unas provincias como el Socorro, Santafé, Tunja y otras, dicen que no reconocerán otra superioridad ni representación suprema y soberana, sino la inmediata de Fernando VII y en su nombre el Congreso general de este reyno: Cartagena quiere que esta aserción se reduzca a problema, y que no se resuelva hasta la reunión de las provincias. La capital anhela y suspira por esta reunión, llama y convida a los diputados para que a nombre del soberano tomen el timón del gobierno; pero las provincias inmediatas se desentienden, callan, no se apresuran a enviarlos y las marítimas y distintas difieren su dominación hasta otro tiempo. La capital quiere que de todo el reino se forme una junta sola, protestar, depender de ella y obedecerla, y por tanto aun no ha formado Junta parcial de su Provincia; mas cada una de las otras Provincias se reconcentra en sí misma, quiere ser independiente y soberana. Unas Provincias dicen que adoptan para su gobierno el mero federalismo; otras, con Santafé, dicen que aun no es tiempo de abrazar este sistema y que estando bajo la dominación del soberano, cuyos derechos defienden, no se puede variar la forma de Gobierno ni alterar la legislación, sino cuando más reformarla en algún caso en que la necesidad lo permita. La Capital persuade a las Provincias a reunirse en un solo punto, o gobernarse por una sola autoridad, a formar un solo Cuerpo, un tesoro común, un ejército general, una causa e interés universal: muchas Provincias han convenido en estos principios; pero otras los resisten, lo contradicen, se separan de estas ideas, y se lisonjean con la de independencia; se proponen por ejemplar el gobierno de Norte América, y no quieren advertir que este ejemplo no es adaptable por mil razones a nuestro caso. (Padilla, *Aviso al público*, 2011, pp. 96-97)

Como se hace ostensible en el ensayo de Padilla, los hechos acaecidos en 1810 dieron lugar al problema de pensar la organización político-administrativa de la nación. Las motivaciones de orden centralista y federalista hicieron su primera aparición y, con ellas, uno de las cuestiones más agudas en materia política que la República arrastraría hasta 1886. La atomización del Reino en provincias independientes significaba para Padilla, al igual que para Bolívar, no solo la debilitación flagrante de las defensas de la nación, sino, ante todo, la fragmentación ideológica del cuerpo social, posibilidad que daría a los españoles la oportunidad de emprender una reconquista de la región, tal como aconteció con la llegada de Morillo, y, con ello, la defraudación de la libertad obtenida hasta el momento. Esta división es a la que más teme el autor del *Aviso al público*, razón por la cual se siente partidario de una organización centralista concentrada en Santafé. Para él, la única garantía de la subsistencia histórica del Reino radicaba en la consecución de un cuerpo patriótico unificado:

De la división de las Provincias y de los lugares, resulta también la división de pareceres, de intereses, de pretensiones: resultan los zelos y emulación de unas y otras Provincias, los deseos de preferencia, de engrandecimiento, de superioridad; resulta el odio de unos contra otros pueblos, el cisma político entre unos y otros lugares; las desconfianzas mutuas, los engaños, las perfidias, las hostilidades, las muertes. Nada más funesto para una familia que la división doméstica: nada más peligroso para un Pueblo, que la emulación entre sus habitantes: nada más temible en un Reyno que la discordia entre los Pueblos. (Padilla, *Aviso al público*, 2011, p. 98)

Probablemente, como nunca antes, las contingencias del proceso histórico demandaron a los Sabios del Reino reflexionar alrededor de la que sería la mejor elección para garantizar la subsistencia histórica del Reino. En la *Bagatela* (1811), Nariño tendrá la oportunidad de manifestarse, por un lado, frente al mismo problema de la desunión del Reino, y, por el otro, en favor de la organización republicana. Nótese que los axiomas rectores del pensamiento del traductor de la *Carta de los Derechos del Hombre* le instan a pensar que la república sería el sistema administrativo que, de mejor manera, cobijaría los intereses de la población del Reino. Una vez más, nos vemos abocados a considerar otra salida de cara al problema de la configuración del “nosotros”, alternativa que, de eminente cariz político, conlleva un trasfondo ideológico que vio en el espíritu de la época el momento preciso para proponer la emancipación americana y la puesta en marcha de una nueva entidad administrativamente diferenciada, a despecho de la consciencia del panorama de tensiones y discrepancias sobre la materia:

Cuando se considera que nuestro siglo es el de la Filosofía, a lo menos en comparación de los que conocemos: que los derechos del hombre son infinitamente mejor entendidos que no han sido nunca: que nosotros tenemos la ventaja inapreciable de la experiencia, por medio de las observaciones que hemos podido hacer de los defectos de los gobierno Republicanos antiguos, y modernos: y que no hemos tenido que combatir con la odiosa distinción de rangos, obstáculo el más terrible que pueda oponerse al establecimiento de un gobierno libre y justo; parece que los nuestros debieron haberse acercado más de lo que lo han hecho, a la perfección de que son susceptibles. Es verdad que los disturbios dividen nuestra atención; pero no lo es menos que el peligro general une a los hombres, y los dispone a sacrificar sus pasiones personales al bien público. Es preciso considerar, a más de esto, que el pueblo Americano es muy dócil, y que tiene la mayor confianza en aquellas personas en quienes pone el cuidado de sus propios asuntos. Así yo no pretendo hacer la censura de mis compatriotas, cuando me quejo de que nuestro gobierno no tenga el grado de perfección que yo deseo, y que espero tendrá algún día, según nos promete el modo de pensar libre y sano de nuestra juventud. Cualquiera que conoce los autores, y que se ha hallado en estado de oír sus discusiones, no puede dudar de sus disposiciones a hacer lo mejor posible; pero desagradablemente la pluralidad de estos hombres, por la mayor parte entrados en edad, no pueden persuadirse que ciertas máximas, que ellos están acostumbrados desde su niñez a mirar como excelentes, puedan ser perjudiciales: visto que su propia tranquilidad les había impedido creerlas tales en el antiguo gobierno. (Nariño, *Bagatela*, 28 de julio de 1811)

En *Mi dictamen sobre el Gobierno que conviene al Reino de la Nueva Granada* (1811), Nariño emprende una juguetona fábula de la situación actual de incertidumbre frente al gobierno que ha de adoptarse. Así, se dibuja en calidad de un Soberano ficticio con todos los poderes sobre la región, con la siguiente salvedad: “como mi idea no es la de gobernar a mi gusto, sino la de que se gobiernen al suyo mis amados Granadinos, doy orden para que vengan Diputados de todas las provincias y me expongan su voluntad en un congreso que yo presidiré” (Nariño, *Bagatela*, 28 de julio de 1811). Irónicamente, tal artificio no toma partido por el centralismo o el federalismo, sino que exhibe paródicamente los defectos de ambos sistemas, haciendo visible así, en una perspectiva, si se quiere, cómica, la realidad de notable incertidumbre que reinaba, junto a los problemas sociales, culturales, económicos y políticos más apremiantes de la época. Tras un primer intento fallido de federación, los diputados ficticios vuelven al recinto del Soberano exclamando:

«de nada nos sirvió tu Soberano Decreto; pues aunque de Derecho quedamos todos erigidos en Soberanos Estados, en el hecho nos hemos hallado tan embarazados que no ha sido posible atar ni desatar ¡Cuántas veces, Sr., hemos suspirado por tu Soberano poder! Si como nos hiciste la gracia de hacernos Soberanos con un solo decreto, nos hubieras con otro dado rentas, criado tribunales, organizado una milicia, levantado Escuelas, Colegios y Universidades, para formar los hombres de que carecemos...» (Nariño, *Bagatela*, 4 de agosto de 1811)

En la voz del imparcial soberano ficticio inventado por Nariño se configura el perfil del ilustrado que, con plena conciencia histórica, es capaz de vislumbrar las aporías y la distancia abismal que separa las aspiraciones particulares de las condiciones reales de existencia. Así, en sus palabras se puede entrever un examen de la identidad americana evaluado a la luz de la inexperiencia del neogranadino en materia política, ignorancia que le impide llevar a buen término cualquier posible intento de organización administrativa. Una sociedad en edad temprana, que apenas es capaz de discriminar sus gustos y malquerencias, que no tiene una conciencia de identidad definida y que desconoce la mayoría de sus problemas internos, difícilmente logrará encontrar un sistema político de su acomodo. Esta es la valoración deceptiva del panorama histórico actual que Nariño nos ofrece a través de las palabras de uno de los diputados ficticios de su fabulación, ahora en búsqueda de la instauración de un gobierno centralizado:

«Apenas amaneció la aurora de nuestra libertad, cuando se oyó por todo el Reino la voz de Federación: voz vaga, aunque general, porque no se le asignó el verdadero significado que conforme a nuestra situación le convenía. Todas las provincias mayores y menores, quisieron ser estados soberanos independientes, llevadas del mismo entusiasmo que justamente tenían por el gobierno de la América Inglesa; pero

sin advertir, ni reflexionar si estábamos en el mismo caso y circunstancias. Ocurrieron a vos para, Poderoso señor, para ponerlo en ejecución; y aunque les concedisteis por vuestra voluntad aun más de lo que os pedían, *la experiencia les hizo ver que no era lo mismo decretarse la Soberanía, que ejercerla, y llenar con acierto todos los importantes puestos que pide la formación de un nuevo gobierno: que formar una sabia y adecuada Constitución, con hombres capaces de llenar todos los ramos de la administración, no era obra del momento*; ni podía verificarse todavía en unas Provincias que por el régimen del antiguo sistema de opresión y de ignorancia, carecían no solo de Escuelas y Colegios para la instrucción, sino hasta de los libros aparentes por haber quemado la Sta. Inquisición cuantos llegaban a nuestras costas. Así fue que desengañados por una parte de poder abrazar el sistema de los Anglo Americanos; y temerosos por otra de verse envueltos en una guerra civil, o de caer en manos de algunos extranjeros, vinieron a vos, y renunciando sus incontestables, aunque infructuosos derechos, pidieron que el gobierno se centralizase, erigiendo una Soberanía en la Capital, a que todas las Provincias quedarían sujetas [...]». (Nariño, *Bagatela*, 11 de agosto de 1811. Énfasis mío)

Probablemente, una de las constataciones más dolorosas de nuestros ensayistas del momento fue haberse dado cuenta de que la sociedad americana, de cara a una posible independencia de España, no estaba preparada para llevar a cabo tan descomunal propósito. En su fuero interno, sin importar si la organización elegida fuera la federación o la centralización del gobierno, pervivían los mismos vicios históricos y culturales que, a juicio de Nariño, estaban asociados no solo al antiguo gobierno y modo de vida colonial, sino, especialmente, al antiguo sistema de creencias; el modo colonial de pensar:

Nada hemos adelantado, hemos mudado de Amos, pero no de condición. Las mismas leyes; el mismo gobierno con algunas apariencias de libertad, pero en realidad con los mismos vicios: los mismos obstáculos y arbitrariedades en la administración de Justicia; las mismas trabas en el Comercio; las mismas dificultades en los recursos; los mismos títulos, dignidades, preminencias y quijotismo en lo que mandan: y en una palabra, *conquistamos nuestra libertad para volver a ser lo que antes éramos*. (Nariño, *Bagatela*, 11 de agosto de 1811. Énfasis mío)

En una perspectiva similar, tras haber establecido que el hombre americano se había caracterizado históricamente por su pasividad, privado incluso de la administración de su propio sistema opresor, en esencia, en un estado tan negativo y servil que, a su juicio, no tenía parangón “en ninguna otra asociación civilizada” (Bolívar, *Carta de Jamaica*, 1969, pp. 90-91), Bolívar se adelanta a presentar el que sería el corazón de todas sus dudas: tras el fracaso del federalismo, motivo del debilitamiento y avance de la reconquista española, el Libertador constata que pese a las duras enseñanzas históricas, el sujeto americano no parece estar en condición de cambiar las costumbres heredadas de la cultura española, en particular, su naturaleza servil y apocada, razón por la cual duda notablemente de la posibilidad de que la América pueda ponerse a tono con las revoluciones culturales y sociales europeas:

De cuanto he referido será fácil colegir que la América no estaba preparada para desprenderse de la metrópoli, como súbitamente sucedió, por el efecto de las ilegítimas cesiones de Bayona y por la inicua guerra que la Regencia nos declaró, sin derecho alguno para ello, no sólo por la falta de justicia, sino también de legitimidad [...]. Los Americanos han subido de repente y sin los conocimientos previos; y, lo que es más sensible, sin la práctica de los negocios públicos, a representar en la escena del mundo las eminentes dignidades de legisladores, magistrados, administradores del erario, diplomáticos, generales y cuantas autoridades supremas y subalternas forman la jerarquía de un estado organizado con regularidad. (Bolívar, *Carta de Jamaica*, 1969, pp. 72-73)

Así las cosas, se hace evidente que el problema sociocultural que tocan estos ensayos es, en estructura profunda, la permanencia del *ethos* cultural heredado, condición que se resiste con más vehemencia que cualquier otra a todo atisbo de posible *cambio*. Muy pertinentes resultan aquí las palabras de Roig cuando afirma que “definir los alcances del «nosotros» supone a la vez la definición de «lo nuestro», no en el sentido de las cosas que son nuestras, sino en el de «nuestro modo de ser», «nuestra identidad», que incluye nuestra relación con aquellas cosas” (Roig, 1981, p. 34).

Acaso el “modo de ser” del americano es el que, irónicamente, le impide pensarse como un “nosotros” ideológicamente delimitado y autónomo. “Lo nuestro”, que a la luz de la razón económica, comercial y material le permitió a Vargas pensar la unidad, se volvía en contra de los proyectos identitarios por cuanto su dimensión ética, moral, cultural y claramente simbólica le dificultaba notoriamente configurarse a la luz de otros paradigmas explicativos que no fueran los heredados de España y su *modus vivendi*. En efecto, este sería otro de los problemas que la República colombiana arrastraría históricamente durante todo el siglo XIX y buena parte del siglo XX, y que estudiosos como Rubén Jaramillo Vélez entenderían como uno de los motivos más fuertes que “postergaron” nuestra entrada a la “modernidad” (Jaramillo, 1998).

Como vimos, Bolívar, en calidad de criollo ilustrado y adscrito a los paradigmas del pensamiento moderno, fue consciente de que necesitaba de todo el cuerpo social para pensar la emancipación. Sin embargo, al igual que Nariño, pronto se dio cuenta de que su estructura mental no era la misma que la de la mayoría de la población. Así, paradójicamente, su adelantamiento intelectual, aquel que con tanto fervor le había permitido pensar las posibilidades de mejoramiento de la calidad de vida de los americanos, se convirtió en el rasgo que más lo alejó y diferenció de los sujetos en cuyo nombre quería hablar. Diríase que nuestros Sabios del Reino interpretaron la realidad histórica y emprendieron sus proyectos identitarios a la luz de unos presupuestos que

resultaban incomprensibles para buena parte de los habitantes del Reino. En tales condiciones, cualquier operación identitaria se enfrentaba al freno ineludible de la estructura axiológica de la población, configurada por el legado de la impronta sociocultural del régimen colonial.

## Consideraciones finales

### Ensayo conciencia histórica e identidad: Algunos problemas inaugurados y abiertos por nuestra primera tradición ensayística

Los americanos pensaron seriamente sobre su destino, y ventilaron con libertad cuestiones delicadas que antes hubiera sido peligroso discutir; la naturaleza y efectos legales de la conquista de América; la bula y singular donación de Alejandro VI; las antiguas leyes y privilegios concedidos a los primeros pobladores y sus descendientes; los límites de las potestades espiritual y temporal; el origen de la autoridad pública y las formas de los gobiernos; lo más conveniente a la América en su presente estado de población, luces y riqueza; las constituciones de los diferentes estados y el admirable invento del sistema representativo, que es en política lo que la atracción en la física; los derechos individuales y sociales, y los recíprocos deberes de los gobernantes y gobernados: todos estos objetos y otros muchos enlazados con ellos fueron materia de libre discusión.

JOSÉ MARÍA SALAZAR. *Bosquejo político de la América antes española* (1827)

#### I

Concebir al criollo ilustrado neogranadino en calidad de un sujeto de perfil moderno, desconociendo la impronta cultural española y colonial que hizo posible su constitución, sería un error garrafal. Nuestros Sabios del Reino son los representantes agónicos y el producto social de la particularidad de nuestro proceso histórico en el que estos dos *ethos* trabaron una problemática y singular relación dialéctica de la que devino un “nuevo tipo de hombre, un tipo predominante, aunque todavía no general: el *homen novo* [...]”. El resultado, como dice Ricardo Rojas, no de un *ethnos*, sino de un *ethos*” (Henríquez, 1994, p. 45).

A través de la práctica ensayística, este “hombre nuevo” comenzaría a construir y definir los rasgos de su identidad, algunos de los cuales, décadas más adelante, pugnarían por hacerse de un lugar dentro del conjunto de símbolos identitarios del “ser americano”. Quizás por esta razón, buena parte de la tradición ensayística que siguió a partir de 1820 se encargó de erigir los nombres de algunos de nuestros ensayistas como Nariño, Caldas, Torres, Zea y Bolívar en distintivos significativos del “ser” y “deber ser” nacional. Francisco Antonio Zea sería uno de los primeros en promover este gesto de exaltación histórica de los mártires de la libertad, con el fin de legar a la perennidad y la memoria americanas el sentido recordatorio de los sujetos que pagaron con sus vidas la obtención de nuestro lugar singular y diferenciado en el mundo:

Venid vosotros, corazones sensibles: venid de todos los países cultos, almas generosas y grandes y vosotros admiradores de Atenas y de Esparta y de Roma, venid

a ver el más bello espectáculo y el más digno de vuestra asistencia: ¡¡*La muerte de los justos por la libertad!*!

No, españoles, vosotros no lograreis jamás mancillar su fama. Sus nombres inscritos en el templo de la memoria serán venerados por todos los hombres sensibles al mérito y a la virtud sublime: sus hijos los llevarán con gloria y la patria los señalará con orgullo todos los pueblos. Vosotros sí, otros seréis un objeto de horror y de execración mientras haya sobre la tierra luces, virtud y humanidad. (Zea, *Mediación*, 2010, pp. 79-80)

Un gesto similar sería el de José María Salazar, quien, en *Bosquejo político de la América antes española* (1827), entendió la Independencia como el hecho que le devolvía a la lógica histórica su cauce natural, sacándola así de su estado violento (Salazar, *Bosquejo*, 1998, p. 167). La emancipación de los estados americanos fue ratificada como el suceso que, de manera más justa, le retribuía a esta región los derechos que, según ellos, les fueron usurpados durante siglos por la Corona española, mientras representaba un logro sin parangón para la civilización humana y la ilustración de los pueblos. Este modo de significar el momento histórico presente fue, sin duda alguna, el que más fuerza cobró en el imaginario colectivo de los americanos de la época, punto de vista que se vigorizaría notablemente por los comentarios ensalzadores sobre los protagonistas y mártires de ese proceso:

La sangre de Torres, de Torices, de Caldas y de sus compañeros de un mismo destino, regó la desgraciada tierra que los dejó sacrificar; pero fue más funesta al dominio español que legiones enteras de soldados, porque no podían haberse escogido mejores víctimas para preparar los elementos de una reacción. (Salazar, *Bosquejo*, 1998, p. 173)

Ahora bien, como ya se dijo, otros serían los problemas que exhibiera la práctica del ensayo a partir de 1820. Aunado a la cuestión de la identidad americana, asunto que Bolívar y Zea zanjaron al proclamar la imposibilidad de cualquier reconciliación con España y, con esto, la diferencia radical entre ibéricos y americanos, en el ensayo los granadinos empezarían a preguntarse por los aciertos y desaciertos de los primeros años de la vida republicana, ahondarían en los modos de gobierno (centralista, federalista), elaborarían aquello que podría entenderse como los primeros manifiestos para la constitución ideológica de los partidos políticos (liberal y conservador), presentarían los primeros juicios, revisiones y valoraciones históricas sobre el devenir de la nación, y se insertarían en el debate sobre la influencia de la herencia cultural española en la identidad americana. En efecto, estos y otros asuntos ameritan un estudio sobre el ensayo en Colombia que supera notablemente el que esta disertación ha tenido por bien llevar a cabo; en la medida que las modificaciones en los planos sociohistórico, cultural y



existencial de la nueva República se hicieron más palmarios, estos necesariamente dirigieron al género hacia otros derroteros que, por ahora, solo me atrevo a dejar planteados.

Ahora bien, de lo anterior no debe suponerse que la historia, la sociología y, en general, la academia ha descuidado estos y otros problemas coyunturales del siglo XIX. No obstante, quisiera reiterar que buena parte de ellos fueron inaugurados en el periodo estudiado por esta indagación y, por supuesto, que el ensayo de la época preparó el terreno para los debates posteriores, muchos de los cuales han sido examinados en estudios separados y que, la más de las veces, no tienen una debida continuidad. En este sentido, múltiples son las líneas de investigación que podrían resultar de valorar los problemas del siglo a la luz del género ensayístico. Me atreveré entonces a esbozar algunas de ellas.

En general, puede decirse que uno de los sentimientos que, con más frecuencia, permeó los ensayos publicados a partir de 1810 es el temor a perder el terreno abonado desde ese año. En esta perspectiva podemos recordar los textos de Nariño, Padilla, Bolívar, Zea, y Salazar. Tal incertidumbre podría explicarse en el ambiente que conllevó la consecución, de golpe, de la libertad administrativa para un pueblo que no había sido educado para gobernarse, ni para asumir con lucidez las exigencias de tal suceso. Este estado de zozobra tiene un correlato en los procesos históricos que vinieron poco después, en especial, en los debates alrededor del modelo político que de mejor manera encausaría los destinos del país. El ensayo sería la forma de expresión que expresaría con mayor claridad este estado de irresolución, acaso el tono anímico que de manera más evidente arrastraría el proceso histórico colombiano hasta 1886.

De manera que es admisible afirmar que el debate sobre la probidad para la nascente República del centralismo o el federalismo es, sin lugar a dudas, un asunto que se inaugura en el año sensible de 1810 y que se arrastrará, no sin inconvenientes, hasta las postrimerías del siglo decimonono. En el curso de esta disertación, se hizo patente la preocupación que sobre este particular tenían Nariño y el padre Padilla. A ellos habría de añadirse el caso de Miguel de Pombo, quien, en *Discurso sobre los principios y ventajas del sistema federativo* (1811), esbozó los principios de un modo de pensar la nación inspirados en la Independencia de los Estados Unidos de Norte América y su forma de gobierno. Tras los procesos de 1810, tuvo a bien postular las preguntas sobre el destino de los pueblos americanos en directa relación con el modelo político adoptado por los

norteamericanos, el cual, desde su punto de vista, era más digno de atención y emulación que los de orden monárquico y aristocrático del Viejo Mundo:

La tiranía y el despotismo han pasado como el ruido de una tempestad, y el americano ha recobrado su libertad, sus derechos usurpados, y muy pronto proclamará su independencia absoluta. ¿Pero qué camino deberá seguir, cuál conducta deberá imitar, o cuál Constitución política deberá adoptar esta porción, la más rica y la más hermosa de América, para asegurar su libertad y ponerla a cubierto contra los enemigos que interior y exteriormente pueden amenazarla? ¿Cuál es el pueblo de Europa cuya suerte podamos envidiar? ¿Será la del indolente español, esclavo perpetuo de sus envejecidos hábitos, víctima eterna de sus reyes y de un ministerio necesariamente corrompido? ¿Será la del portugués ignorante y siempre degradado bajo la tutela de la Inglaterra? ¿Será al prusiano en su esclavitud militar? ¿Al alemán con sus señores numerosos? ¿Al polaco bajo el despotismo de los nobles? ¿Al moscovita con su lujo todavía bárbaro y su esclavitud? ¿A la Italia con su miseria y sus palacios? ¿A la Francia con su emperador despótico sobre las ruinas de la República, o a la Inglaterra en fin que con su *magna carta*, su constitución y sus libertades, tiene todavía los vicios de la tiranía feudal?

No: el Nuevo Reino de Granada no envidia hoy la suerte de estas naciones, ni aspira a imitar la forma de los gobiernos de Europa; ellos son monárquicos o aristocráticos, y la América toda está plenamente convencida que ambas instituciones son esencialmente viciosas y que una y otra tienden, por su naturaleza, a la arbitrariedad y el despotismo [...]. ¿Cuál es pues ese pueblo a quien debemos imitar y cuya Constitución política ha de servir de modelo a la que vamos a tomar para nosotros? Este pueblo está en nuestro mismo continente: el pueblo de los Estados Unidos [...]. (Pombo, *Discurso*, 2010, pp. 32-33)

En las palabras de Pombo es de subrayar que el elogio de las virtudes de la Constitución norteamericana sirve, esencialmente, para acentuar el intento de separar espiritualmente a las Américas de la impronta del *ethos* europeo representado en sus modelos administrativos. En el fondo, como se hace evidente, la pugna es ideológica e identitaria. La generalización de la que se vale el ensayista, según la cual la totalidad del cuerpo americano es consciente de los vicios inherentes a los modelos políticos europeos, no es el reflejo de una unidad de pensamiento *de facto*, sino, una vez más, de un postulado que pretende alcanzar el favor de la mayoría, de cara al problema identitario que subyace en la elección de un sistema de gobierno. Este asunto será uno de los más recurrentes en nuestra tradición ensayística posterior: la vacilación entre el centralismo y el federalismo sería una de las máscaras tras la cual se escondería el problema de la definición del “ser americano” y del “ser colombiano”, sobre el cual se reflexionó intensamente en la práctica ensayística que devino después de 1819.

En consonancia con el pensamiento de Pombo y en clara tensión con el programa gubernamental de Bolívar, es de mencionar el ensayo que Vicente Azuero publica en 1822, a saber, *¿Nos será conveniente variar nuestra forma de gobierno?* Al partir de un

interrogante centrado en el uso del “nosotros”, el ensayista hace gala de una estrategia retórica que pretende hacer del lector una parte integrante de la duda, gesto ligado a su intención de moldear la opinión pública según las necesidades de su posición ideológica:

Lo que nos interesa es la reunión de las voluntades. Si importa a la felicidad y a los altos destinos de Colombia, que desde ahora adopte una forma de gobierno federal, demostrémoslo de una manera tan evidente que nadie pueda dudarlo, nadie contradecirlo, a fin de que no se nos eche en cara que todos los años cambiamos por capricho de constituciones como de vestidos; de que por aspirar a bienes imaginarios no perdamos también los reales que ya tenemos asegurados; y que nuestra inconstancia y ligereza no sean causa, como ya lo fue en la época pasada, de que las naciones se retraigan de reconocernos. (Azüero, *Nos será conveniente*, 2010, p. 127)

Los anteriores son apenas dos de los múltiples ensayos que tocan el problema de la implementación del sistema político-administrativo durante las múltiples facetas y momentos que tuvo la vida política nacional a lo largo del XIX. Textos de ensayistas como Francisco de Paula Santander, Florentino González, Juan García del Río, Sergio Arboleda, Juan José Nieto, José Eusebio Caro, Manuel María Madieto y José María Samper, permitirían perseguir dicha cuestión hasta bien entrado el siglo y, por qué no, constituir un capítulo más de la hipotética historia crítica del ensayo colombiano que aquí hemos sugerido en más de una oportunidad. Por supuesto, el ámbito académico ha prestado bastante atención a este asunto —claro está, sin hacer énfasis en el género ensayístico— que, hacia el final de la década del cuarenta, vendría a fundirse con la constitución de los partidos políticos. Una selección representativa de los estudiosos que han indagado sobre el federalismo en nuestro país lo ofrece el libro *El federalismo en Colombia. Pasado y perspectivas* (1997)<sup>54</sup>. Por su parte, una radiografía interesante del centralismo en el país puede obtenerse a través de *Descentralización y Centralismo en Colombia* (1983) de Álvaro Tirado Mejía.

Mencionado este primer asunto, me remito ahora al texto que Juan García del Río escribe en 1831 para *La Gaceta de Colombia* (1827-1831), su ensayo laudatorio titulado *Simón Bolívar* (*Gaceta*, domingo 13 de febrero de 1831). Las preocupaciones que, en estructura profunda, aquejan al autor, son muy diferentes a las que acompañaron a nuestros primeros ensayistas. El resquebrajamiento de la Gran Colombia y las constantes críticas a la labor política del Libertador ya fallecido le llevaron a erigir la figura de su entrañable compañero en calidad de símbolo histórico de la nación y la región americana:

---

<sup>54</sup> En él se incluyen artículos de Orlando Fals Borda, Luciano Parejo Alfonso, Jaime Ocampo López, Gustavo Bell Lemus, David Mejía Velilla, entre otros destacados historiadores y académicos.

Si el Libertador de Colombia no hubiese dispuesto en su lecho de muerte que se quemaran sus papeles, era nuestro ánimo haber solicitado de los albaceas permiso para consultarlos, con la mira de escribir algún día, en la calma del dolor y del entusiasmo, la vida del varón esclarecido que constituye el más bello título de honor de Colombia, y del cual se glorificarán, sin duda, más tarde, la América y el linaje humano. En vano ha pregonado el clarín de la fama, del septentrión al austro y de la aurora al ocaso, su nombre, su heroísmo, sus reveses y triunfos. Se ignoran, y quizás se ignorarán ya por siempre, los móviles secretos de su conducta en varias ocasiones importantes [...]. El haber dispuesto que se destruyesen tan interesantes documentos, atestigua lo sublime de su delicadeza. Bolívar ha privado voluntariamente a su historiador futuro de los medios de justificar su comportamiento en varias circunstancias, a trueque de evitar sonrojos a algunos de sus más encarnizados enemigos, y de no comprometer a persona alguna. No se crea que esta es una conjetura vana: tenemos certidumbre de lo que acabamos de indicar. (García, *Simón Bolívar*, 1998, pp. 207-208)

Este dictamen halagüeño del Libertador y sus decisiones gubernamentales, es tan solo un ejemplo de cómo el ensayo empieza a registrar e interpretar la dimensión simbólica de los hechos históricos acaecidos durante la Independencia y los primeros años de vida Republicana. Se trata de una época que exige a los intelectuales un primer balance, un primer ‘mirar hacia atrás’ para repensar el futuro, asunto que muchas veces encaran intentando justificar sus propias visiones de los acontecimientos pasados. Poco antes de su muerte, el mismo Bolívar emprendería un deceptivo ajuste de cuentas y un pronóstico oscuro sobre las Américas en un texto que reproduzco a continuación y que permite entender, en su última instancia, la situación existencial de un sujeto que ya no era el optimista-escéptico de *La carta de Jamaica*. Me refiero a la Carta a Juan José Flores<sup>55</sup> (1830):

Ud. sabe que yo he mandado veinte años, y de ellos no he sacado más que pocos resultados ciertos: 1. La América es ingobernable para nosotros; 2. El que sirve a una revolución ara en el mar; 3. La única cosa que se puede hacer en América es emigrar; 4. Este país caerá infaliblemente en manos de la multitud desenfrenada para después pasar a tiranuelos casi imperceptibles de todos colores y razas; 5. Devorados por todos los crímenes y extinguidos por la ferocidad, los europeos no se dignarán conquistarnos; 6. Si fuera posible que una parte del mundo volviera al caos primitivo, éste sería el último periodo de la América.

La primera revolución francesa hizo degollar las Antillas, y la segunda causará el mismo efecto en este vasto continente. La súbita reacción de la ideología exagerada va a llenarnos de cuántos males nos faltaban, o más bien los va a completar. Ud. verá que todo el mundo va a entregarse al torrente de la demagogia, y ¡desgraciados de los pueblos! y ¡desgraciados de los gobiernos! (Bolívar, *Carta a Juan José Flores*, 1969, p. 169)

Como mencioné en su momento, el *Bosquejo* (1827) de Salazar sería uno de los ensayos que, de manera especial, se arrogó la misión de realizar un recuento histórico, así

---

<sup>55</sup> Militar venezolano, quien sería el primer presidente del Ecuador.

como una interpretación de las decisiones tomadas durante los primeros años de la vida republicana después de la Independencia, en aras de entender los problemas del presente. La perspectiva laudatoria y exaltadora del proceso histórico de Salazar y García del Río sería tan solo una de las posiciones representativas convocadas en el seno de los nuevos debates que identificarían la época después de 1830, pues, a su lado, los puntos de vista críticos respecto a los primeros pasos de la vida republicana no se harían esperar. De este modo, diríase, entramos a una nueva etapa existencial y política de nuestro país: lo que vino después de la caída de la Gran Colombia.

En efecto, al problema de la elección de un sistema organizativo de la nación se aunaría, pocos años después, el asunto de la crisis política caracterizada por las incontables guerras civiles suscitadas por el bipartidismo. En *Ideas fundamentales de los partidos políticos de la Nueva Granada* (1859), Manuel María Madieto pone de manifiesto su desencanto frente a la vida que ha llevado la nación a partir del surgimiento y la participación de los dos partidos políticos en la vida cotidiana del colombiano de la época. A través de su ensayo, de una clara vena irónica y satírica, se percibe cómo la polarización política del país es interpretada en una perspectiva, si se quiere, de corte existencial: la violencia se había convertido en la cuna sobre la cual se había erigido una nación incapaz de adecuarse al programa de las ideas liberales y, por ello, imposibilitado para implementar un sistema democrático moderno, pues su *ethos* sociocultural no podía soportar las exigencias que conllevaba tal estructura política. En su texto es ostensible cómo el autor ubica la génesis de las contradicciones socioculturales y políticas que vive en el presente, en el proceso mismo de la Independencia:

Las victorias de la Independencia no constituyeron una Nación de estas viejas colonias, sino las colonias separadas de la España por una inmensa línea de cadáveres. ¿Qué otra cosa tuvimos después de los triunfos que no lo tuviéramos antes del combate? una sola cosa: la Independencia. En cuanto a la libertad, la libertad no se aprende con el sable en la mano, después de trescientos años de ir diariamente a la escuela del vasallaje. La venganza no sabe enseñar cosa alguna a los hombres. [...]. En nada de esto había ideas de verdadera República. Esto no era más que la antigua colonia española, con otros vestidos que los que le venían antes de la España. (Madieto, *Ideas fundamentales*, 1978, pp. 35-36)

Diríase que, a mitad del siglo XIX, se acentuaron notablemente las coyunturas que tempranamente preocuparon a Bolívar, pues hablamos de un país que después de cuarenta años de libertad política, paradójicamente había entrado en un estado de barbarie y violencia producto de sus más profundas y arraigadas contradicciones históricas: si bien se habían hecho bastantes intentos en lo que a la probidad de los sistemas administrativos

se refiere, poco se había avanzado en la revolución mental necesaria para abandonar el *ethos* colonial, la visión aristocrática e hidalga del mundo y los rasgos de la administración feudal en el nuevo sistema político. Al parecer, sin importar la bandera partidista, nuestro país estaba condenado por su falta de educación política, a la que entonces se añadieron los demás vicios de las corruptelas políticas.

El desánimo de Madieto tiene, a mi juicio, un correlato en *Olivos y Aceitunos todos son unos* (1868), novela que, aderezada con el característico tono paródico, irónico y satírico de José María Vergara y Vergara, lleva al terreno de la ficción los problemas sobre los que reflexionara el primero. Otros de los ensayos en los que también sería visible el problema del bipartidismo son: *Los partidos políticos en Colombia* (1873) de José María Samper y “*Los partidos políticos en Colombia*”. *Estudio histórico político* (1874) de Tomas Cipriano de Mosquera. Desde el ámbito disciplinar de la historia, indagaciones como *Partidos políticos y clases sociales* (1968) de Germán Colmenares, así como los artículos “La guerra de los supremos (1839-1841) y los orígenes del bipartidismo” y “Guerras civiles y construcción del estado en el siglo XIX colombiano” de Fernán González, resultan muy esclarecedoras para aproximarse a la materia.

A mi juicio, el problema cultural de fondo al que ha sido especialmente sensible nuestra tradición ensayística de buena parte del siglo XIX es precisamente la dificultad de modernizar la nación como consecuencia del fuerte arraigo en la sociedad colombiana del modo de pensar colonial. En efecto, las reflexiones que buscaron explicar en perspectiva histórica los males sistémicos de la nación, tuvieron una fuerte tendencia a replantear el tema de la herencia cultural española, algunas con el fin de legitimar su importancia y otras con el de adjudicarle la culpabilidad del estado de crisis de la nación. Las valoraciones ensayísticas, profundamente ancladas en el presente de enunciación y de carácter eminentemente subjetivo, tienen un valor monumental para comprender desde un punto de vista fenoménico los avatares del devenir histórico: el enardecimiento de las posturas ideológicas y de los puntos de vista, a veces de talante radical, solo se compara en magnitud con la angustia producida por la imposibilidad de estabilizar una idea de nación, lo que es equivalente a decir: una identidad nacional.

En cierta medida, es posible sugerir que cualquier posibilidad de establecer el “*nosotros* colombiano” se veía menoscabada tras constatar que éramos incapaces de comprender el principio básico de todo estado democrático: la soberanía reside en el pueblo. En este sentido, nos constituimos en una República en el papel, mientras que la

realidad social y cultural del grueso de la sociedad era otra. Leamos esta evaluación de los hechos en *Ensayo sobre la situación actual de los Estados colombianos* (1848) de Florentino González:

A la monarquía sucedió la democracia en el nombre, i empezamos á hacer ensayos en las prácticas democráticas, quitando su prestigio a los nombres que representaban las tradiciones, pero dejando á estas su funesta influencia sobre la sociedad. Cambiaron los nombres de los gobernantes, pero el Estado que se llamó República fue gobernado realmente con las instituciones monárquicas de sus antiguos dominadores. Se han hallado en contradicción, por consiguiente, los nombres con las cosas, las ficciones con la realidad; i la sociedad desconcertada ha buscado en vano la mejora que el cambio efectuado prometía. (González, *Ensayo sobre la situación actual...*, *Araucaria*<sup>56</sup>, 2014, p. 442)

A este dictamen podría oponerse parcialmente la visión de la historia y, en especial, de la herencia cultural española que promovieran ensayistas como Vergara y Vergara, Miguel Antonio Caro y José María Samper, para quienes la cuestión hispánica siempre fue un asunto de afectos y que era menester defender por su importancia cultural en la configuración de la identidad americana. Como fue mencionado a lo largo de esta disertación, el tema de la hispanidad es otro de los asuntos que se cocina a principios del siglo XIX, pero que solo llega a estar en su punto hasta la década de los sesenta y setenta. La religión, la lengua y la raza serán algunos de los elementos alrededor de los cuales hispanistas y antihispanistas debatirán vehementemente a lo largo del siglo decimonono. Un estudio particular sobre este problema lo ofrece *El debate de la hispanidad en Colombia en el siglo XIX* (2008) del profesor Padilla Chasing.

En este orden de ideas, el estudio aquí emprendido sobre la situación de la práctica ensayística entre 1790 y 1820 insta a considerar la posibilidad de emprender estudios que, guiados desde el horizonte del género, ahonden en los problemas antes mencionados, muchos de los cuales se inauguraron durante ese periodo y que fueron arrastrados casi hasta final del siglo. Me atrevo a sugerir que dichos estudios tentativos deberían estar guiados por la motivación de continuar escrutando la problemática naturaleza del *homen novo* americano, así como la singularidad de la génesis y evolución histórica de su *ethos* cultural, cuyos gestos expresivos se apoyaron muchas veces en la *forma* ensayística. En este punto, me encuentro profundamente persuadido de que la interpretación de nuestros procesos históricos se vería enormemente beneficiada si se aunaran a ella los aportes que sobre la materia puede entregar el horizonte disciplinar de los estudios literarios: ¿Por qué

---

<sup>56</sup> Es de aclarar que el ensayo fue reproducido en el artículo de Patricia Cardona Zuluaga, titulado “Florentino González y la defensa de la República”, publicado en dicha revista.

el ensayo fue la *forma literaria* que acompañó de mejor manera al sujeto americano en su proceso de conquista de la conciencia histórica y en sus primeras décadas de identidad histórica? Esta pregunta es lo suficientemente extensa como para pensar un primer volumen de una historia crítica del ensayo latinoamericano; no obstante, con esta indagación espero haber aportado un poco al asunto a partir del examen del caso colombiano.

## II

A mi juicio, uno de los grandes aciertos de la estética sociológica<sup>57</sup> es haber revelado los intensos juegos de relaciones que el orden literario y sus géneros guardan con los demás órdenes sociales. El presupuesto de la existencia de estos vínculos es el que, por ejemplo, le permitió a Kundera afirmar que

el creador de la Edad Moderna no es solamente Descartes, sino también Cervantes [...]: si es cierto que la filosofía y las ciencias han olvidado el ser del hombre, aún más evidente resulta que con Cervantes se ha creado un arte europeo que no es otra cosa que la exploración de este ser olvidado. (1986, pp. 14-15)

En un horizonte análogo amparado en tal presupuesto, me atrevo a reiterar que el ensayo es el género literario al que acudieron inicialmente nuestros primeros intelectuales para que sirviera de *forma* discursiva a los diferentes intentos por empezar a constituir el capital simbólico local. El ensayo es, en este sentido, el género que acompañó al *homeno novo* americano en la aventura que representó la búsqueda de la libertad, su identidad y, particularmente, en la construcción de su *ethos* cultural; aquí radica la singular importancia de su práctica en medio de las circunstancias sociohistóricas que vieron su génesis en nuestros territorios.

En este sentido, para mí, nuestros ensayistas son, en sí mismos, los símbolos nacionales de nuestros primeros intentos por erigir un sentido de identidad nacional y americano. Así, al postular y proponer sus visiones particulares sobre el asunto, también estaban encarando el problema de autodefinirse, razón por la cual se presentan, simultáneamente, como signo y ente significante, a razón de que cualquiera de sus operaciones identitarias los incluía, convirtiéndolos también en parte integrante de lo simbolizado.

---

<sup>57</sup> Hablo aquí de la comunidad de interpretación literaria que, sustentada prioritariamente en los presupuestos estéticos y sociales de Hegel, incluiría críticos, teóricos y sociólogos como Lukács, Bajtín, Goldmann, Zima, Bourdieu, Dubois, entre otros.



Como ha sido dicho, a diferencia de buena parte de los procesos socioculturales europeos, el problema de la identidad americana se medió por la razón práctica e histórica, en lugar de la perspectiva ontológica y metafísica. El “nosotros” neogranadino se planteó desde un principio como una entidad parcial, inacabada, incompleta, relativa y sujeta al cambio conforme el devenir histórico lo dispusiera. La contradicción histórica modernidad-colonialidad es, a mi juicio, el rasgo distintivo de nuestra identidad, el sello original del “nosotros” latinoamericano, que nos acompaña desde el alba del siglo XIX y cuyos primeros representantes fueron los criollos. Se trata de una contradicción que, así suene paradójico, nos podría ayudar a comprender cómo nos hemos relacionado históricamente con el mundo desde finales del siglo XVIII.

Probablemente nadie constató como nuestros ensayistas de la época que la experiencia de ruptura, en todas sus dimensiones —no solo la político-administrativa—, representó la posibilidad de postular un “nosotros” histórico y autónomo, pero, al mismo tiempo, la imposibilidad intrínseca de alcanzar una autoafirmación de alcances universales. Así, el nosotros “americano” se postuló por primera vez como una mónada inevitablemente abierta, que aspiraba a una cerrazón que solo se lograría ideológicamente y de manera momentánea conforme el proceso histórico admitiera una solución temporal al problema. En este sentido, la satisfacción de las libertades alcanzadas, por ejemplo, en los sucesos de 1810, solo se compara, por contraste, con la desazón y el desasosiego de la dramática constatación de que nuestro “ser” parecía quedar siempre incompleto. Que esta visión deceptiva del asunto nos permita examinar, con una luz distinta, la interpretación y el sentido que históricamente le hemos adjudicado a los hechos que convocaron la crisis colonial, el final del siglo XVIII, las revoluciones independentistas —que, de golpe, como admitió Bolívar, nos dejaron, diríase, a la deriva— y los hechos que siguieron a partir de allí.

Esta es una de las conclusiones a las que el horizonte de la mediación abierta nos permite llegar. Se trataría entonces de reabrir la posibilidad de significar la época, pero no con la intención de volverla a cerrar semánticamente como un todo unificado, sino antes bien, de proyectarla a partir de los problemas humanos que la contienda histórica hizo surgir, los cuales, en su mayoría, fueron expresados en los ensayos y que, entendidos a la luz de este género literario, se actualizan nuevamente exhibiendo el latir agónico de su entraña existencial. Dispuesto así, considero que el ensayo colombiano de finales del XVIII y principios del siglo XIX plantea una serie de retos particulares a los estudios

literarios y a la disciplina historiográfica. A los primeros les exige comprender la obra literaria en calidad de “hecho social” y, por tanto, como un producto cultural que ineludiblemente invita a establecer sus relaciones con los demás órdenes sociales; sin esta condición, por ejemplo, hubiese sido imposible hablar de la presencia del género ensayístico en el periodo estudiado.

A la segunda, el género ensayístico la exhorta tanto a indagar más allá de los límites de la razón documental, como a salir de la comodidad de la perspectiva causalista-lineal del relato tradicional del discurso histórico; de algún modo, el ensayo, ese género que muchos han llamado híbrido, capaz de trabar vínculos entre la pretensión de objetividad y el orden de la “invención”, la postulación y la interpretación, abre las entrañas de la historia al hablarnos no solo de los hechos, sino, ante todo, de la experiencia humana, ontológica, que subyace en cualquier hecho histórico. El primer elemento que se historiza a través de los ensayos, esto es, que es sujeto y objeto de la historia, es el ensayista, entendido como el ser humano en plenitud de su carga axiológica y existencial. Por esto pienso que la actividad historiográfica no puede pasar por alto la consideración del código vital de los sujetos que se sintieron llamados al ejercicio escritural, movidos, presionados y afanados por las necesidades históricas prácticas e inmediatas de su presente.

Roig ya había planteado el asunto en términos de la necesidad de reconocer el “saber de conjetura, y dentro de él de la utopía como función crítica reguladora” (Roig, 1981, p. 133) de los trabajos de nuestros primeros intelectuales. Para él, este hecho es uno de los que permite formular el estudio de las características del pensamiento filosófico latinoamericano, particularmente en sus orígenes. A lo anterior, yo agregaría que la forma discursiva en donde tal potencial epistémico se halla consignado de manera concreta es el ensayo; de allí su notable importancia para la literatura, la historia, la sociología y la filosofía latinoamericanas.

De manera que, el reconocimiento de la presencia del ensayo en Colombia durante el periodo estudiado no significa únicamente un aporte disciplinar a la historia de la literatura nacional. A mi juicio, se trataría de una constatación que invitaría a repensar los modos, prácticas y métodos a través de los cuales las diferentes disciplinas han establecido su relación con estos textos, los cuales, en la mayoría de oportunidades, suelen ser sus fuentes documentales primarias. En principio, se trataría de comprender que el valor referencial de los ensayos deriva “tanto del sujeto que organiza su «mundo objetivo»

y que de hecho forma parte de él, como todo lo extraño a la *subjetividad*” y, por lo tanto, que las pretensiones de obtener de la mano de ellos un conocimiento *objetivo* de la época solo es posible si se parte del hecho de que dicha objetividad “se nos presenta siempre como una «conciencia del mundo»” (Roig, 1981, p. 19).

Desde este punto de vista, la perspectiva literaria y el lente del género ensayístico ciertamente permite retomar algunas de las tareas inconclusas que otros investigadores han delegado sobre la materia histórica, política, social, filosófica y cultural de ese momento concreto de la vida nacional. En el caso de Roig, por ejemplo, el ensayo permite situar el problema de las primeras manifestaciones del pensamiento latinoamericano, el asunto de la identidad y el surgimiento de los nacionalismos en el horizonte de una práctica cultural e intelectual definida; en otras palabras, las reflexiones de la época de orden histórico, filosófico, ontológico, entre otras, son dotadas, a través del prisma del ensayo, de una identidad discursiva concreta, autónoma y de rasgos históricamente delimitables, mientras se va develando la identidad social, cultural, axiológica y existencial de los sujetos particulares que se volcaron a cavilar sobre tales asuntos. Diríase que el ensayo sería el mecanismo textual preciso al que la filosofía y la historia, armadas de presupuestos del análisis literario, deberían acudir para proceder a desarrollar sus hipótesis de sentido sobre la génesis y evolución de las ideas en Colombia, así como los levantamientos historiográficos de la época.

Si partimos del presupuesto según el cual “la necesaria afirmación del sujeto, su autovaloración, constituye un sistema de códigos de origen social-histórico, que se pone de manifiesto en la estructura axiológica de todo discurso posible” (Roig, 1981, p. 14), el ensayo sería el gesto discursivo específico en el cual tales operaciones identitarias tuvieron lugar. En esta medida, el género ensayístico suple una carencia que, a mi juicio, es la determinación del mecanismo textual a través del cual se puso de manifiesto la primera toma de conciencia de la historicidad del sujeto local y, con esta, la puesta en escena de sus múltiples intentos por comprender y explicar su «ser-en-el-mundo» a partir una perspectiva eminentemente americana.

De forma análoga, el estudio del ensayo de finales del siglo XVIII y comienzos del XIX aporta significativamente a la comprensión del problema de la introducción del pensamiento ilustrado en Nueva Granada y sus repercusiones histórico-culturales, preocupación, por demás, muy patente en los trabajos de Renán Silva. Según él,

es poco lo que se ha avanzado en la formulación de nuevas preguntas sobre el carácter mismo del movimiento ilustrado, sobre los mecanismos particulares de constitución del grupo al que se identifica como “los ilustrados de Nueva Granada”, y sobre la necesidad de extender el “archivo” del problema para colocarlo en relación con nuevos cuestionarios planteados a una documentación más amplia, que permitiera observar el fenómeno más allá de sus contornos institucionales ya conocidos y de la consideración de la Ilustración como un conjunto de ideas, como una “doctrina”. (2008, p. 25)

En efecto, y como hasta aquí he intentado demostrar, a través del ensayo no solo se puede acceder a la comprensión del proceso por el cual el sujeto americano empezó a tener conciencia de su historicidad, sino también a un horizonte de interpretación hasta ahora poco explorado de la época, a saber, los rasgos espirituales, anímicos, fenoménicos y existenciales de la vivencia histórica. La Ilustración en América, como todo proceso de carácter cultural e histórico, también tuvo una dimensión experiencial y emocional a la cual los ensayos nos permiten aproximarnos de primera mano. De manera que, al énfasis cultural que impone Silva en sus indagaciones, la perspectiva literaria agrega el conocimiento que deviene del estudio de los problemas humanos, éticos y morales consignados en los ensayos.

Ahora bien, aún puedo ir más allá. *Los ilustrados en la Nueva Granada 1760-1808* (2008) de Renán Silva sorprende por su propuesta anclada en los presupuestos de la historia cultural y, en especial, por la inversión que emprende de la relación causalista, tradicionalmente aceptada, que propone el fenómeno ilustrado como el “antecedente” obligado de la Independencia (2008, pp. 15-17). En contraparte, sugiere que el movimiento de las ideas ilustradas es insuficiente para explicar y dotar de sentido a la época, razón por la cual habla del caudal de “prácticas culturales ilustradas” que permitirían comprender y al mismo tiempo problematizar la génesis histórica de nuestras primeras generaciones de intelectuales ilustrados. Sin embargo, pese a su patente crítica del enfoque tradicional de la historia de las ideas, que, según él, “nos aleja de la cultura, tal como ella es *vivida y tal como se la representan día a día* grupos sociales que pueden participar de manera práctica de un movimiento de «ideas»” (2008, p. 24), resulta particularmente asombroso que haya pasado por encima del ejercicio discursivo que, siendo también una de las más ostensibles prácticas culturales de la época, se arrogó mayoritariamente la responsabilidad de emprender tal actividad de *representación*: el ensayo.

Si bien, por un lado, Silva fue muy atinado a la hora de constatar las limitaciones de la perspectiva de la historia de las ideas para examinar el problema de la Ilustración en

Colombia, por el otro, tuvo la incapacidad de reconocer la presencia del género discursivo representativo del momento, el ensayo, en esencia, aquel en el que de mejor manera se podría analizar

el problema de la incorporación de una cierta doctrina en la vida personal de un individuo o conjunto de individuos, e investigar por esa vía el problema histórico esencial del juego de relaciones entre un sistema de prácticas y un conjunto de “ideas” determinado. (2008, p. 25)

A mi juicio, considerar el ensayo en calidad de la *forma* de expresión privilegiada de la época y al criollo como el sujeto social, cultural, histórico e ideológico responsable de la enunciación, permite llevar a un horizonte más determinado y por ello menos tentativo, buena parte de las cuestiones planteadas por Roig y Silva. Además, su planteo no invalida las opciones disciplinares de estos y otros filósofos, sociólogos e historiadores, sino que, antes bien, refuerza la ineludible tarea de reconsiderar los presupuestos teóricos, metodológicos e historiográficos con los cuales aproximarse a los problemas del periodo. Así, a la luz del ensayo, la entraña del proceso histórico vivido entre 1790 a 1820 vuelve a quedar abierta, dispuesta así a nuevas reinterpretaciones.

Esta última es quizás la consecuencia inesperada más sorprendente del estudio aquí propuesto. En la medida en que el ensayo, por su naturaleza, siempre nos instará a preguntarnos por el sujeto de la enunciación, su situación existencial y su perfil axiológico, inevitablemente la interpretación del momento histórico codificado en los ensayos tiende a modificarse. Leer la historia partiendo del hecho de que la “objetividad” y la “realidad” se constituye a partir de los relatos de varias “consciencias de mundo”, muchas de ellas profundamente divergentes, insta a reflexionar críticamente sobre los discursos que se han encargado de consolidar los saberes e interpretaciones sobre la época. El ensayo abre las entrañas de su presente histórico exhibiendo la realidad en su compleja relatividad y estado inacabado: no es tanto la verdad histórica, sino las experiencias vitales e interpretaciones singulares de la historia lo que pesa en estos escritos.

A mi juicio, lejos de haber deseado figurar en los anaqueles de la historia patria —hecho que ya no pueden evitar y que, en algunos casos, irónicamente los ha condenado al olvido—, a través de los ensayos nuestros primeros practicantes del género aún nos dicen, con sorprendente sencillez, que simplemente quisieran ser comprendidos.

## Bibliografía

### Ensayos estudiados

- Azuero, Vicente. (2010). ¿Nos será conveniente variar nuestra forma de gobierno? En C. Valderrama (Ed.) *La propuesta federal*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Bolívar, Simón. (1969). Carta a Juan José Flores. En *Simón Bolívar. Escritos políticos* (169). Madrid: Alianza.
- Bolívar, Simón. (1969). Carta al editor de la *Gaceta Real de Jamaica*. En *Simón Bolívar. Escritos políticos* (pp. 85-90). Madrid: Alianza.
- Bolívar, Simón. (1969). Contestación de un Americano Meridional a un caballero de esta isla (Carta de Jamaica). En *Simón Bolívar. Escritos políticos* (pp. 61-84). Madrid: Alianza.
- Caldas, Francisco. (1942). El influjo del clima sobre los seres organizados. *Semanario del Nuevo Reino de Granada*. Tomo II. Colombia: Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, Minerva.
- Caldas, Francisco. (1942). Estado de la Geografía del Virreinato de Santafé de Bogotá, con relación a la economía y al comercio. *Semanario del Nuevo Reino de Granada*. Tomo II. Colombia: Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, Minerva.
- Camacho, Joaquín. (1942). Relación territorial de la Provincia de Pamplona. *Semanario del Nuevo Reino de Granada*. Tomo III. Colombia: Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, Minerva.
- De Pombo, Miguel. (2010). Discurso sobre los principios y ventajas del sistema federativo. En C. Valderrama (Ed.) *La propuesta federal*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- García del Río, Juan. (13 de febrero de 1831). A la memoria de Simón Bolívar, Padre de Colombia, Fundador de tres Estados. *La Gaceta de Colombia*, 503.

- González, Florentino. (2014). Ensayo sobre la situación actual de los Estados colombianos. *Araucaria Revista Iberoamericana de Filosofía, Política y humanidades*, 16(32), 435-458.
- Lozano, Jorge. (1998). Sobre lo útil que sería en este Reino el establecimiento de una sociedad económica de amigos del país. En D. Samper (Comp.) *Los periodistas de los albores de la República* (pp. 31-39). Santa Fe de Bogotá: Universidad Sergio Arboleda y Biblioteca aldeana de Colombia.
- Madiedo, Manuel María. Ideas fundamentales de los partidos políticos de la Nueva Granada. En J. Melo (Comp.) *Orígenes de los partidos políticos en Colombia* (pp. 27-57). Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, Andes.
- Nariño, Antonio. (1811). Mi dictamen sobre el Gobierno que conviene al Reino de la Nueva Granada. *La Bagatela*. Edición Facsímil.
- Nariño, Antonio. (2002). Defensa ante los tribunales. En J. Ocampo (Comp.) *Escritos políticos. Antonio Nariño* (pp. 41-92). Bogotá: El Áncora.
- Padilla, Diego Francisco. (2011). Por la libertad. En J. Campos y Fernández *El P. Diego Padilla y el "Aviso al Público"*. España: EDES.
- Restrepo, José Manuel. (1942). Ensayo sobre la Geografía, producciones, industria y población de Antioquia en el Nuevo Reino de Granada. *Semanario del Nuevo Reino de Granada*. Tomo II. Colombia: Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, Minerva.
- Rodríguez, M. del S. (1 de julio de 1791 a 23 de septiembre de 1791). La libertad bien entendida. *Papel Periódico de la Ciudad de Santafé de Bogotá*. Siete volúmenes. Bogotá: Banco de la República.
- Rodríguez, M. del S. (4 de mayo de 1808 a 4 de diciembre de 1808). Disertación sobre las naciones americanas. *Redactor Americano: Periódico del Nuevo Reyno de Granada*. Recuperado de <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/hemeroteca-digital-historica/el-redactor-americano-periodico-del-nuevo-reyno-de-granada>
- Salazar, José María. (1942). Memoria descriptiva del país de Santafé de Bogotá. *Semanario del Nuevo Reino de Granada*. Tomo III. Colombia: Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, Minerva.

- Salazar, José María. (1998). Bosquejo político de la América antes española. En D. Samper (Comp.) *Los periodistas de los albores de la República*. Santa Fe de Bogotá: Universidad Sergio Arboleda y Biblioteca aldeana de Colombia.
- Tanco, Diego Marín. (1942). Carta al editor del Semanario. *Semanario del Nuevo Reino de Granada*. Tomo II. Colombia: Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, Minerva.
- Torres, Camilo. (2011). Memorial de Agravios. En R. Sierra (Comp.) *Dos Alegatos contra España* (pp. 21-47). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Vargas, Pedro Fermín de. (1986). Memoria sobre la población. En *Pedro Fermín de Vargas: Pensamientos políticos siglo XVII-siglo XVIII*. Bogotá: Procultura.
- Vargas, Pedro Fermín de. (1986). Notas. En *Pedro Fermín de Vargas: Pensamientos políticos siglo XVII-siglo XVIII*. Bogotá: Procultura.
- Vargas, Pedro Fermín de. (1986). Pensamientos políticos. En *Pedro Fermín de Vargas: Pensamientos políticos siglo XVII-siglo XVIII*. Bogotá: Procultura.
- Vargas, Pedro Fermín de. (1986). Relación sucinta del estado actual de las colonias americanas en la América meridional. En *Pedro Fermín de Vargas: Pensamientos políticos siglo XVII-siglo XVIII*. Bogotá: Procultura.
- Zea, Francisco. (2011). Mediación entre España y América. En R. Sierra (Comp.) *Dos Alegatos contra España* (51-113). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

### **Bibliografía de consulta**

- Adorno, Theodor W. (2003). El ensayo como forma. En *Notas sobre literatura*. Obra completa 11. Madrid: Akal.
- Anderson Imbert, Enrique. (1974) *Historia de la literatura hispanoamericana: I La colonia, cien años de república*. México: Fondo de cultura económica.
- Arévalo, Nydia y Escobar, Gustavo. (1997). *Intercambio comercial entre España y la Nueva Granada en el ámbito de las reformas borbónicas 1785-1789* [Tesis de Grado]. Bogotá: Universidad Externado de Colombia.
- Aullón de Haro, Pedro. (1987). *Los géneros didácticos y ensayísticos en el siglo XVIII*. Madrid: Taurus.



- Aullón de Haro, Pedro. (2005). El género ensayo, los géneros ensayísticos y el sistema de géneros. En V. Cervera, B. Hernández y M. Dolores (Comps.) *El ensayo como género literario* (13-24). Murcia: Universidad de Murcia.
- Barthes, Roland. (1981) *El grado cero de la escritura seguido de nuevos ensayos críticos*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Becerra, Ricardo. (1877). *El liberalismo en Colombia i sus detractores de por acá*. Bogotá: Imprenta de Gaitán.
- Bense, Max. (2004). *Sobre el ensayo y su prosa*. Traducción de Martha Piña. Revisión de Liliana Weinberg. Cuaderno de los seminarios permanentes México: UNAM.
- Bourdieu, Pierre. (2000). *Poder, derecho y clases sociales*. Bilbao: Editorial Desclée.
- Caballero, Antonio. (2016). Capítulo IV. Los malos y los buenos. En *Historia de Colombia y sus oligarquías (1498-2017)*. Recuperado de <http://bibliotecanacional.gov.co/es-co/proyectos-digitales/historia-de-colombia/libro/index.html>
- Calinescu, Matei. (1991). *Cinco caras de la modernidad: modernismo, vanguardia, decadencia, kitsch, posmodernismo*. Madrid: Tecnos.
- Cardona Zuluaga, Patricia. (2014). Florentino González y la defensa de la República. *Araucaria Revista Iberoamericana de Filosofía, Política y humanidades*, 16(32), 435-458.
- Castoriadis, Cornelius. (2013). *La institución imaginaria de la sociedad*. España: Tusquets.
- Chartier, Roger. (2003). *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII. Los orígenes culturales de la revolución francesa*. Barcelona: Gedisa.
- Colmenares, Germán. (2008). *Partidos políticos y clases sociales*. Medellín: La carreta.
- Cornejo, Vicente. (1907). *Disertación sobre el Liberalismo en Colombia*. Barcelona: Imprenta de Henrich.
- Cortés Guerrero, José David. (enero-junio de 2010) Balance historiográfico sobre las relaciones Estado-Iglesia en Colombia desde la Independencia hasta finales del siglo XIX. *Historia y sociedad*, 18, 163-190

- Díaz Consuegra, Fabián. (2012). La búsqueda de lo americano: matices del discurso apologético de Manuel del Socorro Rodríguez. En I. Padilla (Ed.) *Sociedad y cultura en la obra de Manuel del Socorro Rodríguez de la Victoria. Nueva Granada 1789-1819* (pp. 195-229). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Domínguez Ortiz, Antonio. (2005). *Carlos III y la España de la Ilustración*. España: Alianza.
- Dubois, Jaques. (2014). *La institución de la literatura*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Fajardo Barragán, Arnovy. *La defensa de la figura del rey en varios escritos neogranadinos de la segunda mitad del siglo XVIII*. Recuperado de <https://neogranadino.wordpress.com/2010/07/30/la-defensa-de-la-figura-del-rey-en-varios-escritos-neogranadinos-de-la-segunda-mitad-del-siglo-xviii/>
- Gadamer, Hans-Georg. (2011). *El problema de la conciencia histórica*. Tercera edición. España: Tecnos.
- García del Río, Juan. (1969). *Meditaciones Colombianas*. Bogotá: Ediciones Guadalupe.
- Gil Tovar, F. (marzo 1977). Criollismo y mestizaje en la expresión del colombiano. *Revista Javeriana*, 90(432), 53-55.
- Glaudes, Pierre. (Ed.). (2000). *L'essai: métamorphoses d'un genre*. Collection Théories de la littérature. Cribles. Francia: Presses Universitaires du Mirail. Université de Toulouse-Le Mirail.
- Goldmann, Lucien. (1975). Introducción a los problemas de una sociología de la novela. En *Para una sociología de la novela* (pp. 15-36). Madrid: Ayuso.
- Gómez García, Juan Guillermo. (Comp.). (2003). *El descontento y la promesa. Antología del ensayo hispanoamericano del siglo XIX*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Gómez Restrepo, Antonio. (1945). *Historia de la literatura colombiana*. Segunda Edición. 4 vols. Bogotá: Ministerio de Educación Nacional.

- González, Fernán. (enero-marzo de 2006). Guerras civiles y construcción del estado en el siglo XIX colombiano: una propuesta de interpretación sobre su sentido político. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 93(832), 31-80.
- González, Fernán. (enero-marzo de 2010). La guerra de los supremos (1839-1841) y los orígenes del bipartidismo. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 97(848), 5-63.
- González, Florentino. (1981). Explicación y apología del liberalismo oligárquico. En O. Delgado (Comp.) *Escritos políticos, jurídicos y económicos. Florentino González* (pp. 337-354). Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura.
- Gutiérrez Girardot, Rafael. (1992). *La formación del intelectual hispanoamericano en el siglo XIX*. Maryland: University of Maryland at College Park.
- Henríquez Ureña, Pedro. (1994). *Las corrientes literarias en la América Hispánica*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica.
- Hernández de Alba, Gonzalo y García Maffla, Jaime. (2007). Literatura de la Ilustración. En *Gran Enciclopedia de Colombia* (77-94). Literatura 1. Colombia: Círculo de Lectores.
- Hernández de Alba, Guillermo. (1945). *Ensayistas colombianos*. Buenos Aires: Jackson.
- Jaramillo Uribe, Jaime. (1977). El conflicto entre la conciencia religiosa y la ciencia moderna: Mutis y Caldas. En *La personalidad histórica de Colombia y otros ensayos*. Bogotá: Andes e Instituto Colombiano de Cultura.
- Jaramillo Uribe, Jaime. (2001). *El pensamiento colombiano en el siglo XIX*. Cuarta edición. Bogotá: Bogotá: CESO, Ediciones Uniandes, ICANH, Alfaomega colombiana, Banco de la República.
- Jaramillo Vélez, Rubén. (1998) *Colombia: la modernidad postergada*. Bogotá: Temis.
- Kundera, Milan. (1987). *El arte de la novela*. Barcelona: Tusquets.
- Lanson, Gustave. (2003). El método de la historia literaria. *Literatura. Teoría, Historia, Crítica*, 5, 163-194.
- Latcham, R. Montenegro, E. y Vega, M. (1956). *El criollismo*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- Latcham, Ricardo. (1954). La querella del criollismo. *Bolívar*, 34, 565-593.

- Lavallé, Bernard. (1993). *Las promesas ambiguas. Criollismo colonial en los andes*. Perú: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Lavallé, Bernard. (mayo de 1994) Criollismo y protonacionalismo en América del Sur. *Historia y Cultura. Revista de la Facultad de Ciencias Humanas de U. de Cartagena*, 2(2), 9-26.
- Lukács, George. (1975). Sobre la esencia y forma del ensayo (Carta a Leo Popper). En *El alma y las formas y Teoría de la novela* (pp. 15-39). México-Barcelona-Buenos Aires: Grijalbo.
- Lynch, John. (1976). *Las revoluciones hispanoamericanas 1808-1826*. España: Ariel.
- Mantilla, Luis Carlos. (1995). *Las últimas expediciones franciscanas al Reino de Nueva Granada. (Episodios de criollismo conventual o de rivalidad hispano-criolla) 1756-1784*. Bogotá: Kelly.
- Moreno, Liz. (2012). Manuel del Socorro Rodríguez: entre la Colonialidad y la Modernidad. En I. Padilla (Ed.) *Sociedad y cultura en la obra de Manuel del Socorro Rodríguez de la Victoria. Nueva Granada 1789-1819* (163-193). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Mukařovský, Jan. (2010). El arte como hecho signico. En J. Jandová y E. Volek (Eds.) *Signo, función y valor. Estética y semiótica del arte de Jan Mukařovský* (88-95). Bogotá: Plaza & Janés.
- Ordoñez, R. (1902). *El clero y el liberalismo en Colombia*. Bogotá: Imprenta nacional.
- Orjuela Gómez, Héctor. (1992). *Historia crítica de la literatura colombiana*. 3 vols. Bogotá: Editorial Kelly.
- Orjuela, Héctor. (2002). *Primicias del Ensayo en Colombia. El discurso ensayístico colonial*. Bogotá: Editora Guadalupe.
- Ortega Torres, José J. (1935). *Historia de la literatura colombiana*. Bogotá: Editorial Cromos.
- Ortíz Rodríguez, Álvaro. (2003). *Reformas Borbónicas: Mutis catedrático, discípulos y corrientes ilustradas, 1750-1816*. Bogotá: Universidad del Rosario.

- Otero Muñoz, Gustavo. (1998). *Historia del periodismo en Colombia*. Bogotá: Universidad Sergio Arboleda.
- Oviedo, José Miguel. (1991) *Breve historia del ensayo hispanoamericano*. Madrid: Alianza.
- Padilla Chasing, Iván. (2008). *El debate de la hispanidad en Colombia en el siglo XIX*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Padilla Chasing, Iván. (2012a). Preámbulo: aproximación a las circunstancias socio-históricas. En I. Padilla (Ed.) *Sociedad y cultura en la obra de Manuel del Socorro Rodríguez de la Victoria. Nueva Granada 1789-1819* (pp. 9-43). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Padilla Chasing, Iván. (2012b). Despotismo ilustrado y contrarrevolución en el *Papel Periódico de la Ciudad de Santafé de Bogotá*. En I. Padilla (Ed.) *Sociedad y cultura en la obra de Manuel del Socorro Rodríguez de la Victoria. Nueva Granada 1789-1819* (pp. 45-92). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Padilla Chasing, Iván. (2014). Manuel del Socorro Rodríguez, crítico de la Ilustración francesa. *Papel Periódico de la Ciudad de Santafé de Bogotá 1791-1797*. En J. Cortés (Ed.) *El bicentenario de la Independencia. Legados y realizaciones a doscientos años* (pp. 39-68). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Rama, Ángel. (1998). *La ciudad letrada*. Montevideo: ARCA.
- Reyes, Alfonso. (1988). La era crítica. En G. Cedomil (Ed.) *Historia y crítica de la literatura hispanoamericana* (pp. 488-492). 3 vols. Barcelona: Crítica.
- Ricoeur, Paul. (2006). Hacia una hermenéutica de la conciencia histórica. En *Tiempo y Narración III. El tiempo narrado* (pp. 939-989). México: Siglo XXI.
- Roig, Arturo Andrés. (1981). *Teoría y crítica del pensamiento latinoamericano*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Ruíz, Jorge Eliécer y Cobo Borda, Gustavo. (Comps.). (1976). *Ensayistas colombianos del siglo XX*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura.

- Samper Ortega, Daniel (Comp.). (1998). *Los periodistas de los albores de la República*. Santa Fe de Bogotá: Universidad Sergio Arboleda y Biblioteca aldeana de Colombia.
- Samper Pizano, Daniel. (27 de noviembre de 2009). Dos siglos no es nada: Pedro Fermín de Vargas, un precursor olvidado. *El Tiempo*. Recuperado de: <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-6689848>
- Santos Molano, Enrique. (marzo de 2007). Un siglo del ensayo. *Revista Credencial Historia*, 207. Recuperado de <http://www.banrepcultural.org/node/86494>
- Silva, Renán. (2008). *Los ilustrados de Nueva Granada 1760-1808. Genealogía de una comunidad de interpretación*. Segunda edición. Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT.
- Silva, Renán. (2010). *Prensa y Revolución a finales del siglo XVIII. Contribución a un análisis de la formación e la ideología de independencia nacional*. Medellín: La Carreta.
- Soler, Luisa. (2003). *El reformismo borbónico en América. El caso de la Nueva Granada. Siglo XVIII*. Tunja: Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia.
- Tirado Mejía, Álvaro. (1983). *Descentralización y Centralismo en Colombia*. Bogotá: Oveja Negra.
- Tirado Mejía, Álvaro. (Comp.). (1981). *Antología del pensamiento liberal colombiano*. Medellín: El Mundo.
- Torres Duque, Oscar. (1995). *Historia del ensayo en Colombia*. Subdirección de Artes, becas Colcultura, cuarta convocatoria, literatura-ensayo. Beca de creación individual-ensayo. Informe final. Interventor: Álvaro Rodríguez.
- Torres Duque, Óscar. (1996). Necesidad y problemas de una historia del ensayo en Colombia. *Gaceta*, 36, 38-49.
- Torres Duque, Oscar. (1997). *El mausoleo iluminado: antología del ensayo en Colombia*. Bogotá: Presidencia de la República.
- Torres Duque, Óscar. (2007). Ensayistas y pensadores. En *Gran Enciclopedia de Colombia* (197-228). Cultura 1. Colombia: Círculo de Lectores.

- Tynianov, Iuri. (1992). El hecho literario. En E. Volek (Ed.), *Antología del formalismo ruso y el Grupo de Bajtín* (pp. 205-225). Volumen I: Polémica, historia y teoría literaria. Madrid: Fundamentos
- Tynianov, Iuri. (1992). Sobre la evolución literaria. En E. Volek (Ed.), *Antología del formalismo ruso y el Grupo de Bajtín* (pp. 205-225). Volumen I: Polémica, historia y teoría literaria. Madrid: Fundamentos
- Universidad Externado de Colombia. (1997). *El federalismo en Colombia. Pasado y perspectivas*. Bogotá: Autor.
- Vergara y Vergara, José María. (1958). *Historia de la literatura en Nueva Granada*. 3 vols. Edición de Antonio Gómez Restrepo y Gustavo Otero Muñoz. Bogotá: Editorial ABC.
- Von Humboldt, Alexandre. (1822). *Ensayo político sobre el reino de la Nueva-España*. Dos tomos. París: Casa de ROSA, gran patio del PALACIO REAL.
- Weinberg, Liliana. (2001). *El ensayo: entre el paraíso y el infierno*. México: Universidad Nacional Autónoma de México. Fondo de Cultura Económica.
- Weinberg, Liliana. (Ed.). (2003). *Ensayo, simbolismo y campo cultural*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Weinberg, Liliana. (2007). *Pensar el ensayo*. México: Universidad Autónoma de Sinaloa, Siglo XXI.
- Weinberg, Liliana. (2014). *El ensayo en busca del sentido*. Madrid: Editorial Iberoamericana.
- Zima, Pierre. (2010). De la estructura textual a la estructura social. En *Para una sociología del texto literario* (203-243). Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.